

EDITORIAL
SOULFIRE

Él es mi

Amor

C. H. DUGMOR



C. H. Dugmor



Edición
Claudia Dugarte

EDITORIAL
SOULFRE

The logo consists of the word "EDITORIAL" in a small, uppercase, sans-serif font at the top. Below it, the word "SOULFRE" is written in a large, stylized, outlined font. The letter "S" is tall and narrow, and the "O" is large and circular. Below the "O", there is a graphic of four small circles arranged in a cross pattern, representing sulfur atoms. The letters "L", "F", "R", and "E" are smaller and positioned to the right of the "O".

Él es mi Sueño
C.H.Dugmor

<https://www.facebook.com/CHDugmor/>

<http://claudysdugmor.blogspot.com/>

Primera edición: febrero, 2016

®Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, la reproducción total o parcial de ésta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o

Para todas mis *Hiddlesister*.
Gracias por ser mis cómplices en tantas
locuras.

*"No te detengas, no dejes de luchar y nunca dejes de
soñar".*

Tom Hiddleston.

Nota de la Autora:

Nunca pensé que al adentrarme en el bello fandom de Tom Hiddleston iba a conocer tanta gente maravillosa, que con el tiempo se iban a convertir en mis grandes amigas y confidentes de tantas locuras.

Esta fue una idea que surgió como fanfic, pero que luego decidí editar y convertirla en una linda historia de amor, con matices originales.

El camino que he recorrido hasta ahora ha sido difícil pero maravilloso. Un camino en el cual descubrí mi verdadera pasión, la escritura.

Yo, Claudia, creo firmemente en esto y lo hago con toda la sinceridad del mundo, desde lo más profundo de mi corazón.

Mi objetivo es claro.

Deseo hacerlos suspirar y soñar.

El 12 de febrero de 2014 comenzó este

mágico viaje, del cual no me arrepiento en lo más mínimo.

He crecido como persona y como escritora, gracias a cada una de sus palabras. Mil gracias por haber estado allí y por seguir estando.

Ustedes son mi motor para seguir.

Este es mi sueño, vívanlo conmigo.

Prólogo

Era un día como cualquiera.

Ya estaba harta de eso.

Todo era igual que el día anterior.

La misma gente, las mismas cosas, los mismos errores y las mismas lecciones.

Parecía mentira que ya estuviera llegando a mis 26 años y aún estaba viviendo con mis padres. Estaba frustrada, con un empleo mediocre como asistente de un abogado, empleo por el cual no sentía ni una pizca de pasión, pero el único disponible y con el cual me debía conformarme, pues la crisis económica del país, así lo ameritaba.

Con tantos sueños, metas y deseos sin cumplir, tan distantes. Casi olvidados.

Debía hacer algo.

¿Pero qué?

Esa era mi lucha interna diariamente. Me sentía estancada y sin rumbo, no sabía qué diablos hacer con mi vida. Tenía una carrera, pero me faltaba la pasión para ejercerla. Tenía tantos talentos pero ninguno lograba enfocarlo. Eso era lo malo de haber sido una niña indigo y que tus padres nunca lo hubiesen notado. A esas alturas de mi vida, sentía que había hecho de todo y a la vez

no había hecho nada. Algo le faltaba a mi vida, pero no sabía qué.

Quería hacer algo distinto, vivir realmente.

Recuerdo que cuando era niña sólo me imaginaba sobre un escenario, cantando. Siendo ovacionada por miles de personas.

Otros días, me sorprendía a mí misma, interpretando a personas de otras épocas o gritando "acción o corte". Jugaba a ser la directora de una película espectacular en mi plató de grabaciones imaginario.

A veces le leía el periódico a mi padre, sintiéndome como la narradora del noticiero. O sino, estaba frente a un espejo bailando las coreografías de mis artistas preferidos.

¿Dónde habían quedado todos esos sueños?

Por desgracia, se habían esfumado con la Universidad y con la dura realidad que me había tocado vivir después de esta.

Se me había olvidado soñar.

Él es mi Sueño

1

Agosto de 2013.

Salí de la cama y me dirigí a la cocina. Comí un gran tazón de cereales mientras mi madre discutía porque se había acabado el azúcar y no le habían notificado. Mi padre yacía frente al televisor, peleando con el narrador de noticias porque la inflación nos iba a llevar por los cuernos.

Salí al balcón y pude observar la agitada ciudad.

Caracas era un caos de día y de noche. Mi bello país, poco a poco se hundía en la miseria y las posibilidades de surgir eran mínimas, a menos que tuvieras buenos contactos en las altas esferas políticas.

Me arreglé y fui en busca de mi mejor amigo, Randy, él nunca había dejado de soñar y al contrario de mí, había perseguido sus sueños.

Él era un actor de teatro en ascenso, muy conocido en mi país y era muy talentoso. Muchas veces él había sido el impulsador en tantas locuras, como aquella vez que me inscribió sin preguntármelo en el casting para participar en el

Latin American Idol. Fui preseleccionada, pero faltando dos semanas para la prueba final, decidí retirarme, por miedo a fracasa o que mi voz no fuera lo suficientemente buena.

Y así como esa ocasión, fueron muchas las veces que dejé escapar una oportunidad, por miedo.

Caminé sumergida entre el caos y el bullicio ciudadano de la desastrosa Caracas, escuchando como todas las mañanas, la única canción que me animaba a esas tempranas horas de la mañana “*Wake me Up*” de *Avicci*. Lo que no me imaginaba era que ese día, mi vida cambiaría por completo.

Tomé el metro y me sumergí en más caos, me llevé la grata sorpresa de que mi gran amor platónico había twitteado una frase hermosa, de esas que te llenan de esperanza y te dan fuerzas de seguir soñando.

“Los sueños son para hacerlos realidad. Persíguelos y cúmplelos”.

Definitivamente Xander Granderson era el hombre más espectacular de la faz de la tierra. Era

caritativo, talentoso, amable y además guapo. Él era el sueño de más de dos millones de mujeres en el mundo.

Llegué a la estación de parque central. El teatro donde Randy ensayaba para su próxima obra quedaba a unas pocas cuadras, así que caminé.

Al llegar al recinto pude observar que estaban en pleno ensayo. No quise interrumpir, por lo tanto me senté en unas butacas al final de la sala, en ese momento fueron muchas las cosas que pasaron por mi mente

Ver a Randy y a sus compañeros ensayando hizo que mi imaginación volara muy lejos, al Reino Unido, al lado de ese hombre que admiraba tanto. Fantaseaba constantemente con verlo actuar en vivo.

Mi móvil sonó, sacándome de mi bello ensueño, era Matías, mi novio.

—Nena ¿Dónde estás? Acabo de estar en tu casa y tu madre me dijo que no estabas y que no sabe dónde estás.

—Hola cielo— saludé—. Estoy en el teatro.

—¿Y eso? ¿Desde cuándo eres amante del teatro?

Matías era un hombre espectacular, pero sin sentido del arte. Todo lo que estuviese ligado al teatro, a la música o a cualquier manifestación artística, no llamaban su atención. Para él, era más práctico una profesión netamente “académica”, como él decía y no una tonta fantasía de gente bohemia.

—Estoy visitando a Randy ¿Nos vemos en la noche para cenar juntos? —respondí.

—De hecho venía a traerte la película que le prestaste a mi hermanito y ya me iba, esta noche tengo guardia, así que no nos veremos en dos días —me indicó él.

Cuando le tocaba hacer guardia durábamos un par de días sin vernos.

—Bien amor, diviértete salvando vidas. Te amo.

Finalicé la llamada y vi como Randy se acercaba en dirección a mí.

—¡Hey! ¿Qué haces acá? No esperaba verte hasta el domingo —habló mi amigo con gran entusiasmo.

En efecto, todos los domingos no reuníamos en su casa para ver películas y discutir lo buenas o lo malas que eran.

—Necesito hablar con alguien —le dije.

—¿Qué sucede?

—No estoy a gusto con mi vida —dije sin titubear. Randy me miró algo preocupado, imaginé que algo descabellado estaba pasando por su mente y enseguida agregué—, No pienso suicidarme —reventamos en una sonora carcajada al unísono.

—Bien, es un alivio saber que no tendré que usar ese feo traje que sólo uso para funerales —nuevamente reímos, aunque su comentario había sido algo bizarro y cruel, eso era lo que me encantaba de mi amigo, que tenía una gran facilidad para hacerme reír—. Si estas aburrida con tu vida, debes hacer algo distinto —me aconsejó él.

—¿Cómo qué? —pregunté.

Randy permaneció en silencio por unos cortos segundos, su rostro se iluminó, era la cara que siempre ponía cuando maquinaba algún plan “macabro”.

—Ven, levántate. Hoy serás actriz —dijo levantándose y extendiendo su mano hacia mí. Yo lo miré con desconfianza y permanecí sentada sin ningún ánimo de levantarme de mi asiento—. Ven —insistió él.

Noté que hablaba en serio y me asusté, nunca en mi vida había actuado o intentado actuar frente a una persona. Todas las veces que lo había hecho había sido a solas, en la soledad de mi habitación, donde los posters de mi amor platónico, Xander Granderson, eran la única audiencia.

—¡Oh vamos Shirley! Te quejas de que tu vida es aburrida, que quieres hacer algo distinto y te doy la posibilidad de hacerlo ¿Y te quedas allí sentada?

Mi amigo tenía razón, así que luego de

considerarlo un poco, me levanté y me dejé llevar, al final, no tenía nada que perder.

Randy me guio hacia la parte de atrás del escenario, pude ver como algunas chicas se maquillaban, algunos chicos se paseaban de un lado al otro con sus libretos en manos, dando repaos rápidos a sus guiones.

—Toma —dijo Randy a la vez que extendía hacia mí una especie de manuscrito.

—¿Qué es? —pregunté.

—Romeo y Julieta.

Era en serio, él pretendía que actuara, y dicho sea, pretendía que me aprendiera mis líneas en sólo 30 minutos, era una locura.

—Pe-pero, es un disparate, la obra está pautada para... —traté de hablar.

—Lo sé, es precipitado, pero no te preocupes hoy no vendrá público, será una función privada, de fogueo. Queremos probar la nueva instalación de iluminación y comprobar que el telón rueda.

—Pero, igual es arriesgado. No estoy

preparada.

—Déjate de tantos peros mujer, que por culpa de tantos peros, es que no estás feliz con tu vida ¡Vive! ¡Carajo! Además, hoy los ojos estarán enfocados sobre una compañera. Un cazatalentos Londinense está acá y sólo será una presentación de observación, así que tranquila. Además son unas pocas líneas

En realidad Randy tenía razón, debía arriesgarme por una vez en mi vida, al fin y al cabo era "Romeo y Julieta" ¿Quién no se sabía Romeo y Julieta?

Me concentré en aprenderme mis líneas, eran sólo diez. Randy me había dado el papel del Ama de Julieta y yo medio me acordaba de la película, se me haría más fácil.

Después de algunos minutos ya me había memorizado casi todos los diálogos y me encontraba algo más relajada, en fin, los ojos no estarían puestos en mí sino en la chica que interpretaría a Julieta.

Sentí que el corazón se me saldría por la

boca, cuando Randy se me acercó con un vestido en la mano, me miró sonriendo y dijo:

—Póntelo, en 15 minutos comenzaremos.

Realmente comenzaba a sentirme viva, hacer algo tan distinto a mi rutina diaria, el arriesgarme a intentar algo diferente me hacía sentir una especie de ansiedad agradable, pero debía concentrarme y enfocarme en mi papel. Me precipité en ponerme el vestido, el cual me quedaba un poco grande, pero no le di importancia.

Regresé de nuevo a mi libreto y rápidamente hice un repaso. Respiré profundo y me encomendé a Dios.

Dios no permitas que olvide una sola palabra. Dije internamente como una especie de oración.

Randy yacía detrás de mí, susurrando:

—Ya, es hora —di la media vuelta y me dirigí hacia el escenario. La música comenzó y mi corazón palpitaba a mil.

Uno a uno fueron saliendo a escena y yo

permanecí atenta a la señal de Randy para salir. Cada vez estaba más cerca el momento y estaba muerta de miedo.

Finalmente llegó mi momento.

Por fracción de segundo me sentí congelada, respiré profundo y me olvidé del mundo.

Lo último que recuerdo fue el caluroso aplauso de las pocas personas que estaban en la sala.

Había interpretado mi papel sin ningún problema. Fue como si una especie de espíritu del teatro se incorporara en mi cuerpo, podría jurar que la mismísima *Talía* se había apoderado de mi cuerpo, guiándome durante todo el performance, pues yo no recordaba absolutamente nada de lo que había hecho, tal vez los nervios eran tan extremos que habían causado ese efecto en mí. Mirar a mí alrededor y percibir que todos aplaudían y sonreían, era un indicativo de que lo había hecho muy bien.

Lo había logrado y me sentí genial.

—¡Bravo! —gritó Randy a la vez que me

miraba con una gran sonrisa en el rostro.

—Great! That was amazing —escuché una VOZ.

Miré a mí alrededor buscando quien era.

Un hombre alto, de piel caucásica, ojos saltones de color azul y cabello cenizo, de aproximadamente unos 60 años, se acercó a Randy y estrechó su mano y seguido le dio un eufórico abrazo.

—She is wonderful —agregó el hombre mirándome a mí.

Randy frunció el ceño.

—No, no. She is a friend. She is debuting today. She is Magdalena —dijo Randy en excelente inglés señalando a la otra chica—. She plays the role of Juliet —concluyó mi amigo.

El hombre se giró hacia mí y chasqueó la lengua.

—Yo saber, pero a mi gustar mucho como ella actuar —dijo el caballero mirándome a mí y tratando de hablar en español

Randy estaba muy confundido.

Me limité a observar lo que sucedía, sin opinar ni decir nada. Yo no entendía que era lo que estaba sucediendo

—Un placer, mi llamar Scott Redman, venir yo de Londres en busca de talentos nuevos —el hombre extendió su mano hacia mí.

Yo respondí su gesto con cortesía.

Fue muy gracioso oírlo hablar con un acento entre británico y español, aunque me pareció más una rara mezcla entre catalán y portugués.

—Mucho gusto. Shirley —respondí con una tímida sonrisa.

—Señor, ella es Magdalena —Randy insistió en presentarle a su colega mientras la chica se acercaba. El hombre la miró y le dio la mano, pero sin más, se giró hacia mí.

—¿Debutar hoy y actuar tan bien? Tu talento sorprenderme —me quedé muda sin saber que decir.

La chica en cuestión, Magdalena, mostró un semblante entre la molestia y la indignación, girándose hacia Randy...

—Debe estar bromeando ¿Verdad? —me lanzó una mirada despectiva —. No puede ser posible que una principiante sea más halagada que yo, que soy la estrella —Randy se encogió de hombros—. Inaudito, esto es humillante —soltó ella dándose media vuelta para marcharse echando espuma por la boca.

Me sentí incomoda y decidí retirarme de allí para que Randy y el señor Redman arreglaran el mal entendido, que ni yo entendía.

Randy se acercó al caballero, se veía insistente, colocó su mano en el hombro del Señor Redman y lo apartó de todos para hablar en privado.

Bajé del escenario y me situé en una de las butacas traseras para esperar a Randy. A lo lejos pude ver como Randy y el Sr. Scott Redman hablaban, y a juzgar por el lenguaje corporal de ambos, la conversación se había tornado un poco intensa.

Me recosté en el respaldo de ese cómodo asiento, dispuesta a escuchar un poco de música,

al fin y al cabo eso que estaba sucediendo no era asunto mío. Solo esperaba que Randy no se hubiese metido en algún lío por haber permitido que una recién aparecida se uniera a la puesta en escena que acababa de suscitarse.

Al cabo de unos minutos Randy se acercó a mí.

—No lo entiendo —dijo una vez que estuvo frente a mí.

Caminó de un lado a otro llevándose las manos al rostro. Agitó su cabeza como si algo lo perturbara.

—¿Qué sucede? —pregunté con cautela.

—Se supone que él venía por Magdalena —dijo él entre dientes.

Comencé a sentir ansiedad. Randy no dejaba de moverse de un lado al otro y eso me puso los pelos de punta.

—Ya deja de moverte y dime qué rayos está sucediendo.

—¿Sabes hablar Inglés a la perfección? —inquirió sin rodeos.

—Sí ¿Por qué? —respondí de igual manera.

«¿Por fin los tantos cursos de inglés avanzado en los que me ha inscrito mi padre, terminarán sirviendo para algo? pensé.

—¿Tu pasaporte está en regla? ¿Tú visa? ¿Tus documentos académicos? ¿Todo? —Randy me bombardeó de preguntas.

Fruncí el ceño y lo miré con desconfianza.

—Sí ¿Por qué? ¿A qué se debe tal interrogatorio?

—Escúchame bien, Shirley. Una oportunidad como esta, se da una sola vez en la vida —hizo una pausa se giró y señaló al caballero con el que discutía previamente—. ¿Lo ves? —preguntó. Yo asentí con la cabeza—. Es uno de los cazatalentos más importantes de Londres. No sé qué rayos vio en ti, pero se ha encaprichado contigo.

—¿Encaprichado? ¿Por qué? —mi ingenuidad no me permitió pensar con claridad.

—¡Óyeme! —quité mi mirada de Redman y la fijé en mi amigo, quien me observaba con

insistencia—. De todos los actores que están aquí, él se ha fijado en ti ¿Por qué? No lo sé, pero esto es serio.

—Randy yo no pretendía...—traté de disculparme por cualquier malentendido que pudiera haber causado.

—Déjame terminar de hablar... —por primera vez en mi vida veía a Randy hablar tan seriamente, así que decidí prestarle toda la atención posible—. Llegaste esta mañana quejándote de tu vida, pidiendo a gritos una aventura, pues se te ha dado. Arriba debe haber un ángel que realmente te aprecia —soltó una pequeña carcajada.

—No entiendo nada...

—Sales mañana en la noche para Londres, te van a otorgar una beca para estudiar en LAMDA. Has impactado a Redman —hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos mientras se inclinaba hacia mí—. Si por alguna razón en el mundo, si quiera llegas a dudar en irte, te digo que serás la tonta más grande de éste mundo —

concluyó él.

2

¿Londres?

¿LAMDA?

Temí que en cualquier momento alguien saliera de mi closet y me gritaría “Has caído. Sonríe a la cámara escondida”

Todo era muy confuso.

Todo estaba sucediendo muy rápido.

¿Mañana?

¿Y mis padres?

¿Estarán de acuerdo con que me vaya?

Las preguntas aparecieron como cascadas.

—¡No! —dije entre dientes y agité fuertemente mi cabeza. No podía seguir pensando en los demás, ese era mi momento y no estaba dispuesta a desaprovecharlo. Ese era el momento que pedía a gritos. Un cambio, una emoción... un sueño.

Sentada en la orilla de mi cama, miré mi

alrededor y todo me pareció surrealista. Los posters de Xander y esos ojos de papel me llenaron de fuerzas y despejaron mis dudas. Espantaron el miedo que sentía. Era miedo a lo desconocido, un pavor terrible de vivir lejos de mi zona de confort.

Randy tenía razón. Por nada en el mundo debía desaprovechar la oportunidad. Ese era mi último tren y debía abordarlo sí o sí.

Abrí mi closet y miré mi ropa. Suspiré al ver que mi ropa en Londres estaría tan pasada de moda, pues allá sería invierno y la mayoría de mi ropa era de verano ¡Bah! Al fin y al cabo eso es en lo que menos debía preocuparme, debía pensar como decirle a mis padres. Sería algo así:

“Papá, mamá, hoy fui a ver a Randy al teatro”.

Ellos preguntarían:

“¿Qué tal está él?”

Yo les respondería:

“¡Bien! Por cierto, me gané una beca para estudiar actuación en Londres. Me voy mañana”.

Ellos quedarían fuera de órbita y luego mi padre diría:

“Ok. Es tu vida, suerte”.

Mientras, mi madre se pondría a llorar desconsoladamente a tal punto de que trataría de persuadirme para que no me fuera y eso sería duro para mí, pues aunque no lo quisiera reconocer, mi madre había sido siempre mi ancla. A pesar de desear lo mejor para mí, mi superación y mi éxito, inconscientemente ella me había frenado, me había amarrado, me había desanimado. Cuando me proponía a lograr la realización de uno de mis sueños era la primera en decir:

“¡Ay hija! No inventes, deja de soñar tanto y pisa la realidad”.

Había llegado a la conclusión de que mi madre, sin quererlo, se había convertido en el verdugo de mis sueños.

Sería duro, pero ya estaba decidido, me iría al día siguiente y mis padres se enterarían cuando ya estuviese muy lejos.

Saqué mi maleta y me dispuse a empacar

mis cosas.

Mientras empacaba cada cosa, sólo pensaba ¿Londres? ¿Es acaso una conspiración del cosmos para que yo por fin conozca a ese hombre maravilloso? Luego volvía abruptamente a mi realidad y seguía empacando ¿LAMDA? ¿Qué clase de conspiración celestial es ésta? Volvía a sumergirme en pensamientos superfluos.

Al paso de unos minutos, terminé de empacar varios de mis vestidos preferidos, cuatro pantalones, dos abrigos y todas las blusas lindas que tenía. Miré en mi mesa de noche y estaba el portarretrato con la foto que Matías y yo nos habíamos tomado la noche de nuestro segundo aniversario, cuando me propuso pasar el resto de nuestras vidas juntos. Lo tomé entre mis manos y lo apreté contra mi pecho, seguidamente, lo empaqué. Cerré mi maleta sin preocuparme en meter nada más, una vez en Londres ya tendría tiempo de ampliar mi guardarropa con lo que estuviera de moda en la bella ciudad de ensueño medieval.

En una maleta más pequeña me dispuse a guardar algunos pares de zapatos, mayormente los deportivos, amaba mis tenis, dos pares de zapatillas y ya.

Me senté en la orilla de mi cama y fijé mi mirada en los posters pegados en la pared, Xander Granderson me miraba con ese gesto cómplice, mi imaginación volaba a más no poder. Me acerqué y descolgué uno de mis poster preferidos, lo enrollé con cuidado y lo metí en mi maleta.

—No te escaparás. Tú me acompañaras en esta aventura —dije mientras lo acomodaba con cuidado en el interior de mi valija, sin tener la mínima idea de la veracidad que había en esa frase.

Bastaron aproximadamente veinte minutos, para quedarme dormida contemplando los bellos ojos de papel que me observaban desde mi pared.

El sonido de mi móvil me despertó. Extendí mi mano para buscar el ruidoso aparato que perturbaba mis sueños y sin siquiera mirar la

pantalla, contesté.

—¿Cómo amanece mi súper estrella preferida? —dijo Randy con su singular tono humorístico.

—Acabo de despertar y aún no me lo creo ¿Qué fue lo que pasó ayer? —pregunté. Necesitaba que alguien me dijera que no había sido un sueño.

—Tú sabes lo que sucedió, no te hagas la tonta. Ahora a lo que importa. Debes estar en mi casa a las 3:00 pm, de allí nos iremos al aeropuerto, donde nos estará esperando el Señor Redman —hizo una breve pausa—. Trata de traer contigo todos tus documentos, título, certificados, reconocimientos, todo lo necesario para los trámites de inscripción.

Inscripción.

Esa palabra sonó tan poderosa e...
¡Increíble!

Estudiaría en una Universidad de Prestigio internacional que no era solamente una academia prestigiosa, era la Academia de Música y Artes Dramáticas de Londres. Imaginar que entre sus

pasillos había caminado él, que en sus butacas se había sentado él, que Xander había respirado ese mismo aire, hacía que dentro de mí se despertara un exagerado sentimiento de fanática loca.

—Bien, creo que lo tengo todo listo —contesté al cabo de unos segundos.

—Entonces, nos vemos al rato —finalizó la llamada

¡Horas!

Sólo horas me separaban de Londres. Pensar en estar tan cerca de Xander, me hizo volar, aunque mi nefasto sentido de la realidad me hacía caer abruptamente contra el suelo y espabilar.

No seas ilusa. Es un hombre muy ocupado. Tendrás suerte si llegas a topártelo en el subterráneo. La odiosa voz de mi consciencia me esputó.

Salí de la cama, sacudiéndome tantos pensamientos tontos y me dispuse a desayunar algo, tenía un hambre atroz.

—Corazón, buen día. Te despertaste temprano. Es un milagro —mi madre me saludó

mientras me servía un poco de zumo de mora—. Sólo vine por mi cartera —alzó el monedero y lo agitó en el aire—. Compraré algunas cosas y luego pasaré por casa de Aurora. Nos vemos en la tarde cielo.

—¡Un momento, madre! —me acerqué de prisa a ella y la abracé con todas mis fuerzas—. Te amo —agregué mirándola fijamente a los ojos.

Mi madre se mostró algo sorprendida por mi repentina muestra de cariño y pude ver un brillo especial en sus ojos. Me abrazó.

—También te amo cielo, pero regresaré en un par de horas, no es para tanto —dijo ella.

Sin embargo, yo sabía que ese par de horas serían meses o hasta años. Me vi tentada a contarle todo a mi madre pero no tuve el valor. La abracé nuevamente. Una despedida silenciosa, de la cual ella no estaba consciente.

Al marcharse, me percaté de que me encontraba completamente sola. Mi padre trabajaba todo el día, así que tenía la casa para mi sola.

Las horas pasaron lentamente y yo sólo miraba la pantalla de mi ordenador en busca de algo interesante para matar el tiempo, el cual me parecía eterno. No había nada interesante en la web, así que opté por ver videos y entrevistas de él, mi amor platónico, por el cual había tenido tantas discusiones con Matías, pues mi novio decía que estaba loca y que mi obsesión por Xander Granderson no era normal.

Era apenas la 1:00 pm cuando llegué al apartamento de Randy. Él estaba comiendo. Reí al verlo, pues aún estaba en pijama. Me dio tanto gusto verlo que lo abracé fuertemente aprovechando el abrazo para agradecerle, Randy no era muy amante de las muestras de afecto de ningún tipo, eso del contacto físico lo ponía un poco nervioso.

—Hoy es un gran día. Es el principio del resto de tu vida —me dijo él sonriendo ampliamente.

—Tengo miedo —le confesé.

—Es normal, al principio da miedo, pero ya luego te acostumbras —trató de animarme para calmarme un poco, pero fue en vano.

Él terminó de almorzar tranquilamente, mientras yo veía televisión.

Al cabo de un rato, la hora había llegado.

Tomamos nuestro equipaje y nos dispusimos a marcharnos hacia el aeropuerto.

Noté que Randy llevaba un bolso pequeño, pero no quise preguntar, normalmente era el tipo de persona que le gustaba viajar con equipaje ligero, así que no le di importancia.

Durante el camino al aeropuerto conversamos de varias cosas, como los planes a futuro, como me veía en unos años, el hecho de cómo habían sucedido las cosas y en ese momento recordé a alguien...

¡Matías!

¡Oh por Dios! No le había dicho nada a él.

¿Qué clase de novia era yo, que me iba del país y no le decía nada a mi novio?

Un sentimiento horrible de culpa me

embargó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Randy al notar mi cara de espanto.

—Matías. No le dije nada.

—Mejor. Si le hubiera dicho tendríamos que lidiar con un loco que amarra a una rueda del avión para evitar que despegue—bromeó mi amigo, haciéndome carcajear ante su ocurrencia — Por nada en este mundo voy a permitir permitiré que cambies de idea. Subes a ese avión aunque tenga que arrastrarte de los pies —me amenazó.

Llegamos al aeropuerto y allí estaba el Señor Scott Redman, quien nos recibió con una gran sonrisa en el rostro y aunque su español no era muy bueno, era muy divertido verlo tratando de hablar con los trabajadores del aeropuerto, chequeando el equipaje y verificando boleto. Hasta ese momento, todos los gastos habían corrido por cuenta él. Mi boleto, la cena, los suvenires, todo.

Cuando llegó el momento de abordar el avión, no pude evitar sentir miedo, ansiedad y

confusión, mezclados con nostalgia. En el momento que pasé la puerta final ya dispuesta a abordar el avión, miré hacia atrás y noté que Randy había quedado atrás y no tenía intención alguna de alcanzarnos, allí fue cuando comprendí que esa aventura me tocaría vivirla sola.

La ansiedad crecía mientras más me acercaba al avión y comenzaba a entrar en pánico, muchas cosas pasaron por mi mente, nuevamente la culpa se apoderó de mí. Me estaba marchando sin decirle nada a nadie, como cual bandido que entra a una casa, hurta y se va sin ser visto, sentía que de cierto modo huía y era eso me aterraba...

¿De qué estaba huyendo?

De tu aburrida vida. Contestó la vocecita en mi cabeza.

¿Quién era ese Señor? ¿Era realmente un cazatalentos Londinense? ¿O tal vez, cuando llegáramos a donde sea que me llevaba, me doparía y me sacaría mis preciados riñones para venderlos en el mercado negro?

Miles de ideas locas pasaron por mi cabeza

y estuve a punto de arrepentirme de tan improvisado viaje y salir corriendo cuando...

—Mirar esto por favor —habló el señor Redman mientras me entregaba una especie de Panfleto—. Tenemos algunas obras di teatro pautadas para los próximos meses.

Al mirar el papel en mis manos pude ver que era un cronograma del *Donmar Warehouse Theatre*. Me quedé paralizada, pues ese era el teatro, donde hacía unas semanas atrás había comenzado a presentarse *Xander* y en el cual se encontraba actualmente dando funciones. De repente, una fantasía delirante de *Xander* y yo, tomados de la mano, caminando bajo el bello cielo de Londres, al mejor estilo de *Lo que el viento se llevó* se reprodujo a mi mente.

—¿Que te parecer?

Volví a la realidad con la pregunta del Señor Redman.

—¡Wow! Es genial—dije con total asombro.

—Pues allí te presentarás chica, algún día.

Tu tener un gran talento, algo que yo no ver en

mucho tiempo, es como si... tu fueras un prodigio de actuación, no sé si tu entender lo que yo querer decir.

—¡Sí! Lo entiendo claramente —dije en Inglés.

A partir de ese momento decidí hablar en inglés para la comodidad de todos.

El viaje transcurrió sin ningún problema. Dormimos por ratos, vimos algunas películas, tomamos algunas bebidas del mini bar y charlamos bastante, más que todo acerca de mí, el señor Redman estaba realmente interesado en saber todo sobre mí y yo como buena conversadora, se la puse fácil.

Una voz femenina anunció que arribaríamos en suelo francés, después de casi 10 horas de vuelo.

El *Charles de Gaulle* nos dio la bienvenida. Hicimos una corta escala en Francia, donde aproveché para tomarme algunas fotos frente a los bellos posters de la torre Eiffel que ponían “Bienvenue”. El señor Redman solo se limitó a ser

mi fotografía personal y reír por cada una de mis locuras de turista.

Mi vida había tomado un nuevo rumbo y no lo había notado. Tan solo dos días fueron suficientes para cambiar mi destino.

Al cabo de unos cuantos minutos, estábamos abordando un segundo avión, esta vez con destino a Londres.

Luego de casi una hora, allí estaba yo, sobrevolando la bella ciudad de luces de fantasía, la misma ciudad de Harry Potter. Reí ante tal pensamiento y me asomé por la ventana para ser recibida por una belleza única, tanta historia, tanta elegancia que se alzaba sobre un suelo ancestral, tierra de reyes, tierra de criaturas mitológicas, tierra de caballeros y de té, mientras Laserlight de Jessie J. sonaba en mi Ipod. Sonreí nuevamente, como nunca antes había sonreído en mi vida.

—Damas y caballeros, por favor abrochar sus cinturones. Estaremos aterrizando en breves minutos —la azafata anunció nuestro arribo.

La puerta se abrió ante mis ojos,

revelándome que era real, que nada de lo que estaba sucediendo era un sueño y que mis sueños comenzaban a materializarse a partir de ese instante.

Bajé con cuidado las escaleras y por primera vez en mi vida puse un pie sobre suelo Galés.

Sentí un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo.

Cerré mis ojos y llené mis pulmones con todo el aire posible.

Era Londres.

Era Inglaterra.

El lugar con el cual había soñado por tantos años.

3

Me sentí dentro de un sueño.

Miré a mí alrededor y todo se veía tan perfecto.

El clima, la gente y hasta el mismo suelo de la pista de aterrizaje se me hizo algo tan espectacular. Definitivamente, estaba en otro mundo.

—¡Bienvenida a Londres! —dijo el Señor Redman a mi espalda.

Al girarme pude ver una enorme sonrisa en su rostro. Hizo un ademán con su mano para enseñarme todo lo que me rodeaba. Mis ojos brillaron como nunca antes lo habían hecho.

Bajé con cuidado y el señor Redman me ofreció su brazo para apoyarme, como todo buen caballero británico.

Caminamos a lo largo de la pista para ser dirigidos a una puerta que nos llevó hasta un largo pasillo.

Tuve que pasar por los tediosos

procedimientos por los cuales deben pasar las personas cuando llegan a un país extranjero: entrega de documentación, verificación y las preguntas de rutina, mientras el señor Redman me esperaba al otro lado. Él había pasado con solo enseñar su DNI como ciudadano británico.

Una vez verificado todo, pude continuar.

El Señor Redman me sujetó del brazo y me guio.

Un caballero muy alto, delgado, de cabello cenizo y grandes ojos grises nos saludó apenas al salir del aeropuerto, tenía una sonrisa tan cálida que podría derretir el polo norte si lo deseara.

—Mi estimada. Él es el profesor Vincent Hoffman. Es el profesor de expresión escénica. Ya sabrás más acerca de este viejo gruñón —dijo Redman y me guiñó el ojo a la vez que ambos, tanto Redman y el recién llegado reían con complicidad.

Yo extendí mi mano en señal de cortesía, pero el Profesor Hoffman me sujetó por los hombros y me dio un beso en cada mejilla.

—Emmmm —balbuceé—. Un placer conocerlo, profesor —dije y me sonrojé.

—Igualmente, querida. Bienvenida a Londres —inclinó un poco la cabeza—. Scott me ha contado muchas cosas maravillosas sobre ti.

Abordamos un vehículo negro, algo gracioso y a juzgar por mi poca experiencia en vehículos pude percatarme que se trataba de un Mini E. Un híbrido de la BMW.

Durante todo el camino, el señor Redman y el profesor Hoffman estuvieron charlando de algunas cosas que yo no entendí, cosas relacionadas con la academia y de lo que había sucedido en ausencia de Redman. Yo me conformé con mirar por la ventana del auto en movimiento y ver tanta belleza. Me sentía dentro de una película medieval. Londres era tan sublime y tan ancestral a la vez. Donde quiera que mirara veía gris, sobriedad absoluta y esos fabulosos buses rojos de dos pisos, que eran un icono londinense.

—Te llevaremos a tu residencia, para que descanses. Mañana nos pondremos manos a la

obra con tu papeleo y todos los procedimientos pertinentes —dijo el señor Redman. El profesor Hoffman me miró sonriente a través del retrovisor del coche—. Te alojaras con Anette. Ella es una alumna del segundo año, también es becada y es una chica asombrosa. Estoy seguro que se llevaran muy bien. Es americana también —agregó haciendo énfasis en la última frase.

A esas alturas del día, no me importaba si mi compañera de piso era King Kong o un Gremlin. Yo solo quería ducharme y dormir.

Nos detuvimos frente a un edificio pequeño, como casi todas las edificaciones de la ciudad. Al ver por la ventana del auto pude ver un maravilloso jardín con hermosas caminaderas empedradas. Las puertas del auto se abrieron y nos dispusimos a bajar mi equipaje, como era una sola maleta grande y dos bolsos pequeños, no necesité mucho esfuerzo.

Una chica salió a nuestro encuentro, saludó amablemente al Profesor Hoffman y al Señor Redman. Era una chica preciosa, de piel morena,

cabello castaño y ojos verdes. A simple vista, la catalogué como una persona despreocupada y jovial, con un toque bohemio. Si mi instinto no me fallaba, posiblemente nos convertiríamos en grandes amigas.

—¡Bienvenida! —dijo mientras se acercaba.

Me abrazó fuertemente y al separarse me brindó una gran sonrisa.

—¡Oh! Muchas gracias. Eres muy amable — le respondí con la misma alegría.

—Bueno, aquí ya hemos terminado por hoy —dijo el Señor Redman.

—Mañana a las 7 en punto —indicó el Profesor Hoffman mirando a Anette y señalándome a mí.

Anette asintió con la cabeza.

— Muy bien. Entendido, profesor — contestó ella.

Ambos, tanto el señor Redman, como el profesor Hoffman se subieron al vehículo y se marcharon. Acto seguido, Anette tomó mi maleta y la llevó al interior del apartamento. Yo la seguí.

Subimos un piso en completo silencio y al llegar a la puerta.

—Soy Anette. Un placer conocerte —dijo a la vez que extendía su mano hacia mí. Yo correspondí su gesto.

—Un placer. Shirley.

Al abrir la puerta me encontré con un hermoso lugar. Era pequeño y muy acogedor, exquisitamente decorado. Pude sentir ese espíritu bohemio que había percibido en cuanto había visto a Anette y me alegré enormemente de no haberme equivocado con esa primera impresión.

—Esta será tu cuarto. Espero que sea de tu agrado. La arreglé yo misma —expresó ella al abrir la puerta de una linda habitación.

—Es hermoso —reconocí— Muchísimas gracias.

Puse mi maleta sobre la cama, la abrí y lo primero que saqué fue el póster de Xander e inmediatamente me dispuse a colgarlo en la pared. Anette reventó en una sonora carcajada que me hizo girar bruscamente en su dirección.

—¿Te gusta él? —preguntó entre risas.

Su reacción me hizo sentir un tanto incomoda, aunque era la típica reacción que tenían las personas al ver a una mujer de 26 años con un fanatismo extraño por un hombre de 30 y tantos.

—¿Algún problema con eso? —no pude evitar sonar a la defensiva.

—No. No te molestes. No es burla. Es solo que...

Anette se quedó en silencio mirándome fijamente

—¿Estoy algo mayorcita para esto? —agregué con molestia.

—No ¡Oh por Dios! Lo siento mucho. No pretendía ofenderte. Yo... —noté que su disculpa era genuina y me sentí mal.

—No te preocupes. Normalmente la gente lo ve raro, pero es que...— no hallé las palabras para explicar lo que sentía por Xander.

—No eres la primera. Conozco mujeres de más 40 años que mueren por él— rio de nuevo —¿Qué le ven? —comentó con algo de desdén.

Me giré para ver mi poster en la pared. Al observarlo no pude evitar soltar un suspiro.

¿Qué le veo? ¡Todo!

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Lo amo. Es mi amor platónico y modelo a seguir —le respondí manteniendo mi mirada en esos ojos azules de papel.

—No voy a negarlo, es buena persona. Lo he visto un par de veces en persona y puedo dar fe de que no es para nada presumido—la última frase la dijo con tanta trivialidad que me sorprendió.

¿Qué? ¿Había oído bien? ¿Anette lo conocía? ¡Por Dios! Sentí que mi corazón se iba a salir de mi pecho.

—¿Cómo dices? ¿Lo conoces? —indagué con premura.

—No lo conozco como tal, pero si lo he visto un par de veces en la academia. Suele ir de vez en cuando a pedirle consejos a Hoffman. Son muy amigos.

Era increíble cómo le restaba importancia al hecho, mientras mi corazón golpeteaba desaforado

en mi pecho.

Sentí que me iba a desmayar. Hacía unos instantes había estado al lado de una persona, que no era un simple profesor de LAMDA, sino que también era amigo íntimo de Xander.

—Te dejo sola para que te organices y descanses. Cualquiera cosa, estaré al lado—dijo mi nueva compañera de piso y salió de la habitación.

Me quedé mirando el poster de Xander con casi 10 minutos, mientras en mi cabeza se reproducían miles de fantasías delirantes.

Sacudí con fuerza mi cabeza y me concentre en lo mío.

Desempaqué, organicé mis cosas y salí en busca de un teléfono para llamar a mi madre y a Matías, por fortuna en el departamento teníamos uno.

Telefoneé primero a mi madre y nada, no contestó, así que intenté con Matías y tampoco logré comunicarme con él.

Regresé a mi habitación, me metí en la cama y me dormí casi que enseguida.

—¡A levantarse! —abrí mis ojos bruscamente. Era Anette—. ¡Arriba! Despierta. Se nos hace tarde.

Estiré mi mano en busca de mi móvil, vi la pantalla y me di cuenta que aún no se había actualizado con la hora local de Londres.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Seis menos treinta.

Arreglé la hora en mi móvil manualmente. Me levanté con premura y me preparé rápidamente para un magnífico primer día de clases en LAMDA.

Salí de mi cuarto y vi como Anette corría de un lado a otro.

—¿Estas lista? —me preguntó.

—Creo que sí —le respondí algo dudosa.

—Desayunaremos en la academia —expresó ella con algo de angustia.

¡Wow! ¡LAMDA! Aún no me lo creía.

Me puse mi abrigo, tomé mi bolso y salimos del departamento.

El auto de Anette era rojo, bastante antiguo pero muy bien cuidado.

Sin perder tiempo, lo abordamos y partimos rumbo a la academia.

Durante el camino, ella me habló acerca de los profesores y de cómo eran las cosas allí. Me explicó ciertas cosas que todo nuevo estudiante debía saber.

Llegamos y sin más nos bajamos del auto.

Entramos a toda prisa.

Anette caminaba muy rápido y yo traté de no perderla de vista.

—Tarde, señorita Reegan—sentenció el profesor en cuanto entramos al aula.

Anette se encogió de hombros y sonrió con timidez.

—Lo siento. No volverá a ocurrir—contestó algo apenada.

—Lleva tres clases diciendo lo mismo—comentó de mala gana el profesor Hoffman.

Se giró hacia mí.

—Señorita Sandoval, por favor pase por

dirección, el director y el Señor Redman la esperan.

—¡Bien! Entendido, pero... ¿Dónde queda la dirección?

Todos los presentes soltaron una pequeña carcajada y luego de que el Profesor Hoffman me explicara el camino, salí del aula con rumbo a la dirección.

Al entrar, efectivamente estaba el Señor Redman con otro caballero, que al percibir con más claridad, pude ver que era un caballero de aproximadamente sesenta años, de piel blanca, caballo entre negro y cenizo, de ojos grises y sonrisa contagiosa. Se notaba que era dueño de una gran personalidad y sabiduría.

El Señor Redman nos presentó y conversamos un rato. Entregué mis documentos, formalizando así, mi inscripción.

Inmediatamente fui enviada a integrarme en las clases del primer año.

Iba caminando por el pasillo, rumbo a mi primera clase, cuando en la distancia divisé a

alguien charlando con el profesor Hoffman en el pasillo. A medida que me acercaba pude distinguirlo mejor.

Mi corazón se me aceleró, perdí el aliento, comencé a temblar y a sudar. Era Xander.

Alguien me jaló bruscamente del brazo, frenándome. Era Anette.

—Detente —susurró ella.

Yo no lograba coordinar mis pensamientos, solo sabía que Xander Granderson estaba a pocos metros de mí y solo quería salir corriendo para abrazarlo.

—Cálmate, respira profundo y contrólate — Anette había percibido cual sería mi reacción.

—E-es e-él e-es-ta a-allí —tartamudeé.

—No actúes como una loca, porque lo único que vas a lograr es que él salga corriendo y que luego el profesor Hoffman te reprenda. Sé profesional y contrólate —me ordenó aun sujetándome del brazo.

Ella tenía razón, debía olvidar por un momento que era el hombre más magnifico,

sensual y hermoso del planeta tierra. Debía concentrarme en que era sólo mi futuro colega, alguien normal y común como yo, pero...

¡Por dios!

Era imposible.

Mi corazón latía a mil.

Respiré profundo y opté por usar mis talentos de actriz recientemente descubiertos y me caminé lentamente junto a Anette en dirección al profesor Hoffman, tratando de pasar de largo, rogando en mis adentros que Hoffman notara mi presencia y me detuviera.

—¡Oh! Aquí esta. De ella es de quien te he estado hablando. Ella es el nuevo descubrimiento de Redman —le dijo Hoffman a Xander.

Me detuve enseguida y me giré hacia Xander, mostrándome calmada, aunque por dentro gritaba como desquiciada.

—Es un placer. Xander. Bienvenida a LAMDA —dijo él con una enorme sonrisa en su rostro.

En ese momento yo sólo deseaba, gritar,

saltarle encima, desgarrarle la camisa, caerle a besos y hacerle tantas cosas...

—¡Gracias! Es un placer conocerlo señor Granderson —hablé con total aplomo y control, aunque sentía que el corazón se me iba a salir por la boca.

—Espero verte actuando algún día o quién sabe, hacer algo juntos. Redman nunca se equivoca.

Rogué a Dios internamente que no se me notara lo nerviosa que estaba.

—Trabajar con usted sería un gran honor —hablé.

Él me miró fijamente por algunos segundos y sonrió.

Sacudió su cabeza y miró rápidamente su reloj.

—Tengo que irme. Tengo ensayo dentro de una hora — se giró hacia Hoffman—. Gracias profesor, por su ayuda, nuevamente... —hizo una pausa y nos miró a mí y a Anette—. ¡Señoritas! Un placer —extendió su mano hacia nosotras y ambas

respondimos el gesto.

—Yo también tengo que retirarme —
comentó el profesor Hoffman—. Tengo algunas
clases que dar.

Ambos se alejaron en distintas direcciones.

Yo me quedé congelada...

...tratando de procesar lo que acababa de
suceder.

4

—Una interpretación digna de un Oscar —

comentó Anette—. ¿Cuál es tu próxima clase?— preguntó. Me quedé muda—. ¡Ujuuuu! Tierra llamando a Shirley.

Sacudí mi cabeza con fuerza.

—Expresión Corporal.

—Final del pasillo a la derecha.

Caminé en la dirección que me había especificado ella. Sin embargo no podía sacar de mi mente lo que había ocurrido hacía unos minutos atrás, Xander había estado cerca de mí, lo había conocido, había hablado con él, lo había tocado...

Había soñado tantas veces con ese momento. No obstante, la forma en cómo habían sucedido las cosas nunca lo había imaginado. Yo de pie frente a él, siendo tan lúcida y diplomática. Fría y distante. En realidad era digna de recibir un Oscar, por semejante actuación, por haberme controlado y no haber saltado encima de él o comenzado a brincar como una loca sin remedio.

Entre tantos pensamientos, no me di cuenta que estaba frente a la puerta del taller de Expresión Corporal.

Abrí la puerta y enseguida todas las personas dentro del salón se giraron hacia mí.

—Usted debe ser la señorita Sandoval —dijo quien supuse yo, era el profesor.

—Sí. Discúlpeme por llegar tarde.

—No se preocupe, por ser su primer día, lo dejaré pasar pero procure que no se haga costumbre.

En el salón habían solo 9 personas, algunas me sonreían, otras seguían con la mirada clavada en sus respectivos libros. Una chica se corrió a un lado e hizo un gesto para que me sentara junto a ella. Yo le sonreí y me senté a su lado.

—Hola, soy Margaret —se giró hacia otro chico—. Él es Alexander —el chico en cuestión me sonrió y asintió con su cabeza—. Ruth, Olivia y este chico de acá es Christopher —agregó la chica señalándome a cada uno. Todos respondieron con una sonrisa. Yo les expresé la misma amabilidad—. Esos de allá... —continuó Margaret refiriéndose a un grupo de 4 personas que se encontraban alejadas—. Ellos son

estudiantes de Producción de Arte Escénico. Vienen solo una vez por semana, así que no se mezclan con el resto de la plebe —hizo una pausa y miró a los demás chicos—. Nosotros seremos tus amigos, compañeros y colegas, durante el resto de la carrera —concluyó haciendo un gesto pícaro.

Me sentí realmente aludida al ver tanta amabilidad por parte de personas que nunca había visto en mi vida.

Durante toda la mañana estuvimos hablando de técnicas de expresión. Aprendimos a reconocer los diversos gestos, a saber cuándo alguien estaba triste, feliz, fingiendo felicidad, o cuando estaba preocupado, asustado y hasta cuando mentían.

El día transcurrió entre clase y clase.

Conocí a varios profesores, uno más interesante que el otro.

Mis nuevos compañeros eran geniales, eran muy atentos. Todos se habían puesto de acuerdo para ayudarme al máximo y ponerme al día, pues había perdido tres días de clases.

La jornada terminó y Anette me esperó a la

salida de la Academia para irnos a casa. Mi primer día en la Academia de Música y Arte Dramático, había sido perfecto.

Nos subimos al coche.

—¿Qué tal tu primer día? —preguntó Anette mirándome de reojo.

—Genial, espectacular, fabuloso...—dije con total excitación.

—¡Hey! Ya entendí y vaya forma de comenzar la jornada —me interrumpió Anette haciendo alusión al breve encuentro con Xander en tempranas horas de la mañana, puse cara de tonta y suspiré.

—Ha sido el mejor día de mi vida —dije sin quitar mi cara de idiota.

—¡A ver! ¿Cuál es la obsesión enfermiza que tienen todas las mujeres por ese hombre? Es lindo, claro que sí, pero, en el mundo hay muchos hombres bellos. Sí, es famoso ¿Y qué? Es un ser humano como tú y como yo, que en algún momento tuvo nuestros mismos sueños. No puedes ir por la vida idolatrando a alguien, eso no está bien...

Sentí que la que hablaba era mi madre y me sentí muy mal al comprender que esas palabras estaban cargadas de mucha razón. Xander era una persona como yo, que sentía hambre, frío, tristeza, alegría, que se había enamorado alguna vez, había llorado la pérdida de un ser querido, que se enojaba, que tenía un mal día e incluso podría llegar a enfermarse. Era un ser humano, como yo.

Luego de haber tenido esa pequeña reflexión me di cuenta que durante muchos años había estado persiguiendo el estereotipo de hombre perfecto que veía en Xander, y...

¿Si la realidad era otra?

¿Si ese hombre no era como yo esperaba?

¡Matías!

De nuevo en mi mente, obligándome a poner los pies sobre la tierra. Él era mi realidad, quien había estado conmigo en las celebraciones de la familia, con quien compartía lindas pláticas al final del día. Era él quien había sido mi compañero por casi 3 años y con el cual tenía planes de bodas para principios del año entrante.

Miré mi teléfono y marqué su número.

—¿A quién llamas? —preguntó Anette.

—A mi novio —respondí.

—¿Tienes novio? ¿Tú? ¿La chica que estuvo a punto de violar a Xander Granderson en el pasillo de LAMDA? —rió a carcajadas.

Puse los ojos en blanco ante tal despliegue de sarcasmo, pero preferí ignorar dicho comentario, al fin de cuentas ya estaba acostumbrada a ese tipo de burlas.

—¿Shirley? —era la voz de Matías.

—¡Amor! —dije.

Mi corazón se aceleró.

—¿Dónde diablos andas metida? —preguntó con cierta molestia en su voz. —Te he estado llamando y la operadora me dice que estas fuera del área de servicio.

—Estoy en Londres —dije sin titubear.

—Te parece si paso por ti esta tarde para... —se quedó callado de repente —¿Qué? ¿Cómo dijiste? ¿Londres? —soltó una sonora carcajada —. Ay amor, deja de andarte metiendo cosas raras

—rio nuevamente.

—Dile a mi madre que estoy bien, que la llamé anoche y no pude comunicarme con ella — dije sin inmutarme ni siquiera un poco.

—Un momento ¿Estás hablando en serio? ¿Cómo es eso de que estás en Londres? A ver, explícate ¿Qué clase de broma es ésta?

—No es ninguna broma, fui elegida para estudiar en una prestigiosa academia de actuación acá en Londres —expresé con total tranquilidad.

—No entiendo ¿Desde cuándo eres actriz? Seguramente fue ese amiguito tuyo que te metió esas ideas locas en la cabeza.

—Nadie mete ideas locas en mi cabeza. Hice algo que deseaba hacer desde hace mucho tiempo. Algo diferente —la conversación adquirió un tono acalorado.

—¿En qué parte de Londres estas exactamente? Iré a buscarte en cuanto pueda.

—Estoy en Londres y punto. No quiero que vengas a buscarme. Te llamé sólo para decirte que estoy bien —me sentí indignada ante la actitud de

mi novio.

—Nena, es una locura ¿Y nosotros? ¿Qué pasará con nuestros planes? —Matías sonó angustiado.

—Los planes siguen en pie. Al menos que quieras cambiarlos —hice una pausa. Sentí que un nudo se formaba en mi garganta—. No me pidas que renuncie a esto. Esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Luego de un breve silencio.

—Está bien mi amor, respeto tu decisión. Espero verte pronto.

Aunque Matías pareció quedarse tranquila, yo sabía que no lo estaba, buscaría la manera de que yo cambiara de opinión.

—Adiós. Cuídate. Te Amo.

Finalicé la llamada antes de que su lado dominante saliera a relucir.

Anette me miró algo confundida. No me había dado cuenta que mi conversación con Matías había transcurrido en español.

—¿De malas pulgas? —dijo Anette

—Sí. Está molesto y no lo culpo. Me vine sin decirle nada.

—¡Wow! Eres tremenda.

Bajamos del auto y entramos al departamento.

Nos vestimos con ropas más cómodas y nos dispusimos a cenar y charlar acerca de nuestras vidas. Aprovechamos la noche para conocernos a fondo y afianzar una linda amistad.

Los días transcurrieron uno tras otros y era la misma rutina, pero era una rutina que poco a poco aprendí a amar. Despertaba, me vestía, desayunaba y me iba con Anette a la Academia. En la academia asistía a las clases y aprendía cada día un poco más y mientras más aprendía, más me enamoraba de ese mundo.

Descubrí que realmente poseía un don para la actuación.

En las clases de improvisación siempre era la que obtenía los mejores comentarios de la profesora Jones. Poco a poco me fui haciendo

amiga de todos los profesores y algunos chicos de los últimos años que ya eran actores en ascenso y ellos me daban consejos y tips para mejorar.

Un día que me encontraba en la clase de Hoffman, Xander apareció en la academia y no supe por qué razón, sólo veía que él y el profesor Vincent conversaban mucho últimamente.

Esa mañana él había llegado sin previo aviso. Yo estaba inmersa en mis apuntes y al levantar mi mirada, allí estaba él. Había posado su mirada posada sobre mí y por instinto sonreí al verlo, dando una impresión relajada y despreocupada, mientras mi corazón palpitaba desahogado.

El caminó hacia Hoffman, y aunque mis ojos sólo deseaban ver a Xander y detallar su perfecta anatomía, bajé mi mirada y la clavé nuevamente en mi libreta de apuntes. No podía permitirme el lujo de exponerme frente a Xander. No quería que él pensara que yo era una muchachita más del montón, que sucumbía antes sus encantos con tan solo mirarme. En todo momento traté de

mostrarme calmada y sin ningún tipo de interés afectivo hacia él.

Al finalizar la clase, ya me disponía a retirarme, pero la voz de Hoffman me detuvo.

—Señorita Sandoval —me giré en dirección a mi profesor para encontrarme con la dulce mirada de Xander que se encontraba a su lado —Tenga. Ya lo calificué y déjeme decirle que esta impresionante. Es usted muy talentosa con la pluma —agregó el profesor y me guiñó el ojo.

—Gracias profesor por tan lindas palabras, pero no es para tanto —me puse roja como tomate. Sujeté mi ensayo y sin más, me dispuse a retirarme cuando...

—¿Me permites? —esa dulce voz frenó mi impulso de marcharme.

¿En verdad él estaba interesado en mi trabajo?

Estaba realmente sorprendida. Lo miré y mi corazón se aceleró. Saqué fuerzas de lo más profundo de mi ser y le entregué el ensayo a Xander.

—Véalo con calma y cuando finalicé por favor déjeselo al profesor Hoffman. Debo retirarme. Voy tarde a Dramaturgia —dije con total aplomo. Dentro de mi, la *fangirl* reprimida gritó como loca posesa.

Una vez en el pasillo, noté que temblaba como una gelatina. Ese hombre me ponía mal. Estar frente a él era lo más espectacular que podía pasarme, pero a la vez, lo más frustrante.

Los días continuaron su curso.

Xander visitaba la academia de vez en cuando y charlaba con el profesor Hoffman. A veces daba charlas y talleres de técnicas de actuación. Yo solo me limitaba a ser una alumna más.

Cada vez que lo veía era como un sueño. Su sonrisa era tan cálida y su voz tan fascinante. Si Xander Granderson me derretía el alma sin conocerlo, verlo tan cerca, disolvía todos mis sentidos. Con él era con quien realmente ponía en práctica mis aptitudes actorales, ya que por dentro estaba gritando de locura y por fuera era lo más

impasible posible.

A principios de abril, Redman vino a mí con una propuesta maravillosa, quería que me presentara con el grupo de teatro de la academia en las afueras de los *Premios Lawrence Olivier*, algo que sin duda ayudaría a impulsar mi carrera como actriz. Participar en dicho evento me daría la oportunidad de ser vista por grandes de la actuación y si tenía suerte, la posibilidad de ser vista por algún productor.

No hizo falta pensármelo. Acepté de inmediato.

El día llegó y desde muy tempranas horas de la mañana me estuve preparando. Anette me ayudó. Eso de ser la consentida de Scott Redman tenía sus ventajas pues conté con la ayuda de un asesor de imagen que en los últimos días, trabajó arduamente en un cambio de look para mí. Ya no tenía la apariencia de la chica ingenua que había llegado a Inglaterra 4 meses atrás. Tenía cierto aire de Diva, aunque fuese sólo en apariencia, pues por dentro

seguía siendo la misma chica soñadora.

Llegué a las instalaciones del *Royal Opera House* donde tendría lugar la premiación. Yo no tuve acceso a la gala como tal, pero tenía una credencial que me daba acceso a cada una de las tarimas dispuestas a los alrededores del recinto.

Yo caminaba de un lado al otro, sintiéndome como dentro de una película donde la protagonista era yo. A mis pies una alfombra roja me hacía fantasear con la idea de mí caminando del brazo de algún apuesto acompañante.

La multitud gritó como enloquecida.

Al girarme pude percibir una esbelta silueta que emergía de un vehículo negro, al acercarme lo vi, era Xander. Se veía tan guapo, majestuoso y elegante en un traje negro de corte clásico y pajarita negra. Saludó a todos y continuó su trayecto. Mi corazón se aceleró como siempre lo hacía al notar la presencia de tan imponente caballero.

Me concentré en lo que se me había asignado, buscar a Redman. Faltaban escasos

minutos para que comenzara la función y se había suscitado un inconveniente con la iluminación así que por ser la más allegada a Scott, la profesora Jones me había encomendado la tarea de buscar a Redman, pues según ella, era Scott el indicado para solventar el inconveniente.

Escaneé el lugar con mi mirada y en el momento que di con Redman mi corazón se aceleró un poco más...

¡Genial! Lo que me faltaba.

Redman conversaba con Xander.

Reuní todo mi valor, respiré profundo y me coloqué el antifaz de mujer profesional.

—¡Oh! Profesor Scott, acá esta. Tengo rato buscándolo —dije al acercarme dando la impresión de no haber notado la presencia de Xander. Él se giró hacia mí mostrándome su bella sonrisa, la más perfecta y hermosa sonrisa del mundo—. Señor Granderson —saludé con diplomacia, aunque por dentro las ganas de arrebatarme en sus labios eran inmensas.

—Dime Xander, por favor —dijo sin

desdibujar la sonrisa de su rostro. Nuestras miradas se conectaron por cuestión de segundos y pude ver por primera vez el verde y el azul profundos y únicos de sus ojos.

Suspiré internamente.

—¿Para qué me buscabas, querida? —la voz de Scott me sacó del trance en el que me había sumergido.

Agité mi cabeza para ordenar mis pensamientos.

—La profesora Jones lo busca, está detrás del escenario, es para algo relacionado con los focos. Ella dijo que usted sabía de lo que se trataba— respondí.

—Xander... —la voz de un caballero desconocido surgió de la nada y el nombrado se giró en busca de quien lo llamaba. Aproveché la breve interrupción para alejarme de allí antes de comenzar a temblar como una hoja de papel.

Me acerqué al escenario y me preparé para salir a escena. Hubiese dado lo que fuese por que Xander hubiese estado allí, viéndome, pero

me tuve que conformar con ver decenas de personas reunidas allí, con el único fin de disfrutar de nuestras interpretaciones. Me sentí especial y di lo mejor de mí, como siempre lo hacía.

Mi participación en la obra fue breve, así que apenas terminé me dispuse a pasear y ver los diversos performance que se suscitaron a continuación.

Desde ese día no volví a tener ningún encuentro cercano con Xander. Él no fue a la academia por un largo tiempo, pues se encontraba muy ocupado con sus asuntos. Al menos eso era lo que había oído en una conversación entre Hoffman y Redman.

Parecía mentira que ya el primer año fuese a culminar. Me sentí tan llena, plena, realizada y feliz.

Mi relación con Matías se mantuvo vigente. Él fue un par de veces a verme en Londres y tratando todo lo posible de llevar la relación lo más que pudiéramos, al fin de cuentas, ambos nos queríamos.

Los días pasaron, los exámenes finales llegaron y yo obtuve las mejores calificaciones, me sentía como pez en el agua. Por fin había encontrado mi lugar en el mundo. Al fin estaba haciendo algo que me apasionaba de verdad.

Una mañana como cualquiera, todos los estudiantes de primero y segundo año fuimos convocados a un casting.

Días previos, Hoffman solicitó los expedientes de cada estudiante que quisiera participar a fin de elegir a los actores por sus méritos. Aunque yo era la mejor estudiante del primer año, decidí no presentar mi expediente para dicho casting, pues deseaba prepararme mejor y hacer mi debut real en teatro ya en el segundo año, cuando me sintiera más capacitada. Quería que mi debut fuera algo majestuoso. No obstante, asistí para acompañar a Anette y a Christopher, quienes si habían decidido participar.

Entré a la sala y me ubiqué en la parte trasera del auditorio para no molestar. Poco a

poco fueron llegando uno a uno los estudiantes.

Al cabo de un rato apareció el Profesor Hoffman.

—Buenos días, estudiantes. Muchos de ustedes se preguntaran a que se debe este casting. Mi deber es informarles, que éste performance será el primero de una serie de presentaciones, dentro del marco de lo que será el nuevo programa de Teatro Contemporáneo Experimental, el cual estará a cargo de un chico muy especial para nosotros. Será su debut como productor de Teatro y está hoy con nosotros para elegir a su equipo de trabajo. Recibamos con un fuerte aplauso a nuestro querido amigo, Xander Granderson.

Todos los presentes comenzaron a aplaudir, algunas chicas comenzaron a gritar de emoción ¿Y yo? sentada al final del salón.

Cuando vi entrar a Xander, me arrepentí de no haber presentado mi expediente para el casting. Sin embargo, ya el mal estaba hecho. Nuevamente una oportunidad desperdiciada por mis estúpidos miedos.

Me llené de ira, tomé mi Ipod y subí el volumen al máximo. Me sentí como la gran idiota que era. Me di la vuelta y me puse a garabatear cosas en mi libreta. Quería olvidar que Xander estaba a unos cuantos metros, eligiendo actores para trabajar y que yo era la perdedora más grande del planeta.

Me aislé dentro de mi burbuja y me perdí en mis pensamientos para no sentirme más mal de lo que ya me sentía.

¿Qué rayos es esto? ¿Un proyecto dirigido por Xander? ¿Por qué demonios no supe nada al respecto sino hasta hoy? Las preguntas sonaban una tras otra en mi cabeza.

Había escuchado entre pasillos que Hoffman se traía algo entre manos, y que había convocado a todos los estudiantes de los primeros años, pero no sabía que Xander tuviera algo que ver.

Estúpida, eres una tonta. Me regañó la voz de mi consciencia.

La música dejó de sonar y miré mi Ipod. La batería se había agotado.

De imprevisto sentí una gran tensión sobre mí, como si alguien me miraba fijamente. Me giré y noté que todos me observaban.

—¡Sí! Tú. Ven acá —dijo Xander e hizo un ademán con su mano para que me acercara.

No entendía que era lo que estaba pasando.

Me levanté de mi asiento y me dispuse a ir en dirección a él.

Noté que algunas de las chicas presentes, me miraban con un atisbo de rabia en sus ojos y mis amigos solo sonreían.

Seguí caminando.

Mientras más me acercaba a Xander, mi ritmo cardíaco iba acelerando.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—¡Sí! ¿Por qué la pregunta? —respondí.

—Pues no has dicho nada ¿Estás de acuerdo?

—Un momento, me perdí ¿De acuerdo con qué?

—Con el protagonista. Quiero que seas tú la protagonista —indicó él.

—Pe-pero yo no presente mi expediente. No entiendo que está sucediendo —me giré en dirección al Señor Redman en busca de alguna explicación, pero tan sólo obtuve una mirada cómplice por parte de Scott.

—Redman me dio tu expediente ayer, y vaya que es bueno, tienes mucho potencial —alegó Xander con total seriedad.

Las chicas presentes comenzaron a murmurar y a mirarme con mucho desprecio.

—Creo que es un error, yo no...

—No es justo, ella no quiere el papel, además no presentó expediente por voluntad propia —una voz femenina me interrumpió.

—No me importa. Yo soy el productor de la obra... —contestó Xander mirando a la chica que había hablado. Me miró a mí—. Quiero que tú seas mi protagonista.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Xander quería que yo trabajara con él.

Me quedé muda.

No sabía que decir.

—¿Puedo tomar eso como un sí? —indagó él mirándome con preocupación. Yo asentí con mi cabeza—. Bien, todas las personas que nombré, por favor ir al Taller 7. Nos reuniremos allí en unos minutos —puntualizó Xander. Se giró, se acercó y me tomó de la mano—. No tengas miedo, sé que lo harás bien —se acercó más a mí y me abrazó fuertemente—. Lo harás bien. Confío en ti —susurró.

Yo me perdí en el eco de su voz.

5

¿Esto está sucediendo realmente? Pensé.

—¡Andando! —dijo él y me soltó. Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Asentí y dejé que él fuera delante de mí. Yo lo seguí.

Llegamos al taller 7 y allí nos esperaban algunas personas más. Entre ellos estaban Margaret y Christopher. Rápidamente me acerqué a ellos.

—¡Hola, de nuevo! —saludó Xander en tono chistoso.

Todos los presentes soltaron una leve carcajada.

Xander se sentó en el escritorio central y yo me dispuse a sentarme al lado de Margaret, quien me miraba con una sonrisa pícara.

—Como todos saben, esto es una iniciativa para promover el Teatro Contemporáneo. Es un programa netamente experimental —Xander habló con total profesionalismo—. Ustedes están aquí porque yo los elegí y serán los pioneros en esto —

se levantó de su asiento, tomó un libro del escritorio, se puso sus lentes y comenzó a ojear las páginas—. La obra elegida es El Murciélago de Johann Strauss —todos comenzaron a murmurar—. Si lo sé, es una Opereta, pero recuerden que acabo de utilizar la palabra “experimental” y por lo tanto, será una adaptación. No se preocupen. No tendrán que cantar nada. La obra ha sido adaptada para Teatro —hizo una breve pausa y me miró—. Al menos que tú quieras deleitarnos con tu voz —tomó una carpeta de su escritorio y comenzó a caminar en dirección a mí—. Leí en tu expediente que también cantas —comentó mientras se acercaba más a mí. Yo me sonrojé y no pude evitar encogerme de hombros.

—Es solo un pasatiempo —dije.

Sus ojos se clavaron en los míos. Mi corazón se aceleró.

Perderme en esos ojos de mar era la tortura más divina que podía experimentar.

—Pasaré por cada uno de sus asientos y les haré entrega de una copia del libreto. Por favor

concéntrense en cada uno de sus personajes. Solo tenemos dos meses para montar el performance — dijo él e hizo entrega de una copia del libreto a cada uno de los presentes—. ¡Rosalinda! —indicó al llegar a mí.

—¿Qué? ¡No! Mi nombre es Shirley — respondí.

Xander se carcajeó.

—Me refiero a tu personaje. Tú serás Rosalinda —nuevamente esos bellos ojos me miraron—. La dulce y bella Rosalinda. Claro que sé que tu nombre es Shirley —dijo mi nombre, sus dulces labios pronunciaron mi nombre. Mi mente divagó—. Hey ¿Estás bien? —preguntó moviendo su mano frente a mi rostro.

Yo espabilé.

—Sí. Bien. Rosalinda. Bien. Lo capté — balbuceé.

Xander no pudo evitar soltar otra carcajada, para luego alejarse y ocupar nuevamente su escritorio.

—Normalmente los estudiantes de los

primeros años no son elegidos para presentarse frente al público, pero por ser un programa especial, estoy haciendo una excepción. Además, sé que ninguno de ustedes me decepcionara...

Xander continuó hablando. Dio indicaciones y dejó claro cuando y donde serían los ensayos. Iba a verlo todos los días durante los próximos dos meses.

Una vez finalizada la reunión, todos nos levantamos de nuestros asientos y algunos comenzaron a intercambiar sus números telefónicos. Me quedé un rato con Margaret y Christopher, charlando de trivialidades, mientras Xander charlaba con los demás. No podía evitar mirarlo con el rabillo del ojo, ver como sonreía me hacía sentir dentro de un sueño. Ese hombre definitivamente no era de este planeta.

En un momento lo perdí de vista, así que supuse que se había marchado, al fin de cuentas era un hombre muy ocupado, tendría sus responsabilidades pendientes. Había comenzado a imaginar tantas cosas cuando de repente...

—¿Shirley? —oí una voz a mi espalda que me hizo temblar—. Estoy tomando nota de los números telefónicos de todos, para mantenernos en contacto —Xander extendió su móvil hacia mí.

¡Oh por Dios...su móvil! La fangirl reprimida dentro de mí, gritó con locura. Tomé su móvil entre mis trémulas manos y respiré profundamente, disimulando mi elevado grado de exaltación.

—Muchísimas gracias por la oportunidad —Christopher se acercó a nosotros.

—No hay nada que agradecer. Es un placer contar con personas tan talentosas como ustedes —respondió Xander a Christopher—. ¿Anotaste mi número? —levanté mi mirada para darme cuenta que hablaba conmigo. Me pareció que su pregunta era capciosa, pues él no me había dado su número. Mis manos temblaron exageradamente.

—Lo siento, aún no se manejarlo muy bien. Es nuevo —mentí para que no se diera cuenta de mi nerviosismo.

—No te preocupes. Permíteme —él sujetó

mi móvil entre sus manos y rápidamente tecleó su número y lo guardó.

«*El número telefónico de Xander Granderson está guardado en la memoria de mi móvil*». Nuevamente, la alocada fangirl dentro de mí, gritó.

Xander charló con nosotros por un rato más, pero yo no pude concentrarme en lo que él decía, solo me limité a verlo y detallarlo...

Su cabello rojizo estaba hacia atrás, pulcramente peinado, un par de ojos azules con manchas verdes y grises, sus labios delgados y rosados, se movían sin parar, él hablaba, pero yo no escuchaba, me estaba embebiendo con su imagen. Una nariz perfilada, perfecta...

—Shirley...

Sacudí mi cabeza y me di cuenta que Xander, Anette y Christopher me miraban con el ceño levemente fruncido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi amiga.

—Sí. Lo estoy. Solo pensaba...

—Lo harás bien —Xander puso su mano en mi hombro—. No te preocupes.

Después de un rato más, Xander se despidió y se marchó. Junto a él, se iban mis suspiros silenciosos y mis deseos reprimidos de decirle que lo amaba.

Llegué al apartamento y Anette estaba en la cocina preparando la cena. En cuanto me vio, me bombardeó con preguntas. Le conté todo lo acontecido y se alegró mucho por mí. Luego de un rato, me retiré a mi habitación, telefoneé a mis padres y a Matías, para darles las noticias. Todos se alegraron enormemente por mi éxito.

Ese fin de semana transcurrió en completa normalidad. Yo me dispuse a aprenderme el libreto y a memorizar cada una de mis líneas.

Rosalinda era un personaje realmente complejo y por momentos me sentí frustrada por no lograr captar su esencia. Anette me ayudó a practicar y a enfocarme en el personaje, una que otra vez me sorprendió cantando los diálogos,

pues era algo inevitable, pues la mayoría de los diálogos estaban en prosa.

Varias veces me vi tentada a llamar a Xander con alguna tonta excusa, decirle que había ciertas cosas del libreto que no entendía, pero no, no debía demostrar la ansiedad que tenía por verlo.

Matías aparecía en mi cabeza constantemente para recordarme quien era mi realidad. Él era mi novio aún y le debía respeto. Lo quería y lo extrañaba, así que ese fin de semana aprovechamos que él no estaría de guardia para desvelarnos hablando vía Skype.

El día del primer ensayo llegó.

Desperté llena de ansiedad.

Me vestí con lo mejor que tenía en mi guardarropa, arreglé mi cabello y maquillé mi rostro de manera sublime, tal como si me preparara para una cita. Anette me observaba y no dejaba de reírse y hacerme bromas.

Aunque el ensayo era en la tarde quería irme

preparada para la academia, pues no tendría tiempo de regresar al apartamento para cambiarme.

Una vez lista, Anette y yo nos fuimos a la academia.

No supe si era la ansiedad que me embargaba, pero el tiempo pasó muy lento. La mañana se me hizo eterna. Tenía sólo dos clases: Expresión Corporal con la profesora Jones a primera hora y Proyección Escénica con Hoffman para finalizar la jornada e irme hacia el teatro donde ensayaríamos.

Hoffman había conseguido la manera de que ensayáramos en el Donmar, uno de los teatros más prestigiosos de la ciudad y en el cual Xander se había estado presentando a principios del año.

Al entrar en el teatro, pude ver que algunos de mis compañeros habían llegado. Por inercia, comencé a buscar a Xander con la mirada, pero no lo vi.

Margaret y Christopher se me acercaron y me saludaron. No los veía desde la semana

pasada, pues lamentablemente nos habían dividido en dos grupos. Yo había quedado con Jones y ellos estaban con el profesor Tyler, así que aprovechamos que Xander aún no llegaba para ponernos al corriente de todo.

—Buenas tardes a todos —su voz llegó a mis oídos como una dulce melodía. Mi corazón se aceleró. Giré rápidamente y allí estaba él, en ropa casual, con un par de anteojos que lo hacían lucir algo mayor de lo que era y algunos libros entre sus brazos. Se veía totalmente adorable.

—¡Buenas tardes! —dijimos todos los presentes al unísono.

Xander respondió con una sonrisa y se dirigió hacia el escenario, dejó los libros sobre el suelo y luego se sentó en una silla dispuesta para él.

Nos habló acerca de la obra, de su historia y puntualizó cada personaje, dándonos una idea de cómo debíamos canalizarlos.

Yo, embelesada. Lo miraba sin prestar

atención a lo que decía.

—Rosalinda —dijo Xander. Caí de la nube en la que estaba flotando, al reconocer que se refería a mi personaje—. ¡Oh! Mi Rosalinda. Ella es un personaje frágil, pero a la vez muy tenaz. Pícara, coqueta y toda una dama —agregó mientras bajaba las escaleras del escenario y caminaba en dirección a mí—. ¿Culpa de quién? —me miró fijamente.

Capté de inmediato que era lo que estaba haciendo. Era una técnica muy usada por la profesora Jones. Ella citaba un fragmento de la obra al azar para poner a prueba nuestros conocimientos acerca de la misma. Agradecí mentalmente que Anette había insistido en repetir mis líneas una y otra, pues había valido la pena. No tuve problema alguno para seguir el juego de Xander.

—¿Culpa suya? ¿Culpa de qué? —dije.

—Sí, únicamente por su culpa —intervino Christopher.

—¿El señor notario? —repliqué yo.

—¡Eso no es verdad! —argumentó Xander, sonrió ampliamente y me apuntó con su dedo índice—. Genial, veo que si se estudiaron el libreto —hizo una breve pausa y miró a Christopher—. Muy bien hecho —le dijo—. Ahora todos. Vamos a hacer un repaso de la obra con libreto en mano.

Todos hicimos caso a su orden y comenzamos uno a uno a interpretar nuestros personajes. Xander a su vez hizo pequeñas correcciones y nos dio consejos para proyectar la voz.

Día a día fueron pasando los ensayos y todo marchó de maravilla. Xander estaba realmente feliz por la elección del elenco. Todos éramos súper talentosos y dedicados.

Margaret como Adele, una interpretación sublime.

Christopher como Gabriel Von Eisenstein, era realmente regio.

Yo por mi parte, traté de aportar mi gracia a Rosalinda, y entre actuación coqueteé de vez en

cuando con Xander, aunque él solo lo tomó como parte de mi actuación.

Con el tiempo, entre Xander y yo se forjó una linda amistad, basada en la confianza plena. A tal punto, que yo lo llamaba por teléfono cada vez que tenía una duda con respecto a mi personaje, así solo fuera una excusa para oír su voz o verlo.

Algunas veces, él iba a mi residencia, donde charlábamos largas horas acerca de las obras de Shakespeare y la adicción de Xander por ellas.

Noté que él no perdía oportunidad para bromear conmigo. Me jugaba bromas en el Teatro y era totalmente adorable conmigo, mientras yo trataba de no perder el contacto con mi realidad. Él era mi jefe, mi guía y de cierto modo mi mentor, y le debía respeto ante todo.

Así fueron transcurriendo los días.

Una noche, antes del estreno de la obra, tuve un encuentro con la dura realidad. Una realidad que me abofeteó rudamente en la cara. Cuando pensaba que sería una noche especial, la maldita realidad me recordó que no era más que una tonta

ilusa.

Esa noche tendría lugar una cena con todos los actores de la obra. Celebraríamos el haber logrado hacer el trabajo en el tiempo estipulado.

Ese día usé un vestido rojo ceñido al cuerpo que me llegaba un poco más arriba de las rodillas. Una larga manga cubría mi brazo izquierdo y mi brazo derecho estaba completamente al desnudo. En la parte del busto se podía apreciar un efecto de transparencia que era causado por la tela de encaje. La parte difícil fueron los zapatos, eran realmente altos. Me aportaron elegancia e hicieron que mi imagen fuese más estilizada de lo normal.

Anette procuró maquillarme con tonos entre terracota y grises para mis ojos, según ella para resaltar mis ojos ámbar, mis labios de un rojo carmesí, lo cual los hacía ver más carnosos de lo que eran, mi cabello cobrizo caía libre y en bucles sobre mis hombros y espalda. Al mirarme al espejo, me sorprendí mucho al ver el efecto que había causado la loción escarchada de Anette en mi bronceada piel. Esa noche estaba decidida a

demostrarle a Xander, que ponía mi mundo de cabeza.

Tomé las llaves del auto que Anette muy gentilmente me cedió y me dirigí hacia el restaurante.

Con cada metro que me acercaba, mis ansias crecieron más y más.

Finalmente llegué, bajé del vehículo y entré al lugar.

Pude divisar una amplia mesa en la parte central, donde estaban situados casi todos mis compañeros, pero Xander aún no había llegado.

Caminé hacia la mesa y saludé a todos los presentes, seguidamente me senté.

Pasaron aproximadamente quince minutos mientras yo charlaba con Margaret y Christopher. En el momento en que levanté mi mirada hacia la puerta, allí vino el duro golpe a mi cara. Una vez más la realidad se hacía mi enemiga.

Xander entró junto a una linda mujer que lo sujetaba del brazo.

¿Quién es ella? Fue lo único que pude

pensar.

Xander saludó a todos con una enorme sonrisa marcada en su rostro.

Él posaba para las cámaras y mujer a su lado, nunca se separó de él.

La mujer a su lado era alta y rubia. Ella también mostraba una sonrisa resplandeciente.

Mis planes se fueron abajo.

La tristeza se apoderó de mí ser y tuve que tragarme las lágrimas que amenazaban con salir a borbotones.

Cuando él llegó a nuestra mesa, me miró y me sonrió. Sentí el impulso de borrarle esa estúpida sonrisa de un golpe. Mi corazón se detenía lentamente. Una vez más, hice gala de mi mascara cargada de hipocresía.

Xander saludó a cada uno de los actores y presentó a la rubia de ojos azules como su “novia”. Tal palabra, me arruinó la noche.

—¿Estás bien? —me preguntó Margaret al cabo de un rato que habíamos comenzado a comer.

—Sí —respondí sin quitar la mirada de mi

plato.

—No has tocado tu comida —comentó ella.

—He perdido el apetito de repente —mi mirada fue dirigida hacia Xander, quien se encontraba al otro extremo de la mesa charlando amablemente con los demás.

—Algo te pasa. Cuéntame —indagó ella con notoria preocupación.

En ese instante, mis ojos comenzaron a asomar algunas lágrimas.

Me sentía muy mal

¿A quién pretendía engañar?

Estaba frustrada.

Los celos me quemaban por dentro.

Giré mi rostro a un lado para ocultar mi malestar a los ojos de los que estaban allí. No quería que nadie me viera en esas condiciones.

—Con permiso —me levanté de golpe logrando que todos se giraran a verme. Pude ver confusión en los ojos de Xander, sin embargo a esas alturas de la noche ya no sabía ni que creer.

Mi mente estaba empeñada en crear

ilusiones estúpidas.

Caminé de prisa hacia el tocador. Necesitaba estar sola.

Al llegar al sanitario, fue como si un botón se hubiese activado, liberando lágrimas y más lágrimas de mis ojos.

Estúpida realidad, allí estaba otra vez, burlándose de mí, recordándome que Xander era inalcanzable.

Lloré como nunca.

Sentí que alguien entraba y traté de ahogar mis sollozos para que no me descubrieran. Pero fue en vano. Fuese quien fuese se había percatado de mi presencia en el interior de aquel cubículo.

—¿Shirley? —la voz de Margaret me tranquilizó un poco—. ¿Qué te sucede? ¿Te sientes mal?

Yo sólo lloraba y lloraba, por más que intentara calmarme no lo lograba.

—No... es... nada...—respondí entre sollozos.

—¿Cómo que nada? Abre —me ordenó.

Esperé un rato y traté de controlar mi llanto—. Mírate nada más —comentó ella apenas abrí la puerta—. Estas hecha un mar de lágrimas ¿Sucedió algo malo en tu país? —Margaret se acercó con la intención de abrazarme.

—No nada de eso, es que yo... soy...—hice una pausa para tomar aire, pues comenzaba a ahogarme por culpa del llanto—. ¡Soy una estúpida! —levanté la voz.

Margaret se quedó en silencio observándome por unos segundos, agitó su cabeza como si estuviese consternada por haberse dado cuenta de algo.

—¡Oh no! No puede ser—se acercó más a mí y limpió una lagrima que rodaba por mi mejilla—. Estas enamorada de Xander.

No era una pregunta. Era una afirmación. Ella se había dado cuenta de mi secreto mejor guardado. Me sentí vulnerable y quebrada.

—No sé si esto sea amor, pero me siento cómo una idiota cada vez que estoy cerca de él. Las palabras se quedan atragantadas en mi

garganta.

—¿Desde cuándo está pasándote esto? — preguntó ella.

—Desde...— dudé—. Antes de conocerlo —confesé. Ella abrió los ojos como platos—. Por favor, no le digas a nadie. Me daría mucha vergüenza que él se enterara que soy su fan y que he fantaseado en secreto con él por años.

—¡Oh por Dios! Las cosas comienzan a tener sentido.

—¿De qué hablas? —sin darme cuenta, mi llanto había cesado.

—No es que seas frívola sin corazón.

—¿Qué? —me sentí horrorizada con semejante comentario.

—Christopher y yo pensábamos que Xander te caía mal y que solo te comportabas linda con él porque era el productor de la obra, pues cuando él se acercaba al grupo, tú te ibas. Tu humor cambiaba de golpe cuando él llegaba.

—Sí, siento muchas cosas locas por él. Soy una idiota. Haciéndome ideas equivocadas, con él

y su forma de tratarme, creyendo que él era especial conmigo.

—Y lo es. Xander te trata de un modo especial. Eso lo hemos notado todos.

—No digas estupideces. Xander me trata como a cualquier otro.

—No. No es cierto. Él te aprecia mucho. Sécate esas lágrimas y volvamos. Todos están preocupados por ti.

—¡Jah! Xander ni cuenta se habrá dado de mi ausencia, con lo entretenido que esta con su novia —dije con sarcasmo.

—Para tu información, ha sido él quien me mandó a ver que te sucedía. Aunque no lo creas, él se preocupa por ti. Sécate esas lágrimas y salgamos.

6

Luego de que Margaret me ayudara a retocar mi maquillaje, salí y me integré nuevamente a la velada.

Todos charlaban amablemente, a

excepción de Xander, quien me miró desde el instante en que aparecí por el pasillo hasta que me senté en mi asiento.

La noche transcurrió sin ningún otro contratiempo. Xander hizo un pequeño brindis en mi honor y me hizo sentir especial por unos minutos. Traté de sonreír y desbordar alegría, una alegría superficial porque mi corazón estaba partido en mil pedazos.

Al final de la velada, todos comenzaron a irse. Yo decidí hacer lo mismo. Me levanté de mi silla y me despedí de los pocos que quedaban, entre ellos Xander y su “novia”.

Salí del restaurante con la única convicción de alejarme lo máximo posible de allí.

Iba caminando hacia el auto de Anette, sintiéndome derrotada. Dentro de mí, las incommensurables ganas de llorar amenazaban con empapar mi rostro.

De repente, oí mi nombre.

—¿Shirley? —alguien gritaba mi nombre.

Me giré y lo vi.

Era Xander.

Mi corazón se precipitó.

Fingí que no lo había escuchado y continúe caminando.

—Hey, detente, no me hagas correr con este traje —dijo él.

Me detuve, respiré profundo y giré.

—¿Qué sucede? —pregunté ásperamente.

—¡Oye! Realmente, no tengo ni idea de que lo que te sucede ni por qué clase de situación estés pasando. Sólo quiero que sepas que cuentas conmigo —dijo amablemente mientras se acercaba a mí.

—No te preocupes. Estoy bien. No pasa nada —le respondí manteniendo un tono de voz apático. Sin más, traté de alejarme de allí.

—¡Hey! —él me sujetó del brazo—. ¿Qué te sucede? ¿Problemas de pareja? —me tomó de la mano tiernamente.

Mi corazón dio un brinco.

—No, nada de eso. Estoy bien. Mañana haré un buen trabajo, no te preocupes, mis problemas

personales, no influyen en mi carrera —le indiqué tratando de apartar mi mano de la suya.

—¿Qué pasa? ¿Te incomoda? —él bajó su mirada hacia nuestras manos entrelazadas y la soltó—. Disculpa. No fue mi intención incomodarte. Sólo quiero que sepas que cuentas con un amigo, para lo que sea —comentó con esa típica sonrisa que me derretía el alma.

—¿En serio? ¿Un amigo? —había sarcasmo en mi voz.

—¡Claro! Puedes hablarme con total confianza —expresó él.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta? ¿Tan buena actriz era? Me sentía realmente llena de ira e impotencia ¿Cómo podía ser tan ciego?

—Por cierto. Luces realmente preciosa esta noche —comentó—. Yo sonreí—. ¿Ves? A eso me refiero —dijo chistoso—. ¡Arriba esos ánimos! Que sea lo que sea, no vale la pena, para que borres semejante sonrisa tan bella de tu rostro —me abrazó fuertemente.

No pude aguantarlo más.

Lo besé.

Sus labios respondieron positivamente a los míos, sus dulces labios se movieron junto a los míos. Su lengua invadió mi boca y nuestros alientos se acompasaron al mismo ritmo. Sus manos recorrieron mi cintura, mientras nuestras lenguas hacían una danza celestial...

—¡Hey! —su voz me despertó del trance. Caí de golpe a la realidad nuevamente al ver como agitaba su mano frente a mi rostro—. ¿A dónde te has ido?

—¿Qué? ¿Cómo? —yo estaba confundida.

—Te fuiste por un momento.

—Yo...lo siento —intenté hablar.

—Como te decía, nunca dejes de sonreír —finalizó, me dio un dulce beso en la mejilla y me guiñó el ojo.

Se dio la vuelta y regresó al restaurante.

¡Por todos los cielos!

Ese fue el beso imaginario más delicioso de toda mi vida.

Me subí en el auto, lo encendí y me marché

a casa.

Durante todo el camino no dejé de pensar en él. Xander estaba tatuado en mi alma y no podía dejar de pensar en la mujer que lo acompañaba.

¿La amaría?

¿Cuánto tiempo tendrían juntos?

Lo último que había oído de él en un programa de chisme, era que estaba saliendo con una empresaria. Rogué internamente que esa mujer no fuese nada serio para él.

«¿Que se supone que estás haciendo?» vociferó la odiosa vocecita en mi cabeza «Él nunca será tuya. Bájate de esa nube. Recuerda que tú tienes tu novio» Era verdad. Yo tenía a Matías, con el cual estaba comprometida. No tenía por qué estar deseando esas cosas. Al contrario, debería alegrarme porque Xander era feliz.

Al llegar a mi departamento dejé las llaves en la mesa al lado de la puerta principal. Anette estaba despierta viendo la TV.

—¿Qué tal la velada? —preguntó al verme.

No le contesté y pequé de maleducada.

Pasé de largo hacia mi habitación sin ni siquiera mirarla.

Entré a mi alcoba y me encerré en ella.

Miré el poster de Xander y lo arranqué con rabia.

Lo rompí en pedazos, tal cual él había roto mi corazón.

Desperté.

Ya había amanecido.

Me di cuenta que tenía puesto el vestido de la noche anterior, así que me levanté y rápidamente me metí en la ducha.

Me vestí e intenté desayunar algo, pero mi pena no me lo permitió. Anette pasó a mi lado pero no me dirigió la palabra. Me imaginé que estaría molesta por haberla ignorado la noche anterior.

—¿Estas lista? —preguntó ella.

—Sí —contesté tomando una manzana del mesón.

—¿Podrías contarme que sucedió anoche?

¡Ayer me dejaste con la intriga! —se apresuró Anette en hablar.

—Nada, no pasó nada y eso es lo que más tristeza me da —le contesté sin poder ocultar mi malestar.

—¿Cómo que nada? ¿Y el plan? ¿Qué sucedió?

—¿Qué sucedió? —algunas lágrimas se asomaron en mis ojos—. Xander llegó con su novia. Eso fue lo que pasó —solté sin poder frenar mi llanto.

Anette se acercó a mí y me abrazó.

Yo me aparté. Lo último que necesita era la compasión de alguien. Me sentía molesta, ansiosa, celosa y muy triste.

Tomé mi bolso y sonreí a medias.

—¡Vámonos! —le rogué a mi compañera de piso.

Ella tomó las llaves de su coche y nos dispusimos a irnos para la Academia.

Ese día no habría ensayo pues en la noche sería el estreno de la obra.

Llegamos a la Academia y seguí con mi vida normal. Clases, profesores, entrenamiento, exámenes y charlas de vez en cuando con mis compañeros.

Salí más temprano de lo normal, así que tomé el subterráneo y me fui a casa sin esperar a Anette.

Al llegar a mi departamento, tomé la portátil de mi amiga, me conecté y le escribí a Matías. Él respondió casi que enseguida.

Matías Santonini Viernes 14:03

Hola amor ¿Qué tal todo por allá?

Shirley S. Viernes 14:04

Bien. Hoy es el estreno de la obra, estoy muy nerviosa.

Dr. Matías Santonini Viernes 14:05

No te preocupes nena, lo harás bien, ya verás.

Shirley S. Viernes 14:06

Sí, eso espero. Me he esforzado mucho.

Dr. Matías Santonini Viernes 14:08

Mi vida, te tengo una excelente noticia.

Shirley S. Viernes 14:09

¿Ah sí? ¿Cuál?

Dr. Matías Santonini Viernes 14:10

En dos semanas salgo de vacaciones en el Hospital, así que podré ir a verte.

Me sentí feliz por el hecho de que ya no estaría tan sola emocionalmente hablando. Matías me ayudaría a sacarme la amargura reprimida hacia Xander.

Shirley S. Viernes 14:12

¡Oh! Eso es magnífico, anhelo tanto verte

Dr. Matías Santonini Viernes 14:13

Y yo a ti, mi cielo, te he extrañado tanto.

Dudé un rato mi respuesta
¿Yo lo extrañaba también?
Muy en el fondo, sí.

Shirley S. Viernes 14:15
También te extraño, cielo.

La conversación continuó por algunos minutos más. Platicamos de muchas cosas, de cómo le iba a él en el Hospital y algunas que otras anécdotas divertidas de él con sus pacientes.

Hicimos muchos planes para cuando él llegara a Londres.

Matías era mi realidad, él era mi novio y yo lo quería.

Xander me encantaba, pero yo estaba clara que eso no podía ser, en ese momento, inconscientemente, decidí vivir mi realidad.

La noche se acercaba, y eso significaba que tenía que comenzar a prepararme para ir al teatro.

Esa noche era el estreno tan esperado de la obra.

Me duché nuevamente, me vestí, tomé mi abrigo, mi bolso y me marché.

Al llegar al teatro, pude ver que la mayoría de los actores ya estaban casi listos, me apresuré en ponerme mi vestuario y comenzar a maquillarme.

—Allí estas. Pensé que no llegarías. Estaba aterrado —dijo Xander con cierto alivio en su voz.

—Claro que estoy acá ¿Por qué pensaste semejante cosa? —pregunté.

—Te estuve llamando y no contestabas —dijo él.

Tomé mi bolso y saqué mi móvil, miré la pantalla y efectivamente tenía tres llamadas perdidas de Xander. Me encogí de hombros, estaba avergonzada.

—Lo tengo en silencio —dije mientras le mostraba la pantalla.

—Lo importante es que estas acá. Prepárate. Comenzamos en una hora—indicó y se marchó.

A medida que los minutos pasaban, los nervios crecían más y más. Xander corría de aquí para allá, arreglando uno que otro detalle. Se paseó por todo el teatro comprobando la iluminación, la música y los elementos de utilería. Él estaba realmente enfocado en que todo saliera perfecto.

—¡Todos a sus puestos! —anunció con total euforia faltando quince minutos para que el diera inicio el espectáculo.

Todos nos dispusimos tras el escenario, por orden de entrada.

Estaba esperando para entrar cuando escuche...

—*¡Mucha mierda! ¡Mucha mierda!*

Todos decían eufóricamente y no entendí por qué. Miré a Xander en busca de una respuesta.

—Significa, buena suerte —me aclaró.

En ese momento comprendí que las costumbres del teatro eran realmente extrañas.

La música comenzó a sonar y sentí que alguien tomó mi mano, al girarme...

—Rómpete una pierna —dijo Xander con ternura.

Salí y me dejé llevar. Yo, una principiante sobre el escenario, frente a más de 200 personas. Pude sentir la mirada de cada uno de los espectadores clavada en mí.

Salieron uno a uno mis compañeros.

Primero Margaret, luego Christopher.

Xander nos observaba desde la parte lateral izquierda del escenario. La sonrisa de satisfacción en su rostro nos tranquilizó y nos hizo sentir seguros de lo que hacíamos.

El performance transcurrió de manera magistral.

Dejé fluir mis líneas.

Me paseé por el escenario con total maestría sin perder contacto visual con el público que miraba atento mi interpretación.

Al cabo de casi 2 horas, la obra había concluido y todos los presentes aplaudieron calurosamente.

El momento de la reverencia al público fue

mágico.

Pude sentir la adrenalina a mil, corriendo por mis venas.

Xander se acercó a mí y tomó mi mano. La alzó e hizo un gesto de reverencia hacia mí. La audiencia se negaba a dejar de aplaudir.

Una vez detrás de bambalinas, Xander nos felicitó a todos.

Hoffman apareció agitando una botella de champagne, la cual expulsó su contenido, mojándonos a todos.

—Todos han estado espectacular, sabía que no me equivocaba. Son grandiosos chicos —Xander estaba eufórico.

Entre tanta alegría y celebración, aproveché para escabullirme, pues aún no podía evitar sentir pesar por lo que había acontecido la noche anterior.

Tomé mi bolso y cuando ya estaba dispuesta a marcharme.

—¿A dónde vas? ¿No pensarás irte así nada más?

La voz de Xander hizo que me detuviera.

—Ehhhm... no me siento bien —dije rápidamente—. De hecho venía ya con un poquito de malestar.

—¡No! Espera —él se acercó a mí—. Tenemos pensado ir un rato a mi casa, tomarnos unas copas, comer algo, platicar...

—No creo que sea buena idea. De verdad, no me siento bien —respondí sin abandonar mis intenciones de marcharme.

Sólo quería salir de allí y alejarme de Xander.

Ya había tenido demasiada tortura psicológica por un día.

—Entonces, deja que te lleve a tu apartamento. Es la misma vía que tomo camino a mi casa ¡Insisto! —dijo antes de que yo respondería nuevamente con una negativa.

—No, Xander. No te molestes. Me iré con Anette. Ella está fuera esperándome.

—¿Te refieres a esa Anette? —señaló a mi amiga, quien se encontraba tomándose foto con los

demás miembros del elenco.

Me sentí acorralada.

Las excusas se me agotaron.

—No te preocupes por mí. Tomaré un taxi.

—No, nada de eso... —se interpuso en mi camino—. Yo te llevo—rebuscó entre los bolsillos de su pantalón y sacó las llaves de su auto. Se giró hacia los demás—. ¡Chicos! Me adelantaré. Llevaré a Shirley a su departamento y luego los alcanzaré en mi casa. Espérenme allá.

Salimos caminando uno al lado del otro. Xander con su elegancia y su masculinidad. Yo con mi cansancio y mi cara de malestar.

Unos destellos repentinos hicieron que Xander me sujetara del brazo y acelerara el paso.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Paparazis —dijo entre dientes.

Detrás de unos arbustos había dos sujetos con el único objetivo de fotografiar a Xander. Él se apresuró en llegar a su auto. Abrió la puerta del copiloto y abordé. De prisa se subió, encendió el coche y nos marchamos.

—Eso estuvo cerca —dijo él en tono divertido.

Solté una pequeña carcajada.

—Sí, muy cerca ¡Vaya ataque terrorista! — dije espontáneamente. Xander dejó escapar una gran carcajada, era raro que alguien riera con mis chistes malos. Él se giró y me miró a los ojos, yo desvié la mirada hacia la ventana, no sabía porque, pero mirarlo a los ojos se me hacia una proeza casi imposible últimamente.

El auto de Xander tenía su aroma, hierbabuena, canela y un toque de naranja. Si, ese era su perfume y yo lo conocía de memoria.

Durante el camino Xander estuvo gastándome una serie de bromas. Me contó muchos chistes y trató desesperadamente hacerme reír. Mientras, yo trataba de buscarle algún defecto, algo que me ayudara a comprender que él no era perfecto, pero no encontré nada.

Debía buscar una forma para aprender a no quererlo.

Algo realmente muy difícil.

Llegamos a mi departamento y sin más preámbulos desabroché mi cinturón de seguridad, al mismo tiempo Xander bajó y se apresuró en abrirme la puerta.

—Con cuidado —extendió su mano para ayudarme a salir.

—Muchas gracias, amable caballero —le correspondí con una sonrisa.

Él besó mi mano en gesto de cortesía.

—Que descanses Shirley, hoy estuviste increíble.

Él se acercó y me dio un beso en la mejilla.

Yo no pude evitar sonreír como como hiena descerebrada.

Caminé hacia la puerta de mi casa, la abrí y giré por última vez para verlo. Él estaba recostado a su coche, observándome fijamente. Levantó su mano y la sacudió para despedirse.

Imité su gesto.

Entré, cerré la puerta y me apresuré a ver por una pequeña abertura.

Él seguía allí, mirando fijamente la puerta.

¿Por qué no se iba? ¿Qué era lo que estaba esperando?

Subí las escaleras y rápidamente abrí la puerta de mi departamento. Corrí hacia la ventana y me asomé.

Aún estaba allí.

Extendí mi brazo, encendí la luz y me asomé de nuevo.

Él sonrió y agitó su brazo en alto. Yo hice lo mismo.

Abrí mis ojos de golpe al darme cuenta que no había ido a la academia. Salí de un brinco de la cama y cuando estaba a punto de telefonar al profesor Hoffman para disculparme por mi ausencia, recordé que nos habían dado el día libre porque el profesor saldría de viaje por asuntos académicos. Suspiré de alivio.

Al salir de mi cuarto, encontré a Anette tendida en el sofá completamente inconsciente. Imaginé que la fiesta habría estado muy prendida, así que fui a la cocina a preparar café. Uno doble

para ella.

—Buen día, chica fiestera —dije. Ella sonrió y abrió lentamente sus ojos—. ¿Qué tal la velada?

—Bien —contestó sin más y recibió la taza de café que le entregué.

—¿Cuántas travesuras hiciste? —le pregunté mientras se incorporaba.

—¿Qué? ¡No! Nada de travesuras. Me porté muy bien —respondió bruscamente—. Fue una velada muy linda.

Decidí no hacerle más pregunta al notar su actitud hostil. Ella trató de levantarse pero se mareó y cayó de bruces contra el sofá.

—¡Oh por Dios Anette! ¿Cuánto bebiste?

—Mucho. Mi cabeza estallara en cualquier momento —contestó mientras trataba de ponerse de pie.

—¿A qué hora llegaste? Estuve despierta como hasta las cuatro y no te sentí llegar —indagué un poco.

—Emmmm...yo —Anette parecía nerviosa

—¿Xander te trajo? —pregunté por simple curiosidad.

—No, Xander no hizo nada —soltó de repente.

—¡Hey! Cálmate un poco, no es para tanto o acaso sucedió algo de lo que no debo enterarme.

—No, nada. Todo está bien. Deja de hacer tantas preguntas. Pareces mi madre —comentó con molestia para luego alejarse en dirección a su alcoba.

Algo muy raro estaba sucediendo con Anette.

Comí rápidamente y me dispuse a dirigirme hacia el teatro, al respectivo ensayo del día.

Tomé el subterráneo.

Era temprano así que me lo tomé con calma y paseé un rato por las calles de Londres, la cuales son realmente hermosas.

Faltando pocas calles para llegar al Donmar, fui sorprendida por una lluvia torrencial, de repente el cielo había comenzado a caerse en pedazos.

Corrí de prisa hacia un toldo que sobresalía en la entrada de un restaurante, para resguardarme mientras pasaba el aguacero. Habían varias personas paradas allí, esperando lo mismo que yo.

—El clima está loco —le comenté a un caballero que se acercó corriendo, también resguardándose de la lluvia.

Fijé mi mirada al frente, sin percatarme de los que estaban a mi lado. Sólo deseaba que la lluvia cesara para irme al teatro. Mis ansias por ver a Xander eran inmensas.

—¿Shirley? — esa voz llegó a mis oídos.

Me giré hacia el hombre que acababa de llegar, al cual acababa de hablarle. Mi corazón se aceleró.

—¿Xander? ¡Oh por Dios! ¿Qué haces aquí? ¡Mírate! Estás todo mojado— me acerqué a él y comencé a pasar mis manos sobre su chaqueta, tratando de secar el agua que escurría.

—Tú también estás empapada —comentó él y me acomodó un rebelde mechón de mi cabello detrás de la oreja.

Sentir su tacto y su aliento rozar sutilmente mi rostro, me hizo olvidar todo lo malo.

7

Mi corazón latía aceleradamente.

—¿Qué haces aquí? ¿Y tu coche? —pregunté algo confusa.

—Tomé el subterráneo. El tráfico es una pesadilla y más cuando llueve —respondió él sin dejar de mostrar esa bella sonrisa que lo caracterizaba.

—No creo que sea apropiado ensayar con el clima así —argumenté ante lo obvio.

—Tienes razón. Le avisaré a todos que el ensayo se cancela —sacó su móvil.

—Le avisaré a Christopher y a Margaret —comenté.

—No. No hace falta. Los tengo a todos en una lista ¿Ves?

En su voz pude percibir algo de ansiedad, pero no le di importancia

—El mismo mensaje se lo envió a todos —insistió—. Ya que estamos aquí ¿Te apetece una taza de café? Mientras esperamos que se calme la tormenta. Yo invito.

¡Wow! ¡Increíble! Xander Granderson me estaba invitando a tomar un café con él. Ni en mis

sueños más locos había imaginado algo así.

—Adelante —me indicó rodando la silla para que me sentara.

—Gracias —contesté con voz temblorosa.

—¿Por qué estas nerviosa? —preguntó él.

Su interrogante me cayó por sorpresa. Pensaba que me estaba comportando normalmente como siempre, serenamente, pero no me había percatado que desde el momento en que nuestras miradas se habían cruzado, mi auto-control se había ido al carajo. Temblaba como una hoja de papel y comenzaba a sudar a pesar del frío que hacía.

—¿Cómo? ¡No! ¿Nerviosa yo? ¡Pfff! Claro que no, es solo que... —comencé a balbucear— ...nunca había tomado un café con una celebridad —le susurré con cara avergonzada.

Él soltó una carcajada ante mi comentario y yo sonreí tímidamente.

—¿Cómo te has sentido? —abrí mis ojos con sorpresa. Nuevamente me sentía sorprendida. La pregunta de Xander fue muy directa.

«¡Oh por Dios! ¿Tan obvia he sido últimamente? ¿Se habrá dado cuenta de que me duele verlo con otra? ¡Qué tonta he sido!» pensé.

—Eh... bien. Supongo —me encogí de hombros, sin saber que más decirle.

—Lo digo por la obra. Imagino que es una gran experiencia para ti — comentó.

Me relajé un poco al ver que sus preguntas no tenían nada que ver con lo que yo pensaba

—Muchas gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? —él se sorprendió ante mis palabras.

—Por darme la oportunidad y por confiar en mí —mi agradecimiento fue muy sincero.

El simple hecho de estar con él allí, en ese lugar, era motivo para agradecerle al mismísimo Dios.

—No hay nada que agradecer, eres muy talentosa. Te mereces esto y mucho más.

Estábamos él y yo, frente a frente, hablando con las miradas, aunque no logré descifrar lo que él decía. Su actitud me hizo pensar muchas cosas.

¿Y si tal vez yo le gustaba? Tal vez era un hombre tímido que no se atrevía a decírmelo a la cara.

«Un hombre tan guapo, talentoso, varonil y sexi, no puede ser tímido. Al menos no con las mujeres» pensé mientras mis ojos detallaban su anatomía. Tenía hermosas y grandes manos, dedos largos y delgados, que deseé que me tocaran entre caricias. Quería su tacto quemando mi piel, sentir su barba de dos días rozando mi espalda, mientras sus manos recorrían mis piernas. Deseé enredar mis dedos en ese cabello húmedo. Ese rizado y cobrizo cabello hizo que mi pulso se acelerara. Quería perderme en sus brazos, besar, lamer y arder en cada centímetro de su nívea piel.

El sonido de mi móvil hizo que saliera de esa erótica ilusión en la que me había sumergido.

—¿Diga? —contesté sin percatarme de quien era. Una voz masculina me saludó. Era Matías.

¡Rayos! Dije internamente.

De haber visto la pantalla y haber sabido quién era, no habría contestado. Me tocó atender la

llamada, no podía colgar sin más.

Miré a Xander. Él me miró con algo de inquietud.

—Hola amor. Sí. Muy bien —di gracias al cielo de que el hombre frente a mí no hablara español.

Le indiqué a Xander que me retiraría un momento para atender la llamada y que volvería en unos minutos. Me levanté y me alejé de la mesa, para charlar con mi...¿Novio?

—Sí. Te oigo —le dije a Matías, quien al parecer tenía problemas con la señal.

—*Ahora soy yo quien no te oye bien ¿Dónde estás?* —Matías sonó irritado.

—Estoy en un restaurante, cerca del teatro. Espero que la lluvia se calme un poco —le indiqué.

—*¿Estás sola?*

—No. Estoy con mi...—titubeé— jefe.

Matías sabía lo mucho que admiraba a Xander y las cosas extrañas que sentía con tan sólo ver una foto suya, así que opté por no decirle

directamente con quien estaba, sin embargo Matías supo exactamente de quien se trataba.

—*¿Tu jefe? ¿Querrás decir ese actorcito que tanto te gusta?* —allí estaba de nuevo, ese tono molesto que últimamente había estado presente durante nuestras conversaciones.

—Es mi jefe y punto. Lo veo como tal y lo trató como tal, deja tus celos estúpidos. No comiences otra vez—esa vez no le toleraría sus tonterías.

—*Bien, bien, bien. No comencemos a discutir por ese tipo ¿Cómo estás?* —dijo por zanjada la discusión.

—Bien. Un poco agotada, pero bien.

—Me alegro, mi vida. En un par de días salgo de vacaciones y podré ir a verte. Te extraño demasiado.

—También te extraño...—por una extraña razón, sentí que le mentía.

Conversamos por algunos minutos más, mientras mi mente estaba con Xander en aquella mesa. Él se veía algo incómodo. Miraba a todos

lados con impaciencia. De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban y me brindaba una media sonrisa entre la cortesía y la molestia.

Una vez finalizada la llamada, volví a la mesa junto a Xander para encontrarme con una cálida sonrisa de su parte. Se veía tan hermoso con el cabello húmedo y algo enmarañado, chaqueta de cuero negra sobre una camiseta blanca, un pantalón jean azul oscuro, algo ajustado y sus zapatos negros pulcramente lustrados. Aun después de haberle caído un chaparrón de agua encima, se veía glorioso.

—Lamento haberme tardado—me disculpé en cuanto me acerqué a él.

No sé si fueron ideas mías, pero Xander se comportó algo extraño. Parecía distante y por momentos estaba completamente serio. Era como si algo le perturbara.

Charlamos un largo rato, acerca de todo mientras esperábamos que la lluvia cesara. Entre cafés y bizcochos, transcurrieron casi veinte minutos.

Al pasar de los minutos, el lugar seguía llenándose más y más. Muchos transeúntes resguardándose de la inclemencia climática. Xander se vio obligado a acercarse su silla hacia mí, para poder escucharme.

No me di cuenta en qué momento sucedió, pero Xander había pasado su brazo por encima de mis hombros y yo inconscientemente me había acurrucado a su lado. Sentí el calor de su cuerpo. El olor de su piel, su perfume, mezclado con el olor a humedad golpearon mis fosas nasales y produjeron olas de placer en mí. Su rostro estaba tan cerca del mío que pude saborear su aliento.

—¿Xander? ¿Shirley? —la voz de un caballero hizo que nos separáramos de golpe.

—¡Christopher! —me sorprendí al verlo allí, mojado de pie a cabeza.

«Y así se arruina un momento perfecto» pensé.

—¿Qué hacen acá? Estuve esperando un rato en el teatro y no llegó nadie—comentó Christopher.

—¿No recibiste el mensaje? —le pregunté. Se suponía que Xander le avisaría a todos.

—No —se encogió de hombros—. No recibí nada.

—Lo siento, tal vez tengo mal tu número —dijo Xander tratando de disculparse.

—¡Siéntate!—lo invité a unirse a nosotros—. Ya que no habrá ensayo, tómate un café con nosotros.

Aunque la idea de que un tercero se nos uniera no me gustaba en lo más mínimo, era lo más lógico que podía hacer, al fin de cuentas Xander y yo éramos solo “amigos”, y se vería extraño que él y yo estuviésemos abrazados en medio de un lugar de gastronomía portuguesa en pleno Londres mientras tomábamos café y charlábamos a “solas”.

En cuestión de minutos mi atención se había enfocado en Christopher y la fastidiosa monografía sobre “*La Divina Comedia*” que nos había asignado la profesora Jones y era para dentro de dos días, de la cual no llevaba escrita ni una línea.

Pude percibir la incomodidad de Xander. Su

semblante se había endurecido y aunque él trató de disimularlo, supe que no estaba a gusto con la presencia de Christopher.

—Buenos chicos. Me tengo que ir —dijo Xander de repente—. Espero que terminen de pasarla bien —se levantó de golpe con esa cara de pesar que había tenido durante los últimos minutos. Lo miré algo intrigada, deseaba saber si se encontraba bien ¿Cuál era la razón de su repentino cambio de humor? Él se inclinó para besar mi mejilla—. Nos vemos en la noche.

—De acuerdo —sujeté con fuerza su mano.

—Cuídate —me guiñó el ojo—. Hasta luego —se despidió de Christopher, para luego salir del lugar.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

Solté un suspiro y sonreí como idiota.

Al girarme hacia mi amigo, éste me observaba con una mirada inquisitiva.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

—¿Qué ha sido qué?

—¿Por qué se ha ido? ¿Y por qué tú te has quedado lela viéndolo mientras se iba?

—Supongo que tendrá algo que hacer —respondí bruscamente—. Y yo no lo veía así, como dices.

—Él se ha ido porque yo llegué.

—¿Qué estás diciendo? Claro que no, solo... se tenía que ir.

—¡Ay por Dios Shirley! No puede ser posible que seas la única que no se ha dado cuenta.

«¿De qué rayos está hablando Christopher?» Me encogí de hombros.

—La manera en que él te mira, como se comporta cuando estas presente. Todos lo hemos visto.

—Estás loco. Él no me mira diferente resto. Se comporta igual, como siempre.

—Cree lo que quieras, pero es más que evidente que le gustas —sentenció Chris—. ¿Nos vamos? La lluvia ha cesado.

Asentí sin decir ni una palabra, estaba en

shock por la afirmación que acababa de hacer Christopher.

¿Xander sintiéndose atraído por mí?

Era un disparate.

Los próximos días pasaron rápidamente, entre clases en la academia y las funciones en el Teatro.

Xander se aparecía de vez en cuando con su “novia” y yo me llenaba de amargura y rabia. Y aunque Christopher y Margaret decían y me aseguraban que Xander se sentía atraído por mí, lo de debía alegrarme, no, en vez de eso, me confundían, pues Xander estaba actuando muy distinto en los últimos días. Cuando él estaba sólo con nosotros, era un encanto conmigo, pero bastaba que su novia estuviera presente en alguno de los ensayos, para que él se comportara como un cretino.

A medida que los días fueron transcurriendo, mi relación con Xander se fue deteriorando. Casi llegamos al punto de relacionarnos sólo por trabajo.

De alguna manera, yo levanté un inmenso muro entre los dos, era mi defensa para no sufrir.

—Según éste artículo de esta revista, la boda está pautada para finales de mes —comentó Margaret una tarde mientras comíamos y esperábamos a los demás.

Ella tenía entre sus manos el más reciente ejemplar de la revista donde hacían una reseña de la vida amorosa de Xander, haciendo un repaso por su relación oficial con *Adeline Richards*, la afamada actriz de teatro, pasando por las tantas relaciones que se le rumoraron después de la ruptura con ella, llegando al polémico hecho de una foto de Xander junto a una dama en las playas de Maui y de la cual decían que era su actual pareja, con la cual supuestamente, según esa revista, Xander se casaría a finales del presente mes.

Sentí una dura estaca, llena de veneno, clavándose en mi débil corazón.

—Pues, que sea muy feliz. No me importa

—dije con rabia.

—Sabes exactamente que si te importa — Margaret lanzó la revista a un lado. —¿Cuándo rayos piensas hablar con él y decirle lo que sientes?

—¿De qué rayos hablas? ¿Hablar con quién? —me levanté bruscamente.

—¡Oh vamos! Sabes exactamente de que hablo, no te hagas la loca.

—¡No sé de qué hablas! —tomé mi bolso. No estaba dispuesta a aguantar su sermón.

—Alto allí Shirley, deja de huir, debes afrontarlo, sé adulta de una buena vez. Lo quieres.

—Es solo un tipo de admiración. Él es mi jefe y le debo respeto —dije con algo de frustración en mi voz. Me sentí tan expuesta.

—¡Cálmate! —dijo entre dientes —Yo no soy tu enemiga, al contrario, solo deseo ayudarte ¿O crees que no me he dado cuenta lo mal que la pasas cada vez que esa mujer aparece por aquí?

—Ya déjame en paz —le di la espalda para marcharme de allí. Ella me sujetó del brazo.

—Debes tomar la decisión de una buena vez. Habla con Xander y dile lo que sientes y...

—Y mandar todo al carajo. Que nuestra relación laboral se vea afectada.

—¿Relación laboral? ¡Por Dios, Shirley! Estas muy mal. No pasa un día en que tus cambios de humor no nos afecten. Ya pareces bipolar y eso no es normal. No es sano para ti...

—Él no siente lo mismo que yo —la interrumpí.

—¿Estas segura? ¿Él ya te lo dijo?

—No, pero...

—Pero nada. Se lo dices y que sea lo que Dios quiera o pasa la página. Concéntrate en tu novio. Ya deja de torturarte haciéndote ideas.

—¿Ideas? ¿Cómo cuáles? Que yo sepa los únicos que me han metido ideas en la cabeza han sido tú y Christopher —bajé la guardia. Margaret tenía razón, me estaba comportando como una niña.

—Te he visto desojando margaritas, “me quiere, no me quiere”. Haces cada test de cada

revista que te consigues “¿Es él, el amor de tu vida? ¿Les gustas?” ¡Por Dios! Pareces una adolescente —solté una carcajada ante tal comentario—. Además de que hay algo, lo hay, él te mira de manera especial y eso no lo puede ocultar, que tú no te quieras ver, es otra cosa.

—Está comprometido, Margaret. Se va a casar —me resigné a la derrota—. Lo mejor es dejar las cosas así.

—Debes arreglar las cosas. Día tras día, la tensión crece entre ustedes y eso ya comienza a incomodar al resto del elenco. Al menos hazlo por el bien de la obra, si de verdad te importa— solicitó mi amiga.

Una vez terminada la función de esa noche, me preparaba para marcharme. No tenía el coraje suficiente para encarar a Xander y hablarle de mis sentimientos. La simple idea me aterraba. Sin embargo Margaret estaba empeñada en hacer el papel de Cupido.

—¿Y bien? ¿Lo harás? —me preguntó mientras yo recogía mis cosas.

—No —dije secamente para seguir en lo mío.

—No me obligues a llevarte a rastras para que hables con él —su voz sonó amenazante.

—¿Cuál es tu empeño? No entiendo.

—Debes hablar con él, confía en mí, sé porque lo digo —la voz de ella denotó que ocultaba algo. Había algo más y ella no quería decírmelo—. Si no lo haces tú, lo haré yo —sentenció. Se dio la vuelta— ¡Xander! —gritó su nombre.

Dejé caer mi bolso al darme cuenta de lo que hacía.

—¿Qué haces? No lo hagas —le rogué para que se detuviera, sin embargo hizo caso omiso a mi súplica.

Él la miró.

—¿Podrías venir un momento? Por favor —agregó ella.

—No lo hagas —le supliqué.

—Hazme caso Shirley, será lo mejor.

—Claro, en seguida voy —escuché que

Xander respondió

Yo solo quería que la tierra me engullera y desaparecer de allí.

—Margaret, por favor, no...

Ella me guiñó el ojo.

—Suerte —dijo, se dio y se marchó.

—No te vayas —traté de ahogar las ganas de gritar.

Me giré despacio y vi como Xander se acercaba...

«*Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala*».

—¿Y Margarte? —preguntó Xander.

—Se fue.

—Pensé que tenía algo que decirme.

—En realidad soy yo la que tengo que hablarte.

—¿Ah sí? —él sonrió—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Es que...—mi corazón latía a mil —necesito charlar contigo acerca de algo.

—Muy bien. Dime —me apremió sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Me gustaría que fuera en un lugar más...

—¿Privado?

—Algo así—respondí con algo de vergüenza mordiéndome el labio.

—¿Te parece bien en el área de los camerinos?

—Sí. Hagamos algo. Yo iré a buscar mis cosas y te alcanzo allá ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Él se alejó y yo sentí mí que los oídos me zumbaban. Me agaché para recoger mi bolso y el resto de mis cosas.

—¿Qué te dijo? —Margarte apareció de la nada.

Di un brinco del susto.

—¡Carajo! Pensé que ya te habías ido.

—¿Irme? ¿Sin saber en que concluye esto?

¡Nunca!

—Aun no le he dicho nada. Hablaremos en un momento ¿Crees que sea buena idea?

—Claro que sí. Ya te quitaras la incertidumbre. Si él no corresponde pues normal,

sigues adelante, pero ya no tienes esa duda carcomiéndote día tras día.

—¿Me esperarás?

—Obvio —dijo Margaret sonriendo con malicia.

Me encaminé hacia los camerinos, ideando una a una cada frase que le diría a Xander. Comenzaría con algo como:

“Xander, escúchame. Necesito contarte algo que lleva varios días robándome la paz. Desde hace unos años atrás que soy gran admiradora tuya. Digamos que soy tu fan y...”

No, no y no. No podía decirle eso. Él podría pensar que soy loca obsesiva. Contemplé nuevamente las palabras que le diría:

“Xander. Debo ser sincera contigo, me pareces un hombre encantador, sumamente inteligente y talentoso. Lo que creí que era una simple admiración, con el tiempo me he dado cuenta que es algo más. Me gustas. Siento que te quiero más que a un amigo. Entenderé si tu no sientes lo mismo por mí, pero necesitaba

decírtelo”

¡Sí! Eso sí sonaba mejor. Algo inteligente y a la vez sutil.

En el momento en que puse mi mano en el pomo de la puerta y estuve decidida a abrirla, una voz femenina me indicó que Xander no estaba sólo. Sentí mi corazón galopar de prisa al percibir quien era su acompañante.

—Quería darte la sorpresa.

—Me dijiste que llegabas en una semana. He hecho otros planes.

—Terminamos los diseños antes de lo previsto y pues, decidí venirme. Te extrañaba demasiado —dijo Anna, la novia de Xander.

Me asomé por un huequito y pude ver como ella besaba a Xander repetidas veces en el cuello mientras él la abrazaba por la cintura. Mi corazón se quebró.

—¿Recuerdas la casa de la playa de tu amigo Albert?

—Si ¿Qué pasa con ella? —preguntó Xander.

—Logré que nos la cediera para nuestra luna de miel. Sé lo mucho que te encanta el lugar, así que esta vez seré yo quien te complazca.

—Pensé que querrías pasar la luna de miel en Irlanda, en la granja de mi abuelo.

—Sí, mi vida, me encanta ese lugar, pero también sé que tu pasión por el mar no tiene límites. Además, es una propiedad privada, así como en Maui ¿Te acuerdas? Estaremos solos, tu y yo, apartados de la civilización ¿Qué te parece?

—Me encanta. Esa idea es fabulosa.

Noté que ambos se habían quedado callados y mi estúpida curiosidad no se pudo contener, tenía que husmear.

Al asomarme nuevamente por el pequeño agujero de la puerta, vi como Xander devoraba la boca de su mujer. Sentí como mi corazón se terminó de quebrar. Ya no había nada que hablar, me había quedado claro que Xander amaba a su prometida. Hablarle acerca de mis sentimientos sería un grave error.

¡Estúpido corazón! ¿Por qué te empeñas en

amar a la persona equivocada?

Me di la vuelta y salí corriendo de allí.

Mis lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lloras? —me interceptó Margaret.

En el momento en que iba a responderle, Xander salió agarrado de la mano de su perfecta novia.

—Eso —dije mirando a la linda pareja que venía distraída hablando de su idílica luna de miel.

Margaret se giró en dirección a ellos. Una mueca de horror se hizo presente en su rostro.

No pude aguantarlo más y reventé en llanto, al mismo instante que caminaba hacia la puerta de salida.

Miré hacia atrás y me encontré con el rostro confundido de Xander. De alguna manera, deseaba que él supiera que esas lágrimas que brotaban de mis ojos eran por su culpa.

8

Salí corriendo del teatro, mientras la voz de mi amiga rogaba por mi atención.

Caminé y caminé sin rumbo por casi quince minutos mientras las lágrimas cubrían mi rostro y el gélido viento golpeaba mi rostro.

Llegué a la estación del subterráneo y lo abordé. Mi llanto había cesado pero sentía un gran dolor en mi pecho.

Tonta, tonta y mil veces tonta. Esto te pasa por andarte haciendo ilusiones. Me reproché a mí misma. Enamorarse sola de una celebridad era normal, siempre y cuando no conocieras a la celebridad, era muy distinto cuando una relación platónica pasaba a ser real.

Convivir con Xander durante los últimos dos meses había causado un gran caos interno dentro de mí, a tal punto de que ya comenzaba a preocuparme por mi propia salud mental.

¿Y si me estaba volviendo loca?

Nuevamente las lágrimas salieron a borbotones.

Llegué al departamento y me encerré en mi habitación. Esa noche me decidí a llorar todo lo que mi alma aguantó. Necesitaba sacarme ese amor imposible del corazón. Lloré por todas las estúpidas ilusiones que había creado en mi mente. Mi corazón estaba harto de sentir dolor e inconscientemente clamó a gritos por Matías, ese compañero fiel, que a pesar de las adversidades siempre estaba allí para mí. Él me amaba...

¿Quién mejor que él para curarme el corazón?

Dos semanas pasaron y día tras día me dediqué a dar lo mejor de mí sobre el escenario, manteniéndome impasible, totalmente profesional y concentrada en mi trabajo. Mi relación con

Xander cambió rotundamente. No había “amistad”, solo una relación netamente laboral. Me concentré en mi relación con Matías y nada más.

El calendario marcaba 16 de agosto. Matías llegaba ese día.

—Iré a buscar a Matías ¿Me prestas tu coche? —le pregunté a Anette, quien veía la tv. Ella tan sólo levantó su brazo sin siquiera girarse y señaló hacia la mesa, donde estaban las llaves.

Yo las tomé y me fui.

Al llegar al aeropuerto, tuve que esperar un rato más, el vuelo de Matías estaba retardado por mal clima.

Mientras esperaba sentada en una de las bancas, un grupo de chicas comenzaron a observarme fijamente. Noté que se decían cosas entre ellas. Me sentí muy incómoda cuando vi que se acercaban a mí.

—¡Oh sí! Es ella —dijo una de ellas.

Me levanté con la intención de alejarme de allí.

—Tú eres la chica de la obra. La que dirige Xander Granderson ¿Cierto? —comentó otra de las chicas con notoria emoción.

Me quedé de pie, intacta en el mismo sitio a medida que ellas se acercaban con sus rostros sonrientes...

—Sí. Soy Shirley Sandoval—respondí algo sorprendida.

—¿Podrías darnos un autógrafo?

—Por favor —dijo la más alta de todas mientras me hacía entrega de un de sobrante del boleto de la obra.

Se los firme con todo gusto y cariño. Seguidamente las chicas hicieron gestos para tomarse una foto conmigo. Yo solo sonreí.

Me sentí grandiosa. Habían sido mis primeras admiradoras.

Dar mis primeros autógrafos fue una sensación muy gratificante.

Matías llegó a mi mente y me apresuré en llegar a la zona de arribo. Caminé de prisa, casi corriendo, hasta la puerta que anunciaba la llegada

del vuelo 259 de Air France, en el cual Matías había hecho trasbordo durante su escala en París.

En el momento que logré divisarlo, comencé a hacerle señales.

Me apresuré a su encuentro y en cuanto lo tuve cerca, lo abracé y le di un beso en los labios. Un beso en el cual expresé tantas ganas reprimidas, aunque esas ganas que sentía no fuesen por él, sino por alguien más.

Me separé para verlo a los ojos. En su mirada pude percibir tanto amor, el suficiente para llenar mi corazoncito. Lo volví a abrazar.

—Yo también me alegro de verte, mi vida —dijo Matías entre risas.

Me sentí muy feliz de verlo, tal vez por el hecho de que en realidad sí lo quería.

Esos días juntos, me ayudarían a aclarar mis sentimientos y nuestra relación se fortalecería. No me sentiría tan sola y vacía. Con Matías a mi lado todo sería distinto.

Mis ojos escrutaron su rostro, Matías era hermoso. Era poseedor de una tierna sonrisa y una

mirada oscura, profunda e intensa de esas que llegan al alma.

—¿Qué sucede? Actúas como si tuvieras años sin verme —dijo con algo de gracia.

—Te he extrañado mucho —dije y lo volví a besar.

Matías era parte fundamental de mi vida, él era quien me mantenía en contacto con la realidad.

Llegamos al departamento y Matías saludó a Anette con cariño. Ellos habían afianzado una bonita amistad durante su última visita en Londres.

Pasé de largo hacia mi habitación para acomodar las maletas. Miré mi reloj y noté que la hora del ensayo se acercaba. Era sábado y aunque no tenía clases en la academia, la obra era una responsabilidad ineludible, a la cual últimamente asistía simplemente por cumplir ya que mi corazón se resquebrajaba cada vez que Xander hacía acto de presencia.

El simple hecho de verlo me afectaba en sobremanera.

—Matías. Amor, ven —lo llamé desde mi cuarto.

—¿Sí? ¿Qué sucede? —apareció de inmediato.

—En un par de horas tengo que irme. Tengo función hoy, no sé si te quedas descansando o vienes conmigo.

—Voy contigo, mi vida. Muero por verte en acción.

Al cabo de algunos minutos, Matías yacía de pie en la entrada de la cocina, vestido con un pantalón gris oscuro a rallas, camisa manga larga de cuadros blancos y negros a medio abotonar, el cabello húmedo algo despeinado que le daba un toque relajado a la imagen de médico recién graduado. Comimos y nos marchamos al teatro. Anette le haría compañía a mientras yo me presentaba.

Llegamos al teatro y saludé a todos. Presenté a Matías como mi novio y luego me dirigí a la parte frontal del escenario, ubiqué a Matías y a Anette en los mejores puestos del recinto. Algo

que era costumbre en mí, siempre que estaba con Matías, era sentarme sobre sus piernas, pues allí me sentía segura y entre sus brazos me sentía amada, así que mientras charlábamos un rato y los demás se preparaban, me acurruqué en su regazo.

No me di cuenta en qué momento llegó Xander. Su voz saludando a todos me hizo girar bruscamente para encontrarme con sus ojos. Él me miraba fijamente.

Luego de unos segundos de alternar su mirada entre Matías y yo, agitó fuertemente su cabeza para proseguir su camino hacia los camerinos, lo que indicó que ya debía ir a prepararme para la función.

Le di un beso a Matías y me retiré.

En el momento en que me aproximaba a la parte trasera del escenario, no pude evitar escuchar una conversación entre Xander y Margaret...

—¿Quién es ese chico? —preguntó él.

Pude percibir molestia en la voz de Xander.

—Es su novio —contestó ella con

naturalidad.

Capté que ambos hablaban de Matías y me uní a la conversación.

—¿Qué sucede? —pregunté con altivez.

—Hola Shirley ¿Qué tal? —de repente Xander se puso muy nervioso—. Solo le preguntaba a Margaret por el chico que estaba contigo, pues nunca lo había visto aquí.

Margaret decidió dejarnos solos.

—Es mi novio. Llegó hoy —le indiqué con rudeza. Últimamente hablar con Xander me ponía de mal humor.

—¡Ah! Entonces, las cosas se resolvieron ¿Me alegra bastante!

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas?

—Alguien me comentó que tu mal humor en los últimos días, se debía al hecho de que estabas teniendo problemas con tu pareja.

«*Pero... ¿Quién coño le ha dicho eso?*». La vocecita en mi cabeza refunfuñó.

Me quedé en silencio de pie frente a él, nuestras miradas se conectaron por breves

segundos y que vi un atisbo de tristeza en esos bellos ojos.

En el momento en que iba a preguntarle si se encontraba bien...

—Manos a la obra —dijo él y se alejó de mí...

...como quien huye de un fantasma.

Ese día era la última función de la semana y normalmente los chicos acostumbraban a irse de fiesta, tomarse algunas copas y distraerse un rato. Yo por mi parte siempre me negaba y me iba a dormir temprano como niña buena, pero en esa oportunidad me uní al grupo. Quería festejar que ya no estaba sola y que ya tenía con quien bailar y platicar, cuando llegara la hora en la que todos se ponían románticos.

Anette, Matías y yo estábamos decididos a irnos de juerga con Margaret y Christopher.

Anette abrió la puerta del coche y Matías me abrazó tiernamente mientras esperábamos, aprisionó mi cuerpo entre el coche y él.

—¡Hey ¿A dónde irán? —Xander apareció

de repente.

Margaret se giró hacia nosotros como preguntando con la mirada, si debía o no decirle a dónde íbamos.

—Absolut Ice Bar —contestó Anette.

—¡Genial! Los veo allá —Xander se subió en su auto y se marchó.

Permanecimos en silencio mientras observábamos como se alejaba el lujoso vehículo. Matías me abrazó nuevamente.

—¿Normalmente salen de fiesta con el jefe? —dijo él, rompiendo el incómodo silencio.

—¿Cómo? —pestañeé repetidas veces como si eso ayudara a que mis neuronas hicieran contacto.

—Normalmente no. No sé qué bicho le picó. Él no acostumbra a salir con nosotros —dijo Margaret con desdén.

—Bueno, bueno... ya basta de tanta habladuría ¿Nos vamos? —preguntó Anette, quien a mi parecer actuaba muy raro.

Me importó un bledo si Xander iba o no. Yo

quería divertirme y despejarme un poco, disfrutar con mi novio y dejar de lado tanto drama sentimental al cuál había estado sometida durante los últimos meses.

Llegamos al lugar y fuimos recibidos por un par de chicos que nos ofrecieron unos abrigos de tipo esquimal, todos de color azul. Al entrar nos encontramos con un sitio completamente hermoso, la decoración en su totalidad parecía estar hecha de hielo, lo que le hacía honor a su nombre, “*Bar Hielo Absoluto*” en español.

Para Matías y para mí era algo completamente nuevo, pero para los demás no, pues todos llevaban sus guantes de piel en sus respectivas carteras o bolsos.

Cuando íbamos por nuestra tercera ronda, vi llegar a Xander. Llevaba un traje espectacular, estaba muy bien arreglado, con su cabello peinado y rostro recién afeitado. Saludó a todos e inmediatamente le solicitó a la camarera que trajera un trago para él, quien al verlo le ofreció también un abrigo, el cual él rechazó. Yo agradecí

mentalmente que lo hiciera, semejante majestuosidad de traje y sensualidad de hombre no podía ser opacada por un hilarante abrigo.

Durante toda la noche estuvimos charlando de muchas cosas y como Matías no conocía los temas de los cuales hablábamos se limitó sólo a sonreír y asentir con la cabeza. A pesar de que dominaba muy bien el inglés, se sentía incómodo de estar rodeado de gente que recién conocía.

No pude evitar mirar a Xander una y otra vez, y aunque trate de hacerlo de manera disimulada, varias veces me encontré con su mirada, la cual me gritaba tantas cosas que yo no logré entender.

Transcurrieron casi dos horas. De repente, una mujer se acercó a nuestra mesa. Era Anna, la novia de Xander. Los celos me carcomieron.

—Bailemos, amor — me giré hacia Matías. Él accedió al instante.

Comencé a comportarme más cariñosa de lo normal, a darle besos tiernos mientras danzábamos en la pista y a reír por cualquier cosa que dijera.

Sentí la intensa mirada de Xander sobre nosotros. Vi que su novia le habló al oído, pero él no quitó sus ojos de mí. Desbordaba ira a través de sus ojos.

Deseé entrar en su mente y saber qué era lo que estaba pensando. Necesitaba saber algo ¿Por qué de repente le había dado por salir de fiesta con nosotros, si según Margaret nunca lo había hecho?

Matías y yo regresamos a la mesa al cabo de algunas canciones.

Xander se levantó bruscamente de su silla, se mostró descontento y un poco aburrido. Extendió su mano hacia su chica y la invitó a bailar.

Yo hice lo mismo con Matías.

Mientras Xander se mostraba feliz con su novia, yo hacía lo posible por verme doblemente feliz con Matías y así transcurrió gran parte de la velada, en medio de una guerra por mostrar quien era más dichoso con su pareja.

Al pasar de las horas, comencé a sentirme

muy mareada, Matías se dio cuenta y me sugirió que nos marcháramos. La bebida comenzaba a hacer estragos en mí.

Nos acercamos a Anette, quien también se mostró un poco ebria, por lo tanto accedió de inmediato y sin más, decidimos marcharnos.

Los tres salimos del sitio sin despedirnos de nadie, nos montamos en el auto y comenzamos a transitar las calles de Londres. Anette no sabía ni donde estábamos, así que estuvimos dando vueltas sin sentido por un largo rato.

Después de casi una hora dando vueltas por las calles y avenidas de Londres, pude percibir un aviso luminoso gigantesco que ponía: “*A Storyboard Wedding Chapel*” Era una Capilla de esas en la que uno puede casarse sin tanto papeleo y preparativos, una réplica exacta de “La capilla de Graceland”, la misma de las Vegas.

Una idea completamente descabellada se me metió en la cabeza.

A la mañana siguiente abrí mis ojos. Un fuerte dolor de cabeza se apoderó de mí. A mi

lado yacía el cuerpo desnudo de Matías. Llevé mis manos a mi rostro para terminar de despertarme y noté algo extraño en el dedo anular de mi mano izquierda. Una cascada de recuerdos me golpeó...

—*¡Detente!* —le dije a Anette casi gritando, lo que hizo que ella frenara de golpe.

—*¿Qué sucede?* —preguntó ella.

Yo abrí la puerta del coche como pude y jalé a Matías de un brazo para que se bajara también.

—*¿Qué sucede? ¿Qué hacemos aquí?* —preguntó él, mirando alrededor.

—*¡Casémonos!* —dije tambaleándome de un lado al otro.

—*¿Qué? ¡No! Estas borracha y no sabes lo que dices*—comentó Anette, quien se acababa de bajar del carro.

—*¡Ven Matías! ¡Es ahora o nunca!* —lo jalé una vez más del brazo, apremiándolo a seguir hacia el interior de aquella capilla.

—*¿Estás segura de esto?* —inquirió él.

Sólo pensé en Xander, en la gran

impotencia que sentí al tenerlo tan cerca y no poder decirle lo que sentía y el hecho de que él me restregara en la cara, lo feliz que era con su novia.

«¡Un momento! Yo también merezco ser feliz». Pensé.

—¡Si! Estoy segura ¡Vamos!

—Pero cielo... ¿Sólo seremos nosotros tres? Pensé que al menos querriás a tus padres y amigos estuvieran presentes en este gran día.

—Nada de eso. Esta es una decisión tuya y mía. Quiero casarme contigo ahora —me giré hacia Matías, quien tuvo que sostenerme fuertemente para evitar que me cayera.

—Estas muy ebria. No piensas con claridad —dijo él.

—Exactamente. Estoy desinhibida y no tengo miedo de pasar el resto de mi vida a tu lado —lo besé toscamente mientras él me correspondía.

Volví al presente de sopetón al ver el enorme anillo en mi dedo.

—¡Oh por Dios! Me casé.

9

No podía creer lo que había hecho, en medio de una borrachera había dado ese paso tan importante, el que tantas mujeres sueñan con que sea el día más hermoso y perfecto de sus vidas. Yo lo había tomado a la ligera, por impulso, por un capricho absurdo. Me había dejado llevar por la rabia y la impotencia. Me había dejado cegar por los celos.

Me sentí ruin y malvada por usar a Matías. Él se convirtió en una víctima inocente dentro de

mi despiadado juego. Lo que hice, lo hice para vengarme de Xander, sin tener claro si a él le afectaba lo que yo hiciera o dejara de hacer.

Matías me amaba y yo...

...yo ni siquiera sabía lo que sentía realmente por él.

Sentía algo muy especial, pero algo tan intenso como para casarme con él sin pensar en nada más, no.

¡Por Dios! «¿En qué momento dejé de amarlo?» La interrogante resonó con fuerza en mi mente.

—¿Amor? —la voz adormilada de Matías me sacó de ese momentáneo trance—¿Estás bien? —preguntó pasando su mano por mi espalda

—Mi cabeza va a estallar —intenté levantarme.

Estaba desnuda completamente desnuda.

Cerré mis ojos con fuerza en cuanto la luz del sol que se coló por la ventana y golpeó mis pupilas. Tomé una toalla y me metí a la ducha lo más rápido posible. Todo me daba vueltas. La

resaca era apoteósica.

«*¿Qué hice?*» pensé una y otra vez mientras el agua caía sobre mí.

Una escena un tanto borrosa llegó a mi mente. Xander me miraba fijamente con ojos tristes a la vez que sujetaba con fuerza a su pareja.

«*¡Un momento! ¿Xander intentó darme celos?*»

Sacudí mi cabeza con fuerza.

«*¡Imposible! No seas ilusa. Él no siente nada por ti*». Me respondió el diablillo que habitaba en mi subconsciente.

Nada de eso era justo para Matías.

«*Mierda y ahora... ¿Qué voy a hacer?*»

Mis pensamientos se negaban a callarse.

Salí del baño y Matías aún dormía. Me asomé a la habitación de Anette y también dormía. Eran aproximadamente las 11:00 am. Era sábado, así que no tenía Academia, ni ensayo. Preparé algo de comer, comí y el malestar se cesó un poco. En ese momento, mi resaca había pasado a ser una resaca moral.

Matías y yo tuvimos nuestro primer fin de semana como esposos, sin embargo yo no podía dejar de pensar en Xander y en que tal vez había cometido el peor error de mi vida, al casarme con un hombre que no amaba.

Pude notar que Matías era muy feliz, pero... ¿Y yo? ¿Yo era feliz? No lo supe. Era claro que lo quería, pero Xander se negaba a salir de mis pensamientos.

—Ya que somos marido y mujer, debemos pensar donde vamos a vivir—comentó Matías mientras mirábamos la televisión.

—¿Cómo?

—Obviamente que será acá, en Londres —hizo una pausa—. Yo estoy pensando seriamente en cambiar de ambiente ¿Qué mejor idea que venirme a vivir contigo?

Con cada palabra, el pavor se apoderó de mí, estuve a punto de sufrir un ataque de pánico.

«Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala».

Recordé que yo contaba con una residencia provisional, por mis estudios, pero Matías solo

contaba con una visa de visitante. Él no podía quedarse a vivir así por así. Al menos que al casarnos hubiese adquirido ciertos derechos que le concedía el Estado. No obstante no estaba segura de que tipo de beneficios legales poseía yo, mucho menos cuales le correspondían a mi “esposo”.

«*Esposo*» repetí la palabra mentalmente.

¡Madre mía!

«*Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala*».

—Debemos indagar con respecto a mi residencia. Tu residencia y como es lo de las nacionalidades. No tengo idea de cómo sea eso — dije por inercia.

—Lo sé, amor. Por ahora tendré que estar viajando constantemente. Además en unos días debo volver al trabajo, no puedo irme así sin más.

Era cierto, en unos días él tenía que marcharse y yo nuevamente quedaría sola, tendría que volver a verle la cara a esa tortura emocional que significaba ver a Xander.

El lunes llegó y con eso todas mis actividades normales regresaron.

Salí de la Academia y apresuradamente me fui al teatro. Al llegar no había casi nadie, solo Margaret, Christopher y dos personas más, que ni eran del elenco.

—Por lo visto, tampoco te avisaron —dijo Margaret en cuanto me vio llegar.

—¿Cómo? ¿Avisarme qué? ¿Quién?

—Xander llamó hace una hora y aviso que llegaría tarde, porque anda solucionando un inconveniente con su auto, bueno al menos eso fue lo que nos dijo Judith... —indicó Christopher.

—¡Genial! Entonces podré ir a comer algo, no he almorzado —comenté con alivio.

—Adelante, ve. Xander tardará un poco más.

En el momento que me disponía a salir e ir en busca de algo para comer, vi una silueta familiar atravesando el umbral. Matías entró con un paquete entre las manos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de inmediato.

—Me dijiste que venias tarde y que no te

había dado tiempo de comer, así que estaba sólo en el departamento y pensé... ¡Sería genial llevarle algo de comer a mi esposita!

—¡Sssshhhh! —lo interrumpí tratando de acallarlo.

—¿Qué? —hizo una pausa—. ¡Sushi para dos! —dijo Matías con una sonrisa y me mostró una caja con motivos japoneses.

—Ven —lo sujeté del brazo y lo llevé casi a rastra hacia los camerinos. Xander llegaría en cualquier momento y lo último que quería era que me viera con Matías —Aquí podremos comer tranquilos.

Nos sentamos uno al lado del otro y nos dispusimos a comer mientras que platicábamos de todo un poco. Matías me contó algunas anécdotas del hospital, sus tantas emergencias bizarras y los pacientes agradecidos que siempre iban a llevarles regalos. “Mati”, como le decía algunas veces, me hacía sentir en paz. Al menos era algo que no podía negar.

Al terminar de comer, Matías se acercó a mí

y me abrazó cariñosamente, me dio varios besos en el rostro y no dejó de decir lo feliz que se sentía y lo mucho que me amaba. Por una extraña razón, yo no podía decirle lo mismo, sólo me limité a sonreír. Él me besó en la frente con tanto cariño, me hizo sentir tan querida y la forma en que me abrazaba, me hizo sentir segura.

—¡Oh! Lo siento. No sabía que había alguien aquí —una voz interrumpió el momento.

Me gire rápidamente y vi a Xander, quien nos miró fijamente.

Solté a Matías y traté de recobrar la compostura.

—No pasa nada. Solo somos mi esposita y yo —dijo Matías con toda la mala intención. Giré mi mirada hacia él y lo fulminé con mis ojos.

—¡Cállate! —dije entre dientes.

—¿Qué? —susurró él.

Un silencio incómodo se apoderó del lugar.

—¿Cómo? — Xander rompió el silencio.

—¿Él no lo sabe? —Matías me miró con fingida vergüenza.

—¿Saber qué? —preguntó Xander.

Solo deseé una cosa, que me tragara la tierra.

—Yo le dije a Shirley que era muy apresurado, que al menos esperara para invitar a sus amigos de acá... —Matías hablaba y hablaba, se negaba a callarse.

—No entiendo nada —Xander rio nerviosamente—. Agradecería mucho que me lo explicaras, Shirley.

Sus ojos suplicaban por una explicación, sin poder evitarlo más, lo dije.

—Nos casamos el viernes.

Su sonrisa se borró y por un momento sentí que iba a comenzar a gritar y a tirar cosas. Sus ojos se abrieron con total asombro.

Fue el momento más incómodo de mi vida. Matías sonreía con orgullo. Xander no dijo nada. Clavó su mirada en la mía...

—¡Felicidades! —agitó suavemente su cabeza.

—Sentimos mucho no haberte invitado. De

hecho no invitamos a nadie. Fue una locura. Shirley de repente dijo: “Vamos a casarnos” y yo “¿Qué?” Entonces...

Matías hablaba y yo sólo deseé que se callara.

«Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala».

La voz de mi consciencia trató de calmarme. Un ataque de pánico inminente venía en camino.

—Sí. Fue de repente —dije bruscamente—. Ya lo entendió —miré a Matías con ganas de querer asesinarlo.

Xander soltó una pequeña carcajada nerviosa.

—Vaya, pues... ¡Enhorabuena! Algún día tenía que suceder.

Xander no dejaba de verme y eso ya comenzaba a ponerme los pelos de punta.

Perdí el aliento al percatarme de algo...

¿Qué rayos era lo que veían mis ojos?

¿Acaso eran lágrimas las que se asomaban de los bellos ojos de Xander?

—Buenos. Los dejo solos, para que sigan en

lo suyo.

Se dio media vuelta y se fue.

Durante el ensayo, el ambiente se tornó pesado, se respiraba mucha tensión. Xander se sentó en una butaca, lejos del escenario y nos observó con un semblante rígido y serio durante las dos horas que duró el ensayo. Algunos de mis compañeros se sintieron intimidados por la actitud de Xander. En todo el tiempo que llevaba conociéndolo, nunca lo había visto de esa manera. Estaba completamente amargado.

Gritó, nos regañó y nos llamó la atención muchas veces, parecía ser que nada de lo que hacíamos le satisfacía.

—¿Qué diablos les sucede? Se han presentado casi 40 veces, ya deberían saberse la obra de memoria —estalló de repente.

Todos nos quedamos en total silencio, Xander estuvo insoportable.

Una semana completa transcurrió y la conducta de Xander no mejoró. Cada día se veía más amargado e insatisfecho. Estábamos al borde

de la desesperación. Un día más y muchos habrían renunciado.

Margaret me repetía una y otra vez, que la próxima que Xander le gritara lo iba a golpear.

Christopher por su parte, había pensado seriamente en presentar su dimisión.

Y yo...

...yo aguanté sus gritos y rabietas.

Últimamente, me daba la impresión de que mi presencia le desagradaba.

El mal humor de Xander se me comenzó a contagiar. Sin darme cuenta traté mal a Matías durante los días que permaneció en Londres. Él había decidido marcharse dos días antes de lo previsto porque ya no me soportaba.

Un día como cualquiera, presentamos la obra nuevamente y Xander parecía distraído. Por primera vez en mi vida no vi esa luz que irradiaba de sus ojos. Se veía opaco y taciturno. ¿Por qué? Traté de no hacerme ideas erradas, pensando cosas que no eran, pero por más que lo intenté, no pude evitarlo.

Esa noche me decidí a encararlo, preguntarle qué era lo que le sucedía y si yo tenía algo que ver con su conducta, así que una vez finalizada la presentación, fui en busca de él para confrontarlo y saber que estaba sucediendo. Él estaba en los camerinos.

Al acercarme a la puerta pude percibir que el Profesor Hoffman estaba allí. Xander charlaba con él. Noté que la plática era acalorada y opté por retirarme, pero no lo hice.

—¿Qué rayos pasa contigo? —Hoffman levantó la voz.

—No lo sé —Xander sonaba abatido.

—No puedes mezclar el trabajo con tu vida sentimental —agregó Hoffman—. Lo que suceda entre tú y Anna no es culpa de los demás.

—No es eso. No pasa nada entre ella y yo. Estamos bien.

—Entonces explícame que está pasando. Han llegado comentarios a mí que dicen que te la pasas gritando, regañando a los chicos, golpeas las mesas, lanzas cosas. Te desconozco por completo,

muchacho.

—No sé qué sucede conmigo. Tengo varios días con este malestar y no logró despejar mi mente. Desde que llegó ese sujeto perdí mi paz mental.

—¿Qué sujeto? —preguntó Hoffman.

Mi corazón se aceleró.

—El novio de... No. El esposo de... — Xander dejó la frase a medias—. No pasa nada, Hoffman. Ya se me pasará.

—¿De qué estás hablando? Habla claro porque no te entiendo nada.

—Hablo de la consentida de Redman. Shirley. De ella es de quien te hablo.

La tensión se me bajó y mi corazón se desbocó.

—¿Qué pasa con ella? —indagó Hoffman.

Me asomé por un huequito en la puerta y pude ver que Xander estaba sentado con la cabeza entre sus manos.

—No sé qué me pasa. Nunca me había sucedido algo así. Normalmente cuando conozco

una chica, ésta se deslumbra por mi fama. Se transforman. No sé cómo explicarlo para que me entiendas.

—Pierden la cabeza en tu presencia —
acotó Hoffman.

Xander soltó una carcajada.

—Sí. Eso —respondió Xander.

—Es normal chico. Las mujeres te ven como un sex simbol, pues es lo que les ha vendido la industria. Lamentablemente no ven a Xander, el chico debajo del traje, la persona común y corriente como todos, con miedos, sueños y malos días. Eso es normal en este medio, ya deberías estar acostumbrado, pero...¿Qué tiene eso que ver con la consentida de Redman?

—Shirley es diferente. Ella si vio a ese Xander. Ella me ve cómo su igual, no como una estrella inalcanzable —Hoffman permaneció en silencio, muy atento a lo que decía Xander—. Ella es tan talentosa, inteligente, graciosa... —se levantó de su silla. Hoffman lo siguió con la mirada—. ¡Es increíble! Nunca me había pasado

esto, conocer a una chica tan interesante y que no me haga el más mínimo caso ¿Sabes cuantas veces he intentado cortejarla? Mis galanterías pasan de largo para ella... y ella lo único que hace es restregarme a su novio en la cara ¡Ah no! Verdad que es su esposo—golpeó la mesa.

¡Por todos los dioses! Sentí que me iba a desmayar en cualquier momento. Xander confesó que sentía algo por mí.

—Ahora si te entiendo. Ya sé que es lo que te sucede —Hoffman se levantó de su asiento y se acercó a Xander.

—¿A qué te refieres? Por favor, no me salgas con uno de tus chistes.

—Estás enamorado y terriblemente celoso —Vincent le dio una palmada en el hombro.

Di unos cuantos pasos hacia atrás. Debía alejarme de allí, pues la conversación estaba llegando a su fin y no podía permitir que me descubrieran espiando. No me percaté del estante que estaba detrás de mí y sin querer lo derrumbé. Implementos de utilería cayeron por todos lados,

haciendo un ruido estruendoso.

«*¿Inhalar y exhalar?*»

¡Qué coño!

No era momento de eso.

Salí corriendo al mejor estilo de Speedy

González.

10

Salí corriendo del teatro sintiendo una inmensa alegría.

Mi corazón palpitaba muy rápido

«¡Xander siente algo por mí!» Brinqué de alegría.

Sin quererlo había conseguido conquistar el corazón de ese hombre tan maravilloso, que hacía un año atrás no pensaba ni conocer, por quien

duraba largas noches frente a la pantalla de mi televisión viendo sus películas, ese hombre que me hacía suspirar, soñar, fantasear, el hombre que me veía desde mi pared con sus brillantes ojos de papel y con quien me había inventado tantas historias.

En ese momento era realidad, él me quería de verdad y yo lo adoraba.

«*Matías*».

Abrí mis ojos a la realidad al recordarlo.

Mi corazón se encogió y la alegría se transformó en culpa.

Matías.

Un chico extraordinario que yo no merecía.

Lo que sentía por él era algo más que una pasión carnal, era un sentimiento profundo de agradecimiento, por haber sido mi compañero en los momentos más duros de mi vida, cuando yo no tenía ni rumbo, él era mi mejor amigo, confidente de tantas noches de locura. Me sentí ruin y malvada.

Al llegar al departamento me encontré con

que Matías estaba preparando la cena y Anette estaba recostada en su recámara.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Matías al verme.

—Estupendo —dije sin poder ocultar la felicidad que me consumía.

—¡Vaya! ¿A qué se debe tanta euforia? —él frunció el ceño.

No le contesté, solo me limité a sonreír con más alegría. Me acerqué a él y lo abracé por detrás.

—La cena ya está casi lista, preparé tu favorito, ensalada cesar con tiras de pollo —dijo Matías con cierta ternura en la voz.

—¡Wow! Todo un chef —comenté, negándome a soltarlo.

—¿A qué se debe tan buen humor? —indagó él.

—Lo normal, una excelente función, muchos autógrafos, bellos fans.

Aunque en parte era verdad, la verdadera razón de tanta felicidad, era otra, pero ni loca se lo

diría.

Me sentí tan llena de dicha que no me importó con quien la compartía, no me importó si mi actitud solo alimentaba la dedicación de Matías hacia mí. Para mí, esa noche era perfecta y no quería arruinarla con auto-cuestionamientos.

La mañana siguiente desperté con total alegría, me duché, desayuné y me fui a la Academia.

Saludé a todos alegremente, sonreí y reí por todo, pasé la mayor parte del tiempo flotando en las nubes, deseando que las horas pasaran rápido para ver nuevamente a Xander. Miré la pantalla de mi teléfono, con la tentación de escribirle, pero... ¿Qué le diría? Se suponía que yo no sabía nada acerca de sus sentimientos hacia mí.

Ese día, las horas pasaron más lento de lo normal.

Mi jornada en la academia finalizó y sin perder tiempo, me marché al ensayo. Al llegar, pude notar que todos estaban casi listos para comenzar, pero Xander no estaba por ningún lado,

así que me dirigí hacia los camerinos, pues todavía faltaban unos veinte minutos para la hora pautada. Aproveché para leer un ratito acerca de la vida y obra de Leonardo Allan Poe, pues me correspondía hacer un ensayo acerca de él. Tomé mi Ipod y busqué algo de música, lo más orquestal y sinfónico posible para poder concentrarme, no obstante hubo una canción en específico que me hizo detener, tal vez hubiese sido por todo lo que estaba sucediendo en el momento. Me sentí muy identificada con la canción que sonó. Cerré mis ojos y comencé a cantarla a todo pulmón, aprovechando que me encontraba sola.

En cada palabra desahogué mi sentir. Me sentía entre la espada y la pared, compartiendo mi cama y mi cuerpo con alguien que solamente me hacía sentir bien, mientras mi corazón amaba a otro hombre. Un hombre que me hacía tartamudear tan sólo de verlo.

Mientras pensaba en todas las cosas que habían sucedido, mi alma estaba entregó al cantar...

*“...así que corre corre corre corazón
De los dos tu siempre fuiste el más veloz
Toma todo lo que quieras pero vete ya
que mis lágrimas jamás te voy a dar
Así que corre como siempre no mires atrás
lo has hecho ya y la verdad me da igual”.*

Abrí mis ojos de repente al sentirme observada. Mi corazón se paralizó al ver la silueta de un hombre frente a mí. Xander me miraba como un niño travieso.

—¡Oh por Dios! ¿Qué haces allí parado? — me horroricé ante la idea de que él me hubiese escuchado cantar—. ¿Cuánto tiempo llevas allí?

—El suficiente para saber que tu voz es realmente hermosa —respondió él manteniendo la sonrisa esplendida que tenía.

—Pe-perdón... yo-yo s-sólo... — tartamudeé.

—No tienes por qué disculparte. Cantas muy lindo ¿No has pensado en incursionar en la

música?

—Ehhhm...

—¡No de qué avergonzarte! —se acercó a mí, pero por instinto retrocedí, alejándome de él—. Yo no muerdo —sin poder evitarlo sonreí ante tal comentario—. ¿Qué oyes? —tomó el Ipod entre sus manos y se llevó un auricular al oído.

Le indiqué el nombre de la canción y los intérpretes, como eran de habla hispana no le di mucha importancia, al fin de cuentas Xander no entendía ni media palabra de lo que decían.

—¿De qué trata la canción? —preguntó al cabo de unos segundos.

«La canción trata de una tonta que se enamora con el alma de alguien que no debe, y aunque sabe de debe alejarse de esa persona, no lo hace, porque es más fuerte todo ese montón de estupideces que siente, antes que su propio bienestar» pensé, sin embargo me mordí la lengua para no escupírselo en la cara.

—Disculpa, pero no entiendo... ¿Qué haces acá? —inquirí de manera descortés.

—¿A qué te refieres? Trabajo aquí y tú también —comentó con una sonrisa burlona.

—No me refiero a eso. Hablo de... ti. Aquí. Conmigo. Últimamente me has dejado claro que no estás a gusto con mi presencia.

Él intentó acercarse a mí, nuevamente, pero retrocedí una vez más. Me miró fijamente, en su mirada vi una mezcla de emociones.

—¿Qué fue lo que nos sucedió? —rompió el silencio.

—¿Cómo? ¿Suceder de qué?

—Podíamos pasar horas y horas charlando, de literatura, música, cine... y no nos aburríamos.

Xander hablaba y los recuerdos llegaban a mi mente. Tardes enteras charlando de cuanto cosa se nos ocurriera, largas noches platicando por Skype acerca de alguna obra literaria en específico.

—Me gustaría saber si en algún lugar, dentro de ti, se encuentra la antigua Shirley, a la cual le gastaba bromas, la que se reía de mis chistes tontos, la que no le importaba si yo me

molestaba, siempre decía lo que pensaba. Si la vez, dile que la extraño.

Se acercó un poco más, pero esa vez, mi cuerpo permaneció inmóvil, deseé con todas mis fuerzas sentir su cuerpo. Él clavó su mirada en la mía y se mordió el labio inferior. Yo solté un suspiro entrecortado.

De repente él se giró y se alejó de mí. Caminó rápidamente hacia la puerta, pasó el seguro y nuevamente se acercó a mí. Me sentí algo abrumada.

«¿*Qué rayos está haciendo?*»

—¿Me concedes esta pieza? — él extendió su mano hacia mí.

—Pero, no hay música... —agité mi cabeza, necesitaba aclarar mis pensamientos.

Él tomó nuevamente mi reproductor de música entre sus manos y comenzó a apretar los botones.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Buscando algo adecuado para la ocasión.

—La verdad es que yo no tengo mucha

música allí, sólo... —traté de hablar.

—Shhhh— él colocó sus dedos sobre mis labios y me obligó a callar—. Ésta estará bien.

Tomé el auricular que me ofrecía y lo introduje en mi oído.

La canción que sonaba era *“It Must Have Been Love”* de Roxette.

Mi corazón se aceleró al sentir la mano derecha de Xander en mi cintura, mientras que con la otra me tomó de la mano. Por inercia recosté mi cabeza sobre su pecho y me entregué al momento.

—¿Por qué tan asustada? —susurró.

—¿Asustada? —levanté mi cabeza—. No. Yo solo...

—Canta —me interrumpió—. Me gustaría mucho escucharte.

—¿Cómo? —lo miré sin poder creer lo que me pedía.

Sacudí mi cabeza y me negué rotundamente.

—Entonces, cantaré yo.

Su voz me abrazó y arrulló como si yo fuese una niña pequeña e indefensa. Me sentí

plena, protegida y única entre sus brazos, su aliento golpeó sutilmente mi rostro y me embriagó. No pude resistirlo y me uní a su voz, decidida a decirle con mi canto, todo lo que sentía, mientras nuestros pies dibujaban siluetas hermosas en el suelo del salón. Bailamos y nos entregamos a ese sentimiento que sin querer comenzó a florecer...

*“Make believing we're together
That I'm sheltered by your heart
But in and outside I've turned to water
Like a teardrop in your palm”*

Sus manos recorrieron mi espalda y se aferraban a mí, lentamente se inclinó, cerré mis ojos y... sucedió.

Un coro de ángeles cantó mientras sus labios rozaban los míos. Mis piernas flaquearon y mi cuerpo se desvanecía entre sus brazos. Él me sujetó con fuerza sin abandonar mi boca, me besó con tal sutileza que mis sentidos entraron en contacto con el más puro e infinito placer. Sus

labios suaves, dulces y juguetones exploraron cada milímetro de mi boca.

La puerta sonó y ambos nos separamos bruscamente.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

No me importo y lo abracé. Lo besé con dulzura y entrega.

—Deja que toquen, ya se cansaran y se marcharan—susurré entre besos.

Él me sujetó nuevamente y me recostó contra la pared, su respiración se aceleró y se mezcló con mis gemidos. Sentir su piel, su olor, su calor, hizo que la piel se erizara y mi zona íntima se humedeciera.

Sus manos recorrieron mi cuerpo desafortadamente. Sentir sus manos tocando mi pecho, me empujó al límite del abismo, en cualquier momento, una oleada de éxtasis me golpearía, llegaría al nirvana sólo con el roce de sus manos...

El rostro ceñudo de quien era mi esposo apareció en mi mente, como un fantasma en medio

de una pesadilla. Me miró con ojos acusadores.

—*Traidora. Yo no merezco esto. Tanto que te amo y así me lo pagas. Mala mujer* —la voz de Matías estaba llena de odio.

De un empujón aparté a Xander.

—No. Esto no está bien —dije con voz entrecortada.

La puerta sonó nuevamente. Sonó más insistente.

Él me miró y sonrió sarcásticamente, sacudió su cabeza y se giró hacia la puerta para abrirla.

Sin perder tiempo, arreglé mi cabello y adecenté mi ropa. Tomé mi bolso y sujeté mi libro de “Las Crónicas de Edgar Alan Poe” y simulé que lo leía.

Era Margaret quien había tocado la puerta.

—¡Oh lo siento! ¿Interrumpí algo? —preguntó ella.

—¡No! Solo charlábamos —dijo Xander.

—Nos entretuvimos oyendo música —agité mi iPod en lo alto para que ella lo viera—. Y me

daba algunos consejos para la obra —agregué.

Margaret nos miró a ambos y sonrió pícaramente.

—Si claro, como ustedes digan. Solo venia por mi bolso —lo tomó y se retiró.

Xander se acercó a mí en cuanto margarte salió, vi que tenía intenciones de seguir lo que habíamos dejado a medias.

—No —dije levantando los brazos.

No podía dejar de pensar en Matías.

—¿Qué? — Xander no entendía nada.

—Esto no está bien, yo...

—Estas casada —completó. Pude notar resignación en su voz.

Me quedé callada, no supe que decir, por más que deseaba estar con Xander, sabía que estaba mal.

—No lo digas así —él bajó su mirada y se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta—. ¡Xander! —pronuncié su nombre como una súplica, él se giró y me miró—. Lo siento.

—No. Yo lo siento. No debí hacerlo.

Dicho eso, se marchó.

Mi vida dio un giro de 180 grados.

¿Cómo era posible que eso estuviera pasando?

Yo, entre dos hombres.

Uno era mi esposo, con quien había compartido tantos años de alegrías, triunfos, cambios, tristezas...

El otro era con quien había soñado tantas veces, mi estereotipo de hombre perfecto, mi amor platónico, mi sueño.

Al finalizar la presentación, Xander no se despidió de nadie, simplemente agarró su bolso y salió del teatro. Yo intenté alcanzarlo pero fue absurdo, él se negó a detenerse.

Llegué a departamento y Matías me esperaba con una rica cena. Margaret había salido con sus amigos, así que estábamos solos.

Dejé mi bolso en el mueble y caminé hasta la mesa del comedor, donde había dos platos con algunas velas encendidas y una botella de vino en

el centro.

—Bienvenida, Señora Shirley de Martino —dijo él mientras movía la silla para que yo me sentara. Escuchar mi nombre acompañado de su apellido, era algo a lo que no me acostumbré nunca. Me senté—. Ya que no tuvimos una luna de miel como Dios manda, me he tomado la libertad de preparar esta rica cena para los dos.

—No debiste molestarte —comenté.

Me sentí mal al ver todo eso.

Matías tan enamorado de mí y yo amando a otro.

—Recibí un correo de la clínica. Debo integrarme el lunes, al parecer el doctor Santonini tuvo un accidente y tuvo que salir de baja por unos días, así que me marchó mañana.

—¿Cómo? ¿Te vas? —pregunté confusa. Una parte de mí sintió alegría.

—Sí, de hecho ya fui por el boleto. Salgo mañana en la tarde, así que hoy tenemos que aprovechar al máximo —indicó con cierto tono de picardía mientras me miraba con ojos juguetones.

La cena transcurrió normalmente, pero mi mente no estuvo allí, mi mente viajó hasta los camerinos del teatro, en mi mente se revivía una y otra vez, ese instante... Xander y yo besándonos apasionadamente.

Oí la voz de Matías, pero no presté atención a lo que decía.

Concluida la cena, Matías se levantó de su silla y se acercó a mí, para darme un masaje en los hombros. Cerré mis ojos y no pude evitar imaginar que eran las manos de Xander las que me tocaban... pero no era él, era Matías y debía aceptarlo.

—¡No! —me levanté bruscamente y agité mi cabeza.

La voz de mi conciencia me juzgó de nuevo: *«Eres mala. Él no merece que juegues con sus sentimientos»*.

—¿Qué sucede? —preguntó Matías.

—Estoy terriblemente agotado.

—¿Y por eso no quieres que te toque?

—Lo siento, tenía otra cosa en la cabeza.

Matías me miró con molestia.

—Cuando logres sacarte esas cosas de la cabeza... estaré en la habitación —dijo y se retiró hecho una furia.

Me quedé de pie sin moverme por unos segundos.

Al reaccionar fui a la habitación de Anette, tomé uno de sus cigarrillos y lo encendí.

—¿Estas fumando? —gritó Matías desde la habitación. No respondí, sólo me limité a aspirar el cigarrillo.

—¿Qué coño estás haciendo? —Matías se situó detrás de mí.

—Fumo ¿No es obvio? —contesté con sarcasmo.

—No me digas —él imitó mi gesto—. ¿No lo habías dejado?

—Sí. Tan solo me ha provocado.

—Lo que te agobia debe ser algo tremendo, para echar a la basura casi 4 años sin fumar.

—Tal vez —dije con desdén y boté el humo lentamente.

—¿Qué rayos te pasa? —Matías levantó la voz.

—¡Nada! ¡Déjame en paz! —contesté levantado aún más mi voz.

Matías me observó completamente asombrado, nunca antes lo había tratado de tal manera. Lo miré y me di la vuelta, apagué el cigarrillo y me fui hacia la habitación. Matías intentó abrazarme.

—No estoy de humor —dije y me alejé.

Esa fue la primera vez que Matías y yo nos fuimos a la cama molestos.

A la mañana siguiente me desperté, Matías ya se había levantado y estaba arreglando su maleta.

—Buen día —dije entre dormida. Él no respondió—. Buen día— insistí. Él me miró, se dio la vuelta y salió de la habitación sin mediar palabra.

Matías estaba realmente molesto.

Me levanté, me duché y me vestí.

Al salir del cuarto vi como Matías

terminaba de comer.

Me acerqué para darle un abrazo pero él me rechazó. Me quedé helada ante su reacción.

—Mi avión sale a las tres, espero que al menos vayas a despedirme —tomó su bolso y salió del departamento.

La actitud de Matías me aturdió, nunca antes se había comportado de esa manera.

Fui a la academia y durante toda la mañana, no pude dejar de pensar en lo que estaba sucediendo, en como las cosas se me estaba saliendo de las manos. Matías y Xander habían puesto mi mundo de cabeza.

Al finalizar las clases, me dirigí hacia el aeropuerto.

Cuando llegué pude percibir que Matías ya estaba registrando su equipaje.

—Hey —saludé.

—Hey —respondió.

—¿Ya se te pasó la molestia? —pregunté.

—¿Ya se te pasó el ataque de bipolaridad?

Ambos estallamos en una sonora carcajada.

Lo abracé.

Matías continuó en lo suyo, registrando equipaje, chequeando boleto.

—Ya es casi la hora —hizo una pausa—.

Pensé que no vendrías.

—¿Por qué pensaste eso?

—Tienes ensayo ¿No?

—¿Cómo no voy a venir a despedirte? Eres mí...

Me quedé callada al percibir lo mucho que me costaba reconocer que era su esposa.

—Te cuesta decirlo —la tristeza se hizo evidente en Matías.

—No es eso, es solo que... todo ha pasado tan rápido, que aún no me acostumbro a la idea —argumenté—. Discúlpame por lo de anoche, de verdad no quería que... —cambié abruptamente de tema.

—No te preocupes, las parejas siempre tienen diferencias, el secreto está en saber superarlas.

—*Pasajeros con destino a Venezuela, por*

favor abordar por la puerta número seis.

El primer llamado de su vuelo se oyó.

—Bien. Ya es hora —me abrazó y me dio un tierno beso.

Él se alejó lentamente.

Esperé unos minutos, mientras veía como abordaba su vuelo y como despegaba el avión. Sentí una extraña sensación de libertad y Xander volvió a mi mente.

Ese día culminó sin que nada excepcional aconteciera.

Xander evitó cualquier roce conmigo. Cuando lo miraba, él desviaba sus ojos, cuando llegaba a un sitio, él se retiraba. Su actitud era rotundamente distante, era como si huyera de mí y eso me desesperó.

Yo deseaba estar a su lado, charlar con él...

Probar nuevamente sus labios.

Los siguientes días transcurrieron igual, academia, ensayo y función.

Era la última semana de presentaciones de la obra y Xander seguía igualmente distante.

Hacían dos semanas que Matías se había marchado y de vez en cuando charlábamos por teléfono o por chat, pero en mi corazón estaba tatuado el nombre de Xander.

Esa noche, él se encontraba en la oficina de Judith, la encargada de Donmar. Al acercarme a la puerta, noté que estaba acompañado. La voz masculina no logré reconocerla. Pude notar que ambos se encontraban ebrios, por la dificultad que tenían para pronunciar las palabras. Reían y charlaban escandalosamente.

—No te aflijas —dijo el otro caballero. Me quedé tras la puerta. Eso de espiar ya se estaba volviendo una muy mala costumbre en mí—. Si las cosas no se dieron con Anna, ya vendrá otra.

Un momento ¿Había oído bien? El acompañante de Xander estaba anunciando la ruptura entre Xander y su novia.

—¿Para qué sufrir por una sola, si puedo tenerlas a todas? —comentó Xander.

11

¿Todas? ¿Qué rayos estaba diciendo Xander?

Sentí un puñal en el centro de mi corazón.

Tomé una gran bocanada de aire y empujé la puerta, haciendo notar mi presencia. Xander y su acompañante clavaron sus miradas en mí.

—¡Oh! Allí esta, la mujer que arruinó mi vida.

Me sentí furiosa por verlo así.

—¿Quién es esta lindura? —preguntó su amigo.

Permanecí de pie, contemplando la escena, mi decepción fue enorme.

—Ella es Shirley, la causante de todas mis penas —Xander me señaló y pude ver odio destilando de sus ojos—. James. Te presento la presento.

—Creo que has bebido mucho —me acerqué a él con intención de quitarle la botella de las manos.

—¡Déjame! —manoteó con agresividad y me esquivó.

—Estas muy ebrio, Xander. Dame la botella —insistí.

—Tiene razón, amigo. Ven. Dámela —le solicitó amablemente su amigo.

—¡No! No me toquen —Xander gritó.

Sentí el impulso necesario de darle un beso y lo hice.

Rápidamente me acerqué, tomé su rostro entre mis manos y di un pequeño salto para alcanzarlo, nuestros labios se unieron nuevamente, James nos miró sorprendido y se quedó paralizado. Logré mi objetivo, quitarle la botella.

—Buena distracción —argumentó James entre dientes.

Xander se separó y yo solo intenté abrazarlo.

—¿Por qué lo haces? —preguntó en un débil susurro.

—Porque te quiero —dije suavemente.

Xander clavó sus ojos en los míos. Sus ojos brillaron intensamente.

—Yo creo que será mejor que me vaya —dijo James.

—Sí. Vete —Xander se tambaleó hacia

delante y como pude lo sostuve.

—No, no, no. Ayúdame a llevarlo a su coche —le indiqué a James rápidamente.

Él se acercó a nosotros y me ayudó a llevar a Xander hasta su coche. Llegamos a su coche y lo sentamos en el puesto del copiloto. James también estaba algo pasado de tragos, pues casi se cae bajando las escaleras de la entrada. Mi misión esa noche, era asegurarme de que ese par de caballeros llegaran sanos y salvos a sus destinos.

—Dame la llave. Yo lo llevaré. No te preocupes —dijo James.

—¡No! ¿Estás loco? Mírate, estas muy borracho. Podrías causar una desgracia. Súbete. Te llevaré y luego llevaré a Xander a su casa. Espérenme aquí. Enseguida regreso.

Cerré la puerta y me aseguré de tener la llave del coche en mi posesión, por nada del mundo dejaría que esos dos se fueran solos. Caminé de prisa hacia el Donmar y entré al área de camerinos para recoger mis cosas.

En cada paso que daba, la ansiedad crecía

en mí...

¿Por qué Xander se estaba comportando de esa manera?

Salí rápidamente y me dirigí hacia el coche.

Una vez a bordo del mismo, lo encendí.

Miré al indefenso caballero que yacía dormido a mi lado. Aun estando ebrio, no perdía su encanto.

—¡Oh por Dios! ¿Por qué eres tan hermoso?

—susurré y toqué suavemente su mejilla.

—Ejem... —James carraspeó la garganta—.

Calle 40 de Liverpool— dijo él.

—¿Cómo? —quité mi mano rápidamente del rostro de Xander.

—Andaz Liverpool Street, allí me hospedo —indicó el hombre que estaba en el asiento de atrás.

—Bien.

James me fue indicando el camino hacia su hotel y en cuanto llegamos, me bajé para ayudarlo a salir del coche, aunque él se negó a recibir mi ayuda. Caminé junto a él hasta llegar a la puerta de su lugar de hospedaje, seguidamente le indiqué al

empleado de la puerta que se encargara de que el caballero llegara a su habitación. Le di una buena propina y me aseguré que se encargaría.

Nuevamente a bordo del coche de Xander, me quedé embelesada viéndolo, tan indefenso y tan frágil.

Busqué desesperadamente, algo que me indicara donde vivía Xander, un indicio de hacia dónde tenía que ir, pues no quería despertarlo. Rebusqué en el baúl central del coche y nada, solo un montón de papeles sin sentido. Busqué en la guantera y tampoco había nada. Me incliné un poco para investigar debajo del asiento.

—¡Oh vamos! Debe haber algo —refunfuñé.
Continué buscando.

—¿Qué haces? —la voz de Xander me hizo dar un brinco.

—Nada, nada, duérmete.

—No sabes donde vivo y buscas algo que te indique donde queda mi casa ¿Cierto?

—No te preocupes, ya me las ingeniaré.

Pulsé algunos botones en el tablero y me

sentí frustrada al ver que ninguno de los botones que pulsaba encendía el dichoso GPS.

—Déjame. Yo lo hago —Xander se incorporó y con un rápido movimiento de su mano, accionó el botón indicado.

—*Bienvenido mister Granderson ¿En que lo puedo ayudar?* —una voz femenina le dio la bienvenida a la aplicación.

—Indícame el camino hacia mi residencia, por favor —le ordenó Xander a la vocecita del GPS.

—*De inmediato.*

Dicho eso, comenzaron a aparecer una serie de coordenadas en la pantalla y un mapa que indicaba la ruta exacta.

—Todo tuyo —concluyó para luego darse la vuelta y quedarse profundamente dormido.

Llegamos a la entrada de su casa y abrí la puerta automática de su garaje con el control que hallé en la guantera después de una larga búsqueda. Entramos, aparqué el coche y lo apagué.

—Xander ¡Despierta! Ya llegamos —le indiqué. Él no reaccionó—. Xander ¡Despierta! —insistí mientras le daba suaves golpecitos en la mejilla. Al cabo de unos segundos, él despertó.

—Hola extraña —dijo con voz dormilona. Yo sonreí.

—¡Vamos! Levántate —abrí su puerta para ayudarlo a salir.

Xander se bajó y miró en todas direcciones.

—¿Y James? —preguntó.

—Lo he dejado en su hotel.

—¿Dónde estamos?

—En tu casa.

—Ven acá —hizo un puchero y me estrechó fuertemente contra su pecho e intentó besarme.

—Estas borracho —traté de separarlo dando débiles empujones.

—¿Y? Puedes aprovecharte de esta indefensa víctima.

Me eché a reír al pensar que veces me había imaginado aprovechándome de él, pero no, en ese momento, la situación era completamente bizarra.

—Vamos. A la camita —lo jalé del brazo.

—¡Nooooo! Primero quiero ducharme —

imitó la voz de un niño pequeño.

—¿En serio?

Pusé mis ojos en blanco y lo sujeté fuertemente del brazo, obligándolo a caminar. Subimos las escaleras mientras él me indicaba donde quedaba su alcoba. Una vez en la cuarto, comenzó a quitarse la camisa.

—¡Xander! —lo reprendí.

—¿Qué? ¡Solo me ducharé! Date la vuelta por favor. No me veas.

Me di la vuelta y salí de su habitación.

Sentí unas enormes ganas de irme, pero una parte de mí pedía a gritos que me quedara.

—¿Sabes qué? No me ducharé. Hace mucho frío —la voz de Xander me hizo girar bruscamente. Su voz sonó lúcida y noté que caminaba con total normalidad. Estaba sin camisa y tenía un brillo lujurioso en sus ojos.

—Veo que ya te sientes mejor.

—¡Sí! Ya se me ha pasado un poco.

Él caminaba completamente bien. Había dejado de tambalearse.

—Hace unos segundos, apenas podías mantenerte en pie —la confusión se apoderó de mí.

—De hecho, solo me tomé dos tragos.

—¿Qué? Pe...pe... —tartamudeé.

—Shhhhhhh —susurró Xander mientras ponía sus dedos sobre mis labios. Yo agité mi cabeza y levanté mis brazos para apartarlo. Me sentí molesta.

—¡Hey! No es para tanto —él trató de sujetarme de las muñecas.

—Me engañaste. Me hiciste creer que estabas ebrio. Manejé por toda la ciudad para llevar a tu amigo y traerte con bien hasta tu casa, te subí a rastras por la escalera... —tomé un poco aire—. ¿Para qué?

Xander se acercó y me miró fijamente. Su sonrisa espléndida bastó para que la molestia que sentía desapareciera.

—Soy buen actor ¿Verdad?

—No tengo nada que hacer aquí.

Me alejé, tratando de mantener la compostura. En cuanto me preparaba a bajar las escaleras para marcharme, Xander me abrazó desde atrás.

—¡Quédate! —susurró.

Su voz logró estremecer cada centímetro de mi cuerpo.

—Antes de entrar al camerino... dijiste algo... —intenté hablar mientras Xander comenzaba a besar mi cuello. Cerré mis ojos.

—¿Qué dije? —mordisqueó mi oreja.

—Dijiste... mmmm... que para que... mmmm... sufrir por una, si puedes tenerlas a todas.

—Palabras sin sentido —continuó susurrándome al oído.

Desabrochó lentamente mi blusa mientras besaba mi cuello.

—¡Basta! ¡No! — balbuceé.

—Esta vez no me detendré.

Sentí que me derretía entre sus brazos, pude haber llegar al éxtasis con el solo roce de sus

manos. La lengua de Xander se paseó por mi cuello, mordisqueó mi oreja y su respiración aceleraba, acarició mis sentidos. Me recosté sobre su pecho, giré un poco mi cabeza y lo invité a invadir mi boca con sus besos. Sus manos estrujaron mis pechos. Alcé mis brazos y rodeé su cuello. Él me besó con desenfreno... Me giró lentamente y una vez frente a frente, nuestros ojos se conectaron, había ternura y pasión en nuestras miradas. Se inclinó y me besó nuevamente, sus manos jugaron con mi cabello. Yo pasé mis manos sobre su espalda desnuda y lo rasguñé con sutileza. Él me apretó contra su cuerpo y pude sentir su virilidad creciendo atentamente. Apreté sus glúteos y el gruñó ¡Dios! Sentir sus manos recorriendo mi cuerpo provocó leves descargas eléctricas en mí, la excitación galopó sin control en cada una de mis partes íntimas. Él me alzó entre sus brazos y ágilmente, rodeé su cintura con mis piernas y me aferré a su cuello, los besos aumentaron en intensidad...

Despacio, me llevó hasta el mueble y me

recostó en él, se puso de rodillas, buscó con desespero los botones de mi blusa sin abandonar mi boca, colmándola con su lengua, la ropa comenzó a estorbar. Desabrochó mi pantalón, mientras besaba la parte baja de mi abdomen, me lo quitó y lo lanzó lejos. Sentí su cabeza entre mis piernas, buscaba a tientas saborear mi punto erógeno más débil, esa protuberancia que palpitaba con urgencia, pidiendo a gritos por su lengua. Sentirlo allí me hizo soltar un siseo de delicia. Xander me devoró en todo el sentido de la palabra, sus dedos traviesos exploraron y se abrieron paso. Yo gemí y me retorcí de gozo al sentir sus manos deslizándose sobre mi piel.

Se puso de pie y desabrochó su pantalón. Me senté con intenciones de ayudarlo, pero él tomó mi barbilla y se inclinó para morder suavemente mi labio. Su pantalón cayó al suelo y su rígido miembro se levantó frente a mis ojos. Tragué grueso y sentí un impulso por llevármelo a la boca, pero él frenó mi intento. Se puso de rodillas frente a mí, sentí nuevamente su lengua,

húmeda y tibia explorando la parte baja de mi cuerpo.

La bestia dentro de mí, despertó.

Lo sujeté fuertemente del cabello y pedí más y más. Su lengua me torturó deliciosamente. Me tumbó sobre el sofá y se puso de pie para observarme fijamente. Lo miré y no pude evitar mordirme los labios.

¡Por Dios! Estaba sucediendo de verdad, el momento con el cual había soñado tantas veces se estaba haciendo realidad. Sería suya y él sería completamente mío.

Sentí su enorme falo, centímetro a centímetro, deslizándose dentro de mí, su humedad y la mía produjo un sonido fantástico.

Él mordió mis pezones, luego mis labios. Acarició mi rostro con tal ternura que me hizo soñar despierta. Todo él, era un sueño.

Mis manos memorizaron cada poro de su piel, cada curva, cada marca, cada vello, cada lunar.

No hizo falta las palabras, nuestras miradas

y nuestros cuerpos hablaron. Nos amamos hasta el amanecer.

Desperté entre sus brazos, él me miró con una gran sonrisa en su rostro. Su cuerpo desnudo junto al mío me hizo sentir excitada. Sin quererlo rocé su parte íntima con mi rodilla, dando como resultado que su amiguito se despertara.

¿Ya qué?

Él quería jugar y yo no iba a impedírselo, nos amamos al amanecer, nuevamente. Esa vez, la ternura se quedó amarrada a un lado de la cama. Nuestros instintos más carnales salieron a relucir.

Él trató de amarme de todas las formas posibles. Con cada movimiento me hizo estallar en éxtasis, era como si supiera lo que pasaba por mi mente, pues sin pedírselo me lo daba.

Ternura, pasión, intensidad...

...era un despliegue de talento sexual.

Nos quedamos dormidos cuando el cansancio ganó la batalla.

Desperté y estiré mi brazo en busca de su cuerpo, pero no estaba.

Abrí completamente mis ojos con temor de que hubiese sido un sueño, pero no, estaba en la cama de Xander. Ese lugar mágico con el cual, miles de mujeres soñaban.

Me levanté de la cama cubriéndome con una manta, busqué mi ropa por el suelo y nada, así que busqué en el ropero de Xander y saqué un camión.

Bajé las escaleras con cuidado y escuché un ruido proveniente de la parte trasera de la casa. Caminé en dirección al ruido y allí estaba él, con un delantal azul preparando el desayuno.

—¡Buen día! —saludé con voz adormilada.

Él se giró con una sonrisa en el rostro, se acercó y besó mi frente.

—Buen día, preciosa— respondió.

Jalé una silla y me senté.

—Pan tostado, huevos revueltos, tocino y un rico zumo de naranja. Un desayuno americano para mi princesa americana —puso un plato frente a mí, colocó otro para él y se sentó frente a mí. Sus ojos tenían ese brillo que tanto me encantaba —. Me

habría encantado poder sorprenderte con una... ¿Arepa? —comentó Xander mostrándome la pantalla de su laptop. No pude evitar reír a carcajadas. Se escuchaba tan adorable cuando trataba de hablar en español.

—¿De verdad has preparado todo esto para mí?

—Sí. He hecho todo esto para ti ¿Te gusta?

—Me encanta —probé la comida —Esta deliciosa.

Xander se acercó y me dio un suave beso en los labios, el cual me supo a gloria. Sus manos tocaron mis mejillas en una sutil caricia. Xander era el hombre más delicado que jamás había conocido, poseía el don de hacerme volar sin despegar los pies de la tierra.

El sentimiento de culpa me atacó y el rostro de Matías apareció en mi mente, mientras mis labios besaban los labios de otro hombre, un hombre con el que por años había soñado tener entre mis brazos, un hombre al cual acababa de entregarme en cuerpo y alma.

¿Y Matías? Nada de eso era justo para él.

—Xander. Yo... de verdad no...— traté de hablar entre besos, pero Xander se negó a dejar de besarme..

—Shhhhh. No arruines el momento diciendo algo que yo ya sé, pero, que no quiero oír. Disfrutemos el momento, por favor —se separó de mi con una media sonrisa, se sentó nuevamente frente a mi y nos dispusimos a continuar con el desayuno.

A pesar de que mi corazón se regocijaba de alegría por estar con Xander, una parte de mí no podía evitar sentirse mal, culpable y deshonesto. Le había sido infiel a Matías, mi esposo por la ley. Las cosas se complicaron. Todo había pasado a otro nivel. La pasión que sentía por Xander se había consumado. Estaba en su casa, vestida con sus ropas, desayunando con él, deseando repetir una y otra vez lo que había pasado la noche anterior.

—Xander, yo...— intenté hablar nuevamente.

—Shhhhh. No. Basta. No lo digas— me interrumpió nuevamente—. Lo tengo todo claro, sé muy bien cuál es tu situación —Xander se levantó de su silla y se acercó a mí de nuevo, giro mi silla hacia él, apoyó sus manos en mis rodillas—. Que este sea nuestro secreto —susurró a mi oído—. Solamente espero no ser un secreto para siempre —apartó los platos y los puso en el lavavajillas—. En unas horas tengo una entrevista, puedes quedarte acá o venir conmi...

—No —lo interrumpí—. Tengo que hacer. Además, Anette debe estar muy preocupada.

—¡Llámala!— Xander extendió su móvil hacia mí.

—¿Desde tu teléfono? No eres muy bueno con la discreción ¿Verdad?

Xander frunció el ceño, supe que mi comentario le había caído mal. Sin querer le di a entender que todo lo que había sucedido entre nosotros, había sido una indiscreción. Quise tratar de enmendar mi falta diciendo otra cosa, pero Xander se alejó de prisa hacia su habitación.

«Eres una estúpida, Shirley. Tú y tu bocota» me reprendió la vocecita en mi cabeza.

12

Ambos fuimos a la habitación.

Él preparó su ropa para la entrevista y yo me dispuse a recoger la ropa de los dos, la cual había sido regada por todo el suelo durante la batalla campal, cuerpo a cuerpo.

—¿Ésta o ésta? —preguntó Xander enseñándome dos corbatas. Una azul y otra roja.

—La roja —contesté sin pensar.

—¿Vienes? —inquirió él en tono juguetón.

—¿A dónde?

—Conmigo, a la ducha.

—Será un placer míster Granderson.

Nos duchamos entre risas y juegos. Nos amamos una vez más.

Con él me arriesgué a ser totalmente desinhibida y sin tabúes.

Me entregué a la pasión desbordante de nuestros cuerpos.

Con el jabón entre mis manos, me dediqué a explorar cada rincón de su cuerpo, 1.93 metros de delicia pura. Su cuerpo era la gloria. Su cabello mojado escurría haciéndolo lucir como el hombre más sexi del planeta. Sus ojos entre azul y verde, reflejaron lujuria en cada una de sus pupilas, su boca recorrió mi cuello. Sus manos se aferraron a cada una de mis zonas erógenas, haciéndome vibrar y gemir de placer. Junto a él, el tiempo no existía.

Salimos de la ducha y ambos nos dispusimos a vestirnos, yo arreglé el nudo de su corbata, mientras él desabotonaba mi blusa, no se cansaba de jugar, y a mí me encantaba ser víctima de sus juegos.

Él me llevo a mi departamento y nos despedimos con una suave caricia.

En el transcurso del día, los recuerdos de la

noche anterior y parte de la mañana vinieron a mi mente, haciéndome sentir mariposas en el estómago. Me sentí como una adolescente después de su primera vez, podía sentir el tacto de Xander, sus besos, su hombría dentro de mí y por momentos me estremecía al recordarlo.

Por ratos me descubrí a mí misma mirando la pantalla de mi móvil y la ansiedad hizo estragos en mí. Anhelé que Xander me escribiera, moría por escribirle...

Mi móvil sonó y sentí que el corazón se me saldría.

“Tal vez suene cursi y hasta un poco difícil de creer, pero siento que ya te extraño”.

Xander me extrañaba. No lo creía. Mi sueño, lo que tanto había anhelado se estaba convirtiendo en una realidad.

Sin hacerlo esperar le respondí y le hice saber que también lo extrañaba... y así transcurrieron las horas, entre mensajes de textos que me hacían suspirar y sonreír como tonta.

Llegada la noche, me dispuse a prepararme

algo de comer, Anette acababa de llegar y se encontraba arreglando su guardarropa.

Mi móvil sonó.

Era Xander.

Sin dudarlo contesté.

Me dijo que se había retirado antes de la cena a la cual lo habían invitado, y deseaba invitarme a cenar, accedí de inmediatamente. Corrí rápidamente a mi habitación para cambiarme de ropa y arreglarme un poco. Media hora no era suficiente, pero hice lo mejor posible para lucir adecuadamente.

Xander me recogió a una cuadra de mi departamento, curiosamente en un coche que no era el de él. Me comentó que era de su hermana, pues quería pasar desapercibido y a bordo de su coche, el cual casi todo Londres conocía, sería una tarea imposible.

Manejó por algunos minutos mientras platicábamos acerca de la cena en la cual había estado hacía escasos minutos. No me quiso contar muchos detalles, tan solo me indicó que había

tenido un encuentro poco grato con alguien. *Una mujer, seguramente*, pensé, pero no le quise dar mucha importancia.

Xander se estacionó y al ver a mi alrededor pude notar un lugar completamente solitario, con abundantes árboles. Al mirar el cartel que ponía “Wooden Park” caí en cuenta de que nos encontrábamos bastantes lejos de la civilización.

Caminamos por algunos segundos, mientras Xander hablaba y me contaba que cuando era pequeño, solía visitar el lugar con su padre y sus hermanas, que eran muchos los gratos momentos que tenía de ese lugar, incluso era su sitio mágico, el lugar al que recurría cuando necesitaba pensar.

—¿Y dónde has cavado el hoyo para ocultar mi cuerpo?— dije repente como una especie de chiste, una vez que llegamos a un sendero que marcaba el inicio del descenso hacia un pequeño valle.

—¿Cómo?

Él no entendió la broma, así que no le insistí, normalmente mi sentido del humor era un

tanto extraño, no muchas personas lo entendían.

—No voy a asesinarte. Tranquila—respondió luego de unos segundos, captó mi chiste y reímos a carcajadas. Su risa hermosa me enamoraba a cada instante.

Nuestro paseo prosiguió hasta llegar a un lugar de ensueño. Frente a nosotros, un pequeño valle bañado por una cascada cristalina, un cielo cubierto de estrellas y una luna radiante que nos arropaba con su luz. Xander sacó rápidamente algunas cajitas de la bolsa que traía, las colocó sobre un pedazo de tela, que luego percibí que se trataba de una *Pashmina* de color azul, imaginé que pertenecería a su hermana.

Nos sentamos y dimos inicio a la tan esperada cena.

—¿Cómo sabes que el sushi es mi favorito? —pregunté.

—Hice la tarea —sonrió.

—¿Esto es una cita? —inquirí de repente.

—Sí. Lo es. No hay otro lugar en el cual quiera estar en este momento que no sea a tu lado

— sus palabras me llegaron al alma, era como si pudiera leer mis pensamientos. Era lo que necesitaba oír en ese momento. Me abrazó fuertemente y algunas lágrimas se hicieron presentes —¿Por qué lloras? No he dicho nada malo.

—No me hagas caso. Son lágrimas de felicidad. Nunca antes me había sentido tan feliz.

Él apretó el abrazo.

—Eres una mujer grandiosa, inteligente, amable, talentosa, hermosa y yo te...

¿Él qué? Se había quedado a la mitad de una frase...

«¡Oh vamos, dilo!» pensé. «Di que me quieres, di que me deseas, que me amas... di algo, necesito saberlo» la vocecita dentro de mi cabeza farfullaba.

No hubo más palabras después de ese “Yo te” y me sentí frustrada, molesta y decepcionada.

Sacudí mi cabeza con fuerza para alejar todos esos pensamientos.

Comimos, y por ratos pude notar que Xander

era algo distante y frívolo, su comportamiento había cambiado por completo.

—Se hace tarde, creo que es mejor que nos vayamos—dije con hastío al terminar de comer. El silencio ya me perturbaba.

—Te quiero.

¿Qué? ¿Había oído bien? Él había dicho que...

¡Oh por Dios! Mi corazón se detuvo por fragmento de segundo.

Él se acercó mirando fijamente a mis ojos, como para que no me quedara dudas de que lo que decía era cierto. Sus labios se posaron sobre los míos y deseé con locura ser suya en ese momento, sobre aquel pasto húmedo, entregarme de nuevo a la locura desenfrenada de devorarnos uno al otro. Él me llenaba de caricias y besos, de ternura plena. Poco a poco nos fuimos despojando de la ropa, y aunque hacía frío, el calor que emanaba nuestros cuerpos era tal que el sudor comenzaba a hacerse presente, una vez más nos amamos, esa vez con la luna de testigo.

Los días pasaron y nuestros encuentros eran cada vez más frecuentes.

En el teatro tratábamos de disimular lo nuestro, por el que dirán. Al fin de cuentas, yo era una mujer casada. Sin embargo, cuando estábamos solos, los besos y los mimos no podían esperar. Frente al mundo éramos dos individuos totalmente apartes. A solas, éramos uno solo.

Salíamos a comer, a bailar pero en plan de amigos, Xander debía cuidar su imagen, pues... ¿Qué dirían si lo veían saliendo con una mujer casada?

Esa situación me incomodaba mucho, pero debía tolerarlo porque era mi culpa, por haber actuado impulsivamente aquella noche, casándome sin pensar bien las cosas.

—Que éste sea nuestro secreto— susurró Xander a mi oído aquella noche detrás del escenario, estábamos completamente solos en el teatro. Él me había engañado diciendo que ensayaríamos una última vez antes de la función final que tendría lugar esa misma noche. Me dio

otro beso. —Pero, solo por ahora. Debes buscar la forma de hablar con Matías. No quiero ser tu secreto para siempre— concluyó para luego seguirme besando.

Sus palabras perduraron en mi mente como un eco incesante, que se repetía una y otra vez.

Las funciones de la obra terminaron. Xander viajaba de vez en cuando por compromisos profesionales, pero manteníamos contacto por Skype y por teléfono. Matías por otro lado, vivía engañado y eso me llenaba de mucho malestar y culpa. Debía ser sincera con él, pero no sabía cómo hacerlo, él estaba lejos y por más que fuera, una ruptura de ese modo no era la que tenía en mente, así que esperaría, en una semana más. Matías vendría.

Los días pasaron y Xander aún continuaba de viaje. Estaba en Estados Unidos promocionando su nueva película. Por mi parte, clases en la Academia, exámenes finales y otro año más que culminaba.

Mientras más se acercaba el día en que

llegaba Matías, mas crecía mi ansiedad. Ese secreto ya me oprimía el corazón y debía hablar con alguien urgente, sino me desplomaría, iba a volverme loca de tanto pensar, así que esa noche, me decidí a contárselo todo a Anette.

Llegué al apartamento y ella estaba relajada viendo la TV.

—¡Hey! — le dije apenas al entrar al departamento.

—Hola ¿Qué tal tu día? — indagó ella.

—Un día normal, como todos —dije con una media sonrisa.

—¿Qué sucede? Te veo un poco preocupada.

—Matías llega mañana...

—¿Y? ¡Deberías estar feliz! ¿No? —ella me miraba con algo de confusión en su rostro.

—Ese es el problema. Para mí no es motivo de alegría —clavé mi mirada en el suelo.

Anette se levantó del mueble.

—¿Qué pasa, amiga? ¡Nunca te había visto así! —se acercó a mí y puso su mano derecha en

mi hombro izquierdo.

—Soy una mala persona —mi voz se quebró y algunas lágrimas se asomaron en mis ojos—. No puedo más —reventé en llanto.

Anette me abrazó.

—¿Qué pasó? ¡Cuéntame! Te escucho —ella trató de calmarme. Después de un rato de desahogarme, nos sentamos en el mueble.

Le conté todo lo sucedido, ella solo me miró en silencio. Su asombro aumentó con cada palabra que le dije. Le conté acerca del primer beso, el primer encuentro y de los otros tantos encuentros secretos.

—Soy un mar de dudas. No sé qué hacer —logré hablar, por fin. El llanto me lo había impedido.

—A ver, primero debes calmarte.

—Él dijo “*deberás decidirte, no quiero ser tu secreto para siempre*”, y esas palabras retumban en mi cabeza día tras día.

—¡Carajo! Tedio un ultimátum —comentó ella.

—No sé qué hacer— lloré de nuevo—. Matías es mi esposo, y siento que lo quiero, pero, Xander es...

—Xander es Xander —completó ella—. Cualquiera mujer se derrite frente a él. Bueno, todas menos yo —se burló—. A ver, piensa con cabeza fría ¿Cuánto tiempo llevas conociendo a Matías? — indagó ella.

—Cinco años.

—¿Y a Xander? —hizo una pausa y me miró con el ceño fruncido—. La época de fanatismo no cuenta —agregó.

—Casi dos años —respondí sin pensar, pues ese era realmente el tiempo que tenía conociendo de verdad a Xander.

—Imagínate una vida con Xander y otra con Matías— Anette se levantó del sofá—. ¿A cuál de los dos ves llevando a los niños a la escuela? ¿En la celebración de fin de año? ¿Quién está allí en el primer recital de ballet de la niña? ¿A quién ves rodeado de miles de mujeres todo el tiempo? ¿Podrás tolerar eso? ¿Largos meses de ausencia,

por sus constantes viajes? ¿Verlo de la mano de una bella mujer en la alfombra roja, mientras promociona una película? ¿Quién ves posponiendo los planes del fin de semana por un compromiso profesional que salió de repente?— hizo una pausa, me miró fijamente a los ojos. Yo permanecí en silencio—. Piénsalo bien, analiza las respuestas, ponlas en la balanza y sabrás que hacer —concluyó y se marchó a su habitación, dejándome sola con mis pensamientos.

13

Las palabras de Anette resonaron en mi mente una y otra vez.

Imaginar una vida con Matías era fácil, pero imaginar una vida con Xander era grandioso aunque incierta. Mis celos no podrían dejarme en paz, viviría siempre con la zozobra de que Xander estaba con alguien más, en un medio donde los placeres carnales estaban a la orden de día, el solo hecho de pensar en Xander rodeado de tantas mujeres hermosas, aunque éste no tuviera nada con

ellas, jurara serme fiel y respetarme, siempre estaría la duda presente. La simple idea me atormentó. Imaginarlo grabando escenas subidas de tono con una linda actriz. Tener que grabarme en la mente que... “solo lo hace por trabajo y nada más”. En un mundo así, no había cabida para mis inseguridades.

Recordé lo que había hecho la noche en la cual me entregué a él. Me había engañado. Él era un excelente actor, que podría engañarme cuantas veces le diera la gana.

Mi cabeza iba a estallar y no pude contener mi llanto.

Mi móvil sonó, miré la pantalla y no pude reprimir la sonrisa que se dibujó en mis labios.

Era Xander.

—¡Princesa! ¿Cómo estás? —su voz hermosa me hizo olvidar todo lo malo.

—Hola, mi amor —hablé con la voz trémula.

—¿Qué sucede? Tu voz se oye algo extraña ¿Estas llorando?

—¡No! Estoy bien. Es alergia.

—Y yo nací ayer ¡Por Dios! Sé que estas llorando ¿Qué sucede?

—Nada. Estoy bien —aclaré mi garganta.

—¿Es por Matías?

—¡No cielo! ¿Cómo te va por allá? —traté de darle un giro a la conversación.

—¡Genial! Pero, estoy súper agotado, acabo de llegar y ni me he duchado, solo quería oírte.

—Yo también me alegro de oírte. Te extraño mucho.

La conversación continuó por un largo rato. Xander habló de tantas cosas y yo me sentí muy bien charlando con él. Al cabo de un rato, se me olvidó porque lloraba y solo reía de sus chistes...

—Te dejo, a ver si duermo un rato.

—Está bien, descansa amor. Te... — me callé de golpe al captar que era lo que estaba a punto de decirle...

“¿Te Amo?”

¡No!

No podía ser la primera en decirlo.

—¿Qué? —inquirió él.

—¡Nada! —respondí tajantemente.

—¿Tu qué? ¡Oh vamos, dilo!

—¿Decir qué? — traté de fingir que no sabía de lo que él hablaba.

—Anda dilo. Tú puedes.

—Que no.

—Dale. Hablamos luego.

Colgó.

Matías llegó al día siguiente y Anette fue a buscarlo porque yo estaba en clases. Cuando llegué al departamento, él me recibió con una gran sonrisa en su rostro, me abrazó fuertemente y me dio un beso. Por una extraña razón mi corazón se aceleró. Me alegré de verlo.

Esa noche salimos a cenar y dar una vuelta por el parque.

Con Matías podía hacer cosas que con Xander no, como el simple hecho de caminar tranquilamente por las calles de Londres, sin tener que escondernos de los paparazis, o de la decena

de chicas que se nos acercaban para pedirle una foto.

—Hey —la voz de Matías me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué? —sacudí la cabeza.

—¿Dónde estabas? — soltó una carcajada —. Te fuiste..

—Solo pienso en... cosas.

Matías me miró fijamente, como tratando de descifrar que era lo que pasaba por mi mente.

—¿Está todo bien? — preguntó.

—Sí. Xander. Todo está bien —contesté con hastío.

—¿Xander? ¡Soy Matías! —me esputó con total molestia.

¡Rayos! Mi mente me había jugado una mala broma, había dicho el nombre de Xander estando con Matías. Malo, malo. Ese error me iba a costar muy caro.

—Disculpa, es la costumbre —traté de enmendar mi metida de pata.

—Oh ya veo, la costumbre... —el sarcasmo

se hizo presente. Matías soltó mi mano.

En ese momento me quedé paralizada, sin saber que decir o que hacer, Matías comenzó a caminar rápidamente, dejándome atrás, yo comencé a caminar rápido también, tratando de alcanzarlo.

—Espera, Matías —dije casi gritando. Él se detuvo y se giró—. ¿Qué rayos te pasa?

—¡No! ¿Qué rayos pasa contigo? —él levanto la voz señalándome con su dedo índice.

—¿A qué te refieres?

—¡La última vez que vine, andabas muy rara. Últimamente te llamo y tu línea siempre está ocupada, y perdura así por largos ratos. Llego y ni te tomas la molestia de pasar por el aeropuerto...

—Estaba en clases —repliqué.

—¿Y qué? No es excusa, quien quiere puede.

—¿Qué estás pensando?

—Pienso que algo muy raro está pasando entre y tú y ese tipo.

—¡Estás loco! —me di la vuelta, dándole la

espalda, temía que en mis ojos pudiera leer que mentía.

No sé qué rayos sucedía conmigo, era mi oportunidad de decirle la verdad a Matías, de contarle todo, decirle que entre Xander y yo sí sucedía algo, y desde hacía meses atrás. Algo dentro de mí, no me lo permitía, era algo que me hacía recordar las tantas veces que Matías me había hecho reír, las tantas noches que había dormido entre sus brazos, los tantos momentos hermosos, la manera en que me conquistó, sus detalles, las veces que había llorado en su hombro por haber tenido un mal día. No lo podía negar, quería a Matías, y no estaba preparada para renunciar a él.

La gente pasaba de un lado a otro y nos observaban, no era muy común ver a una pareja peleando frente al Neal's Yard en medio de Covent Garden, así que comencé a sentirme incomoda al sentir la mirada de todos sobre nosotros. De repente un sujeto se nos acercó con una cámara en las manos y comenzó a fotografiarnos, diciendo

algunas cosas en un idioma desconocido, tal cosa me asustó mucho y comencé a taparme el rostro con mis manos.

—¿Tú quién eres? —preguntó el sujeto a Matías, en su mejor intento por hablar en inglés. Matías lo miró confuso.

—¡Soy su esposo! Ahora, lárgate ¡Déjanos en paz! —gritó Matías. El hombre tomó una última foto y se marchó.

—¿Qué coño fue eso?

—¡No lo sé! —dije temblando

—¡Por Dios! La gente aquí está muy loca.

Vámonos a casa.

Matías, me tomó del brazo y me abrazó.

—Ya nena, tranquila, ya paso, aquí estoy yo.

Matías trataba de tranquilizarme. Yo no dejaba de temblar.

¿Qué carajos había sido eso? ¿Quién era ese hombre?

Tomamos un taxi y nos marchamos.

Llegamos al apartamento y nos acostamos a dormir enseguida.

Matías estaba muy cansado, así que no buscó “guerra” esa noche y lo agradecí mentalmente, pues no tendría que entregar mi cuerpo a un hombre mientras pensaba en otro. Matías estaría en Londres solo por una semana y en una semana llegaba Xander.

Estaba acostada en mi cama pensando y pensando, cuando de repente sentí unas ganas horribles de vomitar. Me levante rápidamente y corrí hacia el baño. Era una sensación espantosa, tal vez el estrés emocional ya comenzaba a hacer mella en mí.

—¿Estás bien? —Matías se acercó a mí y sobó mi espalda.

—¡Sí! Ya está pasando.

—Te ha caído mal la comida.

—Tranquilo, no es nada, ya se me pasara.

Me levanté lentamente y Matías me ayudó a caminar hacia la cama, me sentí realmente mareada.

—¿Qué sientes? —Matías se mostró muy preocupado.

—Solo es el estómago revuelto. No te preocupes —le respondí cariñosamente.

Matías se acostó a mi lado, me abrazó y me dio un suave masaje en el abdomen. Me quedé dormida al rato.

Desperté unas horas después debido al mismo malestar, me tuve que levantar inmediatamente. Matías se levantó detrás de mí.

—Déjame ver —yo me hice a un lado—. No hay color de alimentos. Esto no es una indigestión. Creo que has pescado un refriado.

Me levanté nuevamente y Matías me ayudó a ir hacia la cama, una vez más. Me senté y él tocó mi abdomen.

—¿Qué haces? —indagué.

—¡Soy Médico! ¿Lo recuerdas? —dijo sarcásticamente. Yo sonreí—. ¿Te duele si toco aquí?

—No.

Palpó mi abdomen con total profesionalismo.

—¿Y aquí?

Negué con la cabeza.

Me tocó la frente y seguidamente el cuello.

—Tu temperatura está elevada ¿Tienes algo para bajarla?

—En el botiquín del baño —le indiqué y me recosté nuevamente en la cama.

Matías me trajo una píldora y un vaso de agua, al cabo de un rato me volví a quedar dormida.

Desperté y ya había amanecido.

Me levanté y me cepillé los dientes. Lavé mi cara y salí de mi habitación. Matías preparaba algo de comer. Al acercarme a la cocina, un desagradable olor volvió a despertar mi malestar.

—¡ugh! ¿Qué es ese olor tan horrible? — sin poder acercarme más a tan desagradable olor, salí corriendo hacia mi habitación. Nuevamente me arrodille frente al excusado y vomité.

—Son coles de Bruselas— oí la voz de Matías a mi espalda, había corrido tras de mi al ver que me tambaleaba para llegar al baño—.

¿Desde cuándo te causan náuseas los coles de Bruselas?— preguntó.

—No lo sé— intenté levantarme pero no pude.

Estaba muy débil. Matías me ayudó a llegar a mi cama, donde me acostó y me exigió que permaneciera hasta que se me pasara el malestar.

Ese día no fui a la Academia, por órdenes de mi médico personal.

El siguiente logré salir de cama y pude acudir a la academia.

Al culminar la jornada me dispuse a telefonar a Xander, pero no respondió, así que asumí que estaría ocupado. Salí de la academia y subí al subterráneo con la intención de dar un paseo y hacer tiempo para llamar de nuevo a Xander.

Me bajé en la estación de *High Street Kensington* y caminé hasta el *Saint Mary Abbots Gardens* para despejar mi mente. El contacto con la naturaleza me haría bien. Tomé mi móvil y diqué el número Xander, al segundo repique él

contestó.

—Hola— dije sin poder contener la emoción.

—Hola, preciosa —respondió alegremente—. ¿Cómo estás?

—Mejorando.

—¿Cómo que mejorando? ¿Está todo bien?

—He estado un poco indispuesta. Una gripe, pero ya estoy bien —hice una pausa—. Anette ha estado cuidando de mí.

No podía decirle que Matías estaba en la ciudad, no sería sensato, así que para ahorrarle un disgusto, preferí omitir ese detalle, al final de cuentas, Matías se iría pronto y Xander ni se enteraría de que Matías había estado en Londres.

—¡Oh! Anette es un ángel —comentó Xander entre risas—. Por cierto ¿Ya hablaste con él? —me estremecí ante su pregunta, era como si me leyera la mente.

—¿Con quién? —el pavor se apoderó de mí..

—¡Afff! Olvídalo. Me di cuenta que no —

refutó con molestia.

—Por favor amor, no te enojés... yo... —
traté de mediar con él, sin embargo no me dejó.

—¿Qué no me enoje? ¡Tenemos casi tres meses en esto! Viéndonos a escondidas, disimulando para que nadie se dé cuenta ¿Cómo crees que me siento, cuando deseo regalarte una flor y no puedo? ¿O cuando deseo tomarte de la mano en público? Pero no puedo, porque estas casada y hay que cuidar la imagen y que sé yo que otras cosas más me dices —pude sentir su enojo—. Ya me estoy hartando de este juego ¿Yo? ¿El de reserva? Es que lo cuento y no lo creo.

—Te prometo que hablaré con él cuando pueda. Para cuando estés de regreso ya lo habré solucionado. Te lo prometo...

Al menos tendría dos semanas para solucionar ese inconveniente, pasaría el resto de la semana con Matías, buscando el momento adecuado para charlar, hablaría con él antes que se fuera y tal vez llegáramos a un acuerdo para lo del divorcio.

—¡Ah! Por cierto, vuelvo pasado mañana—
acotó él.

Esa última frase me heló.

«¿Qué? ¿Pasado Mañana?».

—¿Cómo? Pe...pero...— comencé a tartamudear.

—Sí. Logramos finiquitar el acuerdo con el estudio. Estás hablando con el nuevo Morfeo, el guardián de los sueños prohibidos —rio—. Así se va a llamar la película. Volveré a Londres por dos meses, mientras hacen la convocatoria para los demás actores y extras...

¿Que se suponía que debía hacer? ¿Decirle la verdad? ¿Decirle que Matías estaba en la ciudad? Mi lengua se congeló y no supe qué rayos decirle.

—Debo colgar, mi representante me está llamando. Te llamaré luego— dijo y culminó la llamada.

Me quedé un rato sentada en la plaza, meditando todo lo que estaba pasando, me encontraba hasta el cuello y abrumada por tantos

pensamientos. Pensé en las palabras de Anette, y puse las respuestas sobre esa balanza ficticia que ella me había dicho, la cual se inclinó a favor de Matías, y por más que me negara a creerlo, Matías era quien en realidad podría darme una vida estable, emocionalmente hablando.

Matías demandaba mis atenciones, pedía a gritos mi cariño. Aunque no quisiera aceptarlo, yo era su esposa. Una esposa que lo engañaba con otro hombre. Un hombre que también pedía urgentemente una decisión de mi parte, que me había dicho que estaba cansado y perderlo me aterraba, pero perder a Matías me llenaba de tristeza.

Junto a Matías me sentía a gusto, pero lo que sentía, no lo podía comparar con la pasión delirante que sentía al estar con Xander.

Xander era mi vicio, y como todo vicio, lo necesitaba para vivir.

Ver a Matías creándose falsas ilusiones conmigo, haciendo planes de una vida a futuro, me hacía sentir despreciable.

¿Cómo podía ser tan vil? ¿Cómo podía jugar con las ilusiones de un hombre tan maravilloso? Él me amaba de verdad y yo solo contaba los días para ver a Xander y darle mi amor.

¿Qué era lo que realmente sentía por Matías?

¿Qué era lo que sentía realmente por Xander?

Debía tomar una decisión, pero ambos eran partes importantes para mí. Imaginar la vida sin alguno de los dos, era simplemente... inconcebible.

Ellos.

Matías y Xander.

Dos hombres en mi vida que tenían mi mundo de cabeza.

A uno no podía dejarlo, le guardaba mucho respeto.

El otro era un huracán de besos y caricias.

Las respuestas eran concisas.

Con uno tenía todas las de ganar...

...y con el otro, todas las de perder.

Inconscientemente ya había tomado mi decisión.

Debía buscar el momento adecuado para dar el siguiente paso.

14

Al día siguiente me incorporé a la academia como era lo normal, ya no tenía ningún indicio de malestar.

Estaba charlando con Margaret durante el descanso y la estaba poniendo al tanto acerca de mi repentina gripe. No había querido comentarle que Matías estaba en la ciudad, aunque éramos íntimas amigas, había ciertas cosas que prefería guardarme para mí sola, sabía como era ella, comenzaría a sermonearme por continuar jugando con sus sentimientos.

Estábamos en el cafetín de la academia cuando ella recibió una extraña llamada, antes de contestar había observado la pantalla de su móvil y con un gesto de confusión...

—¿Sí? —dijo para luego quedarse en completo silencio—. ¡Bien! Entendido —nuevamente silencio—. ¡Sí! Eso es correcto. Se lo diré. Sí, sí... La tengo a mi lado en este instante —agregó y yo la miré. Me giré para ver si había alguien más presente, pero no. Sin duda, se refería a mí—. Está bien. Entiendo. Adiós— finalizó la llamada, se giró hacia mí y me miró con un brillo especial en sus ojos.

—¿Quién era?— pregunté.

—Eh... era...

Margaret comenzó a tartamudear y capté que se trataba de algo grande, algo que no sería fácil para ella decírmelo.

—Dijiste, “*la tengo a mi lado*”. Hablabas de mi ¿Quién era? —la presioné para que me dijera.

—Era del Donmar —soltó ella con algo de duda—. Quieren que vayas a un casting hoy a las 4 —agregó.

—¿Y porque no me llamaron a mí móvil?

—No tenían tu número.

—¿Qué raro!

—Sí, muy raro —concordó ella—.

¡Alégrate mujer! Te han llamado del Donmar Warehouse —expresó y se levantó bruscamente para marcharse a toda prisa.

Luego de algunos segundos, dándole vueltas a mi cabeza, divagando con respecto a Xander y Matías, de cómo haría para decirle esa noche que quería el divorcio, porque estaba enamorada de otro hombre, fue en ese instante que reaccioné...

«¡Hoy! ¡Un casting en el Donmar!» tal afirmación me sacudió abruptamente y mi mente se enfocó en otra cosa. Me habían llamado desde uno de los teatros más prestigiosos de todo Londres, caí en cuenta y una gran emoción me invadió. Me levanté de prisa, tomé mi bolso y corrí detrás de Margaret para preguntarle más acerca del casting.

Las clases terminaron y rápidamente me marché hacia la residencia estudiantil, donde me cambiaría rápidamente y comería algo. Al llegar, Anette y Matías me esperaban para almorzar, luego de un día normal de clases, mi esposo me recibía con un rico estofado de ternera, que había aprendido a preparar viendo la TV, una botella de vino tinto y una gama de postres de chocolate. Cuando Matías quería lucirse lo hacía. Anette estaba presente también. Comimos y charlamos un rato.

—Me han convocado a una audición en el Donmar —dije de repente entre bocado y bocado.

—¡Oh, eso es genial! —indicó Anette con genuina alegría.

—¿Donmar? ¿El Warehouse? —Matías alucinó por un momento, yo asentí con la cabeza —. ¡Es una excelente noticia! Ese es uno de los sueños de todo estudiante de actuación, aquí en Inglaterra ¡El Donmar! Es la cúspide del Teatro en Londres ¡Es magnífico! Me alegro mucho por ti amor —se inclinó hacia mi tomando mi cabeza entre sus manos y dándome un beso en la frente.

—¡Wow! ¿Desde cuándo sabes tanto del Donmar? —inquirí en tono burlón. Matías rio complacido.

—Ahora que mi esposa es una actriz en ascenso, me he tomado la libertad de investigar un poco.

Los tres reímos ante el comentario de Matías.

—¿Puedo ir contigo? —dijo Matías soltando una carcajada.

—Claro. No veo impedimento para que no vengas. De hecho... —miré a Anette—. Iremos todos ¿Tienes algo que hacer en la tarde? —ella negó con la cabeza—. ¡Genial! Es a las 4. Terminó

de almorzar, me ducho y nos vamos.

Dicho y hecho, comí con algo de prisa, para luego ducharme y vestirme de manera elegante pero casual, debía dar una buena primera impresión.

Había logrado despejar mi mente por algunas horas, pero era inevitable no sentir como la ansiedad se apoderaba de mí. En la tarde, Xander tomaría un vuelo de regreso a Londres, lo que significaba que para el día siguiente él ya estaría en la ciudad, poniéndome en un aprieto, pues Matías también se encontraba presente y Xander no sabía absolutamente nada. Debía hacer algo...

Lo decidí, esa noche, después de casting, hablaría con Matías y le explicaría lo que estaba sucediendo. Había tomado mi decisión, y aunque la balanza estuviese inclinada a favor de Matías, mi corazón había doblado la apuesta por Xander.

Llegamos al Teatro a bordo del coche de Anette, entramos de inmediato y no vimos a nadie.

Me acerqué a un hombre que barría uno de los pasillos y le pregunté donde sería la audición. Extrañamente, el sujeto no tenía ni idea de dicha audición y todo comenzó a parecerme muy extraño, sin embargo decidí esperar un rato más. Me senté junto a Matías y Anette en unas butacas laterales al escenario.

Los minutos pasaron y nadie llegó, no hubo señales de ningún tipo de audición, ni casting, ni nada. Comencé a impacientarme.

—¿Dónde quedara el sanitario?— preguntó Matías.

—No lo sé —respondí.

—Vamos a buscar uno. También me han dado ganas —Anette se puso de pie y Matías la siguió.

Los minutos transcurrieron y comencé a sospechar que tal vez se trataba de una broma, que desde alguna parte del teatro, alguno de mis amigos estaría observándome mientras se burlaba de mi ingenuidad. En el momento que decidí levantarme para ir a preguntarle a alguien más,

Margaret entró.

—¡Ahora!— gritó ella.

Muchas personas entraron al teatro, otras salieron de los alrededores y la música comenzó a sonar. Volví a mis años de adolescencia en cuanto reconocí la canción que sonaba, era “As Long As You Love Me” de los Backstreet Boys, enseguida todos comenzaron a bailar, era un Flashmob. Me levanté rápidamente para ir hacia la parte de atrás del teatro, pensé que tal vez se trataba de un ensayo y no quería estorbar allí, sin embargo, dos chicos salieron de la nada y se interpusieron en mi camino, ambos sonrieron y señalaron a un punto específico detrás de mí. Me gire y noté que todos cantaban, bailaban y me señalaban a mí.

Mi corazón dio un brinco, en un intento desesperado por salirse de mi pecho, Xander apareció con un inmenso ramo de rosas en sus manos. De repente, la sonrisa resplandeciente que traía, se borró. Dejó caer las flores y se detuvo en seco, clavando su mirada en quién estaba detrás de mí. Una mueca lúgubre apareció en su rostro.

—¿Y esto, que se supone que es? —dijo Matías.

Cerré mis ojos con fuerza, deseando que todo fuera una maldita pesadilla. Mis dientes rechinaron por la presión que ejercí en mi mandíbula, me sentía entre la espada y la pared.

Xander era esa espada que se enterraba poco a poco desgarrándome el alma. Gabriel, la pared que me oprimía y no me dejaba escapar.

Al abrir mis ojos me encontré con la mirada triste de Xander, que estaba de pie completamente inmóvil, sin quitar su mirada de mí. Las flores cayeron al suelo, como en cámara lenta, con ellas su corazón... y el mío.

Paseé mi mirada entre Margaret, quien me observaba con gran confusión, y Xander, quien lentamente bajó su mirada. Me giré hacia Matías, quien tenía el ceño fruncido.

—¿Qué está sucediendo aquí, Shirley? —preguntó finalmente.

Sentí que el mundo se me venía abajo.

Yo estaba allí, de pie, junto a Matías, frente

a Xander, parada entre dos mareas, entre la calma y la tempestad.

«*Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala*».

En ese momento, necesitaba calmarme un poco, estaba a punto de desmayarme. «*No puede ser cierto ¿Qué diablos hace Xander aquí? Se suponía que llegaba mañana*» pensaba y pensaba.

—Eso fue todo, chicos. Lo hicieron genial —gritó Margaret y se acercó a Xander—. Gracias por la ayuda.

—Ha sido un placer ayudarte en el performance, Margaret —dijo él y se dio la vuelta. Miró a Matías e hizo un gesto con su mano para saludarlo, aun estando derrotado, no dejó de ser un caballero. Matías respondió agitando su mano en lo alto. La mirada de Xander se posó sobre mí, asintió con la cabeza, se dio la vuelta y caminó hacia la salida del teatro.

—¡Xander! —grité su nombre y traté de salir corriendo tras él, pero no pude, Matías me sujetó del brazo.

—¿A dónde vas? ¿Qué es lo que está

sucediendo?

—Luego te lo explicaré todo —me solté de su agarre y corrí lo más rápido que pude.

—Xander, por favor detente —dije jadeando en cuanto lo alcancé.

Él se detuvo y se giró bruscamente hacia mí.

—¿Qué quieres?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, el hecho de que yo hiciera el ridículo trayéndote semejante muestra de romanticismo o el hecho de que no me hayas comentado que él estaba aquí?

—Por favor, escúchame...

—¿Escucharte? Ya he escuchado lo suficiente. No hace falta que digas nada más. Ya lo entendí. Has tomado tu decisión y la respeto.

—No. Xander, por favor escúchame...

—Desde un principio esto solo ha significado un juego para ti, nunca te lo tomaste en serio ¡Y ME HARTE! —la última frase la gritó. Toda la rabia que sentía, me la escupió en la cara

Estábamos en medio de la calle, las

personas iban y venían, nos miraban y murmuraban. Me percaté que algunas personas comenzaron a tomar foto.

«¡Oh por Dios! Lo he expuesto al escarnio público».

Sin más, él se dio la vuelta para subirse en su coche y marcharse.

—Suéltame, Margaret.

Matías se acercó a mí.

—¿Me vas a explicar que está sucediendo?

Miré a Margaret, ella se encogió de hombros.

Me quedé pasmada sin saber qué hacer.

Sentí un dolor punzante en mi abdomen.

—Arrrgh... —un sonido desgarrador salió de mi boca y sin poder evitarlo, me desplomé. Matías me sostuvo del brazo para evitar que cayera.

—¡Oh por Dios! ¿Estás bien? —indagó él.

Yo no podía contestar, el dolor era inmenso y en cuestión de segundos había comenzado a sudar y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Matías

me estrechó con fuerza llevándome cargada hacia el interior del teatro...

¿Qué rayos era eso?

Sentía que algo se desgarraba dentro de mí.

Matías se arrodilló sobre el suelo recostándome a su regazo, tomó mi rostro en sus manos para poder tomar el control de la situación, mis manos estaban posadas sobre mi vientre en un intento desesperado de aliviar el dolor. Me retorció de dolor...

...y yo solo pensaba en Xander.

—Arrrgh... —grité de nuevo.

—¿Dónde te duele? —preguntó Matías tratando de quitar mis manos de mi vientre.

—¡Aquí! —le indiqué señalando la zona. Matías desabrochó mi pantalón y comenzó a palpar la zona, mientras tocaba...

—Margaret, llama una ambulancia —Matías se inclinó para levantarme. Margaret sacó su móvil y llamó.

Matías me cargó entre sus brazos y los

minutos pasaron, el dolor creció y la ambulancia no llegó...

—Detenlo Margaret. El taxi que viene allí —ordenó Matías. Ella obedeció y subimos rápidamente al coche—. De prisa, a la clínica más cercana— demandó Matías al chofer, pero éste no le entendió, Matías no se había percatado que estaba hablando en español, así que Margaret fue la que le indicó al chofer, nuestro destino.

—¿Qué me pasa Matías? ¿Qué es esto? — dije entre quejidos.

—Creo que es apendicitis —contestó él.

15

Una luz intensa, de color blanco, golpeó mis

ojos.

«*¿Estoy en el cielo?*» Me pregunté mentalmente.

—¡Oh! Por fin has despertado —la voz de Matías me indicó que no. Que aún estaba viva, aunque yo me sentía como muerta.

—¿Qué sucedió? —pregunté aún bajo los efectos de los sedantes.

—Te revisaron y te hicieron unos análisis. Están esperando los resultados —Matías apretó mi mano—. Nos diste un gran susto.

—¡Permiso! ¿Se puede? —Anette entró con una caja de galletas en las mano.

—¡Oh que linda! ¡Gracias! —le agradecí mientras recibía su obsequio.

Ella se sentó en el sofá, al lado de Margaret, quien no dejaba de hacer bromas con respecto a la forma en que gritaba antes. Matías me ayudó a sentarme.

—Buenas tardes —una voz masculina saludó. Por un momento sentí una rara sensación al pensar que era Xander, pero al mirar hacia la

puerta, vi que no era él—. ¿Cómo está mi paciente?

Habló de nuevo el hombre. Matías se movió permitiéndome ver con claridad al doctor que se acercaba con una radiante sonrisa.

—Hola doctor. Que agradable verlo —dije.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, ya no me duele.

—Te dimos un calmante fuerte, no tendrás dolor por algunas horas —comentó el doctor y se acercó a Matías—. Ya tenemos los resultados de los análisis.

—¿Es apendicitis? —inquirió Matías.

—¡No! Pero tendremos que intervenirla de igual manera.

—¿Cómo? Pero... ¿Por qué? ¿Qué es lo que tiene mi esposa, doctor?

—Observe aquí, doctor Martino ¿Qué ve? —el doctor le enseñó los resultados. Matías miró con atención.

—¿Un embarazo ectópico? ¡Eso es imposible! —farfulló.

Abrí mis ojos como platos al oír la palabra “embarazo”.

—¡Sí! Efectivamente, es un embarazo ectópico —afirmó el doctor—. Lo siento mucho, pero vamos a y traer que extraerlo. No está muy grande, pero ha comenzado a presionar una arteria, por esa razón es el dolor.

Sentí que los oídos comenzaron a zumbarme, la cabeza me dio vueltas y la vista se me nubló.

¿Embarazada?

¿Yo?

¡Oh por Dios!

—¿Tiempo de evolución? —Matías clavó su mirada en el suelo.

—Aproximadamente cuatro semanas. Si no lo sacamos lo antes posible, podría poner en riesgo la vida de su esposa —acotó el galeno.

Matías cerró los ojos, respiró profundo y soltó el aire. Se giró hacia mí y sus ojos me miraron con decepción.

—Hagan lo que sea oportuno, Doctor —finalizó y se sentó en el sofá mientras esperaba que

el doctor se retirara.

Era demasiado tarde, Matías había descubierto mi secreto, se había dado cuenta y de la peor manera posible. Su corazón estaba destrozado, lo supe. Él lo sabía. Sabía que ese hijo no era suyo. No era posible. Teníamos casi dos meses que no estábamos juntos y hacia tan solo dos días que habíamos tenido relaciones nuevamente. Su mente maquinó todo, hizo sus conjeturas y sacó sus conclusiones...

Lo entendió.

Xander no era simplemente un colega, era mi amante. Con el cual lo había estado engañando durante los últimos tres meses.

—Estoy seguro que el padre no soy yo — respiró profundo y soltó el aire —¿Es él, verdad? Xander —algunas lágrimas corrieron por su rostro.

—Matías yo... —comencé a tartamudear—. No quería que te enteraras de esta forma...

—Yo confié ciegamente en ti —susurró para contener las ganas de gritar—. ¿Por qué me hiciste

esto? Si yo te amo con un loco —Anette y Margaret se levantaron del sofá y estuvieron a punto de llegar a la puerta cuando Matías las miró —. Ustedes lo sabían ¿Verdad? —las dos se quedaron congeladas, sin saber que decir alternando sus miradas entre Matías y yo — ¡Maldita sea! Me vieron la cara de imbécil

—Matías cálmate— habló Anette.

—No me clamo ni una mierda. Tú... —me señaló y me miró con desprecio.

—Déjame explicarte... —intenté hablar.

—¿Explicarme qué? ¿Que mientras yo me rompía el lomo en Venezuela, trabajando día y noche, amaneciendo frente a la embajada británica para poner todos mi papeles en orden y doblando turnos para ahorrar y venir a visitarte, que mientras preparaba todo para mudarme aquí, contigo, tú te revolcabas con otro tipo?

—Matías, por favor, déjame hablar... —mis lágrimas comenzaron a brotar.

—Pensaba que eras una dama, pero te has comportado como una zorra —concluyó y salió de

la habitación.

Cada una de sus palabras se me clavó como un puñal, tenía toda la razón del mundo, y eso era lo que más de dolía. Intenté salir de la cama para detenerlo pero no pude, aun habían vestigios de los calmantes en mí, además de que Anette y Margaret me sujetaron para evitar que cometiera una imprudencia.

Lloré amargamente, mientras veía que mi vida se derrumbaba.

Xander no quería saber nada de mí y Matías tampoco.

La vida de un ser inocente estaba en juego, estaba esperando un hijo de Xander y él ni siquiera lo sabía, ese pequeño estaba condenado desde ya a no nacer y eso me entristeció mucho.

Desperté y sentí un leve dolor en mi vientre, miré a mí alrededor y no había nadie. La cirugía había pasado. Lloré al entender que me habían arrebatado a ese pequeño ser que crecía dentro de mí, una criaturita que había sido hecha con amor y

ahora era solo un recuerdo, me dolía el alma.

Sentí que alguien entraba a la habitación, era Anette.

—Adelante. Ya está despierta —le dijo a alguien.

—¿Cómo te sientes?— preguntó Christopher apenas entró—. Margaret me ha contado lo que pasó. Lo siento mucho —miró alrededor—. ¿Y Matías? ¿Por qué no está aquí?

—Por lo visto, Margaret no te lo contó todo —comentó Anette.

—¿Contar qué?

—El bebé que esperaba no era de él —indicó ella.

—¡Santa madre de Dios! ¿Y de quién era? —Christopher se escandalizó.

—De Xander — dije bruscamente.

Christopher abrió los ojos como platos y me miró.

—¿Qué?— quedó boquiabierto. —¿Ya lo sabe? ¿Quieres que lo llame?— se ofreció amablemente.

—¿Para qué? Él no quiere saber de mí.

—Tiene que saberlo —argumentó Margaret, quien se unía a la conversación.

—¿Y que ganaré con eso? Ya no hay bebé —dije con amargura poniendo mis manos sobre mi vientre, sobre lo que el vendaje que cubría la horrorosa marca que me recordaría mi perdida, el resto de mi vida.

Iba a ser madre, era en lo único que pensaba. La madre del hijo de Xander. La vida misma estuvo en contra de eso, arrebatándome a mi bebé.

Estuve dos días en la clínica, hasta que por fin fui dada de alta.

Matías no volvió a visitarme en la clínica. Anette me había contado que se había ido a un hotel, y que tenía boleto para irse en unos días, pues no había encontrado vuelo para irse antes, también me comentó que estaba destrozado y que no quería saber nada de mí. No lo culpo, cualquiera en su lugar se sentiría igual, después

del daño que yo le había hecho. No me había llamado y no había hecho ningún intento por comunicarse conmigo, su actitud me llenó de incertidumbre. Necesitaba aclarar las cosas con él, me sentía terrible por la forma en que las cosas salieron a la luz.

Le pregunté a Margaret si sabía algo de Xander.

Nada.

Esa fue su respuesta.

Me comentó que hacía una semana ni siquiera había twitteado algo, lo había intentado llamar y la operadora le indicaba que se estaba fuera del área de servicio. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Yo por mi parte me torturaba buscando en la web cualquier información de él, en los canales de Tv local, e incluso había llamado al profesor Hoffman para saber algo de Xander, estaba desesperada, pero no obtuve información alguna, así que imaginé que se había ido a un lugar apartado de la civilización para aclarar sus

pensamientos, lejos de todos, para superar lo que había sucedido, para olvidarme...

Pensar en esto último me hizo sentir pánico.

Era normal que de repente el llanto se hiciera presente pues me encontraba realmente susceptible. Cualquier comentario, cualquier gesto, cualquier cosa me lo recordaba. Por otro lado no podía dejar de pensar en Matías, él no merecía eso, ni mucho menos Xander...

¡Oh por Dios!

La cabeza me iba a estallar...

Transcurrieron dos días más y Anette tuvo que obligarme a comer, pues yo no tenía ánimos de nada. Corría las cortinas de mi cuarto para que la poca luz del día, entrara, pero la eterna ausencia de sol contribuyó a que me deprimiera más.

Esa tarde me animé a salir de la cama y ordenar un poco mi habitación. En una gaveta encontré el sobrante de un ticket de cine, al cual había ido en una de mis tantas citas furtivas con Xander, era increíble la forma en que el universo se empeñaba en recordármelo.

Abrí mi armario y su foto pegada en la puerta me hizo reír con irónica... ¿Cuántas veces Matías había visto esa foto allí y me había comentado en tono divertido “*empezaré a sentirme celoso de él, tienes más fotos de él en tu móvil que mías*”? Lo que él pensaba que era un fanatismo extremo, sin saberlo, se había convertido en algo más.

¿Cuántas veces le había dicho a Matías que estaba sola en mi cama completamente aburrída, mientras en realidad estaba tocando el cielo entre los brazos de Xander? Me sentí miserable, una vez más.

La puerta de mi habitación sonó, era Anette, quien me indicó que alguien había ido a visitarme. Mi corazón dio un brinco al pensar ingenuamente que era Xander, pero al ver quien era, mi corazón se quebró.

—Hola, Margaret —saludé.

Ella entró en la habitación algo cabizbaja.

—Hola —estaba apenada—. ¿Cómo te sientes?

—¿Quieres saber cómo me siento realmente? —ella asintió—. Como una mierda —dije sin más. Un nudo se formó en mi garganta.

—Lo siento mucho. No sabía de qué Matías estaba allí, de haberlo sabido no...

—¿Por qué no me dijiste que Xander estaba en la ciudad? —la interrumpí.

—No podía. Él me dijo que quería darte una sorpresa.

—¡Y vaya que me la dio! —dije con sarcasmo.

—Lo siento.

—Tranquila. Me lo merecía, por jugar con dos hombres tan maravillosos —lágrimas se asomaron de mis ojos.

—No digas eso, Shirley —Margaret se acercó a mí y me abrazó —Ninguna mujer en este mundo, por más ruin que sea, merece perder un hijo.

Escuchar la palabra “hijo” hizo que mis lágrimas salieran a borbotones, y la respiración se me entrecortara. Pensar en ese pequeño cuerpecito

que pudo haberse llamado William por su padre o Diana Gabriela por sus dos abuelas, me heló el corazón, en eso momento comprendí que ese era un vacío que nada ni nadie lograría llenar nunca.

El carraspeo repentino de alguien me hizo mirar hacia la puerta.

—Disculpa Shirley, afuera hay alguien que quiere verte —dijo Anette. Sentí mi corazón acelerarse nuevamente. «*Es Xander*» dijo la vocecita en mi cabeza. Me apresuré a salir para recibirlo.

Al salir de mi habitación la decepción me golpeó, otra vez.

Sentado en el sofá, con su mirada clavada en mí, yacía Matías.

—Solo vengo a buscar mis cosas —dijo con aspereza.

—¿Podemos hablar?

Era el momento de conversar, de aclarar las cosas y definir qué era lo que iba a suceder entre nosotros. El divorcio era algo ineludible. Él me miró y se quedó unos segundos en silencio.

—Te perdono —farfulló. Me quedé atónita «¿¿Qué!?» fue la interrogante que se formuló en mi cabeza. «¿Después de todo lo que ha sucedido, él me perdona? ¿Así? ¿Sin más?». No lo podía creer —. Solo si me prometes que no volverás a verlo —mi quijada tocó el suelo.

«No, no, no Matías, no te humilles, no lo hagas, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento» pensé.

—¿Qué? —logré hablar.

—Como lo oyes. Soy capaz de olvidar lo que pasó. Prométeme que no volverás a verlo —caminó hacia mí—. Te amo, Shirley —había desesperación en sus ojos.

—Yo no —contesté por inercia.

Matías se detuvo.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero no puedo seguir jugando contigo. Mereces algo mejor que esto —hice un gesto con la mano señalándonos a ambos.

—¿Echaras todo a la basura? —se acercó más a mí—. Mírame, por favor.

Yo levanté mi rostro y comencé a llorar. Él me abrazó.

—Lo siento, Matías —hablé entre sollozos.

Matías me apretó fuertemente contra su pecho.

—No lo hagas Shirley, por favor. No me dejes —suplicó.

Miles de recuerdos llegaron a mí...

La primera vez que vi a Matías en la clínica, yo había ido a verme por un malestar que tenía desde hacía varios días y él era el Médico de guardia. En el momento que él me habló sentí algo especial. Luego esas visitas al médico se hicieron constantes, al punto de que me inventé enfermedades para ir a verlo, ese hombre me gustaba demasiado y no hallaba la forma de decírselo. Su sonrisa y su forma de ser con sus pacientes me llenaban de ternura. Al cabo de unos días él se animó a invitarme a salir. Luego esas salidas se convirtieron en largas caminatas por el parque, caminábamos de la mano. Él me llenaba de atenciones y detalles, me hacía sentir

tan querida...

...el recuerdo de Xander se interpuso.

Tantas noches en mi habitación, viendo sus ojos brillantes de papel, que me miraban desde la pared, tantas sonrisas compartidas.

Xander era mi sueño inalcanzable...

... y ese sueño se había convertido en una realidad.

Sus besos, sus caricias, su voz, su mirada, su cuerpo... esa pasión que me hacía sentir. Era imposible sacarlo de mi mente. La paz que sentía al estar a su lado, la admiración al verlo, ese orgullo que me llenaba el pecho cada vez que lo veía triunfar, los celos que sentía al verlo con Anna, ese susto que sentía cuando sabía que lo iba a ver, mi corazón acelerado cuando hablaba con él por teléfono, esas ansias locas de querer estar con él a cada instante.

Yo Amaba a Xander.

A Matías lo quería.

—Lo siento —susurré y rompí el abrazo. Sequé mis lágrimas y me aparté de él—. Es una

decisión tomada. Esto ya no tiene sentido.

—Podemos intentarlo, por nuestro amor. Mírame a los ojos y dime que no me quieres.

—Si te quiero, Matías —debía dejárselo claro.

—¿Ves? Podemos intentarlo.

—Estoy enamorada de Xander —perdí la poca paciencia que me quedaba. No pude permitir que Matías se siguiera humillando—. Quiero el divorcio.

Los colores se esfumaron de su rostro.

Se giró y en completo silencio, entró a mi habitación. Yo lo seguí. Rápidamente sacó su maleta y comenzó a recoger todas sus cosas. No dijo absolutamente nada.

En cuanto finalizó cerró la maleta y se giró hacia mí.

—Trataré de mandarte los papeles lo más pronto posible —dijo y se marchó. De cierta manera me alegré, al ver que todavía le quedaba amor propio.

Los días pasaron y me volví a reintegrar a las clases en la academia. Fui recibida cordialmente por todos, tanto profesores como compañeros me dieron la bienvenida.

Los días pasaron y no supe absolutamente nada de Matías ni de Xander, a éste último lo llamé repetidas veces, pero mis intentos fueron en vano. Parecía que se lo había tragado la tierra. Nadie sabía nada de él. Ni revistas, ni paparazis, ni canales de televisión. Nadie hablaba de él.

—Señorita Sandoval... —Hoffman se acercó a mí en cuanto finalizó la clase—. ¿Me permite un momento de su tiempo?

—Sí. Claro. Dígame profesor ¿En que lo puedo ayudar?

—La próxima semana vendrán unos corresponsales de *Backstage*. Quieren hacer una nota acerca del Programa Experimental de Teatro.

—¿Backstage?— inquirí con algo de confusión.

—Sí. Backstage Magazine. Quieren hacerte una entrevista a ti y a Xander, acerca de la obra.

Xander ya me confirmó. La entrevista está pautada para horas de la mañana, así que trata de llegar lo más temprano que puedas.

«*Una semana*» repetí mentalmente «*En una semana lo veré*»

16

Fue la semana más larga de mi vida.

La ansiedad creció en mí al paso de los días, esa semana transcurrió normalmente entre clases y reuniones con el grupo de teatro. Se estaba preparando un nuevo performance y deseaban que yo fuera una de los integrantes del elenco principal.

Una tarde mientras arreglaba un poco mi

habitación, sacando algunas cosas que ya no usaba y otras tantas que necesitaba sacar de mi vida, Anette me llamó desde la sala, se oía bastante alarmada y preocupada.

—Shirley, ven acá. De inmediato.

Salí casi corriendo de mi alcoba y me acerqué a ella.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Mira — apuntó con su dedo hacia la pantalla de su laptop.

Había una foto mía junto a Matías. Estábamos en *Covent Garden* y recordé la oportunidad en la cual un sujeto misterioso salió de la nada y nos fotografió. El individuo le había preguntado a Matías “¿Quién eres?” y él había contestado molesto “Soy su esposo”. Seguí viendo la pantalla. Debajo de dicha imagen había una de Xander y mía, era de cuando discutimos fuera del Donmar. Me llevé las manos a la cabeza, horrorizada al leer lo que decía debajo de las imágenes...

“Xander Granderson: El amante de una

mujer casada.

En la primera imagen, podemos ver a la actriz de teatro Shirley Sandoval, junto a su esposo Matías Santonini, discutiendo en las inmediaciones de Neal's Yard. En la siguiente imagen, Xander y Shirley también discutiendo a las afueras del Donmar Warehouse.

—¡Por Dios! ¿Cómo pueden ser tan desalmados? —me horroricé.

—Es su trabajo. Vender ese tipo de información es lo que pone comida en sus mesas —contestó mi amiga.

Las imágenes habían sido difundidas por toda la web, así que no tenía sentido ponerse a pensar en cómo pedir que dicha información fuese desmentida, tampoco le quise dar mucha importancia, al fin de cuentas fuese cierto o no, todo eso ya no sería más, entre Xander y yo, todo había terminado.

El dichoso día de la entrevista llegó y desde el primer segundo en que abrí mis ojos, la ansiedad se apoderó de mí ser. Me levanté, comí

un poco, me vestí acorde a la ocasión y salí camino a la academia.

Al llegar pude ver al profesor Hoffman en la entrada junto a Xander, quien vestía exquisitamente un pantalón de mezclilla, una camiseta azul de algodón y una chaqueta de cuero.

Mi corazón se desbocó y tuve que respirar profundo y soltar el aire, varias veces.

—Buenos días —dije al acercarme a los dos caballeros.

—¡Oh! Buen día —correspondió Hoffman con una amplia sonrisa. Xander giró hacia mí y me miró con un pequeño mohín.

—Entremos, hace mucho frío acá fuera —Hoffman se dio la vuelta y entró.

—Xander ¿Podemos hablar? —hablé en voz baja por detrás de Xander.

—¿De qué? —contestó con frialdad.

—De nosotros — continué susurrando para que Hoffman no escuchara.

Xander se detuvo y se giró hacia mí. Hoffman siguió caminando.

—¿Nosotros? ¿Eso existió? —dijo con sarcasmo.

—Por favor Xander, necesito hablarte—
farfullé.

Xander comenzó a caminar de nuevo, ignoró mi petición.

—¿Xander! —insistí.

Él se detuvo y se giró hacia mí con cara de pocos amigos.

—Habla —su mirada era fría y distante.

Miré a los lados y pude ver gente saliendo y entrando a los salones, Hoffman seguía caminando hacia el auditorio.

—Aquí no.

—Entonces ¿Dónde? —se irritó.

Me limité a observarlo por algunos unos segundos en completo silencio, su mirada estaba tan cargada de ira que me dio miedo.

—Por favor, baja la guardia —le pedí.

Xander soltó una carcajada.

—No hay nada de qué hablar, señorita Sandoval. Tú tomaste tu decisión y yo la respeté

—levantó una ceja—. Ahora, si me permites, el deber me llama.

Entré rápidamente detrás de Xander, él se encaminó hacia Hoffman, y ocupó una silla al lado del mismo. Sin hacer ruido me acerqué y me senté en la otra silla, la cual estaba dispuesta en un set que había preparado previamente Hoffman para la entrevista. Una chica de cabello negro y ojos grises se presentó como Briana York, a su lado, un hombre de cabello castaño y ojos verdes se presentó como Orlando Wagner. Al finalizar las presentaciones, dio inicio la entrevista.

La entrevista transcurrió con normalidad, hablamos de la obra de Teatro, del Programa experimental, de la experiencia de Xander como director de teatro, mi experiencia al trabajar con Xander, acerca de mi debut...

—Hay un rumor que ronda en el ambiente desde hace ya algún tiempo y de hecho es portada de revista —comentó Briana en tono informal, enseñándonos la cubierta de una reconocida revista de farándula—. ¿Ven?

Xander y yo abrimos los ojos con total sorpresa, en la portada se mostraban las mismas imágenes que yo había visto previamente un día anterior en el portátil de Anette, con un enunciado de lo más amarillista *“Cuando la realidad sobrepasa la ficción. Xander Granderson en tórrido romance con la actriz de Teatro, Shirley Sandoval, quien es una mujer casada. Un romance de película”*

Xander tomó aire y lo soltó de golpe. Se giró hacia mí.

—¿Sabías de esto? —me preguntó.

—No —mentí.

Xander se pasó la mano por el cabello y rio con malicia.

—Rumores, rumores —dijo en tono divertido.

Yo sonreí ante su despreocupado gesto.

—Sí. Se dice que mantienen una relación clandestina ¿Qué pueden decirles a esas personas que andan inventando cosas? —la chica nos señaló a ambos haciendo un ademán con su mano.

Xander soltó una carcajada y me miró.

Yo hice lo mismo, reír.

No supe porque reía, pero le seguí la corriente.

—Rumores, solo eso les diría... ¿Verdad Shirley? —él me lanzó una triste mirada. Una mezcla entre complicidad y añoranza. Apretó mi mano y mi corazón se encogió. Allí estaba yo, frente a una desconocida, negando una de mis más grandes verdades—. Entre Shirley y yo hay una grande y bonita amistad. La admiro mucho, porque es muy talentosa. Es una gran mujer —Xander continuó apretando mi mano—. Pero... ¿Una relación de pareja? —resopló—. Eso es absurdo —soltó mi mano.

Esas palabras, aunque fuesen mentira, me dolieron mucho.

—Supimos recientemente, que pasaste por una intervención quirúrgica —la conversación se enfocó en mí—. Háblanos de eso.

Xander se giró hacia mí y se mostró confundido.

—¿Estuviste ingresada en una clínica?— preguntó.

—Sí— conteste rápidamente.

—No lo sabía.

—Sí. Apendicitis —clavé mi mirada en la joven corresponsal de Backstage—. Nada grave, fue algo inesperado. Llegué al hospital, me revisaron, me intervinieron y de vuelta a casa. Rápido —bromeé un poco. Xander escrutó mi rostro—. Quise avisarte —miré a Xander, tratando de bajar un poco la tensión que se había hecho presente. Si la chica frente a nosotros no se daba cuenta de que sucedía algo entre Xander y yo, era realmente ciega, a leguas se podía notar que había dolor en nuestras miradas, una muestra fehaciente de que hay cosas que por más que lo intentáramos, no podíamos ocultar.

—Muchísimas gracias por su tiempo. Ha sido un verdadero placer —la entrevistadora se puso de pie.

—¡Oh no! El placer ha sido nuestro —comentó Xander, se levantó de su silla y extendió

su mano hacia Briana.

Luego de despedirnos de Briana, Orlando Wagner se encargó de las fotografías. Nos ubicó en un lado del salón para tomarnos las respectivas fotos. Una mía individual, una de Xander y una de ambos...

—Shirley, por favor colócate delante de Xander —me indicó y yo le obedecí—. Ahora Xander, por favor abrázala por la cintura. Coloca tu mentón sobre su hombro.

Xander se quedó inmóvil por algunos segundos, como si no hubiese entendido la instrucción de Orlando, luego de un momento sentí que sus brazos me rodearon.

Me estremecí.

Él apoyó su barbilla en mi hombro, tal cual le habían solicitado, giré un poco mi rostro hacia el de él y tuve que frenar las enormes ganas de besarlo.

—Así —sonó la voz de Orlando, seguido de un destello que nos indicó que la foto había sido tomada—. Ahora mírenme a mí, tortolitos —tal

comentario nos hizo reaccionar y darnos cuenta de que Briana y Hoffman nos observaban desde el otro lado del salón. Otro destello—. Sonrían —lo hicimos y otro destello casi nos deja ciegos—. Listo.

Aunque Orlando había indicado que las tomas habían sido realizadas en su totalidad, permanecimos abrazados un poco más. Mis ojos buscaron algún atisbo de amor en su rostro, mis anhelos pedían a gritos por su boca. Sus manos sobre mi abdomen, trajeron recuerdos desagradables a mi mente. Mi bebé. Se me hizo un nudo en la garganta y bruscamente agarré sus manos para soltarme del agarré, un momento mágico había sido empañado por el dolor.

Caminé de prisa hacia mi bolso, no tenía nada más que hacer allí, me despedí de Hoffman, quien enseguida salió junto a Briana y Orlando para acompañarlos hasta la salida de la academia. Anette yacía en la puerta del auditorio, esperándome. Cuando me disponía a marcharme...

—Espera —Xander sujetó mi brazo—.

Hablemos —su voz de oía calmada. Me giré en dirección a él y un par de estúpidas lágrimas se empeñaron en asomarse en mis ojos—. ¿Por qué no me dijiste nada

—¿Acerca de qué? —fruncí el ceño.

—Acerca de tu operación.

—Margaret trató de comunicarse contigo, pero nunca respondiste —hice una pausa y me encogí de hombros. Giré hacia la puerta, donde estaba Anette—. Inclusive ella te llamó... — señalé a mi amiga—. Y nunca se pudo comunicar contigo.

Arrugué mi nariz en cuanto sentí una puntada proveniente de mi cicatriz. Anette se acercó de prisa.

—¿Estás bien?—preguntó ella.

—Sí. Tranquila. —me senté y Anette rebuscó mis píldoras en mi bolso.

—¡Bah! Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer allí, además de verle la cara a tu esposito — comentó Xander con desdén y caminó hacia su maletín, lo tomó.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —dijo Anette notoriamente molesta.

—No Anette, déjalo así. No vale la pena —le sugerí.

—¿Decirme que? —Xander se acercó.

—Tú decides Shirley, se lo dices tú o se lo digo yo —insistió ella.

—¿Decirme qué? —él levantó la voz —Lo que ella debió decirme era que su esposo estaba aquí, en Londres —Xander miró a Anette—. Me hubiese ahorrado esa nefasta escena en el Donmar —me miró a mí—. Me harté de tener que esconderme, de ser el otro. Me cansé de tener que limitarme a ser quien soy, de no poder demostrar lo que siento, de tener que verte al lado de ese imbécil y tragarme la rabia, la impotencia, las ganas de partirle la cara..

Anette se acercó a mí, se inclinó y me abrazó.

Lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

—¿Y ahora vas a llorar? ¡POR DIOS! —gritó él.

—Ya cállate, Grandísimo idiota —estalló Anette. Xander abrió los ojos como platos—. Tú no sabes nada. No sabes por lo que ella ha tenido que pasar por tu culpa.

—Anette, por favor. No. Vámonos —rogué entre sollozos.

—Sí. Es mejor que no te metas en esto —dijo él.

—Me meto porque ella me importa y no puedo permitir ver como se sigue desplomando por ti —Anette estaba decidida a hacerle frente a Xander.

—¿Desplomarse? ¿De qué rayos estás hablando?

—Ya estoy harta de las personas como tú. Llegan a la vida de la gente con esos aires de Don perfecto. Enmarañan todo, confunden, destruyen y luego se van... —Anette estaba hecha una furia.

—Anette. Basta —la sujeté del brazo, le supliqué que se callara.

—Dile la verdad —me gritó ella.

—¿Decirme que? —Xander comenzó a

desesperarse.

—Estaba esperando un hijo tuyo —en esa frase Anette resumió todo lo que había sucedido en las últimas dos semanas—. Casi se muere. El embarazo se complicó y tuvieron que sacárselo. Esta mujer a quien tú estás juzgando, a quien señalas y humillas, solo ha llorado como una estúpida, por ti, porque te ama como una loca. Tu...—lo señaló vilmente—. No mereces ni un mal pensamiento de su parte.

Xander se giró hacia mí.

—¿Qué? —fue lo único que logró decir, estaba en shock.

No pude hablar.

¿Qué iba a decir?

Anette lo había dicho todo.

Como pude, tomé mi bolso y me levanté de la silla, saliendo a toda prisa de allí, mientras más lágrimas corrían por mi rostro.

—Espera —la voz de Xander imploró, pero hice omiso.

Me dolió el alma...

Un segundo más en su presencia y me desmayaría, no soportaba más tensión emocional, necesitaba aire, necesitaba escapar.

17

Traté de caminar lo más rápido posible, mi ego estaba realmente herido, pisoteado y desangrándose. Anette había revelado un secreto que hasta el momento no había decidido contar a Xander, era mi dolor y mí pérdida. Fui yo a quien abrieron bizarramente como un pez, fueron de mis entrañas que desgarraron al más lindo y puro regalo de Dios, mi bebé.

La voz de Xander me llamaba, pero me negué a atender su súplica. Continué caminando lo más rápido que podía. La gente me veía como si estuviera loca y tal vez estaba llegando al borde de mi cordura en ese momento. Me sentía realmente miserable, pensaba en las palabras de

Xander y en las palabras de Matías, me sentía tan ruin y volvía a pensar en William, sí, así se habría llamado mi hijo de haber nacido, era increíble lo que la palabra “embarazo” había cambiado mi vida. En esos cortos segundos que pude contemplar la idea de tenerlo entre mis brazos, de darle mi amor, de tenerlo frente a mí, con sus pequeñas manitos y sus ojos azules llenos de brillo, muchas fueron las fantasías de verlo crecer, oírlo reír, velar por sus sueños, pero todo eso fue efímero, así como su propia vida, que desde el primer instante de haber sido concebido estaba condenado a no nacer, así como mi amor por Xander, que incluso antes de comenzar se había visto agredido y mutilado por mis dudas, por mi egoísmo y por mis miedos.

—Por favor. Detente —oí la voz de Xander gritar. Sentí que alguien tiraba de mi brazo derecho—. Alto. Por favor —suplicó. Mi mente abandonó mi cuerpo y quedó un cascaron vacío, de pie sólo por inercia. Me giré y miré a Xander. No sentí nada, me sentía muerta en vida—. Perdóname —

dijo Xander. Permanecí en silencio y bajé mi mirada hacia el suelo. Él se acercó y me abrazó fuertemente—. Perdóname —imploró de nuevo.

Los estudiantes de los primeros años pasaban y nos veían, sus caras de asombro eran muy evidentes. Mientras Xander más se aferraba a mí, más grande era mi dolor. Lo empujé, no podía respirar.

—Necesito salir de aquí —logré hablar.

Xander me miró y asintió con su cabeza, me sujetó del brazo y me guio hasta la parte externa de la Academia.

—Perdóname —rogó una vez más.

Sentí que la poca paciencia que tenía se me iba a los pies.

¡No!

Yo no tenía nada que perdonarle. Me merecía cada una de esas palabras, por haber sido tan egoísta e injusta con él. Lo amaba demasiado, no le guardaba rencores.

—Ya. Deja de pedirme perdón —dije. Él sujetó mi rostro entre sus manos. Esa costumbre

tan suya de acunar mi cabeza entre sus suaves y grandes manos, la extrañaba.

—No lo sabía. Me siento como el más vil de los hombres.

—Tal vez tengas razón —lo miré fijamente a los ojos—. No te mereces esto. Yo solo daño a quienes me rodean —mi mirada estaba perdida y mi mente divagaba. Xander se acercó rápidamente.

—No, no, no. No digas eso —dijo mientras miraba fijamente mi rostro. Yo tenía la mirada perdida—. Mírame —me ordenó mientras buscaba mi mirada con sus ojos. Lo miré —Te Amo.

Mi mundo se detuvo y mi corazón moribundo palpitó con brío.

¿Qué? ¿Xander estaba diciendo que me amaba?

Escuchar semejantes palabras proviniendo de él me hizo estremecer, en sus ojos había verdad y un tanto de culpa. Sentí como mi alma volvía a mi cuerpo por medio de los labios de Xander, quien me besaba con esos dulces labios que tanto había extrañado. El mundo volvía a tener color.

No existía nadie más, solo él.

—Lo siento tanto, mi princesa —susurró mientras sus ojos aún estaban cerrados.

Lo abracé.

De repente el mundo comenzó a existir nuevamente, la gente murmuraba y nos miraban, algunos tomaban fotos.

Xander abrió los ojos y se apartó lentamente, miró alrededor y luego me observó, con la expresión de cual niño después de haber hecho una travesura.

—¡Ups! —se encogió de hombros, mientras recuperaba la compostura. —Creo que es momento de que le digas a Matías. No sé, digo yo, antes que se entere de otro modo—él estaba al borde del pánico.

Solté una gran carcajada y él me lanzó una mirada intrigante.

—¿De qué te ríes? —inquirió.

—De tu cara —contesté sin poder detener la risa.

—No entiendo ¿Qué tiene mi cara?

—Matías ya lo sabe. Eso ya se terminó—
toqué su mejilla —Así que puedes besarme cuando
quieras y en donde quieras.

—Te besaré hasta el alma —dijo y me besó
apasionadamente. Sin importarle nada ni nadie.

La gente seguía mirándonos y tomando fotos.

—¡Hey! Nos miran — exclamé.

—¡A la mierda! —me dio otro beso, ésta
vez más largo que el anterior.

—Acabamos de negar nuestro romance —
comenté divertida.

—Pues, déjame que se los confirme —me
besó una vez más.

Sentí que el tiempo se detenía entre sus
brazos.

—Voy a secuestrarte— tomó mi mano y de
un suave jalón me llevó hasta su auto.

La gente a nuestro alrededor murmuraba, nos
veía y señalaban. Era divertido ser el centro de
atención. Me lo imaginé todo. Los titulares de la
prensa al día anterior, las decenas de fotos
nuestras en la web, besándonos y abrazándonos.

En pocas horas mi twitter estaría colapsado de tantos mensajes de odio, y unos tantos de aliento, proveniente de algunas fans de Xander. Las revistas comenzarían a especular, alegando que dicho romance clandestino era cierto, comenzaría el acoso por parte de los paparazis, mi vida privada ya no sería mía, pero al fin de cuentas eso no me importaba, sólo me importaba el hecho de que estaba junto a mi príncipe adorado. Era el momento más perfecto de mi vida.

Una vez a bordo de su auto.

—Iremos de compras —dijo de repente, mirándome sin perder esa sonrisa, que ahora se transformaba en una sonrisa llena de picardía.

—¿De compras? —curioseé.

—Sí. Hoy me acompañaras a una entrega de premios y mi novia debe lucir como una reina.

¿Novia?

¡Oh por Dios!

Xander me estaba pidiendo que fuera su novia.

No.

Estaba asegurando que ya lo era.

—¿Cómo? Pero... — comencé a balbucear.

Él se acercó a mi rápidamente sujetándome de la nuca me llevó hasta sus labios, para fulminarme con beso profundo, desenfrenado, lleno de tanto deseo reprimido. Su lengua jugueteaba con la mía, sus manos se aferraban a mi cabello, se separó bruscamente...

—Podría hacerte el amor, aquí y en este instante —susurró a mi oído, lo siguiente que sentí fue su lengua pasando por el lóbulo de mi oreja. La piel se me erizó.

—¡Xander! —exclamé abriendo mis ojos como plato, al mirarlo a los ojos pude ver la lujuria y la pasión palpitando con ímpetu—. Estamos en el medio de la calle y la gente nos mira.

—Que miren todo lo que quieran y que mueran de envidia. Te amo, te amo, te amo... —me besó repetidas veces, en la frente, en los parpados, las mejillas y la boca—. No sabes cuánto te he extrañado. Cada segundo lejos de ti fue un

suplicio.

—Bebé —me separé de él—. Tenemos audiencia —le indiqué al percibir como un par de chicas miraban a través de las ventanas y murmuraban cosas entre ellas—. Salgamos de aquí. Cuando estemos en un lugar apartado podrás hacerme lo que quieras.

Xander gruñó con lascivia y yo reí a carcajadas al verlo ¡Por Dios! A mi lado no estaba el siempre controlado y medido Xander Granderson, sino la reencarnación de *Minos*, quien me miraba con ganas de comerme.

Encendió el coche y sacudió su cabeza con fuerza, sin embargo el coche permanecía inmóvil.

—Primero lo primero —indicó con voz seductora mirándome de reojo.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —me sentí muy intrigada.

—Te llevaré a un lugar donde se encargaran de que luzcas como una Diosa.

—¿Crees que sea apropiado? Digo, con

todo lo que ha sucedido, los rumores. Aún no estoy divorciada, apenas Matías introdujo la demanda...

—Es oportuno. Si, lo es. Hoy te presentaré ante los medios como mi pareja y al que no le guste que se aguante —me interrumpió—. Estoy cansado de tener que estar escondiendo mis relaciones de la gente, por miedo a como se lo vayan a tomar mis fans o los medios. ¿No lo ves, Shirley?

—¿Qué cosa?

Soltó el volante y se giró hacia mí para tomar mi mano.

—Por ti estoy dispuesto a jugármelas todas. Aguantar rumores, chismes, que me atosiguen y que me acosen. Ya es hora de darme la oportunidad de una relación plena, salir de la mano, llevarte a casa de mis padres, pasar vacaciones juntos, llevarte al set de grabaciones de alguna película, a una entrega de premio —hizo una pausa al notar que el auto sonaba raro—. ¡Carajo! De nuevo los discos —farfulló y movió una palanca.

—¿Todo bien?

—Sí —se giró de nuevo hacia mí —Como te decía, hoy te presentaré frente a todos como mi novia y no se digas más.

Movió otra palanca y el coche se puso en marcha. Durante el camino, nos pusimos al día con lo que había ocurrido en el tiempo que habíamos estado separados. Me contó que había ido a la finca de su abuelo y que se había reencontrado con viejos amigos, también me prometió que en un futuro me llevaría a conocer Irlanda.

Luego de algunos minutos, nos detuvimos frente a un edificio muy lujoso. Al entrar, todos lo recibieron con una calurosa bienvenida.

—Bienvenido, míster Granderson —dijo una elegante mujer.

—¡Dianne! ¿Cómo estás? — Xander se mostró muy animado.

—Genial ¿Qué te trae por acá? —indagó ella.

—Deseo el vestido más espectacular que tengas —hizo una pausa y me tomó de la cintura—.

Para ella —me miró—. Hoy será un día muy especial.

—Estoy segura que encontraremos algo que la haga lucir radiante —se acercó a mí y me miró detalladamente.

—¿Cómo una Diosa? —inquirió Xander.

—Míster Granderson, su acompañante se verá como la madre de todas las diosas del mundo. Se lo aseguro.

—Te dejo en buenas manos —Xander me guiñó el ojo —Yo debo ir a ver a mi estilista. Volveré en un par de horas —me besó dulcemente en la mejilla y salió de la tienda.

En cuestión de minutos estuve rodeada de mujeres. Todas miraban mi cuerpo con mucha atención. De repente una voz masculina retumbó en el lugar.

—A un lado —habló. Las mujeres se apartaron. —Tú serás la acompañante del Señor Granderson ésta noche—el hombre movió sus manos con un estilo único—. Se sabe que míster Granderson es un caballero exquisito y muy

sofisticado. Catalogado como el hombre más sexy del año, según People. Xander Granderson —murmuró el hombre, como hablando consigo mismo. Me limité a observarlo en completo silencio—. Sígueme —me indicó y comenzó a caminar hacia la parte trasera de la Boutique. Lo seguí a través de una extensa cortina roja.

Al entrar, pude ver una habitación repleta de vestidos de diseñador, uno más hermoso que el otro, una gran variedad de colores y estilos.

—Déjame ver tu tono de piel... —acercó varias telas, de varios colores, a mi rostro —Mmmm ¡Magnifiqué! —el sujeto tocó mis caderas y dio un par de golpecitos. Chasqueó los dedos —Traigan el vestido rojo de mi colección de Vintage Glamour —ordenó y todas las mujeres comenzaron a correr como locas. —¡Oh! Qué falta de modales los míos. Jean Paul —extendió su mano hacia mí —. Todo lo que ves, me pertenece. Es mi Emporio de la Moda en Londres —una de las chicas se acercó y le entregó un vestido a Jean. Él se giró hacia mí y me lo dio—. Póntelo—su petición sonó

como una orden. Obedecí en el acto.

Entré a uno de los probadores más cercanos y con la ayuda de algunas de las asistentes de Jean, me puse el vestido.

Era realmente hermoso, de estilo sirena, la falda hacia el efecto de cola de pez, comenzando a estrecharse en mis caderas para luego abrirse a nivel de mis muslos en una doble falda frondosa con pliegos de satén que caían en cascada. Raso blanco con bordados de color oro hacían fondo en el corte en “V” invertida que anunciaba la abertura del escote ascendente de la falda. Bordado plateado de swarovski, dibujaba preciosas flores que adornaban la falda. La parte superior estaba arruchada en pliegues horizontales, quedando completamente tallado a mi cuerpo. Entre el busto y la cintura, un cinturón hecho de mas [swarovski](#) y bordados de hilos plateados. El vestido era rojo y sin mangas.

Jean Paul clavó su mirada escrutadora sobre mí en cuanto salí, parecía que se había quedado sin aliento.

—¡Espectacular! —aplaudió—. Te ves hermosa. La compañía perfecta para el Señor Xander —se dio la vuelta y se marchó.

—Ahora te toca la parte más divertida— expresó Dianne, quien estaba detrás de mí.

—¿Cómo?—me sentí confundida.

—Maquillaje y peinado —reveló con una sonrisa traviesa.

—Pero, necesito— “*darme una ducha, almorzar...*” Intenté hablar, pero Dianne me interrumpió.

—Lo tenemos todo aquí. En el spa —empujó una puerta y dejó al descubierto un pequeño paraíso—. Tenemos órdenes específicas de darte todo lo que necesites. Ahora, manos a la obra.

Mujeres entraban y salían, unas con zapatillas en sus manos, las otras con accesorios. Un hombre me tomó del brazo y me sentó en una silla mientras tocaba mi cabello, una chica agarraba mis manos y las arreglaba, otra chica se encargaba de mis pies. Era una locura total, nunca

antes había tenido tantas personas a mi alrededor dirigiendo sus atenciones hacia mí.

Al cabo de algunas horas, estaba lista. No me habían permitido verme al espejo y estaba realmente intrigada. Todo había sucedido tan rápido que me sentía como el proyecto de ciencias de algún estudiante friki de preparatoria. Tantas manos sobre mí, arreglando el vestido, mi cabello, retocando mi maquillaje.

—Te ves majestuosa —dijo Dianne.

—Perfecta —agregó una de sus ayudantes.

Yo sonreí mientras giraba hacia el espejo.

¡Santa Madre de Dios!

Lo que veían mis ojos era algo que no reconocía. La que estaba frente al espejo no era yo, era una especie de alienígena fashionista que se había apoderado de mi cuerpo. Me quedé muda.

—Ya llegó. Se ve guapísimo —alguien se asomó a través de la cortina.

Los nervios se apoderaron de mí. Me giré lentamente, procurando no caerme. El vestido

pesaba casi 20 libras y mis zapatos era extremadamente altos. Atravesé la cortina con todo el cuidado posible de no despeinarme y allí estaba él, vestido divinamente con un traje gris y una sonrisa resplandeciente

—Te ves hermosísima —dijo mientras tomaba mi mano.

Me sonrojé.

—¿Vamos? —indagué al notar que él se había quedado perplejo.

Xander agitó su cabeza con fuerza.

—Sí. Vamos —logró hablar—. Adiós chicos, un millón de gracias —se despidió agitando su brazo en lo alto.

Salimos de la tienda y él se aferró a mi mano. Abrió la puerta de su coche y me ayudó a subir.

A medida que nos acercábamos al sitio, pude ver la enorme cantidad de vehículos y personas que caminaban por las calles.

El auto por fin se detuvo y contemplé la supremacía del Royal Albert Hall.

18

Las puertas del coche se abrieron y Xander bajó.

La audiencia estalló en gritos

—No. Yo lo hago —le dijo Xander a un hombre que extendía su mano hacia mí. Xander se acercó y extendió su mano para ayudarme a bajar

del auto. En cuanto bajé, los gritos aumentaron.

Luces por todos lados, flashes de cámara, decenas de personas gritando su nombre y miradas inquisitivas posándose en mí. Las féminas no se veían muy contentas de verme junto a Xander.

Las piernas me temblaban y las manos me sudaban, me sentía súper nerviosa. Lo más cercano a un evento tan protocolar al cual había asistido era mi graduación. No tenía ni idea de cómo actuar en una situación como tal.

Xander sonreía, saludaba y posaba para las cámaras. Daba gusto verlo, con la soltura y la naturalidad con que lo hacía. Era todo un experto, mientras yo luchaba con mi vestido y los puntiagudos tacones que se enterraban en la alfombra. Me tambaleé y Xander me sujetó con fuerza.

—¿Estás bien?

—Si amor. Lo siento es que no estoy acostumbrada a... —no pude terminar la frase, pues Xander me dio un besito en la punta de la nariz.

—No te preocupes, no te dejaré caer—
susurró a mi oído.

Continuamos caminando y él me sujetó firmemente de la cintura. Los gritos aumentaba en cada paso que dábamos, él no dejaba de sonreír y yo sentía que flotaba en el aire.

Un joven caballero se acercó a nosotros, llevaba gafas y un glamuroso traje negro con corbatín. Al aproximarse más, lo reconocí, era Aaron Wickerman, el publicista de Xander.

—Aaron. Te presento a Shirley —el nombrado no dejaba de mirarme inquisitivamente.

—Un placer señorita. Xander me ha hablado mucho de ti.

Sonreí con timidez mientras Aaron estrechaba mi mano.

—Un placer, también he oído cosas maravillosas de usted —contesté.

—¿Usted? ¿Provienes de siglo XV? —bromeó— Con confianza. Después de todo, eres la novia de mi mejor amigo —me guiñó el ojo. Pude ver que había mucha complicidad entre ellos.

—¡Hey chicos! ¿Un beso para la cámara?
—dijo un hombre que se encontraba entre los de la prensa. Xander se giró hacia mí y con la mirada me preguntó ¿Lo hacemos? A lo que yo respondí asintiendo con la cabeza. Xander se inclinó y atrapó mis labios con los suyos.

El mundo se detuvo.

Sus fans clamaban por él, gritaban su nombre con desesperación, pero él se negaba a separarse de mí. Continuamos caminando por el largo corredor tapizado de tela roja. Noté que él miraba a la multitud con ojitos tristes, quería estar con ellos.

—Ve —le dije con ternura.

—¿Cómo?

—Ve con tus fans.

—¿De verdad? ¿No te molesta que te deje sola?

—No.

—Pensé que te molestaría. Mis antiguas parejas se molestaban, por eso no...

Sujeté su rostro y lo besé.

—Yo no soy una antigua pareja. Soy tu presente. Sé lo mucho que significan tus fans para ti —el clavó sus ojos en los míos, brillaron con intensidad.

—Te amo —musitó y otro beso cubrió mis labios.

Sonreí al verlo correr como un niño.

Lo que acababa de decirle no era mentira. En un momento yo había estado del otro lado, había sido su fan, y continuaba siéndolo, por lo tanto no me gustaría que Xander cambiara su actitud por una recién llegada “novia” ¡No! Me negaba a ser vista como la mujercita odiosa y estirada de Xander.

Escuché preguntas provenientes de todas las direcciones y me costó entender lo que decían, entre tantos gritos pude entender algunas, tales como: ¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Van a casarse? ¿Es usted la novia de Xander? ¡Por Dios! Cuando gente chismosa, pensé y reí divertidamente ante lo que estaba sucediendo. Yo había pasado a ser el centro de atención, los

flashes me cegaban, por momentos tuve que cubrir mi rostro con mis manos para evitar que los flashes me dejara ciega.

—Ven, ven, por aquí —sentí que alguien pasaba su mano por mi espalda y me guiaba a través de un arco de mármol, era Aaron que a la vez me sonreía amablemente.

—Gracias —susurré devolviéndole una sonrisa.

—¿Primera vez? —inquirió él.

—¿Cómo?

—Qué si es primera vez que asistes a una gala de premiación —indagó Aaron. Yo asentí con la cabeza—. Ya te acostumbraras.

Dicho eso me guio hasta la entrada del recinto y me indicó que me quedara allí, que esa era la entrada de los actores y sus acompañantes, él iría a ayudar a Xander. También me solicitó que no hablara con nadie, pues la prensa amarillista estaba pendiente de cualquier detalle que tuviese que ver con la pareja sentimental de Xander.

—Por aquí, por favor. Medios de

comunicación por esta puerta —me dijo una mujer de vestido negro.

—No. Yo vengo con Xander Granderson—alegué.

—Si claro. Por acá, por favor —comentó la mujer en tono de burla, como si yo estuviese tratando de colarme por la puerta VIP. Me tomó fuertemente del brazo e intentó arrástrame hacia otra puerta.

Me sentí humillada ante ese trato y la sangre me hirvió en cólera.

—Suélteme—le dije—. ¿Qué es lo que hace? —jalé mi brazo para que me soltara.

La mujer se negó a creerme y sentí ganas de golpearla, pero tuve que contenerme, pues cualquier cosa que hiciera influiría en la imagen de Xander. Lo único que se me ocurrió fue gritar su nombre, rogando al cielo que me escuchara.

—XAAANDER.

Él estaba a escasos metros de mí, pero el bullicio era tal que no me oyó. La mujer jalaba de mi brazo y yo luchaba por zafarme. Cuando logré

soltarme, corrí hacia Xander y grité nuevamente su nombre.

La mujer le hizo una señal con la mano para que unos guardias de seguridad me detuvieran. Estos emergieron de la nada y se interpusieron en mi camino.

«¡Mierda!» Me sentí aterrada.

«*Inhala y exhala, Shirley. Inhala y exhala*».

—Señorita por favor, acompáñenos —dijo uno de los hombres.

«¡Xander, voltea!» Imploré en mi mente y fue como si me hubiese leído el pensamiento. Se giró...

¡Dios bendito! Los colores regresaron a mi rostro.

Xander se acercó casi que corriendo hasta el lugar donde me encontraba, más atrás le seguía Aaron.

—¿Qué sucede acá?— preguntó.

—¿Esta señorita viene con usted?— investigó la mujer.

—Sí. Es mi novia— soltó Xander con algo

de violencia sujetándome de la mano.

En cuanto logré refugiarme detrás de Xander, le saqué la lengua a esa odiosa mujer y me mofé en su cara. Aaron se carcajeó al verme. Me sentí intocable e inmensa junto a Xander, aunque fuese casi 30 centímetros más baja que él.

—Discúlpenos— dijo el hombre que había intentado sacarme.

—Lo siento señor Granderson —comentó la mujer.

Xander me sujetó fuertemente de la cintura y se inclinó hacia mí, me dio un dulce beso en la frente. Se giró hacia Aaron...

—¿Por qué la has dejado sola? —le reprochó.

Aaron se encogió de hombros y pude percibir la vergüenza en sus ojos.

—Lo siento— murmuró—. ¿Estás bien? —me preguntó.

—Si— asentí.

—¿Qué carajos fue eso? —Xander estaba consternado.

—No lo sé. Cuando le dije que venía contigo, prácticamente le faltó decirme... *¡Claro y las vacas vuelan!* —mi comentario hizo que Xander se partiera de risa.

—Ven. No te separes de mí —me sujetó con fuerza de la mano.

Dimos unos cuantos pasos hacia la puerta, donde fuimos recibidos por un joven de hermosa sonrisa y ojos azules.

—Bienvenidos —asintió hacia mí—. Señorita —yo correspondí el gesto y nos dispusimos a entrar.

—Buenas noches señorita Sullivan —el saludó a alguien más.

Xander se viró en el acto, como si el nombre de la persona nombrada se le hiciera conocido.

—¿Roxanne? —Xander me soltó la mano.

—¡Xander! —respondió la mujer.

Sí. Definitivamente la conocía

Me hice a un lado para permitir que los que venían detrás de mí, pasaran. Xander abrazó la

abrazó. La mujer era sumamente alta, casi del mismo tamaño que Xander, de cabello rubio y corto, una flaca huesuda.

—¿Cómo estás? —la rubia estaba embelesada.

No supe en qué momento Xander se olvidó de mi presencia, al menos así lo sentí, me había dejado sola a un lado.

Algo muy desagradable se removió dentro de mí.

Celos.

Sí.

Eso era.

—Hola preciosa. Muy bien ¿Y tú?— Xander tenía cara de idiota y por un momento deseé borrarla de una bofetada.

«*Respira profundo, inhala, exhala. Ahora, de nuevo. Inhala y exhala*» habló la vocecita en mi cabeza «*Es tan solo una colega* » me indicó la voz con tono apaciguador «*¡Jah! Y si tan solo es una colega ¿Por qué rayos no me la presenta?*» le hablé con sarcasmo a mi consciencia «*No me*

hagas cachetearte aquí frente de todos. Compórtate» me amenazó mi otro yo, que muy rara vez hacía acto de presencia.

—No me devolviste la llamada la otra vez —dijo ella.

Verla y percibir que era muy bonita, hizo que la vocecita activara su radar «*¡Wow! Es muy linda. Como que si vamos a tener que andar alertas*» Me dio un golpecito en el hombro. En ese momento sentí muchos celos, mientras ella tocaba a mi Xander, con sus manos huesudas.

Respiré profundo y desvié mi mirada.

Me negaba a seguir viendo como esa mujer manoseaba a mi hombre.

—He estado muy ocupado —Xander hablaba con alegría.

—Sí. Ya veo —la mujer clavó sus ojos sobre mí.

«*¿Ah? ¿Por fin se han dado cuenta de que existo?*»

Xander se comportaba muy raro. Estaba muy nervioso.

«¿Nervioso por qué?» preguntó la vocecita en mi cabeza.

—Ella es mi novia —le indicó a su “amiga” —Amor, ella es Roxanne, una amiga de la universidad.

—Un placer —fingí estar complacida.

—Igualmente —respondió ella apenas tocando mi mano. Xander sonreía como idiota con ella y eso me llenó de furia—. Creo que he oído de ella ¿No es ella la que está casada con otro hombre?

¿Qué? ¿Se mofaba de mí... y en mi propia cara?

De repente, el deseo de querer asesinarla se apoderó de mí

Xander se reía como descerebrado.

—No le hagas caso —me guiñó el ojo —Ella es una bromista de primera —comentó entre risas.

—Y una pesada —acoté entre dientes.

Xander me lanzó una mirada como diciendo *¿Qué sucede amor?*

Negué con la cabeza e inhalé profundamente.

—Bueno chico sexi, seguiré saludando, esto de ser una celebridad a veces abrumba —la mujer se despidió de Xander dándole un beso en la mejilla. Se retiró sin ni siquiera tomarse la molestia de mirarme.

—Es una grosera —expresé, dejando en evidencia que esa mujer no había sido de mi agrado.

—Déjala amor, ella es así. Con una personalidad... —se lo pensó antes de continuar —peculiar —concluyó la frase tomándome nuevamente de la mano—. Vamos. Entremos. La ceremonia va a comenzar.

Roxanne se alejó contorneándose como si fuese la reina de la noche, y le lanzó miradas furtivas a mi novio y él sonrió disimuladamente.

Comprendí que esa sería una larga noche.

19

Entramos al recinto y todo era espectacular.

Ante mis ojos todo era glamour.

Luces, brillo, terciopelo rojo, figuras de cobre, plata y oro, que asemejaban un hombrecito con un rollo de película entre sus manos.

La decoración, majestuosa.

La gente, maravillosa.

Era un despliegue de artistas famosos, actores, cantantes y directores de cine.

Fuimos ubicados entre los mejores. El dos veces ganador del premio de la academia, Dixon Farrell a nuestra derecha, junto a su esposa. El aclamado director de la mejor película de año, según los Globos de oro, Morgan Upton y su esposa a nuestra izquierda. En la fila delantera, estaba Anthony López, la revelación latina del año, quien saludó muy cariñosamente a Xander. Detrás de nosotros estaba [Johana Andrews](#) acompañada de su esposo. Casi me da un infarto de la emoción al verla. Recordarla en su papel de “La nodriza de la sombrilla arcoíris” me hizo sentir añoranza por mi infancia, yo había crecido viendo sus películas.

—¡Oh por Dios! —dije con la respiración acelerada.

—¿Sucedo algo, cielo? —preguntó Xander al notar que apretaba fuertemente su brazo, con su mirada siguió la dirección de mis ojos—. ¡Oh! —soltó una risilla—. Ven. Te la presentaré —sujetó mi mano y me llevó casi a rastras.

—¿Qué haces amor? —indagué nerviosa ante la mirada de algunos reconocidos actores que nos miraban pasar entre las butacas y sus rodillas.

—Haciendo realidad uno de tus sueños —me indicó para luego detenerse frente a Johana.

«¡Oh por Dios, [Johana Andrews!](#)!»

—Señora Andrews — Xander inclinó su cabeza.

Johana levantó su mirada y nos regaló la sonrisa más dulce del mundo.

—Estimado señor Granderson, un placer verlo —contestó ella extendiendo su mano hacia Xander, quien la tomó y la besó con total caballerosidad.

—Excelentísima dama, el placer es todo

mío —se giró hacia mí—. Deseo presentarle a una de sus más grandes admiradoras —me sonrojé y sonreí con timidez.

Johana se puso de pie y abrazó. Me sorprendió tal gesto.

—Un placer, querida mía —comentó ella al separarse de mí.

—Soy Shirley Sandoval —le indiqué.

—Futura señora Granderson —agregó Xander en tono divertido a la vez que me guiñaba el ojo.

«*¡Un momento! ¿Qué dijo?*» mis neuronas quedaron mono sinápticas.

—¡Enhorabuena! —la voz de Johana me hizo reaccionar—. Hacen muy linda pareja..

Xander sonrió y pasó su brazo por encima de mis hombros.

Caminamos de regreso a nuestros asientos y sentí que el alma salía de mi cuerpo al percibir quien estaba sentada al lado de mi butaca.

Tragué grueso y respiré profundo.

—¡Genial! —dije entre dientes sin poder

esconder mi sarcasmo.

Sacudí mi cabeza ante las ironías de la vida.

«De tantos asientos disponibles ¿En serio?»

Puse mis ojos en blancos ante la idea de tener que aguantarla durante toda la velada. Xander se dio cuenta de mi incomodidad...

—Si quieres me siento yo a su lado —susurro él.

—Eso ni hablar —dije de una. Él se carcajeó.

Una a una, fueron anunciando las categorías y sus distintos ganadores. Cuando finalmente llegaron a la categoría en la cual estaba nominado Xander, él apretó mi mano con euforia y sus ojitos brillaron con emoción. La imagen de cada uno de los nominados fue proyectada en las pantallas laterales del escenario y la expectativa creció.

—Y el ganador como Mejor Actor de este año es... —miré a Xander, quien respiraba entrecortadamente—. Xander Granderson —resonó en todo el auditorio.

El lugar se inundó de aplausos.

—¡Siii!—brinqué de alegría.

Él me abrazó fuertemente y me dio un tierno beso en los labios. Las cámaras nos enfocaron y todos pudieron ver la escena. Ante el mundo yo era oficialmente la novia de Xander Granderson.

Me soltó y se fue en busca de su premio. Todos aplaudían.

Verlo allí, triunfando y tan feliz me llenó de tanta dicha y felicidad.

—Disfrútalo mientras dure, querida —la odiosa voz de Roxanne retumbó en mis oídos.

—¿A qué te refieres? —la fulminé con la mirada.

—Xander se aburre rápido de sus mujeres. Veamos hasta cuando le dura el encanto contigo —se burló.

Roxanne se giró y continuó aplaudiendo. Sentí la sangre ardía en mis venas.

—No sé qué tipo de mujer seas, ni me interesa —traté de sonar serena pero amenazante—. Pero si te acercas a Xander, vas a saber qué

tipo de mujer soy yo.

Me alejé de ella y sonreí ampliamente para recibir a Xander que se acercaba con su premio entre las manos.

Al cabo de unos minutos más, la ceremonia concluyó.

Xander tomó mi mano y me guió hacia la salida del recinto mientras en el camino saludaba a otros colegas actores.

—Hey Xander ¿Iras a la fiesta? —le preguntó un caballero.

—¿Dónde será? —preguntó mi amado.

—En el Premier Inn. A unas cuantas cuadras de aquí —contestó el hombre. Xander se giró hacia mí.

—¿Quieres ir?

—Por supuesto —pude sentir que mis ojos se iluminaba ante la idea de ir a una fiesta repleta de celebridades.

—Pues vamos.

Salimos del lugar y tanto los gritos como los flashes no se hicieron esperar. Xander se acercó

de nuevo a sus fans, unas cuantas fotos más y algunos autógrafos, luego regresó a mi lado y me tomó de la mano guiándome hacia el coche. Nos subimos y nos marchamos en dirección a la celebración.

Llegamos a un lugar abarrotado de paparazis, fanáticos y cuerpos de seguridad, en el momento que nos bajamos del auto, un hombre alto y musculoso se nos acercó para ayudarnos a pasar entre tanta gente, algunas chicas jalaban mi vestido, otras tocaban a Xander, algunas gritaban insultos hacia mí, lo cual no me sorprendió, sabía que eso sucedería en cualquier momento, así que no me afligí. Xander tan sólo sonreía.

Logramos entrar al Club, hermosamente decorado y nuevamente estaba rodeada de todos esos excelentes personajes del espectáculo, Xander saludó a algunos cuantos, algunos yo ya los conocía y otros no. Charlábamos, bebíamos y reíamos, todo era fascinante.

—Hola Xander. Qué agradable verte de nuevo— dijo una mujer.

Al girarme hacia ella pude ver que era Ana, su ex novia. Sentí una breve sensación de angustia dentro de mí. Xander se giró y la saludó alegremente.

—Hola Ana —saludó él, dándole un beso en la mejilla. Ana se giró hacia mí y me sonrió. Yo estaba estupefacta sin siquiera poder gesticular palabra. Me sentí algo intimidada.

—Ana ella es... —Xander intentó presentarme, pero Ana lo interrumpió.

—Sí. Ya sé querido, es tu chica. Me hablaste de ella una vez —comentó ella. Xander rio levemente—. Me alegra bastante que seas feliz —se giró hacia mí y con una sonrisa—. Cuídalo. Es un hombre maravilloso.

Yo me limité a asentir con la cabeza a la vez que le devolvía una sonrisa.

—¿Y tú como has estado? —la forma en que Xander la miraba, denotaba ternura y mucho respeto. Sin duda, la relación de ambos había sido hermosa.

—Genial. Ahora de gira con la nueva

colección. Me mudaré con Maggie a Milán. Todo marcha genial.

Xander la abrazó con mucho cariño.

—Me hace muy feliz saber eso —dijo él sujetándome de la mano—. ¿Sabías que amo a esta mujer? —¿Me preguntaba a mi o a Ana? No lo entendí, lo supe en cuanto sus ojos me miraron con cierta inocencia. Amaba a Ana, y por muy loco que sonara, no me produjo celos, porque capté de inmediato que se trataba de un amor fraternal, inocente y puro—. Ana es una gran persona y gran amiga, Shirley —agregó él.

Ana chasqueó la lengua como diciendo ¡Basta de lambisconería!

Ambos reventaron en carcajadas.

—Gracias a esta mujer que ves aquí, acepté lo que sentía por ti— Xander señalaba a Ana. Se inclinó y me dio un beso en la sien.

¿De verdad? ¡Wow! Nunca lo habría imaginado.

—Bueno. Continuaré saludando a los demás —dijo ella—. Fue un placer verte —abrazó a

Xander.

No sé si era que el efecto del alcohol comenzaba a hacerle efecto a Xander, pero se mostraba muy cariñoso y desinhibido, fundió en el mismo abrazo de le daba Ana.

—Fue un placer conocerte. Eres muy hermosa —comentó Ana—. Con razón Xander estaba tan loco por ti —lo último hizo que Xander se sonrojara. Ana me dio un beso en la mejilla, le guiñó el ojo a Xander y se retiró.

Xander y yo nos quedamos en completo silencio admirando como Ana se alejaba.

—Nunca pensé que le diría esto a mi novio —hice una pausa y me viré hacia Xander, él me miró con cierta intriga en sus ojos—. Tu ex es genial —ambos nos echamos a reír—. ¿Por qué terminaron?— pregunté por simple curiosidad. Xander se quedó callado—. Hola— dije con insistencia al notar que Xander no respondía. Sacudió la cabeza y me tomó de la mano.

—Ven —él me guio hacia una mesa y nos sentamos. —La fama tiene un precio —se encogió

de hombros. Me limité a mirarlo y escucharlo—. No tienes vida privada. No tienes tiempo para una relación.

—Entonces, lo nuestro es... — *¿Pasajero?* No me atreví a finalizar la frase. El miedo de corroborarlo me congeló.

—Esto que estamos viviendo es hermoso — indicó rápidamente tomando mis manos entre las suyas.

—¿Pero? —comencé a sentirme irritada.

Xander rio nerviosamente.

—No hay peros —dio un suave apretón a mi rodilla—. Vivamos el momento. Amémonos y ya. No tiene por qué ser complicado.

Sus palabras me calmaron un poco, aunque no del todo.

Recordar lo que acababa de decirle a Johana en la ceremonia de premiación “*Y futura señora Granderson*” hizo que mi corazón diera un brinco. Él estaba contemplando la posibilidad de hacerme su esposa, por muy pequeña que fuese su impulso, lo había dicho.

—Fíjate —arrimó su silla para acercarse más—. La razón por la que Ana y yo terminamos, fue porque... —hizo una pausa como para pensar bien las palabras que iba a decir— casi no nos veíamos. Ella y yo somos muy ambiciosos, es decir, nos gusta trabajar mucho y siempre estábamos haciendo algo. Cuando yo estaba descansando, ella estaba trabajando y cuando yo estaba trabajando, ella estaba descansando. Eso fue desgastando la relación, además que... —sacudió su cabeza y se levantó de golpe — ¿Bailamos? — extendió su mano hacia mí, dejando su copa sobre la mesa.

Evadió el tema con delicadeza. Entrecerré mis ojos y le lancé una mirada inquisitiva «*No Xander, no me vas a cambiar el tema*»

—¿Por qué cambias el tema?— indagué.

—Se acabó porque esa relación no tenía futuro.

—¿La amabas? —no pude contener mis ganas de preguntarle eso.

Xander soltó una sonora carcajada.

—No preguntes eso. Lo único que debe importarte es que te amo a ti —se inclinó y me dio un beso en los labios—. Bailemos.

En mi mente comenzó a mermarse una maraña de pensamientos confusos. Xander acababa de decir que la razón por la que él no había tenido un compromiso serio en su vida, era por su carrera. Tal confesión me preocupó, pues la idea de tener que abandonar mis sueños de ser una actriz, para dedicarme a él, me dio pavor.

Me negaba a ser una más del montón.

Yo quería ser grande.

Anhelaba poder dedicar mi tiempo a él y estar allí para él cuando regresara de un largo viaje, pero la idea de ser la ama de casa frustrada, me aterró mucho. Yo había escapado de mi zona de confort para evitar ser eso.

—El secreto está en equilibrar las cosas. La confianza es fundamental. La comunicación también lo es —dijo con una sonrisa en su rostro a la vez que nos movíamos al ritmo de “I Got a Woman” de Ray Charles. De un movimiento

extendió su brazo y nos separamos, de un jalón volvió a acercarme a su cuerpo —¿No crees? — susurró a mi oído.

Asentí con la cabeza sonriendo espléndidamente.

La celebración continuó por algunas horas, Xander y yo bailamos hasta que nuestros pies se sintieron adoloridos. Él se movía entre sus colegas con total carisma, contaba chistes y charlaba de todo un poco, además de que posaba para algunas cámaras, mientras me daba besitos en la mejilla, frente y labios sin vergüenza alguna. Realmente disfrutaba de mi compañía.

—Me siento agotado ¿Estarías de acuerdo en marcharnos? —tomó un sorbo de su copa.

—Estoy de acuerdo contigo. También me siento agotada —respondí.

—Xaaaander.

Una voz chillona me revolvió el estómago. Xander puso los ojos en blanco al percibir de quien se trataba. Respiró profundo y se giró hacia ella.

—¡Roxanne! —trató de sonar divertido. Los efectos del alcohol lo ponían más amistoso de lo normal.

—¿No me digas que ya te vas? —inquirió Roxanne simulando sorpresa.

—Sí, ya nos vamos —dije tajante.

—Teníamos pensado hacerlo —agregó Xander.

—¡Nooooo! —ella hizo un puchero y sujetó el brazo de Xander. Yo la fulmine con la mirada—. Vamos a casa de George Walls ¿Te acuerdas de él? —Roxanne agitó el Martini que traía en su mano derecha.

—Sí. Claro que lo recuerdo ¿Qué hay en su casa? —indagó Xander , de repente comenzó a mostrarse entusiasmado.

—La fiesta continúa hasta el amanecer —vociferó ella.

Xander se giró hacia mí.

—¿Vamos? —me preguntó.

«¿Qué? ¿No se supone que ya nos íbamos?». Traté de disimular mi molestia.

—Si ella no quiere ir, podemos llevarla a su casa de camino —comentó Roxanne en tono burlón y pude notar que Tom le lanzaba una mirada dura y volvía su mirada hacia mí.

—Sí. Vamos, mi amor —contesté con total serenidad mientras acariciaba la mejilla de mi novio—. Sigámonos divirtiéndolo —miré a Roxanne de forma retadora.

—Bien. Andando. Nos vemos allá, Roxanne —dijo Xander mientras yo tomaba mi bolso de la mesa.

Salimos del club tomados de la mano y caminamos hacia el auto. Yo estaba agotada pero por nada en el mundo pensaba dejar sólo a Xander.

—¿Qué fue todo eso?— pregunto Xander en cuanto estuvimos a borde del coche.

—¿Qué?

—Toda esa hostilidad con Roxanne.

—¿Hostilidad? —me giré sobre mi asiento—. Esa mujer te desnudó con la mirada.

—¿Estas celosa de Roxanne? —no respondí, permanecí en silencio con la mirada fija

en el camino—. ¡Hey! Estoy hablando contigo —agitó su mano delante de mí cara. Lo miré de reojo—. No puedes sentir celos de cualquier mujer que se me acerque.

—No es cualquier mujer. Ana me encantó, pero Roxanne... —apreté los dientes para evitar soltar un impropio. Resoplé y me crucé de brazos.

—¿Qué pasa con ella?— indagó.

—Nada. Olvídalo— fruncí el ceño.

Xander soltó una sonora carcajada, extendió su brazo y me tomó de la mano.

—No seas tonta. Ella no me atrae en lo absoluto —detuvo el coche frente a una lujosa mansión—. Si quieres nos vamos a casa. Aún estamos a tiempo.

—Creo que ya llegamos ¿No? —él asintió—. Pues si ya estamos aquí, disfrutemos la fiesta.

—¿Segura? Podemos irnos.

—No, Xander. Estoy bien. Una mujercita con baja autoestima no me va a amargar la noche.

—¡Uuuy! Nunca te había visto celosa —me

guiñó el ojo—. Me encanta —susurró.

No pude evitar sonreír. Él tenía el talento de hacerme reír hasta en los momentos más tensos.

Entramos al lugar de encuentro y aunque estábamos en pleno centro de Londres, no pude evitar sentir que estaba en Malibú, pues el lugar estaba decorado al mejor estilo Hollywoodense.

Había muchas personas tomando y bailando, otros charlando, sentados en los diversos sofás dispuestos en el lugar. El lujo, la excentricidad, la comida deliciosa, el exquisito champagne y la música selecta, fueron los protagonistas de la gala.

Casi pierdo el aliento al girarme en dirección a la zona de la piscina, y percibir la presencia de alguien que estaba sentado en una de las sillas plegables. Con un conjunto de color azul turquesa de tres piezas, pantalón, camisa y chaqueta.

Ian Ducchers charlaba amablemente con otros invitados. Él era el equivalente de Xander, pero en América. Si mi novio era toda una

celebridad en Inglaterra, Ian lo era en Estados Unidos.

Luego de saludar a unas cuantas personas más, nos acercamos hasta donde se encontraba el caballero en cuestión y tuve que hacer mi mejor intento de parecer calmada, mientras por dentro gritaba como loca. Xander me lo presentó y estuvimos charlando los tres por unos minutos hasta que...

—¡Tooooooom! Allí estas.

La voz de Roxanne retumbó en mis oídos. Xander me miró con una sonrisa tímida.

—Ve —le dije con resignación.

Xander se giró hacia Roxanne y se alejó con ella en dirección a unos caballeros que charlaban aménamente, mientras yo me quedaba sentada junto a Ian charlando. Era un hombre muy amigable y sociable, hablaba de todo un poco.

—¿Y cuánto llevan saliendo? —preguntó Ian de repente al ver que me quedaba mirando fijamente la espalda de Xander.

—Un par de meses.

—¿Y cómo se conocieron?

—En LAMDA. Estudio allí.

—¡Oh! ¿También eres actriz? —Ian sonó entusiasmado.

—Estudio teatro —le aclaré.

—¡Es genial! Tengo un amigo que anda buscando una chica para interpretar un papel en una nueva película —tomó un sorbo de champagne y noté como su mirada se paseaba por todo mi cuerpo. Un escaneo total de mi — Y viéndote bien, reúnes los requisitos.

—¿Es en serio? —mis ojos brillaron con intensidad ante el hecho de imaginarme protagonizando una película.

—Sí. Deberías presentarte en el casting — buscó algo en el bolsillo de su chaqueta—. Ten. Este es el número del Peter Hook, es el director de la película. Llámalo y dile que yo te envío. Ponte en contacto con él o sino le dices a tu representante, que lo contacte —me entregó una tarjeta.

—No tengo representante —dije con algo de

vergüenza.

—¿Cómo? ¿No tienes quien te apadrine?

—Tengo a alguien. Un profesor. Es el quien se encarga de hacer los contactos y eso.

—Entonces dile a él.

Perfecto. En cuanto llegara a la academia, le daría la tarjeta a Redman para que finiquitara todo.

Levanté mi mirada y me encontré con el ceño fruncido de Xander, quien nos observaba fijamente, pero decidí ignorarlo, pues yo no hacía nada malo, mientras que Roxanne se negaba a dejar de tocar su espalda. Tomé una gran bocanada de aire para calmar a la asesina que se removía dentro de mí. Continué charlando con Ian por unos minutos más, haciendo caso omiso a la mirada molesta e insistente de Xander, que de repente había dejado de hablar amenamente con sus colegas y solo se limitaba a mirarme con los brazos cruzados.

Finalmente, Xander se acercó a nosotros, se inclinó hacia mí, me dio un beso en la mejilla. Se sentó a mi lado y se unió a la conversación. Yo

tomé su mano. No obstante, pude percatarme de la repentina tensión que se hizo presente en el lugar. Ian dejó de hablar abruptamente y Xander lo miró con una sonrisa ladina en su rostro.

“*El macho alfa marcando a su hembra*” la voz de mi conciencia habló.

—Ya regreso. Iré a buscarme otro trago — Ian se levantó bruscamente y se marchó.

Xander se giró hacia mí, sacó rápidamente su pañuelo del bolsillo de su chaqueta y me lo pasó por la quijada.

—¿Qué? ¿Qué tenía? —indagué con preocupación.

—Se te sale la baba —argumentó él para luego reventar en una fuerte carcajada. Yo lo miré y levanté mi ceja izquierda, mientras él seguía riendo, yo solo lo miraba.

Xander siguió riendo por otro rato más, al cabo de unos segundos yo también estaba riendo con él.

—Tonto —golpeé suavemente su hombro.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

—Sí. Estoy muy cansada.

—Yo también —suspiró.

Xander se levantó y extendió su mano hacia mí.

Nos despedimos de algunas cuantas personas y nos marchamos.

Durante el camino nadie habló, estábamos realmente agotados.

Llegamos a su casa.

Miré el reloj en el tablero del auto, estaba a punto de amanecer.

Me deshice de mis zapatillas apenas al poner el primer pie dentro de la casa, sintiéndome enormemente aliviada. Xander se desabrochaba la corbata seguida de su camisa. No hizo falta hablar, ambos subimos las escaleras, dirigiéndonos hacia su habitación.

Con dificultad traté de quitarme el vestido, pero el cierre en mi espalda era inalcanzable, Xander me ayudó. Sentí como bajaba el cierre mientras esparcía besitos por toda la piel de mi espalda a medida que lo bajaba, una sensación

fascinante que hizo que se me erizaran todos los vellos de la nuca.

El vestido cayó al suelo, dejándome cubierta de escasa lencería de color rosa y encaje. Abrazándome desde atrás, él posó sus manos sobre mis pechos...

—Estoy terriblemente agotado, pero eso no me va a impedir que te haga mía una y otra vez. Te deseo con locura.

Susurró Xander a mi oído, para luego girarme rápidamente.

Sus ojos centelleaban de lascivia y sin más tomó mi rostro entre sus manos. Nos unimos en un beso urgido, lleno de pasión y deseo.

20

—Ven— dijo Xander en un susurro mientras me guiaba hacia el cuarto de baño.

Me abrazó por la espalda a la vez que el agua caía sobre nuestros cuerpos cansados, podía sentirlo junto a mí. Su cálida piel arropó la mía con la ternura más pura, sus dedos recorrieron mi columna y su boca dejó un reguero de besos en mi cuello. Cerré mis ojos y me entregué a la deliciosa caricia que su mano le proporcionaba a mis senos. Me giré lentamente, él tomó mi rostro entre sus

manos y atrapó mi boca con la suya, colmándome de la dulzura que emanaba sus labios. Sus dientes jalaban delicadamente mi labio inferior y mi corazón galopó en mi pecho, tan sólo se dejaba extasiar de todo ese amor que a la vez bombeaba a cada vena y arteria de mi cuerpo.

Poco a poco, descendió con su boca, dejando besos en el camino, mi quijada, cuello, esternón, senos, abdomen...

Abrí mis ojos al percibir que se había detenido, bajé la mirada y él se arrodilló frente a mí, me miró con tal devoción que mi alma se regocijó de ver tanta entrega en ese par de ojos verdiazules.

Una sonrisa esplendida se dibujó en su rostro, sus dedos se pasearon sobre aquel lugar que me recordaba un gran dolor, la pérdida de mi bebé, esa marca que tendría allí de por vida, una cicatriz de mi desdicha. Se acercó la besó. Me estremecí ante tal gesto y de mis ojos se asomaron par de lágrimas.

—No me alcanzará la vida para reparar el

daño que te hice —dijo entre besos.

Ese momento fue mágico, cargado de tanta emotividad, de tantos recuerdos, dulces y amargos. Sus ojos se clavaron nuevamente en los míos, luego me abrazó la cintura.

El nudo que sentía en la garganta, no sabía si era por la felicidad que me embargaba en ese momento por estar con él hombre que más amaba en el mundo o la tristeza de recordar lo que había perdido.

Delicadamente el procedió a jabonar mi cuerpo mientras yo tan solo me recosté sobre su pecho, quería prolongar ese torrente de sensaciones. Sentir que él me amaba con cada toque de su mano, con cada beso de sus labios. Quería colmarme con su olor, su esencia...

Cuando terminamos de ducharnos, Xander me tomó entre sus brazos y me llevó hasta la cama, me depositó en ella con total delicadeza y se acostó a mi lado. El silencio nos arropó, sólo el sonido de nuestras respiraciones llenó la habitación.

Verlo era un sueño, con sus ojitos inocentes deseando con tanto fervor pecar y perderse en el infierno pasional que se desataba una vez que nuestros cuerpos se unían. El dorso de su mano tocó mi rostro de una manera tan íntima que cada roce lo podía sentir en la parte baja de mi vientre, me hizo perder la respiración con tan solo mirarme, con la intensidad que irradiaban sus pupilas.

—Te amo —susurró para luego unir su boca a la mía.

Sus manos recorrieron mis colinas, descendieron por mi vientre y se colaron en mi parte baja, sus dedos exploraron con sagacidad cada milímetro de mi feminidad mientras yo gemía con sus labios sobre los míos. Nuestros alientos se mezclaron.

Mis manos se deslizaron sobre su hombro y su espalda, sobre esa piel exquisita que sentía erizarse bajo mi tacto. Despacio y sin abandonar mi boca se posicionó sobre mí, su boca descendió hasta mi pecho y perspicazmente succionó uno de

mis pezones a la vez que un par de dedos resbalaron dentro de mí, arqueé mi espalda y me elevé un poco, invitándolo a invadirme más.

—Dios —fue la palabra que escapó de mis labios al sentirme tan aturdida de gozo.

Sus ojos brillaron con la lujuria flamígera de un amante hambriento de placer, él tenía sed de mí y eso me excitaba más. Pude sentir como su erección se elevaba y presionaba sobre mi muslo, el calor que emanaba su cuerpo era delirante.

Finalmente entró en mí, colmándome con su existencia, regalándome una sensación única, su hombría deslizándose en mí y yo aferrándome a él, sus brazos a ambos lados de mi alzando su peso, mis manos recorriendo sus brazos con afán, mientras el ritmo de mis caderas se aceleraba, comenzaba a desesperarme, lo quería totalmente en mí. Sentí un leve impulso eléctrico ascendiendo por mi columna en cuanto su plenitud se encajó entera en mi estrecha abertura. Él gruñó y me sujetó con fuerza ambas manos sobre la cabeza dejándose caer completamente sobre mí.

Su aliento golpeó mi cuello a la vez que sus embestidas lentas entraban y salían de mí ser, llevándome al borde del éxtasis. Él, al notarlo se detuvo y rápidamente se levantó jalándome delicadamente, se sentó y me indicó que me sentara sobre él, sin perder tiempo me colmé nuevamente de él. A horcajadas sobre Xander, pude sentirlo con más ímpetu. Nos concentramos en amarnos a plenitud, sin secretos de por medio. Libremente.

Nuestros cuerpos se unían en un intento desesperado por fusionarse en uno. Yo, sobre él. Me movía con desenfreno. Él me atrajo hacia su perfecto cuerpo, con sus manos sujetó la parte baja de mi espalda y yo enredé mis dedos en su cabello mientras nuestras lenguas se encontraban sumergidas en un mar de frenesí.

—Te amo, Shirley. Te amo tanto —sus palabras salían entrecortadas entre los pequeños espacios vacíos que dejaban nuestras lenguas.

—Yo también te amo, Xander —traté de hablar entre gemidos.

Una oleada de placer extremo, delicioso y avasallador nos golpeó al cabo de unos segundos. Un gruñido tosco y salvaje proveniente de él y un pequeño grito proveniente de mí, el cual ahogué en su hombro, nos avisó que habíamos llegado a la cima del cielo dejando nuestros cuerpos totalmente agotados de tanto amor.

Al despertar, su cuerpo estaba a mi lado y sin pensármelo mucho lo abracé. Él abrió sus ojos de inmediato y me miró con esos ojitos dormilones que tanto amaba. Mi vida era perfecta.

Los días siguientes estuvieron colmados de detalles, besos, caricias y tiempo juntos. Ante todos, éramos una linda pareja.

Xander no perdía la oportunidad de presentarme frente a sus amigos como su novia. Mi rostro era conocido entre los especialistas del medio farandulero, me habían bautizado como “la envidia de muchas”. Otros tantos nos señalaban como una pareja de mentira, que Xander sólo estaba conmigo por ayudarme a impulsar mi

carrera, otras personas me tildaban de oportunista, alegando que yo me valía de la fama de Xander para escalar en el mundo del cine.

El acoso por parte de un grupo de fans de Xander había comenzado, mi Twitter colapsaba de tantas notificaciones, y aunque algunas eran de felicitación, otras eran tan perturbadoras, tanto, que decidí dar de baja mi cuenta, al igual que mis otras redes sociales. Tuve que cambiar mi número móvil luego de que varias llamadas amenazantes me despertaran en las madrugadas. Xander había pensado en la posibilidad de asignarme un guardaespaldas, pero tal cosa me pareció exagerada y me negué rotundamente.

Diversas revistas me llamaban constantemente para solicitar una entrevista. Ser la novia de uno de los hombres más deseados de Gran Bretaña sí que era una ardua tarea.

Por recomendación de Aaron tuvimos que disminuir nuestras salidas nocturnas, ya que algunas personitas se habían dado a la tarea de seguirnos con la intención de obtener fotos de

nuestros momentos más íntimos y aunque a Xander no le importaba y constantemente me lo demostraba, mostrándose desinhibido a la hora de besarme o acariciarme en público y repetirme una y otra vez que me amaba y que no le importaba que nuestras fotos adornaran las revistas del mundo, yo había decidido hacerle caso a Aaron por cuidar la imagen de Xander, así que en los últimos días traté de mostrarme un poco más distante con él en público.

Fue peor, pues en algunos medios habían comenzado a decir que mi “frialidad” se debía a que la relación estaba teniendo problemas.

En pocos días me había ganado el afecto del señor Wickerman, quien a su vez era el mejor amigo de Xander. Había conocido a Victoria, la hermana de mi espectacular novio, durante una cena de beneficencia a la cual había acompañado a míster Granderson. Ella se había mostrado muy amable y cariñosa, receptiva conmigo y muy feliz por su hermano. Nos quedaba pendiente, asistir a su boda que se llevaría a cabo en un par de meses,

ese día conocería a la familia Granderson en totalidad.

Los días trascurrieron y las preciadas vacaciones de mi amado habían finalizado y yo me sumergí nuevamente en clases y más clases en la academia.

Xander se marchó a Estados Unidos, a promocionar su nueva película, estaría viajando constantemente por varios países del mundo, así que nos comunicábamos por teléfono y Skype. Cuando yo podía, viajaba a donde él se encontrara para verlo. Él pasaba la mayor parte de su tiempo ocupado entre ruedas de prensa, entrevistas y firmas de autógrafos, mientras yo esperaba pacientemente en la habitación del hotel, donde nos amábamos una y otra vez, aprovechando cada segundo.

A mediados de octubre, recibió la convocatoria para comenzar el rodaje de una nueva película, lo que significó que estuvo en una ciudad fija durante algunos meses. Yo terminé con mis evaluaciones en la academia y viajé para

pasar mis vacaciones al lado del hombre que amaba..

El proceso de mi divorcio fue difícil y frustrante, pues los recurrentes mensajes y llamadas por parte de Matías tildándome de mala mujer eran algo a lo cual tenía que hacer frente casi todas las noches, llegando al punto de tener que bloquearlo de WhatsApp y Skype, porque ya no aguantaba más odio de su parte, pero valió la pena, pues la resolución de divorcio llegó a mi puerta una mañana de noviembre y sin dudarlo la firmé. Finalmente, fui una mujer libre, sin ataduras que me impidieran estar con mi hombre.

El día de viajar a América llegó. Arribé en los Estados Unidos y fui recibida en el aeropuerto por un hombre de tez oscura, llamado Dylan que trabajaba para el Estudio de filmación.

Lo primero que vi al entrar al Estudio, fue un poster gigantesco con el rostro de Danny Maxwell, de frente a la entrada. Danny era la sensación del momento y compartía *cast* con Xander.

La gente caminaba de un lado a otro, sumergidos en sus asuntos, algunos con libretos en mano, otros dando indicaciones y algunos extras con sus vestuarios.

Había largos pasillos con sinfines de puertas, oficinas y cubículos donde me pude percatar que grababan los efectos de voces. Una puerta gigantesca al final del corredor ponía “Set 1 Solo personal autorizado”, enseguida comprendí que allí sucedía gran parte de la magia.

Caminé sin dejar de mirar mi alrededor cual niña pequeña en medio de un parque de diversiones. Miré a mi derecha noté que estaban armando varios escenarios para la película, pues el despliegue total de personas con grandes piezas de utilería así lo dejaban en claro.

Proseguí mi camino por un pasillo, a medida que Dylan me iba indicando por dónde ir. En cada puerta podía ver el nombre de cada uno de los actores, hasta que por fin llegué a la puerta que más deseaba ver, la que ponía “Xander Granderson”. Mi corazón se aceleró como si fuera

la primera vez. Toqué y enseguida su voz sonó.

—Adelante.

Abrí la puerta.

Él yacía de espalda frente a una hermosa peinadora de color caoba, arreglándose un mechón de cabello. Se giró de inmediato al percibir mi silueta a través del espejo. Tenía puesto un extraño traje, lo cual asumí que era para la película.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó acercándose a mí en largas zancadas. Me abrazó.

—Genial —le respondí esbozando la sonrisa más radiante de mi repertorio—. Te ves... fabuloso —logré hablar entre risas.

—Y tú te ves hermosa —sentenció él.

Me besó con suavidad, con total entrega y pasión. Sus labios eran mi droga favorita.

El sonido de la puerta interrumpió el bello momento, alguien tocaba.

—Adelante —habló Xander con un poco de fastidio en su voz.

—Hey Xander, nos llaman, comenzaremos a grabar en unos minutos, la secuencia de la pelea

—una voz masculina se oyó a mi espalda, al girarme vi nada más y nada menos que al mismísimo Danny Maxwell. Mi corazón se aceleró, era guapísimo—. ¡Oh! Tienes compañía —dijo al percatarse de mi presencia.

—Tranquilo. Es Shirley. Te dije que llegaba hoy.

—¡Cierto! — Danny abrió sus ojos con sorpresa y se acercó hacia mí —Un placer —sonrió y me abrazó.

Yo correspondí el abrazo y no pude evitar ponerme roja como un tomate, Maxwell era mucho más alto e imponente en persona.

—Bien. Vamos —Xander chequeó su imagen frente al espejo y se acomodó el traje —¿Dan?

—¿Si?

—¿Lara está en tu camerino?

—Sí ¿Por qué?

Xander se giró hacia mí.

—Amor, si quieres ve al camerino de Danny

—hizo una pausa y dirigiendo se al nombrado —
¿No hay problema?

—No. Ninguno —contestó el rubio fortachón.

—Ve amor. Para que no te quedes sola acá —me guiñó el ojo y nuevamente se acercó a mí, dándome un beso en la mejilla.

Yo asentí con la cabeza, dejé mi maleta en un rincón y salí con ellos.

Caminamos por el largo pasillo y me dejaron frente a la puerta que ponía de “Daniel Maxwell” y continuaron su camino hacia el estudio.

Me quedé de pie frente a la puerta por unos instantes mientras veía como se alejaban Xander y Danny, luego fijé mi mirada en la puerta y golpeé suavemente.

—Adelante —una voz femenina respondió.

Abrí la puerta.

—Hola. Soy... —traté de hablar apenas al entrar.

—Pasa, pasa cariño. Tú debes ser la chica

de Xander, adelante. Danny me acaba de mandar un mensaje. Soy Lara, un placer conocerte.

¡Wow! La mujer frente a mí era hermosa, de una rubia cabellera cual oro y ojos verdes con un peculiar gesto felino. Su radiante sonrisa, me hizo sentir bienvenida de inmediato.

—Igualmente Lara, me llamo Shirley —respondí estrechando su mano.

Me sentí extrañamente en un ambiente familiar, había juguetes regados en el suelo, ropa de niña en el sofá y bocetos hechos por la mano de algún infante, pegados en la pared. Se respiraba total paz y ternura en ese lugar.

—Entonces, es así —agregué divisando con cuidado todo mi entorno.

—¿Así como? —preguntó Lara.

—Estar casada con una celebridad —dije a modo de chiste.

—Pues sí. Aunque no te creas, tiene sus altos y sus bajos —miró hacia la cuna en la esquina, donde dormía placentemente su pequeña hija —Sin embargo, ha valido la pena,

todas y cada una de nuestras vivencias.

—¿Todas y cada una?— inquirí confusa.

—Sí. Al principio no fue nada fácil. Dan tenía que viajar constantemente y yo tenía que encargarme sola de Mary Ann. Mientras Danny estaba a kilómetros de distancia. La idea de que tal vez Danny estuviera pasando la noche con una linda chica me atormentaba, al final estábamos lejos, no podía tener la certeza de que él me era fiel, sin embargo decidí confiar. No sabía lo que él hacía en sus ratos libres. Tantas citas canceladas. Tantos compromisos familiares suspendidos. Semanas sin vernos— hizo una pausa y su mirada me escrudiñó, en busca de algún atisbo de preocupación y lo encontró —Valió la pena todos y cada uno de los días lejos de él. Todas y cada una de las peleas. Todas y cada una de las reconciliaciones. Yo amo a Danny y él me ama a mí.

—Sí, eso es cierto —comenté por inercia. Si algo era obvio en el mundo, era que Danny adoraba a su esposa y madre de su hija.

—¿Te puedo decir algo? —Lara me miró con dulzura. Yo asentí —Xander te ama como no ha amado a nadie en este mundo. Desde que llegó a la ciudad, no ha hecho otra cosa más que hablar de ti y ese brillo en su mirada cada vez que dice tu nombre ¡Dios! Solo lo he visto una vez en la vida y es en los ojos de mi esposo. Ese amor incondicional y puro, que no teme amar, dar y entregarse a plenitud.

A medida que Lara hablaba algo dentro de mí crecía, estallaba y se regodeaba de alegría, cada palabra era como el canto de un ángel. Saber que el hombre que amas, también te ama con la misma intensidad, simplemente es algo indescriptible. Lara continuó hablando y yo la escuché atentamente...

—Si decides abordar ese barco junto a Xander, debes deshacerte de tus miedos, inseguridades, celos, paranoias y confiar ciegamente en él, porque ser la pareja de alguien como él, no es fácil. Muchas personas querrán entrometerse y dañar. Debes aprender a

diferenciar a las personas. Vendrán muchas falsas amistades, solo por interés. Habla con él. Escúchalo, amalo sin condiciones y sé paciente. Nunca lo juzgues. Apóyalo, sé su amiga. Ellos necesitan más de nosotras que nosotras de ellos. Mantén eso en mente y serás feliz. Así es... ese es mi secreto.

21

Las palabras de Lara entraron por mis oídos con tanta precisión, era como si pudiese leerme la mente. Hacía unos días atrás me había planteado todas esas interrogantes...

¿Podría yo acostumbrarme a una vida así? ¿Tener una relación con un hombre que era aclamado y deseado por tantas mujeres?

Xander era por excelencia, un caballero amable y muy carismático con cuanta dama se le atravesara y no necesariamente porque se sintiera atraído por ellas. Simplemente él era así, era su forma de ser.

¿Podría acostumbrarme a todo eso? ¿Podría espantar los tantos fantasmas e inseguridades que

surgirían entre nosotros?

Cuando me encontraba en Londres, sola en mi cama, anhelaba con locura la presencia de Xander. De cierto modo, había aprendido a conformarme con ver una de sus películas para calmar mi ansiedad por verlo u oír su voz a través de mi teléfono.

Aunque Xander decía que me amaba y hacía lo posible por estar a mi lado, yo sentía que algo faltaba, pero no sabía lo que era. Por días me provocaba mandarlo todo al carajo y seguir mi vida aparte, buscarme un novio más “normal”, pero luego recordaba que no solo había tenido un novio más “normal”, sino que había tenido un esposo “muy normal”, al cual había renunciado por estar con Xander.

Y allí, justo allí, caía nuevamente en un dilema.

Sentí que las palabras de Lara llegaron a mi vida, en el momento y en el sitio indicado. Ya estaba a punto de cumplir un año desde aquella primera noche apasionada, aunque oficialmente

habíamos comenzado a salir en toda regla hacía unos cuatro meses atrás, cuando los papeles de mi divorcio anunciaron que era una mujer libre de ataduras. Sin embargo yo me sentía extraña dentro de una relación donde casi ni veía a mi novio. Con Matías llegué a sentirlo pero de manera muy distinta, el hecho de saber que Xander era un hombre tan codiciado, me hacía pensar tantas cosas. Llenarme de dudas, miedos e inseguridades.

Definitivamente, lo que Lara acababa de decirme, me daba una respuesta a toda esa maraña de dudas.

Lara y yo pasamos el día charlando de cualquier cosa que se nos ocurriera. En el camerino se respiraba total paz. La pequeña Mary Ann dormía plácidamente.

La señora Maxwell me habló acerca del día en que conoció a Danny y cuando éste le propuso ser su esposa, lo mágico que fue el día que se casaron, los tantos viajes juntos, la alegría de ser madre...

¿Podre con todo eso? Fue el pensamiento

que me sorprendió. Era una pregunta incesante que se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Ya estaba llegando la noche, cuando la puerta se abrió de golpe.

Danny y Xander entraron riendo escandalosamente...

—Sabes muy bien que no se puede —comentó Danny con esa particular voz ronca que poseía.

—Se puede hacer una excepción —contestó Xander entre risas.

Lara y yo nos encogimos de hombros, no entendíamos nada, así que supusimos que hablaban de cosas de la película y decidimos dejarlo pasar.

Al mirar nuevamente a Xander, mi lado fangirl reprimido no pudo evitar salir a la luz. Una inmensa sonrisa iluminó mi rostro. Mi novio se veía espectacular en su armadura, irresistiblemente sexi. Era el guerrero persa más espectacular que mis ojos habían visto. No pude evitar mordirme el labio inferior ante esa imagen que contemplaba mis ojos. Rápidamente me

acerqué a él y lo abrace, él respondió de igual manera.

—¿Me extrañaste? —dijo en tono divertido a la vez que tomaba mi rostro entre sus manos.

—Mucho, mi amor — le respondí sin apartar mi mirada de la suya.

—Yo también, pulguita —me dio un suave beso.

¿Pulguita? ¡Vaya! Xander se había animado a ponerme un apodo, el cual asocié enseguida por nuestras diferencias en estatura. Él medía un metro con noventa, mientras yo llegaba a duras penas a un metro con setenta y dos. Claro que sí, yo era su pulguita. Lo abracé con más fuerza.

El carraspeó repentino de Danny nos sacó de nuestro idílico encuentro.

—Estoy hambriento —expuso el rubio canadiense.

—Bien. Quítense esos trajes y luego iremos a comer algo —indicó Lara mientras tomaba en brazos a su hija.

—Vamos —dijo Xander pasando su brazo

sobre mis hombros.

Salimos del camerino de Danny y nos fuimos directo hacia el de Xander. Caminamos a lo largo del pasillo tomados de la mano. Algunas personas que se nos cruzaban saludaban alegremente a Xander y él respondía con una amplia sonrisa.

Llegamos finalmente al camerino y en cuanto se cerró la puerta, Xander me aprisionó contra la pared y su cuerpo. Sujetó mi rostro entre sus manos y devoró mi boca con gran pasión ¡Por Dios! Podía sentir su hombría alzándose sin contemplación a la vez que él restregaba su cuerpo contra el mío, desencadenando en mí deliciosas sensaciones con tan solo tocarme. Sus largas extensiones de cabello castaño se interpusieron entre nuestros besos. Astutamente lo sujeté con mis dos manos, echándolo hacia atrás, a fin de mantener despejada nuestras bocas para seguirnos besando. Sentirlo tan excitado me encendió enseguida.

—Tú —habló en un tono de voz tan

excitante que me hizo estremecer, su mirada se llenó de lascivia y con su lengua delineó el contorno de mis labios—. Conocerás mi ira, esclava —el guerrero persa se había apoderado de su cuerpo. No pude evitar reír nerviosamente. Xander clavó su mirada profunda en mis ojos, había furia. Sin saber porque, me excite aún más —. ¿Te ríes de mí? —él separó su cabeza bruscamente y yo me incliné hacia él, necesitaba su boca, seguirlo besando ¡Dios! Lo deseaba tanto. Él entrecerró los ojos y levantando su dedo índice, lo movió en señal de negativa e hizo un sonido con su lengua como diciendo “Calma nena, aún no”—. De rodillas —me ordenó.

Capté lo que realmente deseaba, llevar a cabo una especie de fantasía sexual, así que decidí seguirle el juego. Se dio la vuelta y tomó unas cadenas de utilería que estaban sobre una mesa, se giró hacia mí y las pasó alrededor de mis muñecas. De un jalón me llevó hacia el sofá.

—Arrodíllate, aquí —me señaló con el dedo. Me costó un poco meterme en el personaje,

sin querer solté una carcajada —He dicho que te arrodilles— me espetó con violencia pero sin levantar la voz.

«*De acuerdo. No tienes por qué ser grosero*» dijo la vocecita en mi cabeza y accedí a obedecerle. Comenzaba a sentirme intimidada.

Me arrodillé a un lado del sofá y enseguida prosiguió a pasar el restante de la cadena enredada en mis muñecas alrededor de la pata del mueble.

—Mírame —me ordenó.

Yo cumplí.

Había olvidado que estaba encadenada y sin querer jalé de mis manos al sentir su virilidad tan cerca de mi cara, quería tocarlo...

¡Auchs! Caí de lado, sobre mi codo.

—¿Estás bien, amor? —Xander salió de su personaje y se agachó para ayudarme a incorporarme.

—Si bebé, estoy bien. No te preocupes —me volví a poner de rodillas.

Él se levantó rápidamente y carraspeó su garganta.

—Hoy serás mi esclava. Harás todo lo que te diga —de nuevo ese tono amenazante, típico de un guerrero. Permaneció en silencio observándome con detenimiento, luego agitó su cabeza con fuerza —. Lo que quiero que hagas no lo puedes hacer con las manos amarradas —de nuevo, era Xander, quien rio como un niño travieso.

Se giró y caminó hacia la puerta para trancarla con candado, luego se acercó nuevamente a mí, se agachó y me soltó las manos, enseguida me masajee las muñecas. Aunque las cadenas eran falsas igual había dejado pequeñas marcas en mi piel.

Levanté mi mirada y me encontré con el esplendor de su erección frente a mí ¡Por los clavos de Cristo! ¿En qué momento se había bajado la cremallera? Yo estaba petrificada ante su enormidad. Tragué grueso y sin poder evitarlo mis papilas gustativas se activaron haciéndome salivar en exceso.

—Es todo tuyo. Vamos pequeña, no seas tímida —se humedeció los labios con su lengua sin

quitar esos lujuriosos ojos de mí.

¿Cuánto tiempo llevará planeando esto? La pregunta se formuló en mi mente.

Sin pensármelo más, lo tomé entre mis manos y lo arrojé con mi boca. Un gruñido salió de su boca haciéndome gemir a mí también. Su dura piel se deslizaba entre mis manos mientras mi lengua acariciaba cada centímetro. Succioné la coronilla de su falo y otro gruñido más proveniente de él, me arrulló, haciendo que mi humedad aumentara vertiginosamente ¡Dios! Darle placer me encantó. Saber que ese hombre tan endiabladamente sensual se estremecía por mí me hizo sentir como la perversa más genial del planeta.

Él sujetó mi cabeza con sus manos y guio la acción. El vaivén de sus caderas me invitaba a hundirme más en él. Él embestía con ritmo constante a la vez que hacía a un lado los mechones estorbosos de mi cabello, los cuales se interponían en la felación.

Su cota malla cayó al suelo, seguidamente

de sus guanteletes y demás accesorios que lo ayudaban a completar su vestuario. Intenté ponerme de pie para ayudarlo pero él freno dicho intento, era obvio que lo que deseaba era que siguiera dándole placer, así que seguí en lo mío, succionando y acariciando su majestuosa hombría.

—Quítate la ropa —habló con suavidad dibujando una sonrisa malvada en su rostro—
Lentamente —sonó autoritario.

—¿Así señor? —inquirí con voz temblorosa, mientras desabotonaba mi blusa de manera seductora.

—Perfecto —susurró dejando caer el resto de su traje en el suelo.

Se inclinó sobre mí y me arrebató con un beso salvaje, de esos que se sienten en la parte más sur de un cuerpo. El beso se intensificó al pasar de los segundos y sin darme cuenta yacía sobre aquel mullido sofá estilo canapé, al cual había estado encadenada previamente...

...él mordía mi boca y yo me negaba a soltar su erección, la cual masajeara con mi mano, de

arriba hacia abajo...

Toc Toc.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Maldición! —dijo Xander entre dientes.

Nos detuvimos de súbito.

—¿Están listos? —era la voz de Danny.

Abrí los ojos como platos al recordar que supuestamente todos iríamos a comer, pero el arrebató pasional de Xander había hecho que nos olvidáramos del todo.

—Vayan ustedes —dijo Xander volviendo al tono habitual de su voz.

Hubo un breve silencio, mientras esperábamos que Danny se alejara de la puerta.

—¿En que estábamos? — el persa había vuelto.

Lo miré fingiendo timidez y en cuestión de segundos estaba mordiendo nuevamente mis labios.

Sus manos comenzaron a despojarme de la ropa que aún tenía puesta. Mis manos se pasearon sobre su nívea piel. Comencé a besar y lamer su

cuello, mientras él deslizaba sus dedos dentro de mí y mordía el lóbulo de mi oreja.

—Te haré sentir cosas que nunca has sentido —susurró.

Sin esfuerzo alguno me levantó en peso y rodeé su cintura con mis piernas. Él me estrechó con fuerza contra su cuerpo clavando sus verdiazules ojos en mí. Yo me aferré a su rostro, besé su boca sin reserva alguna, su oscuro cabello se enredó entre mis dedos a la vez que masajeaba mis glúteos con descaro. Todo él era libido pura.

Me colocó sobre la peinadora y se puso de rodillas, frente a mí, sujetó una de mis piernas pasándola por detrás de su hombro. Él se encargó de explorar esa zona húmeda y palpitante, que pedía a gritos ser penetrada sin clemencia. Su lengua se paseó lentamente sobre el botón de mis delirios, en movimientos circulares me llevaba al borde de un abismo y cuando notaba que estaba a punto de estallar, se detenía y reía con malicia y susurraba...

—No pequeña, aún no es el momento.

Así lo hizo por tres veces más.

Sus dedos entraron al juego y los mismos se deslizaban una y otra vez dentro de mí, variando la dirección en que se movían, diagonal o completamente horizontal, mientras con su lengua seguía estimulando mi clítoris. Y una vez más me encontraba al borde del cataclismo.

Él se detuvo.

Deje caer mi cabeza hacia atrás, comenzaba a sentirme frustrada... tan cerca del cielo y sin poder entrar.

Sentí que mis paredes se expandían para darle paso a su grandiosa erección, que se resbalaba lentamente dentro de mí, sumado a esto, la sensación de sus dedos masajeando en círculos la protuberancia rosa que palpitaba de dicha, aumentando el ritmo paulatinamente. Entraba y salía de mí, masajeando y acelerando...

Un escandaloso gemido delató mi orgasmo, él rápidamente tapó mi boca con su mano desocupada mientras continuaba estimulándome con la otra.

Entraba y salía. Un orgasmo pasaba y en cuestión de segundos llegaba el otro.

Otro gemido ahogado bajo la mano que aprisionaba mi boca, él salía y entraba, no se cansaba. Embistió con más fuerza. Su mano abandonó lo que hacía y se aferró a mi cadera, se inclinó sobre mí y con sus dientes atrapó mis labios. Ambas manos se aferraron a mi cuerpo empujándolo hacia el suyo...

—Me detendré cuando pidas clemencia —
habló con la respiración entrecortada.

—No tengas clemencia, mi señor.
Castígame, he sido mala —respondí bajo la
presión de su boca.

Un orgasmo nuevo llegó y me golpeó con la fuerza de mil tornados, haciendo que mi cuerpo se escurriera debajo del suyo, él me sujetó con fuerza, mi rostro había quedado aprisionado a nivel de su pecho. Continuó embistiendo con más fuerza.

—Pídelo ¡Vamos! —gruñó entre estocadas
violentas mientras su corazón latía desbocado en

mi mejilla.

—Clemencia señor, clemencia —dije perdiendo el aliento.

Un fuerte gruñido y dos embestidas finales. Mordió suavemente mi labio inferior y se dejó ir. Me marcó con su esencia.

La lujuria fue la única testigo en esa habitación.

Ese día conocí el lado más salvaje de Xander. Me dí el lujo de tener algo de los dos mundos, el cuerpo, la entrega y el amor de un hombre que era de carne y hueso, el cual me adoraba y la lujuria, el desenfreno y erotismo de un personaje ficticio, mi guerrero sensual.

22

Tenía mi rostro pegado al pecho de Xander, su palpitar desbocado retumbó en mi mejilla, su sudor se mezcló con el mío, mientras sus dedos acariciaron mi cabello. Aún dentro de mí, se inclinó y me dio un dulce beso. Sus ojos brillantes me observaron con total entrega. Pegó su frente a la mía y soltó un suspiro.

—Eso ha estado... —otro suspiro—. Sublime, delicioso, fantástico —sus manos acariciaron sutilmente mis mejillas. Otro dulce beso—. Te amo —me abrazó.

Nuestras respiraciones volvieron poco a poco a la normalidad, permanecimos abrazados por algunos minutos, hasta que finalmente él salió de mí.

—Yo te amo más —dije con tono

divertido. Él se agachó para recoger las partes de su vestuario que yacían regadas por todo el suelo del camerino.

—Eso no lo creo. Yo te amo más —su voz era juguetona.

—No. Yo te amo mucho más... —me levanté y recogí mi ropa interior, rápidamente me la puse —Te amo hasta el cielo, ida y vuelta, siete veces y en triciclo.

Xander estalló en una sonora carcajada.

—¡Vaya! ¡Eso fue brutal! Has ganado este round —se acercó nuevamente a mí, me dio otro beso y me entregó mi blusa —¿Tienes hambre?

—Sí. Mucha —lo miré lascivamente.

—Perversa. Tengo que castigarte más a menudo.

Reímos a carcajadas.

—Por cierto... —me miró fijamente—. Te amo —reí ruidosamente ante la romántica testarudez de mi amado—. ¿Quieres ir a comer algo en específico? —preguntó mientras tomaba una camiseta de una gaveta.

—En realidad, me gustaría ir al hotel. A descansar.

—¡Genial! Podremos seguir... —levantó ambas cejas en gesto de insinuación y un fulgor travieso apareció en sus ojos —ya sabes.

Nos vestimos entre risas y miradas cómplices.

«¡Dioses! *Cuanto amo a este hombre*» reafirmé en mis pensamientos.

Luego de algunos minutos, de recoger nuestra ropa regada por todo el camerino y de esperar a que Xander guardara su traje en completo orden dentro del escaparate dispuesto para ello, nos dispusimos a marcharnos.

—¿Amor? Tu cabello —comenté al notar que casi llegábamos al estacionamiento y Xander aún llevaba puestas las extensiones.

—¡Oh! ¿Esto? —pasó su mano por su fascinante larga melena —me los dejaré por el tiempo de filmación, de modo que sólo tengan que retocarlo cuando sea necesario. Eso de quitar y poner, quitar y poner, consume mucho tiempo.

Además... ¿No me veo sexy? —preguntó juguetón atrayéndome hacia él para darme un dulce beso.

—Súper sensual, mi vida —afirmé.

Llegamos al hotel y rápidamente subimos a la habitación. Yo me sentía agotada por el viaje, más la jocosa acción en el camerino de Xander, no era para menos. Él, por su parte también estaba cansado por las extenuantes escenas de pelea que había tenido que repetir varias veces, así que ordenamos algo de comer y al cabo de unos minutos la comida había llegado. Una ducha caliente los dos juntitos y una película. Bastó escasos minutos para quedarnos dormidos con la tv encendida, uno en los brazos del otro.

Al día siguiente, Xander se levantó muy temprano y se marchó al estudio, yo dormí unas horas más, pues el *Jet Lag* hizo estragos en mí.

Desperté aproximadamente a las diez de la mañana, salí de la cama, ordené algo para desayunar y me decidí por recorrer la ciudad. La hermosa ciudad de Los Ángeles.

El día anterior había intercambiado mi

número con Lara, así que la llamé y acordamos en encontrarnos al rato para ir a almorzar. La señora Maxwell había llegado con su pequeña, además de una simpática mujer que cumplía la función de su ayudante. Paseamos por un par de horas, con la constante presencia de uno que otro paparazzi al pendiente de hacerle una foto a Lara. Ser la esposa de una súper celebridad no te dejaba un margen para poder tener un poco de privacidad. Fue tedioso el tener que retirarnos de diversos lugares, por el simple hecho de que los paparazis no dejaban de acosarla. Di gracias mentalmente que Xander no fuese aún tan reconocido en esa parte del mundo, sino, también hubiese tenido que cubrir mi rostro en contables ocasiones para que las luces de las cámaras no me dejaran medio ciega al caminar. Sentí mucha pena por Lara, al ver como tenía que lidiar con esas personas.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde decidimos ir al estudio. Un pasante nos guio en un ameno recorrido por todas las instalaciones de Alkar Pictures. Pude ver como grababan algunas

escenas, Mary Ann sonreía y decía “Papá” cada vez que veía una foto de su padre en el estudio. Su carita tan radiante me llenó de ternura y nostalgia a la vez, al imaginar a la pequeña o pequeño que no tuve. Los malos recuerdos se apoderaron de mi mente.

Los días transcurrieron entre el estudio y el hotel. Los días en que Xander estaba libre, éramos invitados al bello chalet adosado que había alquilado Danny por la temporada en que estarían en Los Ángeles. En las noches, salíamos a cenar o a tomarnos unas copas, mientras evadíamos a los paparazis, quienes estaban realmente muy avocados a hacerse con fotos polémicas. Sin embargo no les dimos nada de qué hablar, pues en público Xander y yo éramos totalmente recatados. Una historia distinta a lo que sucedía entre las cuatro paredes de la habitación del hotel.

Mis dos semanas de descanso pasaron como en un abrir y cerrar de ojos.

El día de volver a Londres, llegó. Xander

estuvo muy ocupado entre las grabaciones de la película, así que nos despedimos con un tierno beso en su camerino. Alguien del estudio me llevó al aeropuerto y abordé mi avión.

En un par de días se reanudarían mis clases y de nuevo volvería a mis actuaciones habituales. Ese verano estaría estelarizando una obra de teatro rusa, donde compartiría escenario con Anette. La simple idea me entusiasmó demasiado. Parecía mentira que ya estaba cerca de culminar la carrera.

Llegué a Londres sin ningún contratiempo. Xander había llamado a uno de sus primos, quien se encontraba de vacaciones en la ciudad, para que me recogiera en el aeropuerto, pues Xander estaba un poco paranoico con las constantes amenazas anónimas que yo recibía. Pasaron dos horas y no tuve señales de él, pensé que tal vez se le habría olvidado, o estaba atascado en el tráfico, así que decidí irme por mi propia cuenta. Estaba sumamente agotada por el viaje. Mi cuerpo pedía a gritos por mi deliciosa cama.

Tomé un taxi que me llevó directo al departamento que compartía con Anette y aunque tenía las llaves del apartamento de Xander, no quería pasar la noche sola, además tenía muchas cosas que contarle a mí querida amiga.

El coche aparcó frente a la residencia estudiantil que compartía con Anette. Sin perder tiempo, bajé mi equipaje del auto.

A medida que me acercaba a la puerta principal del edificio pude notar un grupo de chicas que me miraban fijamente a la vez que caminaban en mi dirección, eran 4 o 5 chicas. Dejé de mirarlas en cuanto noté que sus miradas penetrantes se hacían cada vez más intensas. Aceleré el paso y me apresuré en llegar rápido a la puerta. Una extraña sensación de alerta se despertó en mí, miré hacia atrás para percibir como las chicas caminaban con más premura hacia mí.

Solté mi maleta y decidí correr, pero al girar hacia el frente, tres chicas se interpusieron en mi camino, habían salido de la nada. Me detuve en

seco.

—Es ella chicas —dijo una. Sentí que alguien jalaba fuertemente de mi cabello y sin poder evitarlo caí de espalda contra el suelo.

El grupo de chicas me rodeó y comenzaron a patearme salvajemente. Mi instinto de supervivencia solo me permitió cubrirme el rostro para evitar que golpearan.

Grité con todas mis fuerzas. Pedía ayuda a gritos mientras ellas no dejaban de patearme.

—Aléjate de Xander. Él es nuestro. Perra —oí que dijo alguien.

Yo yacía en posición fetal, tratando de cubrirme la cabeza, pero era inútil, ellas seguían golpeándome sin piedad. Una de ellas, la más robusta, se subió a horcajadas sobre mí, sujetó mis manos a ambos lados de mi cabeza. Sentí un duro golpe en mi nariz y enseguida el sabor a hierro inundó mi boca.

Otra chica sujetó mis piernas con firmeza para evitar que me sacudiera con el ímpetu que lo hacía. La que estaba sobre mí, me golpeó sin

ninguna clemencia.

—Aléjate de Xander, perra —dijo.

—¡Oigan! ¿Qué están haciendo? —oí la voz sobresaltada de alguien más.

Las mujeres me soltaron y salieron corriendo. Pude ver sus siluetas borrosas alejándose. Huían de la escena del crimen.

Un dolor punzante amenazó con hacer estallar mi cabeza.

—¡Oh por dios! ¿Qué te han hecho?

Parpadeé repetidas veces para enfocar mi borrosa visión. Cuando por fin pude percatarme que se trataba de Anette, sentí que el alma me volvía al cuerpo.

Anette se inclinó sobre mí y pude ver como algunas lágrimas se asomaron en sus ojos. Ella intentó ayudarme a levantar pero una voz masculina le indicó que no lo hiciera.

—No la mueva. Podría tener una fractura grave.

Entre mi confusión pude ver que la gente comenzaba a aglomerarse alrededor de mí. Anette

gritó para que se alejaran y me dejaran respirar, había desesperación en su voz. No pude saber si eran alucinaciones o no, pero sentí que algunos flashes se hacían presentes en el lugar. Rogué dentro de mí porque no fuesen paparazis. No obstante, Anette confirmó mis sospechas...

—Aléjense ¡malditos carroñeros! Fuera.

Los oídos me zumbaron y pude percibir el débil sonido de la ambulancia acercándose.

—Mírame Shirley. No te duermas —Anette sujetó mi mano con fuerza.

Su súplica fue inútil, perdí la consciencia.

23

Una luz blanca golpeó con brutalidad mis

pupilas. Todo era silencio absoluto y hacía mucho frío. Intenté moverme pero no pude, decena de cables salían de mi cuerpo. Una ráfaga de dolor me hizo cerrar los ojos con fuerzas.

—Tranquila —una mujer vestida de blanco se acercó e inyectó algo en mi vena.

Los parpados comenzaron a pesarme y me di cuenta que me habían sedado. Nuevamente, quedé inconsciente.

—*¿Cómo está? Quiero verla. Déjenme pasar.*

Entre los efectos de la anestesia pude oír una voz masculina, sin embargo se oía distante y todo era muy confuso para mí.

Abrí mis ojos y pude escuchar algunos murmullos a mí alrededor. Dos hombres en batas blancas charlaban en voz baja, estaban sumergidos en engorrosos términos médicos. Me removí con dificultad, mi intención era hacerles notar que estaba despierta.

—Calma —dijo uno de los hombres en tono

sosegado.

—¿Puedes decirnos cómo te llamas? — preguntó el otro hombre. Intenté responder, pero las palabras no salieron de mi boca.

—¿Sabes dónde estás? —continuó el interrogatorio, mientras yo pretendía mantener los ojos abiertos.

—*Quiero verla*— de nuevo esa voz.

—*Cálmese señor. En un momento lo dejaremos pasar*— respondió una voz femenina.

—Señorita Sandoval ¿Me escucha? —traté de enfocar mi mirada sobre el doctor que me hablaba—. Si me entiende, por favor parpadeé una vez—indicó.

Obedecí y el hombre se giró hacia el otro y le comentó algo.

Ambos hombres continuaron observándome y al cabo de unos minutos se marcharon.

Levanté mi mirada para detallar mi entorno, aún estaba bajo los efectos de los calmantes y sentía pesadez en mis párpados. En ese momento fue cuando comprendí que me encontraba en la

habitación de un, el pitido de una maquina a mi derecha me lo dejó claro.

—Mira cómo te han dejado —intenté girar mi vista hacia la puerta para ver quién era, pero no pude, me dolía todo el cuerpo—. Pensé que esas mujeres te iban a matar —dijo Anette entre sollozos a la vez que estrechaba mi mano.

—¿Qué ha... —traté de hablar, pero mi lengua estaba dormida.

—no hagas esfuerzo. Vas a estar bien.

—¡Por dios! Que angustia. Han sido tres largos días—alguien más entró en la habitación. Me giré y vi a Margaret.

Me comunicaron que había estado inconsciente tres días, en un estado de coma, hasta que esa mañana había dado muestras de mejoría. Los doctores no lograban entender mi estado, pues tenía actividad cerebral total, pero no despertaba.

Alguien abrió la puerta bruscamente. Matías se quedó petrificado en la entrada.

—Buscaré a quien te hizo esto y lo haré pagar —sus palabras estaban cargadas de ira e

indignación. Se acercó a mi cama y me sujetó mano libre.

—¿Que...? —intenté hablar nuevamente.

—No nena, no te esfuerces, todo estará bien —se inclinó y besó mi frente.

—¿Que paso? —por fin pude articular palabra.

—fuiste atacada por un grupo de chicas— dijo Anette.

—La policía presume que eran fans de Xander —comentó Matías secamente. Anette lo fulminó con la mirada —solo eso te trae el tipejo ese. Desgracia y...

—no fue su culpa. Aún no se comprueba que haya sido así —le esputó Margaret con notable molestia.

—No entiendo ¿por qué harían algo así?— pregunté con dificultad.

—Al parecer por un comentario que hizo Xander en una entrevista. Dijo que tenía planes de boda y las redes sociales colapsaron —aclaró Anette—. Muchos especulan que tal vez eso desató

la furia de esas chicas.

—¿Y Xander?— pregunté.

—¿Acaso lo ves por aquí? —soltó Matías con sarcasmo. Anette nuevamente lo fulminó con la mirada.

—Le avisé apenas te ingresaron, pero no ha podido viajar por cosas legales. Una pauta en su contrato estipula que no puede salir del país hasta concluir las grabaciones.

—¡Jah! Menudo tipo por el que me cambiaste —de nuevo Matías con singular ironía en su voz.

—¡Ya cállate, Matías! Si no vas a ayudar, será mejor que te marches —estalló Anette.

Esa noche transcurrió entre calmantes, dolores intensos y más calmantes.

—Xander— balbuceé entre sueños.

Él estaba a mi lado. Me miraba dulcemente y me decía: todo va a estar bien.

Abrí mis ojos de golpe y me di cuenta de que era un sueño.

—Tranquila— Anette se acercó y me acarició la cabeza.

—¿Dónde está Xander? —pregunté con la esperanza de saber algo de él.

—Te ha llamado varias veces, pero dormías, así que no quise despertarte— se giró nuevamente hacia la mesita que estaba a un lado de la habitación —Te ha dejado un mensaje de voz— me entregó mi móvil. Di gracias a los ángeles porque mi brazo izquierdo estaba bien, así que sujeté mi móvil con mi brazo diestro. Presioné la pantalla y sin perder tiempo escuché su mensaje...

—Amor...—se oía entrecortado —Te extraño demasiado. Me he enterado de lo sucedido y siento gran impotencia por no poder estar a tu lado. —un suspiro largo— Estoy tratando de culminar rápido aquí para viajar y estar contigo. Cuidarte y llenarte de besos. He intentado comunicarme contigo o con Anette, pero por alguna extraña razón no conecta la llamada. Cuando finalmente logré contactar, me cayó la contestadora ¡dios! Desearía estar a tu lado.

Lamento mucho lo que ha sucedido. No me lo perdonaría si algo te llegase a suceder. No he podido dormir. Solo pienso en ti, mi vida. No logro concentrarme —su voz llorosa lo delató— Te juro que haré todo lo posible para encontrar al culpable y que pague por su crimen, porque lo que te hicieron es monstruoso e inhumano, nunca pensé que llegaran a eso. Trataré de llamarte luego. Te amo”

Todo el malestar emocional de los últimos días se disipó con esas palabras.

La puerta se abrió y un hombre con bata blanca entró.

—Buenos días señorita Sandoval ¿Me recuerda? —preguntó el hombre. Lo observé en completo silencio, mi cerebro no logró razonar—. Soy el doctor Brigrmore, fui quien la atendió hace unos meses atrás.

«¡Claro! ¿Cómo olvidarlo? El hombre que arrancó a mi bebé de mis entrañas» pensé con amargura.

—Sí. Lo recuerdo —contesté luego de unos segundos.

—Bien. He venido a infórmale acerca de su situación —indicó él—. El ataque le produjo una fractura de muñeca —hizo una pausa y presionó un interruptor en la pared, el cual hizo que se iluminara una pequeña pizarra blanca. Colocó una radiografía frente a la pantalla luminosa y señaló con su dedo—. Una pequeña laceración en su tibia derecha —quitó la radiografía y colocó otra—. A nivel céfalo-craneal no hay daño aparente, pero hayamos un pequeño hematoma subdural muy pequeño, que trataremos con medicamentos —el doctor Brigmore se giró hacia mí y con una sonrisa incrédula me miró—. Usted es muy afortunada —apagó la pizarra y se acercó a mi cama—. A pesar de haber sufrido daños notables en su cuerpo, su embarazo continúa intacto.

—¿Cómo? —inquirimos Anette y yo a la vez.

—¿No lo sabía? —el doctor se mostró confundido. Anette me miró buscando una

respuesta. Yo negué con la cabeza—. Sí. Usted está embarazada, de aproximadamente 3 semanas ¡felicidades! —agregó el doctor con una sonrisa y salió de la habitación.

—¡Un bebé! ¡Vas a ser mamá! —Anette dio brinquitos de alegría.

La vida me había dado una segunda oportunidad para volver a acariciar esa ilusión de ser la madre de un hijo de Xander. Era una buena noticia en medio de tanta desgracia.

Tomé mi móvil y disqué el número de Xander, sin importarme que tal estuviese dormido. Él tenía que saberlo. Inocentemente pensé que al decirle, tal vez tomaría un avión lo más rápido posible para estar conmigo.

¡Íbamos a ser padres!

La alegría no cabía en mi pecho.

—¿Diga? —mi corazón dio un vuelco en cuanto una voz femenina contestó—. ¿Diga? —insistió la mujer.

Colgué rápidamente y miré la pantalla pensando que me había equivocado al discar el

número. Sin embargo al revisar me di cuenta que era el número de Xander, no me había equivocado. Marque una vez más y la misma voz me contestó.

Sentí como si una brisa gélida me hubiese golpeado de repente al percatarme de quien se trataba. Era Roxanne.

—¿qué haces con el móvil de Xander? — pregunté sin más.

—¿quién habla?

—No te hagas la idiota. Pásame a Xander — solté con furia.

Roxanne soltó una carcajada.

—Él no puede ponerse ahora. Está ocupado.

—Dale el maldito teléfono a Xander — levanté la voz.

—¿Te gusto el pequeño regalo que te envié?

—¿A qué te refieres? — tal pregunta no tuvo sentido para mí «¿*De qué está hablando?*» pensé.

—Es fácil. Esa fue la primera advertencia. Te alejas de Xander o la próxima vez me aseguraré de que no haya amiga que te pueda salvar — concluyó soltando una carcajada macabra que me

heló la sangre.

La llamada finalizó.

Mi mente no logró procesar lo que acababa de oír, era una amenaza de muerte, una mera declaración de guerra. Roxanne había cruzado la línea en la locura y la obsesión ¿acaso se había vuelto loca? Después de todo lo que había vivido junto a Xander, después de tantos obstáculos vencidos, después de tantas pruebas superadas, estaba completamente loca si creía que yo me iba a echar a un lado y dejarle el camino libre. Xander era el hombre que yo amaba y el padre de la criatura que llevaba en mi vientre.

¡No!

No me iba a apartar. Si ella quería pelea, yo estaba dispuesta a dársela.

El silencio reinó en la habitación. Anette me miró tratando de entender que era lo que estaba sucediendo, porque de repente mi rostro había palidecido.

Comprendí que la lucha no era conmigo misma, ni contra mis miedos o mis dudas. La pelea

era por xander, contra esa mujer que amenazaba con destruir mi felicidad, claro que confiaba en Xander pero no confiaba en ella. Roxanne me había demostrado el tipo de mujer que era. Ella era peligrosa, manipuladora y ruin.

No sentí rabia, ni tristeza. Sentí lastima por ese pobre ser, que siendo una mujer tan hermosa físicamente, tenía que recurrir a esas artimañas sucias para lograr que un hombre como Xander se fijara en ella. Roxanne tenía un corazón tan vacío, que para ella era más fácil deshacerse de mí por medios cobardes, que luchar por Xander como lo hace una dama de verdad.

«Un momento ¿Qué hace ella con el teléfono de Xander?» El pensamiento golpeó en mi consciencia de sorpresa. Los celos y la ira se hicieron presentes, llenándome de dudas.

Agité fuertemente mi cabeza. Debía enfocarme. No podía caer en su juego. Alguna explicación lógica tenía que haber. No me quise precipitar sacando conclusiones.

«Yo confío en Xander. Él nunca se

vincularía emocionalmente con una mujer así»

Repetí varias veces para sí misma.

—Anette, por favor llama al Profesor Hoffman y dile que venga. Necesito hablar con él

—dije extendiendo mi móvil hacia ella. Aún no lograba coordinar bien mis pensamientos.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Solo hazlo, por favor —rectifiqué mi demanda.

Aunque Anette no entendía nada, tomó mi móvil y salió de la habitación para poder llamar al profesor, pues dentro de la habitación la señal era pésima.

En el momento que ella salió, intenté levantarme de la cama. El dolor era inmenso pero no le hice caso, debía salir rápido del hospital, si seguía postrada en esa cama por más tiempo, los doctores no verían mejoría y me tendrían allí por una semana más. Mientras más rápido fuera dada de alta, más rápido podría hacerle frente a esa víbora.

La puerta se abrió de repente.

—Listo, vendrá en cuanto salga... —Anette dejó la frase a medias al verme levantada—. ¡Oh por Dios! ¿Qué haces de pie? —se acercó de prisa y me sujetó del brazo para ayudarme a llegar a la ventana. Tomé el móvil que me entregaba mi amiga y disqué un número.

—¿A quién llamas ahora? —preguntó.

—A alguien que me va a ayudar a tumbarle la máscara a esa arpía.

—¿De qué hablas? ¿Podrías explicarme? Porque no entiendo nada.

Levanté la mano la pedirle que guardara silencio. Luego de algunos segundos y dos repiques, una voz entrañable me saludó amablemente.

—*Mi Reina* —era la voz de Randy.

—Mi niño hermoso— contesté sin poder ocultar mi evidente alegría.

—Ya tengo todo listo. Salgo para Londres pasado mañana —comentó eufóricamente.

—¿Puedes cambiar tu boleto? —titubeé al indagar.

—¿Cómo? ¿Cambiarlo? ¿Para antes?

—Cambiarlo de destino —dije tajante.

Anette me miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo? ¿Para dónde quieres que vaya?

¿Dónde estás tú? — la voz de mi amigo sonó preocupada.

—Cambia tu boleto para Los Ángeles.

Estaré allí en cuanto pueda.

—¿Qué estás diciendo? —susurró Anette abriendo los ojos como platos.

—¿Los Ángeles? ¿Qué hay allá? —preguntó él.

—Solo hazlo. Te lo contaré todo en cuanto nos veamos.

—Bien. Lo haré porque eres tú y yo contigo hasta el fin de mundo, pero espero que me des una buena explicación —dicho eso, finalizó la llamada

—¿Qué rayos estas tramando? —era el turno de Anette para hacer las preguntas.

—Si la montaña no viene a Mahoma...

—Y según tú... ¿Quién es Mahoma y quien es la montaña?

—Ya lo veras.

—No Shirley, no puedes viajar en esta condición.

Anette estaba realmente confundida, inclusive yo lo estaba, no sabía si mi plan daría resultados o no, aunque de igual forma me arriesgaría.

Pero...

¿Cuál era mi plan?

Eran muchas las ideas que llegaban a mi mente, debía pensar la forma en cómo lograr exponerla, que ella admitiera lo que había hecho.

Normalmente, las matemáticas y yo no nos llevábamos bien. No obstante, mis instintos Einsteinianos se activaron y los cálculos surgieron solos en mi perturbada cabecita. La diferencia horaria entre California y Londres era de aproximadamente 7 horas. Recordé que eran las 8:30 de la mañana cuando llamé a Xander. 8:30 menos 7 horas daba como resultado...

—¿Qué rayos hacia Roxanne con el móvil de Xander a la 1:30 de la madrugada? —dije la

pregunta en voz alta. La paranoia se apoderó de mí.

—Tal vez grababa hasta tarde —comentó Anette tratando de ser elocuente.

—Roxanne no trabaja con él en esa película, no hay motivos para que esté con él a esa hora —mi voz se quebró y lágrimas de desconfianza se asomaron de mis ojos.

—No te hagas ideas raras en la cabeza —comentó mi amiga con el objetivo de tranquilizarme.

Cuando mi malestar corporal comenzaba a ser menos, las dudas y los celos empañaron mi juicio y por primera vez, desconfié de Xander. Al fin de cuentas, él era hombre.

¿Cuál es la excusa más frecuente en los hombres? “Ella se ofreció y fui débil”

Maldije mentalmente la estúpida costumbre de hacerme preguntas mentales y respondérmelas yo misma. Solo lograba torturarme psicológicamente.

Al final de la tarde el Profesor Hoffman hizo

acto de presencia y una vez en la habitación, le pedí a Anette que nos dejara solos para poder charlar.

—Bien. Aquí estoy. Tal como lo solicitaste —dijo Hoffman con una sonrisa—. Dime ¿En qué te puedo ayudar?

—Necesito un permiso especial para ausentarme de la academia por un mes.

—Solo debes presentar el informe médico y ya. Te lo concederán para que te recuperes. No veo ningún problema con eso ¿Algo más?

—Si —dije rápidamente. Hoffman me miró intrigado—. ¿Usted conoce a Roxanne Sullivan? —pregunté. Él levantó una ceja y asintió con la cabeza.

—¿Qué sucede con ella?— inquirió.

—Ella envió a esas chicas a golpearme.

—Esa es una acusación muy seria ¿Estás segura? ¿Tienes pruebas?

—No tengo pruebas, pero sé que fue ella. Me lo dijo —traté de levantarme y Hoffman me ayudó.

—¿Cómo que te lo dijo? —se escandalizó.

—Esa es otra historia. Lo único que importa es que tengo la certeza de que fue ella. Por eso iré a Los Ángeles.

—¿Estás loca? En tu condición no es sensato viajar. Es un vuelo muy largo y tedioso.

—Necesito exponerla, que Xander sepa lo que ha hecho.

—Si ella ha sido capaz de eso, debes hablar con la policía. No te precipites muchacha.

—Me amenazó profesor.

—Con más razón. Deberías hablar con la policía.

—La policía no va a hacer nada. Necesitan una confesión. Será su palabra contra la mía. Necesito solucionar esto de otra manera.

—¿Y por qué ella hizo algo así? —Hoffman no lograba creer del todo.

—Para sacarme del camino. Está encaprichada con Xander.

Hoffman puso los ojos en blanco y se puso de pie bruscamente, supe enseguida que algo

sabía, algo había sucedido entre Xander y Roxanne en el pasado y yo no lo sabía. Sentí tristeza de pensar que mi novio no había tenido la confianza suficiente de contarme que era lo que había sucedido entre él y Roxanne.

—Esa chica siempre ha sido muy impulsiva —comentó entre dientes como si lo hiciera para sí mismo.

—¿A qué se refiere profesor?

—Ten cuidado con ella Shirley. Conozco a Xander desde hace mucho y sé lo manipuladora que puede llegar a ser. A Xander lo manipulaba a su antojo.

—¿Cabe la posibilidad de que aún tenga ese efecto sobre él? —tanteé la situación.

Hoffman chasqueó la lengua.

—No creo. Xander ha madurado mucho y además está loco por ti —sentí que mi corazón daba un brinco ante tal afirmación—. Ha estado loco por ti desde que te conoció —se tapó la boca como si la última frase hubiese sido una total impertinencia. No pude evitar reír.

—Necesito otro favor de su parte.

—Claro. El que sea.

—Cuando llegue a Norteamérica, necesito que usted llamé a Roxanne, pues de usted no sospechara nunca —Hoffman levantó una ceja como tratando de reformular lo que había dicho por *Lo que sea, menos eso* —. Dígale que una revista destacada está interesada en entrevistarla y enviaran un vocero a California para entrevistarla. En ella acceda...

—¿Y cómo sabes que va a acceder? —me interrumpió.

—¡Por Dios! Ella es una ególatra. Hará lo que sea con tal de obtener más fama y renombre. Necesito que ella le diga la dirección de donde se está quedando. Cuando la tenga, usted me la enviará a mí. Yo me encargaré del resto.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo muchacha?

—Cien por ciento —indicó con una leve sonrisa.

Aunque Hoffman tenía razón en que era una

total locura que viajara en el estado en el que me encontrara, a mí me importaba muy poco eso. Debía actuar rápido. Algo dentro de mí me pedía a gritos finiquitar todo de una buena vez y sacar a esa mujer de nuestras vidas, antes que contaminara nuestra relación, con su ponzoña.

En cuanto Hoffman se fue, el doctor Brigrmore, quien acababa de recibir la guardia e iba todos los días a la misma hora a chequearme, entró en mi habitación. Me saludó y se acercó a mí para revisarme. Me pidió que me moviera y me levantara.

Yo le obedecí, aunque el dolor fue insoportable. Supe aguantarlo y fingir que estaba bien.

—Veo que ya has mejorado bastante — comentó.

—Y ya no hay dolor — dije haciendo despliegue de todas mis actitudes actorales. El dolor era punzante e inaguantable.

—¿En serio? ¡Wow! Tu recuperación es casi milagrosa ¿Puedes ponerte de pie y caminar? —

indagó él. Yo asentí con la cabeza a la vez que me incorporaba y me ponía de pie.

«*¡Mierda! Duele como mil demonio*» Me gritó la vocecita en mi cabeza, pero la ignoré y continué dando algunos pasos alrededor de mi cama.

No podía pasar un día más allí ¡Debía ser egresada ya!

—Entonces, podrás irte mañana —esas palabras me supieron a gloria.

¡Bingo! Logré mi objetivo, engañar al médico para que me diera el alta. Ya después me las apañaría atiborrándome de calmantes.

La noche llegó y me dispuse a dormir. Anette y Matías se fueron al apartamento a descansar. Margarte se quedó conmigo.

Muy temprano en la mañana, el doctor llegó a mi habitación, me hizo un chequeo general y emitió la orden de Egreso.

Llegué al departamento junto a Anette y Matías, quienes habían ido a recogerme y ambos me ayudaron a llegar a mi habitación.

Lo primero que hice al estar en la comodidad de mi cama, fue intentar comunicarme con Xander, pero nada, solo lograba escuchar la contestadora enviándome al buzón de voz. Comenzó a parecerme muy extraño que Xander no se hubiese comunicado conmigo, tenía dos días sin saber absolutamente nada de él. Me sentí abrumada y un poco decepcionada.

Tenía miles de fantasmas en mi cabeza, susurrándome cosas. Haciéndome dudar más y más de Xander. Necesitaba acallarlos o me volvería loca.

—Matías, por favor saca mi maleta del armario —le pedí amablemente.

—¿Para qué? ¿Qué piensas hacer?

Él no tenía ni idea de la idea descabellada que tenía en la cabeza.

—Empacar —dije sin más.

—¿Cómo? —intervino Anette—. No, Shirley. No dejaré que lo hagas.

—¿Qué haga qué? —de nuevo Matías.

—Mañana me voy a Los Ángeles —

respondí como si nada pasara.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? —mi ex esposo abrió los ojos como platos.

Yo lo ignoré y me dirigí hacia mi armario. Abrí la puerta y como pude tomé mi maleta, la puse sobre mi cama y comencé a lanzar prendas a un lado de la misma. Solo tenía un brazo libre y un intenso dolor que irradiaba de mi pierna izquierda. Anette y Matías me observaron en completo silencio, sabía que en sus mentes, la idea no podía ser procesada en totalidad.

—Detente —dijo Anette—. ¡Mírate! Pareces una loca.

—Que alguien me explique qué es lo que está sucediendo —imploró Matías.

—¿Vale la pena? —mi amiga se oía algo desesperada.

—¿Vale la pena qué? —Matías comenzaba a perder la calma.

—Mírate nada más —gritó mi amiga—. Mírate en el puto espejo y pregúntate ¿Qué coño es lo que estás haciendo?

Me miré en el espejo que tenía frente. No me reconocí.

—La primera vez casi te mueres por una complicación intrauterina, ahora casi te matan a golpes... —hizo una pausa en cuanto la voz se le quebró— ...por él —noté lo mucho que estaba sufriendo mi amiga.

Matías tan solo miraba.

Yo traté de ignorar sus palabras, pero en el fondo, sabía que tenía razón. Estaba cayendo en el juego Roxanne.

—¡Joder Shirley! No me digas que vas a Los Ángeles por Xander —Matías cayó en cuenta—. ¿Cuánto más piensas sacrificar por él?

—Sacrificaré lo que sea necesario por él, porque lo amo. Es él es a quien he elegido para pasar el resto de mi vida. Él es el padre de la criatura que crece dentro de mí —grité y reventé en llanto.

Un silencio incomodo se apoderó de la habitación.

Matías tragó grueso y comprende que mi

actitud lo había lastimado en sobremanera. Cuando abrí mi boca para pedirle disculpas...

—Entonces iremos contigo —dijo él con serenidad absoluta.

—¿Cómo? —Anette lo miró incrédula—. ¿Qué estás diciendo?

—No dejaremos que vayas sola —respondió mirándola con recelo—. Iremos contigo —su mirada se fijó en mí —¿Verdad Anette? —la miró nuevamente a ella.

Mi amiga paseó su mirada entre Matías y yo, sopesando la situación.

Luego de algunos segundos...

—De acuerdo —contestó entre dientes

—Muchas gracias chicos. No saben cuánto significa para mí —los abracé.

24

Desperté a la mañana siguiente y lo primero que hice fue tomar mis medicamentos, como debía ser. El silencio reinó en el departamento.

Me levanté lentamente de mi cama y salí de mi habitación. Matías no estaba en el sofá, así que supuse que tal vez se habría ido a recoger sus cosas en el hotel. Caminé hacia la cocina con la esperanza de encontrar algo de comer ya preparado, pero no tuve suerte.

Mi estómago rugió exigente. Como pude, me preparé un sándwich.

Oí unas risillas provenientes del cuarto de Anette, imaginé que ya estaría despierta viendo la TV. Abrí la puerta para darle los buenos días...

—¡Oh por Dios! —dije al entrar y darme cuenta de que no estaba sola.

Me di la vuelta y cerré la puerta de golpe, me mantuve de pie por unos segundos frente a la puerta, mientras mi cerebro procesaba lo que acababa de ver. Eran Anette y Matías jugueteando bajo las sábanas.

Me di la vuelta para alejarme de allí y sentí que la puerta se abría a mi espalda.

—Espera —la voz de Matías me lo pidió. Me giré y pude ver que traía una toalla blanca cubriéndolo de la cintura para abajo.

—¿Qué? ¡Oh no! No te preocupes —tartamudeé un poco.

—Íbamos a decírtelo— farfulló Matías con el rostro enrojecido de vergüenza, mi única reacción fue reírme a carcajadas ¿Por la sorpresa? ¿Por alegría al ver a mi mejor amiga con mi ex? ¿O era porque estaba en shock?

Anette salió rápidamente de la habitación, su rostro también mostraba gran vergüenza y nerviosismo. Yo seguí riendo como hiena

descerebrada.

—No se preocupen. Está bien —logré decir —¿Desde cuándo?

—Hace una semana —contestó Anette encogiéndose de hombros y mirando hacia el suelo.

Deje de reír y por instinto me acerqué hacia Matías y lo abracé.

—Me alegra mucho, Anette es una gran chica —me giré hacia ella—. Él es un gran chico —le indiqué guiñándole el ojo.

Lo cierto era que mi mejor amiga y mi ex-esposo estaban teniendo un romance desde hacía una semana. Tal vez incluso desde antes del ataque que había sufrido a manos de unas psicópatas pagadas por Roxanne. Allí fue cuando realmente entendí a que se debía la presencia de Matías en Londres, él ya estaba allí cuando todo sucedió, incluso me atreví a apostar que él estaba presente en el instante que Anette salió en mi defensa.

Reí internamente al percibir lo astutos que habían sido los dos para que no me diera cuenta,

con razón tanta irritabilidad por parte de Anette cada vez que Matías hacía un comentario acerca de Xander, con razón tantas platicas cómplices en la habitación del hospital.

Recordé la vez que desperté y los vi abrazados en el sofá viendo la Tv, en ese instante solo me pareció ver a un caballero reconfortando a la amiga de su ex.

Me regocijé al saber a ciencia cierta que Matías se estaba dando una nueva oportunidad de ser feliz. Me alegré mucho más al saber que era con Anette, una mujer tan grandiosa, una amiga de esas que nunca te abandonan. Matías había conseguido a una gran chica, Anette era mi mejor amiga, la conocía y sabía que ella tenía un gran corazón.

Con la sobredosis de calmantes que tenía, no sentí dolor.

Anette y Matías me ayudaron con los últimos detalles y aproximadamente al mediodía nos dirigimos al aeropuerto. Nuestro vuelo salía en un par de horas.

Llegado el momento nos dirigimos al Heathrow, donde confirmamos boletos apenas al llegar y sin perder tiempo abordamos el vuelo 325 de British Airways con destino a Los Ángeles.

Hubo una que otra turbulencia durante el vuelo, pero nada grave.

Diez largas horas de viaje, entre películas, charlas y zumo de frutas.

Llegamos a EEUU a las 7:18 am. Hora local.

Bajamos del avión y logramos pasar rápidamente por todos los tediosos protocolos de inmigración. Sin perder tiempo me puse en contacto con Randy, quien había llegado la noche previa y se encontraba ya alojado en el Travelodge, un hotel muy cercano al LAX.

Llegamos al hotel y Randy nos esperó en el Lobby. Saludó cariñosamente a Matías, a quien apreciaba enormemente, le presenté a Anette y finalmente Anette y Matías se retiraron hacia sus habitaciones llevando con ellos mi equipaje. Randy y yo decidimos ir por un café.

—Bien ¿Cuál es tu maravilloso plan? — preguntó Randy apenas nos sentamos para ordenar nuestras bebidas.

—Un momento. Debo hacer una llamada — respondí mientras marcaba el número de Hoffman, quien respondió en el acto—. Profesor. Ya llegué a Los Ángeles, ya sabe lo que tiene que hacer —dije y luego colgué, miré a Randy—. Debo esperar una información que me van a enviar —agregué.

—¿Y quién es la víctima? —inquirió mi amigo entrecerrando los ojos.

—Una resbalosa con ínfulas de bruja —le indiqué. Mi móvil sonó indicando que Hoffman había cumplido con su parte, miré la pantalla y efectivamente era un mensaje de mi profesor—. ¿Qué tal se te da hacer de reportero? —le pregunté a Randy. Él me miró con el ceño fruncido—. Necesito que te hagas pasar por un reportero de *Vanity Fair* —hice una pausa para buscar algo en mi bolso pero recordé que no lo llevaba conmigo, que Anette me lo había quitado al llegar al hotel —. Te daré una linda credencial que me ha

falsificado un buen amigo. Te llevaremos al sitio pautado y una vez que estés con ella, comenzarás a hacerle una serie de preguntas, las cuales yo te proveeré. Llevarás un micrófono para grabar todas y cada una de las respuestas.

—¿Qué clase de preguntas le haré? —me interrumpió él.

—Unas muy personales —le aclaré—. Debes buscar la manera de acorralarla para que confiese lo que hizo. Fingirás que has dejado de grabar, comenzarás una charla extra oficial y la llevarás al borde de una confesión, la cual quedará grabada con el micrófono que llevarás escondido dentro de tu camisa —él asintió con la cabeza y continuó escuchándome atentamente—. Cuando notes que ella comienza a desplomarse, me llamas, le das el móvil y del resto me encargó yo ¿Lo entendiste?

—Será como una operación en cubierto ¡Que divertido! —soltó Randy con total entusiasmo.

El plan se puso en marcha. La supuesta

entrevista estaba pautada para horas de la tarde. Nos fuimos al hotel, donde le hice entrega a mi amigo de todo lo que iba a necesitar.

Llegada la hora, nos pusimos en marcha hacia la dirección que me había enviado Hoffman.

Era un edificio de cuatro pisos y dos hombres altos y fornidos custodiaban la entrada. Randy bajó del auto y se dirigió hacia ellos, uno de los hombres lo interceptó, pude observar como Randy mostraba la credencial y luego continuó con su camino. Ahora solo me tocaba esperar la llamada.

—Este plan saldrá mal —murmuró Matías.

—No digas eso —lo regañó Anette.

—Cállense los dos —ordené levantando un poco la voz. Ambos me miraron sorprendidos.

Ya era suficiente el estrés que sentía con Randy en riesgo, con esa mujer tan peligrosa como para soportar el pesimismo de mis súper amigos.

A medida que transcurrían los minutos, crecía mi ansiedad.

«¿Qué estará sucediendo?» no dejaba de

questionar en mi mente.

Habían transcurrido 15 minutos mi móvil sonó.

«¡Vaya! Randy sí que es efectivo» Pensé. Vi el número en la pantalla, provenía del móvil que le había entregado a mi amigo hacia unos minutos atrás, respiré profundo, tomé valor para llevar a cabo la segunda parte del plan. Aclaré mi garganta y contesté...

—Escúchame bien. La persona que está frente a ti ha logrado grabar toda la conversación que ha tenido contigo, y en este momento se está almacenando en un ordenador que está bajo mi poder...

Si Randy había seguido el plan como le había indicado, todo estaba saliendo según como lo pensado, sin duda la lista de preguntas la habían arrastrado a un callejón sin salida, donde Roxanne no tendría escapatoria y a esas alturas ya se habría enterrado de cabeza ella misma, al reconocer que había sido la mente macabra detrás de mi atentado. Continúe hablando...

—...tienes dos opciones. Una. Si decides seguir entrometiéndote entre Xander y yo, esas pruebas serán entregadas a las autoridades. Me puedo encargar personalmente de arruinar tu vida. O dos. Te apartas y nos dejas en paz y yo me olvido de tu existencia ¿Entiendes? —concluí para finalizar la llamada, sintiendo como el corazón bombeaba con fuerza en mis oídos.

Una risa escandalosa fue lo que obtuve por respuesta.

—¿En serio me crees tan estúpida como para soltarle todo a este actorcito de pacotilla? —dijo Roxanne.

Abrí mis ojos con espanto al percatarme de que el plan había salido horriblemente mal.

—¡Oh por Dios! ¿Qué hace él aquí? —susurró de Anette a mi espalda.

—¿Quién? —me giré rápidamente hacia ella.

—Llama a tu amigo y dile que salga enseguida —agregó Anette con premura, con mis ojos seguí la mirada de Anette y entendí a que se

debía el repentino nerviosismo de mi amiga, era Xander y más atrás Aaron, su publicista.

«¿Qué rayos hace él aquí? ¿No se supone que debería estar grabando?» Pensé y el pánico se apoderó de mí.

—Pon a mi amigo al teléfono —le ordené a Roxanne.

—Lo siento, pero tu amigo no puede ponerse al teléfono en este momento—. Ella sonaba completamente calmada.

«¡Oh no! Randy»

Mi amigo estaba en peligro, a merced de una psicópata. Instintivamente abrí la puerta del coche y salí corriendo hacia el edificio.

—Espera —gritó Matías bajándose también.

Mi juicio se nubló, no me importó que Xander estuviese allí, debía asegurarme de que Randy estuviese bien y a medida que caminaba recordaba que no le había dicho a Xander que estaba en la ciudad.

Verlo allí, caminando hacia la entrada de la residencia de esa arpía, me lleno de más rabia

¿Qué rayos estaba sucediendo? Se suponía que debía estar filmando su nueva película, pero no, estaba allí, apunto de encontrarse con Roxanne y ni siquiera se había comunicado conmigo en varios días.

«*Randy*» Sólo había lugar para pensar en él. Si Roxanne había sido capaz de hacerme algo tan vil a mí, a Randy podría hacerle cosas peores. Matías trató de detenerme sujetándome del brazo, pero me negué a detenerme. Vi que Xander se detuvo y giró en dirección a mí.

Mi mundo se detuvo en cuanto sus ojos se posaron en los míos. Me miró como si se tratara de un sueño ¿O una pesadilla?

—¿Shirley? —dijo totalmente incrédulo de lo que veía—. ¿Qué haces aquí?.

Me quedé paralizada sin poder hablar.

Él se acercó a mí.

Yo vestía un jean negro, camiseta azul de tirantes y mi cabello estaba algo despeinado, un brazo enyesado sujeto de un cabestrillo. A mi lado Matías que me sujetaba del brazo bueno, Anette se

acercó corriendo hacia nosotros. A simple vista parecíamos un grupo de dementes que se habían escapado de un manicomio.

Vi de reojo como un hombre alto, moreno, calvo y musculoso llevaba a Randy casi a rastras, sujetándole las manos en la espalda. Detrás de ellos, Roxanne caminaba con una amplia sonrisa en su rostro.

Xander alternó su mirada entre el grupo de aparentes enfermos mentales y el grupo de personas pulcramente arregladas que se aproximaban y que parecían salidas de una serie policiaca.

—¿Qué sucede aquí? —me miró frunciendo ligeramente el ceño. Me encogí de hombros ¡No sabía qué coño decirle!

—Sucede que tu adorada novia, vino a mi casa, con su amiguito y me ha amenazado —dijo Roxanne haciendo énfasis en cada palabra.

¿Cómo? ¿Qué? Me quedé mono sináptica. El juego se había puesto en mi contra.

—¿Qué? —Xander me miró nuevamente con

notable horror dibujado en su rostro.

—Lo siento —dijo Randy al acercarse a mí —. La muy bruja me descubrió.

—Sí. Lo que oyes, Xander. Tú chica ha perdido la cordura. Me acusa de haber sido yo quien mando a golpearla —Roxanne sonó indignada.

—Fuiste tú —comenté fulminándola con la mirada.

—Un momento ¿Qué? —Xander sacudió su cabeza con notable confusión.

—Lo que digo es cierto. Ella contrato a ese grupo de chicas para que me golpearan. Quiere que me aleje de ti —me acerqué a él para abrazarlo. Él se apartó.

Sentí como si alguien hubiese metido su mano dentro de mi pecho. Xander nunca había osado rechazarme, ni por más molesto que estuviera. Él me miró con recelo y desconfianza.

—¿Es eso cierto? —indagó él, tratando de sonar lo más calmado posible.

—¡Pfff! —Roxanne agitó su mano con un

ademán desdeñoso—. ¡Querido! Por supuesto que no. Está delirando.

—¿Qué haces aquí Xander? ¿Por qué ella tenía tu móvil cuando te llamé antier noche? — ignore a Roxanne y saqué a la luz mis dudas.

La tensión estaba a flor de piel. Xander se percató de la presencia de Matías y le lanzó una mirada gélida.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Xander entre dientes.

—No desvíes el tema —le esputé—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado ni una jodida vez desde que me ingresaron? ¿Crees que una puta nota de voz es suficiente?

Comencé a perder la poca cordura que me quedaba. Xander me miró con la boca abierta.

—Habla de una maldita vez Xander ¿Qué te traes con esta tipa? —con mi mano buena señalé a Roxanne. Xander se acercó lo más que pudo a mí.

—Estamos trabajando juntos en un proyecto y perdí mi móvil hace una semana —me indicó casi susurrando. Agitó con fuerza su cabeza y se

giró nuevamente hacia la arpía—. Roxanne dime la verdad —la presionó.

—¡Oh por Dios, Xander! ¿Vas a creerle a una mitómana compulsiva? —fue la respuesta de ella.

Yo abrí mis ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Mito...? ¿Qué? ¿De qué hablas Roxanne? —Xander estaba más liado de lo normal.

—¿Por qué no le dices a Xander la verdad? Dile que durante años has estado obsesionada con él, que tu habitación está repleta de posters y fotos tuyas. Que conoces su vida incluso mejor que él mismo, que eres una friki y perturbada que por años ha dedicado su vida a seguirlo...

—¿Qué? Shirley... ¿Es eso cierto? —inquirió él

—Seguía cada uno de tus pasos Xander, Twitter, Facebook —le hablaba a él —¿Sabías que es la presidenta de un fan club tuyo?

El desconcierto apareció en el bello rostro de mi amado y yo no podía dejar de pensar...

«¿Cómo diablos ella sabe todo eso?» y aunque traté de defenderme, las palabras no lograban salir de mi boca.

—Dime que eso no es cierto —sus ojos se empañaron —Di que todo es mentira, que mi fama no ha tenido nada que ver con lo que sientes por mi...

— Xander yo... —tartamudeé. No pude mentirle. Lo amaba de verdad, pero también era cierto que era su más devota fan y que por años lo había adorado platónicamente.

—¿Me engañaste? ¿Me hiciste creer que estabas conmigo por lo que soy y no por mi fama...?

—No. Yo te amo por quien eres. Tu fama es lo que menos me importa —intenté abrazarlo nuevamente, pero el dio un paso hacia atrás. Yo insistí y logré rodearlo con mis brazos.

—No quiero lastimarte haciendo un movimiento brusco. Por favor, suéltame —su voz sonó hiriente.

Accedí a su petición y me alejé poco a poco

de él sin quitar mi mirada de la suya.

—Xander por favor, escúchame... ella miente.

—Solo mírate. Viniste a Estados Unidos en estas condiciones. No me avisaste. Mandas a tu amigo a amenazar a Roxanne ¿Qué quieres que crea?

¡Mierda! Viéndolo desde ese punto de vista, hasta yo dudaría de mi salud mental ¡Maldición! Había caído en el juego de Roxanne. Me había enredado en su maraña de mentiras.

—Los hechos hablan por sí solos, querida. Acéptalo. No eres más que una roba fama. Una oportunista que quiso aprovecharse de la buena voluntad de un hombre —la voz de Roxanne retumbó en mis oídos. Mis instintos más bajos despertaron.

La furia recorrió mis venas. Saqué fuerza de no sé dónde y le propiné una fuerte bofetada que la dejó desorientada. Cuando estaba dispuesta a tomarla del cabello, Xander interfirió.

—¡BASTA! —me sujetó.

—Ella miente... —balbuceé y el llanto cubrió mi rostro.

—Has perdido completamente tu identidad. No te reconozco. No sé quién eres ni que hiciste con la mujer de la cual me enamoré. Ella nunca se rebajaría a esto —Xander habló con total aplomo aunque pude ver el dolor emanando de cada poro de su piel— Lo siento, pero... no puedo. Esto me supera — su voz se quebró—. Esto... se acabó.

—¿Cómo? —mi corazón se detuvo.

—Lo siento pero esto ya no tiene sentido y por el bien de ambos, es mejor dejar las cosas hasta aquí —sendas lagrimas brotaron de sus ojos.

En fracción de segundos vi como mis sueños se desplomaron, mis ilusiones, mis planes a futuro, la vida que había soñada al lado del hombre que amaba... todo eso se iba al carajo.

Nuevamente mi corazón estaba hecho trizas.

Xander se alejó junto a Aaron, Roxanne tras ellos sonrió victoriosa.

Anette me sujetó con fuerza para evitar que cayera de bruces contra el suelo, pues sabía que

con esas palabras, Xander me había arrancado el alma. Matías y Randy solo miraron la escena en completo silencio.

Seguí a Xander con la mirada, con la esperanza de que volteara, que mirara hacia atrás, que me mirara a mí y se diera cuenta del gran error que estaba cometiendo. Quería gritarle, decirle que en mi vientre crecía el fruto de nuestro amor, pero mis fuerzas eran nulas...

25

Llegamos al hotel y Anette me acompañó a mi habitación, la misma que a esa hora debería estar compartiendo con Xander, pero el plan había sido un desastre.

Matías llamó a la aerolínea, esperando encontrar boletos para esa misma noche, pero no fue posible, así que reservó 4 boletos con destino a Londres para primera hora del día siguiente.

Sus palabras retumbaban en mi mente... *“Por favor suéltame... solo mírate ¿Qué quieres que crea?”* y la voz de Roxanne... *“Los hechos hablan por sí solos, querida. Acéptalo. No*

eres más que una roba fama y oportunista... ”

Apreté mi puño para frenar mis ganas de arrojar el florero que estaba en la repisa. El rostro sorprendido y decepcionado de Xander me golpeó con fuerza y sus palabras me torturaron... *“Has perdido tu identidad. No te reconozco. No sé quién eres ni que hiciste con la mujer de la cual me enamoré. Ella nunca se rebajaría a esto. Lo siento, pero... no puedo. Esto me supera esto se acabó.”* La última frase era un eco incesante que se negaba a callarse.

Nuevamente, allí estaba mi realidad, esa realidad que siempre me lo recordaba y se burlaba de mi *“Olvídalo, él no es para ti. Hombres como él no se conforman con chicas como tú”* Cuando mi consciencia se proponía a ser cruel y ruin, realmente lo era. Era mi peor enemiga en ese momento

«¿Qué diablos estaban haciendo esos dos juntos?»

No me creyó. No le importó una mierda verme así. No le importó romperme el corazón y

dejarme llorando en el medio de la calle. No me dio la oportunidad de explicarle. Tal vez ya se cansó de mí y esta era su excusa perfecta para deshacerse de mí».

¡Mierda!

¡No!

Sacudí mi cabeza para tratar de sacar esos pensamientos de mi mente. Sin embargo sucedió lo contrario, muchos pensamientos cargados de dudas y odio entraron en mi mente. Las palabras de Matías retumbaron en mi mente “*¿Vale la pena?*” Y me cuestioné mentalmente: «*¿Ha valido la pena sacrificar tantas cosas?*».

Toqué mi vientre. Dentro de mí crecía el fruto de nuestro amor, nuestro bebé. Sonreí entre lágrimas porque si había valido la pena.

Recuerdos hermosos inundaron mi mente. Sus labios, su piel, su risa, su olor, la forma de amarme, nuestro primer encuentro, las tantas cosas hermosas que me había dicho...

«*Mentiras*» gritó mi consciencia y nuevamente el dolor se apoderó de mi ser.

—Debes tratar de calmarte un poco, Shirley —comentó Anette, había mucha compasión en su voz. Yo no podía parar de llorar.

—No... puedo, me duele... —señalé mi pecho a la vez que intentaba hablar entre sollozos.

Anette me abrazó y lloré sobre su hombro.

Di un respingón al oír que alguien llamaba a la puerta.

—Adelante —dijo Anette.

Yo levanté mi cabeza y sequé las lágrimas de mi rostro con brusquedad.

Randy asomó su cabeza como tanteando el terreno. Al darse cuenta que la situación continuaba igual, decidió entrar.

—Te he traído un té... —dijo casi susurrando—. Y algo de comer. No has comido nada desde que llegaste al país.

—No tengo hambre —me levanté de golpe con la intención de irme al baño a lavarme el rostro pero un fuerte mareo me golpeó.

—Recuerda que llevas una vida creciendo dentro de ti. Debes alimentarte —me reprendió

Anette con cariño.

—¿Cómo? —Randy abrió los ojos con total sorpresa.

—¿No lo sabías? —Matías entraba en la habitación. Randy negó con la cabeza—. Sí. Está embarazada del cretino ese —indicó Matías, cada una de sus palabras iban cargadas de odio.

Nuevamente mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar que el “cretino” ese, como le había dicho Matías, no estaba allí conmigo, que no me había dado tiempo de decirle que esperaba un hijo suyo. Ese cretino me había roto el corazón. Anette volvió a abrazarme al notar que comenzaba a ahogarme con mi propio llanto.

—¿Ves lo que logras con tus comentarios? —le esputó Anette a Matías con gran molestia.

El teléfono de la habitación sonó y Matías se apresuró en contestarlo, mientras Anette abría la bolsita que Randy me había traído y sacaba con cuidado el delicioso sándwich de pavo para que yo me lo comiera.

—¿Diga? —habló Matías—. Sí, es ésta —

silencio—. No. Bajaré enseguida —finalizó la llamada.

—¿Qué sucede? —indagó Anette.

—Un problema con la tarjeta de crédito.

Bajaré a ver qué sucede —dijo Matías un tanto nervioso.

—¿Te acompaño? —se ofreció ella.

—No —él se precipitó en contestar—. No te preocupes. Quédate con Shirley. Regresaré enseguida.

Dicho eso, salió rápidamente de la habitación.

Comí un poco y me duché. Anette me ayudó a preparar la cama. Randy se retiró hacia su recámara.

Algunas lágrimas más de mi parte, recuerdos y charlas llenas de emotividad hasta quedar casi rendida por tanto llanto.

...estaba rodeada de gente vestida de negro a la vez que un pequeño ataúd de color blanco estaba en el medio del lugar, al tocar mi vientre

me di cuenta que no había nada. Comencé a llorar en cuanto me di cuenta que quien estaba dentro de ese baúl era mi bebé.

Lloré y lloré hasta que desperté empapada de sudor.

Estiré mi mano para alcanzar mi móvil que estaba sobre la mesita y al ver la pantalla la decepción se hizo presente. Por alguna extraña razón pensaba que Xander me escribiría o me llamaría, pero nada. Eran las 5:38 de la mañana.

Recibí una llamada de Anette anunciándome que ya estaban listos. En cuestión de minutos, Randy estaba en mi puerta para ayudarme con el equipaje. Al verme hizo una mueca de dolor. Mi rostro estaba hinchado y algo demacrado y no tuve ánimos para maquillarme.

Sin perder tiempo, bajamos al lobby, donde nos encontramos a Anette y Matías cuchicheando no sé qué cosas, pero en cuanto se percataron de nuestra presencia dejaron de hacerlo y enfocaron su atención en nosotros. No tenía ganas de indagar ni averiguar de qué hablaban así que lo dejé pasar.

—El taxi nos espera fuera —nos comunicó Matías.

Salimos hacia el aeropuerto, y no pude dejar de pensar en Xander, las lágrimas ya corrían por inercia.

Al llegar al aeropuerto nos dirigimos directamente al *check-point* para luego abordar. Al cabo de unos minutos estábamos en el aire, con rumbo a Londres.

Un viaje largo y triste.

Mi mirada se perdió entre las nubes recordando mis últimos días junto a él, el llanto se negaba a detenerse.

Por momentos me veía tentada a escribirle algo, un mensaje insultándolo. Quería hacerlo sentir mal, romperle el corazón como me lo había roto él a mí, pero sabía que con esa actitud no ganaría nada, además que era un comportamiento infantil. Me limité a recostarme en el hombro de Randy y llorar hasta que mis ojos no aguantaron más y se cerraron, siendo víctimas del cansancio.

Llegamos a Londres y al mirar la ciudad, la

nostalgia y rabia me embargaron a la vez. Aquella ciudad que una vez me había recibido llena de sueños y alegrías, me recibía con el corazón roto, vacía pero a la vez cargada de tanto dolor.

Una vez en el departamento me dirigí directamente hacia mi habitación, donde mi cama me dio la bienvenida, y me sirvió de consuelo ante el llanto descontrolado.

Matías, Anette y Randy me observaban en completo silencio desde la puerta.

—Prométanme, por favor, que nadie se tratara de comunicar con él. Ninguno de ustedes le dirá nada al respecto de mi embarazo —les dije al cabo de un rato que ya me encontraba un poco calmada.

—No puedes hacer eso, Shirley —Randy se mostró indignado—. Es el padre de esa criatura. Tiene derecho a saberlo.

—¿Así como tenía derecho a dudar de mí? No. Él no merece nada. No después de lo que me hizo —hice una pausa para tomar aire. Todos me observaban boquiabierto. Matías intentó decir algo

pero no se lo permití—. Es mi decisión y espero que la respeten ¡Prométanme que no le dirán ni una palabra a él! —se miraron entre ellos—. ¡Prométanmelo! —insistí.

Finalmente ellos accedieron a mantener mi estado en secreto.

La rabia y el rencor me carcomían el corazón, era el dolor el que hablaba, el que pensaba, el que tomaba las decisiones.

Era mi bebe, y yo respondería por él.

—Tarde o temprano lo sabrá, Shirley —comentó Randy.

—Pues prefiero que sea tarde. Muy tarde —concluí.

Los días pasaban y con ellos los golpes y el dolor físico desaparecieron, pero el dolor de mi alma, no.

Me dediqué a torturarme psicológicamente en secreto, viendo películas, entrevistas, fotos... Todo relacionado a Xander a la vez que mis lágrimas caían sin cesar. La depresión por la cual

estaba pasando era evidente.

Matías había decidido tomarse sus vacaciones anuales por anticipado para quedarse en Londres junto a Anette y ayudarla a atenderme. Muchas veces lo escuché hablando por teléfono o por Skype con alguno de sus colegas psiquiatras y psicólogos, quienes le daban recomendaciones respecto a lo que hacer en mi caso. Anette y Matías intentaban todo lo posible para sacarme de mi tristeza, pero era en vano, era como si mi cuerpo estuviese desconectado de mi mente y tan solo la pequeña vida que se alimentaba de mí, me mantenía con vida.

Dentro de mí seguía creciendo el fruto del amor que fue una vez e inconscientemente me llenaba de amargura, rabia y odio hacia mí misma. Le gritaba a las personas que me rodeaban, las trataba mal y poco a poco me estaba convirtiendo en una resentida. A pesar de comportarme como una perfecta imbécil, mis amigos nunca se separaron de mí. Ellos fueron quienes me mantuvieron a flote y no permitieron que me

hundiera en un abismo.

Un mes completo transcurrió, tiempo en el cual no supe absolutamente nada acerca e Xander.

Yo me negué a saber algo de él. Deseaba olvidarlo, debía separarme de cualquier cosa que me lo recordaba, algo que se me hacía muy difícil, pues el simple hecho de respirar el aire de Londres, era un constante recordatorio.

Deseaba huir de todo lo que me recordara a Xander, y para mí era insoportable ver por la ventana, ver las calles, ver los atardeceres, la gente caminando, los enamorados de la mano y no poder evitar pensar en él.

Mi depresión no parecía acabar nunca y por momentos perdía la calma.

El día de regresar a la Academia había llegado.

Esa mañana me levanté. A duras penas comí algo.

Llegué a la Academia y todos me recibieron alegremente. Compañeros, profesores y

trabajadores, todos por igual y aunque siempre trataba de mostrar una sonrisa, era evidente que no estaba del todo bien. Margaret y Christopher fueron testigos de algunas escenas de llanto entre una y otra clase.

El día ya estaba casi culminando y me había tocado la última clase del día con el Profesor Hoffman. Cuando ya estaba a punto de salir del salón para irme...

—Señorita Sandoval, por favor... —el profesor Hoffman hizo un ademán con su mano para que me acercara.

—¿Qué sucede Profesor? —pregunté.

—¿Podemos conversar un rato? —inquirió él. Asentí con la cabeza y bajé las escaleras nuevamente para acercarme a él—. Tome asiento, por favor —me indicó con amabilidad señalando la silla al otro lado de su escritorio.

Yo obedecí y tomé una gran bocanada de aire para luego soltar un largo suspiro. Tuve la leve sospecha de que era lo que Hoffman quería hablar y sin titubear...

—Si es acerca de Xander yo no...

—No. No se trata de él. Es sobre usted — me interrumpió y se sentó junto a mí—. Estuve observándola durante toda la clase. Usted estaba ausente. Su cuerpo estaba aquí pero su mente no.

—Profesor, de veras no quiero... —traté de excusar mi falta de atención en la clase, diciéndole que la falta de sueño me tenía un poco desequilibrada, pero él me interrumpió nuevamente.

—Entiendo exactamente lo que le sucede.

—¿Ah sí? —lo miré frunciendo ligeramente el ceño.

Él asintió y me miró con gran compasión.

—Debería tomarse un tiempo —dijo

—¿Más? Estuve casi dos meses retirada de la Academia —dije con algo de incredulidad.

—Tiempo en el cual le sucedieron muchas cosas... poco gratas —él clavó la mirada en el montón de papeles sobre su mesa. Rebuscó un poco y sacó una carpeta para luego ponerla frente a mí.

—¿Qué es eso? —indagué confusa sin siquiera tocarla.

—Es su expediente académico. Ábralo —indicó él con una sonrisa cálida en su rostro.

Tomé la carpeta y comencé a ojearla.

—¿Está todo bien? —no logré entender que tenía que ver mi expediente con todo lo que estaba sucediendo.

—Hasta ahora sí, pero sería una pena que ese excelente promedio se fuera al suelo —hizo una pausa, se levantó de su silla y se acercó más a mí—. Usted es una de las mejores estudiantes que ha pasado por aquí. Usted posee un gran talento —dio un leve apretón a mi mano—. Tómese un tiempo para usted.

—La función debe continuar —argumenté con aplomo—. ¿No es eso lo que usted nos ha enseñado desde el principio? Que debemos dejar de lado nuestros problemas personales. Que somos artistas y como tal nos debemos a un público que siempre espera más y más de nosotros.

—Londres no le hace bien en este momento.

Usted está mal. Puedo notarlo ¿Hay algo que desee decirme? Puede confiar en mí.

Ni por mil puñados de oro le iba a decir que estaba esperando un hijo de Xander. Lo primero que haría era ir a decírselo. El caballero frente a mí era su gran amigo y mentor, la relación entre ambos era como la de un padre y un hijo. No podía decírselo, no lo haría.

—Está todo bien, profesor —dije tajante tratando de levantarme. Él me detuvo sujetando sutilmente mi brazo.

—Un año sabático. Yo puedo hablar con Stevens y comentarle tu situación —dijo con insistencia.

Me mantuve en silencio por algunos segundos contemplando la propuesta de Vincent. Luego de un rato de miradas tensas...

—¿Eso no influirá en mi beca? —titubeé.

—Me encargaré de que eso no suceda, además Redman es el encargado del programa de becas. No creo que le niegue algo a su consentida —Hoffman me miró con cierta malicia cómplice.

Sonreí ante tal comentario, no pude evitar sonrojarme—. Es por su bien, querida mía — habló con ternura. Vincent era un señor en todo el sentido de la palabra. Amable, cariñoso, inteligente, empático y muy elocuente—. Confié en mí. Necesitas tiempo para alejarse un poco de todo y despejar su mente.

—¿Cuándo podría irme? —pregunté.

La idea comenzó a agradarme.

—En cuanto lo desee. Deje todo en mis manos. Yo me encargo de Redman y Stevens.

—Shirley. Ven de inmediato, necesitas ver esto —la voz apresurada de Margaret me hizo girar la cabeza en dirección a la puerta del salón. Ella respiraba con dificultad, se notaba que había corrido.

Miré a Hoffman sin poder evitar mi confusión.

—Ve —me premió él.

Me levanté de prisa de la silla y caminé hacia Margaret.

Ella me guio rápidamente hacia el café de la

academia, donde había un gran grupo de estudiantes mirando hacia la Tv, lo que parecía una noticia muy importante.

—En otras noticias. La policía ha capturado a dos presuntas sospechosas del ataque que sufrió Shirley Sandoval. Este hecho suscitó aproximadamente hace mes y medio cuando la víctima caminaba hacia su residencia. Un grupo de chicas que hasta ahora se presumen, eran fanáticas de su pareja...

Me giré hacia Margaret un poco mal humorada...

—¿Para esto me trajiste? —dije con notoria molestia.

—¿Sabes lo que eso significa? —Margaret estaba entusiasmada.

—Sí. Más polémica, más paparazis frente a mi casa, más acoso por parte de la prensa ¡Estoy harta de eso!

—No, eso no. Significa que ellas dirán realmente que fue lo que sucedió. Tu misma puedes ir, charlar con ellas, ofrecerles ayuda a

cambio de que digan quien las contrató.

—No. Déjalo. No quiero saber más de eso.
Me di la vuelta dispuesta a marcharme.

—Es tu oportunidad de recuperarlo.

—No. Ya he sufrido mucho, él no confió en mí cuando más lo necesité, así que no vale la pena luchar por recuperarlo.

Caminé para salir de allí, sin embargo Margaret caminó detrás de mí.

—Él me ha llamado varias, ha llamado a Anette y Hoffman me comentó que él desea saber de ti —esas palabras me hicieron vibrar—. Él te...

—¿Él qué? ¿Él me ama? ¡Jah! Su amor no fue suficientemente grande como para creer en mí.

—Tu plan fue un desastre y lo sabes.

—No. Luchar por un hombre al cual le importa una mierda mi palabra... eso si es un completo desastre.

—Shirley. Es el resentimiento quien habla, no tú.

—No. Es mi amor propio el que habla. Y mi

amor propio se cansó de esta mierda.

Hice acopio de todas mis fuerzas para evitar que las lágrimas salieran de mis ojos, me di la vuelta y caminé hacia la salida de la academia para unirme al grupo de personas que caminaban en dirección al subterráneo.

No quería más, quería alejarme de todo y todos.

Mi pobre corazón no aguantaba más zozobra.

Amaba a Xander con toda mi alma, pero debía olvidarlo de alguna manera. Las palabras de Vincent Hoffman resonaron en mi cabeza...

“...Usted necesita tiempo. Alejarse un poco de todo, despejar su mente”

Sí.

Definitivamente necesitaba escapar por un tiempo de tanta tensión emocional a la cual estaba sometida.

¿Un año sería suficiente para sanar?

El tiempo y la distancia me ayudarían a olvidar al hombre que amaba. Arrancarme a

Xander del corazón...

...esa era mi meta a partir de ese momento.

26

Con cada paso que daba, sentía que me arrancaban el alma. La decisión que acababa de

tomar, a pesar de que doliera como mil demonios, era la más indicada, no podía seguir prolongando mi agonía y fingir que toda estaba bien, porque nada estaba bien, lloraba por dentro, estaba quebrada.

Londres sólo acentuaba mi tortura.

Tomé el subterráneo, sin siquiera mirar hacia donde iba, necesitaba mantenerme en movimiento para que mis pensamientos no me abrumaran.

Telefoneé a la agencia de viajes para reservar un boleto. Iba a regresar a mi hogar, con mi familia. Amor fraternal era lo que me hacía falta en ese momento, los consejos de mi madre y el cariño de mi padre. Ellos iba a ser abuelos y aún no lo sabían, pues se los diría una vez Xander lo supiera, pero por ironías de la vida, Xander no me había dado ni siquiera tiempo de darme cuenta de que me había mandado al carajo. Cuando lo comprendí ya él se había alejado y había desaparecido de mi vista, para internarse en aquel edificio con aquella mujer sin corazón.

—¿Señorita? ¿Está allí? —la voz al otro lado del teléfono me hizo retornar al presente. Me había sumergido en mis pensamientos.

—Sí, aquí estoy. Lo siento.

—Hay un lugar disponible en el vuelo 365 de British Airways, con escala en Madrid y finalmente a Caracas. Sale a las 7:30 am.

—¿No hay vuelos disponibles para hoy?

—No. Lo lamento. El último vuelo salió a las 3:00 pm.

—Bien, lo tomaré.

Proseguí a darle mis datos a la mujer, para conformar la compra de mi boleto, luego me dediqué a pasear entre las estaciones del subterráneo y caminar por las calles de Londres. Esos tantos lugares que había recorrido junto a él. Parecía mentira que hacia tan solo unos meses hubiésemos estado caminando tomados de la mano mientras observábamos el hermoso cielo azul. Tales recuerdos produjeron que mis ojos se humedecieran y el llanto se hiciera presente.

—¿Estas segura de esto?— preguntó Anette desde la puerta mientras observaba como hacia mi maleta.

—Sí. Necesito alejarme de todo esto, organizar mi vida y mis pensamientos —respondí a la vez que continuaba metiendo cosas en mi equipaje.

Esa noche fue larga. No logré conciliar el sueño, la ansiedad era más grande que mis ganas de dormir.

Salí de mi cama aproximadamente a las 4:00 am, ya no tenía sentido seguir acostada mirando el techo. En un par de horas estaría abordando mi avión, ya me preocuparía por dormir después, con tal, iba a tener mucho tiempo para hacerlo.

Terminé de empaquetar algunas cosas y meterlas en mi valija.

Una vez lista, no pude evitar ver mi habitación y dejarme embargar por la nostalgia, habían muchos recuerdos allí, momentos hermosos junto a Xander, tantos despertares enredados entre las sabanas envueltos en nuestra desnudes y tan

solo eran eso, recuerdos.

Me dirigí hacia la cocina con el objetivo de prepararme algo rápido de comer. Un sándwich estaría bien. Anette se despertó a los pocos minutos y me acompañó durante el desayuno, para mí fueron los minutos más tensos de mi vida. Sin necesidad de decir ni media palabra, tan solo con su mirada, me dio a entender que no estaba de acuerdo con que yo me fuera. No lo pude soportar, tuve que hablar.

—Lo hago por mi bien ¿Lo sabes? —dije. Ella no respondió—. ¡Oh vamos Anette! No dejes que me vaya y quedemos así.

—¿Así como? — finalmente habló.

—Peleadas —le indiqué señalándonos a ambas.

—Eres una cobarde —comentó entre dientes—. Para ti es más fácil huir.

—Por favor, entiéndelo. Necesito hacerlo. Necesito tiempo y distancia para pensar.

—No. Lo que vas a hacer es esconderte de la realidad y eso no va a solucionar nada y lo

sabes. Estas embarazada de un hombre al cual amas y al cual decides renunciar porque eres una cobarde, porque no confías en ti misma —levantó el puño en el aire y se lo llevó a la cabeza, se veía realmente muy indignada—. Tarde o temprano él lo sabrá y será peor. No puedes esconderte. Lo sabes. La gente te conoce ¿Crees que en tu país no tendrás un montón de carroñeros persiguiéndote para obtener algún tipo de información? ¡Hola! Era Xander Granderson con quien salías...

—¡El que me botó sin ninguna contemplación!— grité interrumpiéndola.

—¡Ah! ¿Es eso? Estás resentida. Por eso te vas, porque no eres capaz de lidiar con tus propios demonios.

No supe que responderle.

—Está bien. Lárgate. Huye. Escóndete. Miéntete a ti misma. La única que se cree esas pamplinas de que lo odias, que no quieres saber de él... eres sólo tú. Lo Amas y eso no lo podrás cambiar nunca. Condenaras a esa pobre criatura a pagar por tus errores, a cargar con tu rencor —sus

ojos se llenaron de lágrimas y su voz comenzó a temblar. Comprendí que a ella le dolía mucho que me fuera—. Te voy a extrañar mucho —se levantó de prisa de su silla y se abalanzó sobre mí y reventando en llanto—. No te vayas— susurró.

—Debo hacerlo.

En total silencio permanecimos abrazadas mientras el llanto corría por nuestros rostros. Era una despedida.

—Cuídate, por favor.

—Lo haré amiga. No te preocupes —le respondí.

Las calles de Londres estaban llenas de memorias y las imágenes pasaron rápidamente frente a mis ojos. Me despedí mentalmente de todo, supe muy dentro de mí que no regresaría nunca más. Estaba dejando todo atrás. Tenía el corazón en la mano. La rabia que sentía pesaba más que cien láminas de concreto.

«Entonces... ¿Esto es lo que se siente tener el corazón roto?» Pensé.

Llegué al aeropuerto, abordé mi avión y preparé mi mente para un viaje muy largo.

Por cada metro que me alejaba, una lágrima se derramaba de mis ojos.

Adiós a mis ilusiones.

Adiós a mis sueños.

Luego de una breve parada en el Adolfo Suárez de Madrid y casi 8 horas más de vuelo, llegué a Caracas, así anunció la azafata.

Después de casi 4 años, allí estaba yo, regresando a mi tierra con una maleta cargada de sueños rotos...

...la misma maleta que se había ido llena de tantas ilusiones, estaba repleta de sinsabores.

Empezar de cero...

...esa era mi meta.

Llamé un taxi y me dirigí a casa de mis padres.

Esas calles se veían tan extrañas, todo había cambiado tanto. Me sentí como una turista en mi propia tierra.

Luego de unos minutos, el taxi estaba frente

a mi casa.

Caminé lentamente hacia la puerta de la residencia Sandoval, con una enorme reja blanca y cerco de madera marrón oscuro de metro ochenta. El lugar donde mis padres me habían criado y donde vivían plenamente felices como un matrimonio de 32 años.

A medida que me acercaba a la entrada, un nudo se formaba en mi garganta y la ansiedad crecía dentro de mí.

¿Qué se suponía que le iba a decir a mi madre?

Me había ido sin decirle nada y aunque ella había viajado en varias ocasiones a visitarme, la distancia y el tiempo habían abierto una gran zanja entre nosotras.

Mi padre por otro lado, no había podido viajar nunca, por su trabajo. Ser el encargado de una empresa de telecomunicaciones no le dejó mucho tiempo para compartir con la familia y los pocos días que tuvo, prefirió pasarlos jugando videojuegos en la comodidad de su sala o viendo

alguna de sus tantas series policiacas preferidas. Mi padre era un adolescente en el cuerpo de un hombre de sesenta y tantos, prefería mil veces unas palomitas de maíz, una coca cola y una película bélica antes de salir a tomarse unos tragos con sus amigos.

Suspiré con nostalgia al darme cuenta que de volvería formar parte de sus vidas. Esa rutina a la cual le había huido hacia unos años atrás, se volvía a hacer tangible para mí.

Me llené de valor y finalmente llamé a la puerta.

Unos minutos después, la puerta se abrió revelando un par de ojos cafés completamente asombrados ante mi presencia, era mi madre, quien no pudo evitar saltarme encima y abrazarme.

—Hija ¿Qué haces aquí?

—Mamá —susurré mientras me negaba a soltarme de su abrazo. Ese era el cariño que necesitaba.

—¿Quién es? —la voz de mi padre se oyó.

—Es la niña, Antonio —le indicó mi madre

a mi padre—. Pasa, pasa mi amor. Adelante —mi madre se movió para darme paso.

Yo entré.

—¡Oh! Pero, si es mi pequeña —mi padre salió a mi encuentro. Con los brazos abiertos me dio la bienvenida.

—La comida de Londres debe ser muy buena —comentó mi madre a modo de chiste mientras me daba unas palmaditas en el abdomen.

Me encogí de hombros y sonreí algo apenada.

Mi madre siempre había sido muy observadora. Lo primero que notó al verme después de casi año y medio fue el hecho de que en los últimos meses había ganado un poco de peso, pero lo que ella no sabía era que no se debía a comer en exceso sino a otra cosa.

Caminé hacia la sala arrastrando mi maleta con rueditas tratando de ignorar el comentario de mi madre.

—¿Por qué viajaste en este estado? —mi padre se mostró preocupado.

—Estoy bien papá.

—En cuando nos enteramos de lo sucedido, nos pusimos en contacto con la agencia de viajes... —comentó mi madre.

—Ya había pedido permiso en el trabajo. A fin de mes íbamos a viajar a verte —agregó mi padre.

—Pues no hace falta. Ya estoy aquí.

—Ya vemos —mi madre me lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Está todo bien?

«No madre. Nada está bien. De hecho tengo el corazón destrozado. Estoy embarazada de un hombre al cual no le importa. Mi cuerpo esta magullado y adolorido. Me he atiborrado de analgésicos, cosa que no debería hacer porque podría afectar a mi bebé. Vine huyendo de la prensa amarillista de Londres y tengo pensado quedarme un largo tiempo con ustedes, porque no tengo la fuerza necesaria para hacerle frente a mis propios demonios, según mi mejor amiga» Todo eso lo dije en mi mente.

—Debes estar agotada. Ha sido un largo

viaje ¿No? —mi padre habló.

—Estoy bien —respondí secamente.

—Randy vino ayer. Estuvimos hablando un largo rato. De todo lo que ha sucedido y...

Mi madre hablaba pero yo no le prestaba atención. Miré todo a mi alrededor y recordé que hacía unos meses atrás mi deseo era ir a visitar a mi familia junto al hombre que había elegido mi corazón.

—¿Y cómo te has sentido? —la voz de mi madre me hizo regresar al presente.

—Bien. Todo bien, mamá. Los doctores han dicho que mi recuperación ha sido rápida y casi milagrosa.

—¡Ay mi cielo! Debes amarlo mucho para aguantar esas cosas —inocentemente mi madre me dio en la llaga. No supe que responder, tan sólo sonreí, por inercia.

—¿Y cuándo conoceremos al caballero? —mi padre indagó—. ¿Cómo es que se llama? —miró a mi madre chasqueando los dedos.

—Xander Granson —ella le indicó

rápidamente.

—Es Granderson —les corregí—. No creo que lleguen a conocerlo —los miré a los dos. Ambos me miraron confusos—. Eso se acabó —agregué—. ¿Dónde puedo colocar mis cosas? —traté de cambiar el tema.

—¿Se acabó? ¿Cómo así? —mi madre no lo dejó pasar.

—Tu alcoba sigue intacta, tal como la dejaste —comentó mi padre, él si había captado el mensaje.

Me encaminé hacia mi cuarto, ignorando las preguntas de mi madre.

—Pensábamos que eso sería duradero ¡Por Dios! Te divorciaste de Matías por él ¿Qué ha sucedido? ¿Te ha engañado? ¿Acaso es gay? ¡Jah! Es eso, los famosos siempre con sus cosas raras... —mi madre hablaba y hablaba.

—¡Querida! Deja a la niña en paz. Ya nos contará luego —se giró hacia mí—. ¿Verdad cariño? —mi padre, como siempre. Comprensivo y maravilloso, siempre mi cómplice.

—Sí, papá. Todo, pero primero deseo ponerme cómoda.

Abrí la puerta de mi recámara y al entrar, no pude evitar soltar una risa al percibir la ironía que allí habitaba. En la pared del fondo, justo la que estaba detrás de mi cama, había un montón de fotografías de Xander cubriendo la superficie. Un poster gigantesco de él, correspondiente a la primera película que había protagonizado estaba pegado en la puerta de mí.

Puse los ojos en blanco al notar todo aquello.

—Madre, ayúdame a quitar todo esto —le dije.

—Pero hija, descansa un rato.

—No. Ahora —dije tajante.

No quería ver más ese par de ojos verdes que me miraban desde la pared y que se burlaban de mi dolor.

Dejé la maleta a un lado y caminé decidida hacia mi armario. De un solo jalón arranqué el poster. Mi madre se limitó a observarme en

completo silencio.

—¿Qué está sucediendo? —mi padre entró a la habitación.

—Ayúdanos a quitar todo esto solicitó mi madre agitando las manos.

La ira recorrió mis venas y el llanto amenazó con brotar de mis ojos. Tiré el poster rasgado al suelo y poco a poco fui quitando las fotos que estaban pegadas en el cabezal de mi cama, también las arrojé al suelo.

—¡Hey! —mi padre sujetó una de mis manos—. ¡Alto! —me miró fijamente—. ¿Qué está sucediendo?

Tiré de mi mano con fuerza para liberarme del agarre de mi padre y continué arrancando una a una las fotografías, ignorando completamente a mi padre que yacía de pie al lado de mi cama.

Me acerqué a la repisa donde estaban dispuestos unas cuantas libretas con fotos de Xander en sus portadas. Con el antebrazo barrí con todo lo que había allí.

Todo cayó al suelo.

La respiración se me aceleró y el corazón se me precipitó.

Sin poder evitarlo, las lágrimas corrieron a borbotones.

Me desplomé.

Caí en el suelo, llorando desconsoladamente.

—Hija —mi papá se acercó y me sujetó una mano—. ¿Qué sucedió en Londres?

Mi madre se acercó se inclinó sobre mí y me abrazó. Mis sollozos eran desesperados, tanto, que parecía que me ahogaba entre ellos.

—Me dejó. No confió en mí, me dijo que era una mentirosa. Él me partió el corazón... —balbuceé—. Yo dejé a Matías por él, mamá. Dejé de lado casi 7 años de amistad y un lindo noviazgo, por él, porque él era mi mundo... —hice una pausa para tomar un poco de aire. Mi madre me estrechó con fuerza contra su pecho. Mi padre se sentó en la orilla de mi cama y me acarició la espalda—. Yo confié en él, pero él no confió en mí.

Mis padres escucharon en silencio todo lo que dije, sin juzgarme.

—Ya pasó mi amor, calma —mi madre me consolaba.

—Hay algo más y es la razón por la cual el alma me pesa —toqué mi vientre por inercia y la mirada de mi madre siguió a mi mano.

—No me digas que...

Yo asentí con la cabeza.

—¡Ay! ¡Por Dios! —murmuró llevándose las manos a la boca para ahogar un grito.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —mi padre se puso de pie rápidamente

—Vamos a ser abuelos —dijo mi madre sin más.

Mis padres me miraron fijamente, como tratando de digerir lo que acababan de descubrir.

Sentí miedo.

Miedo a que ellos rechazaran a mi bebé, que no lo aceptaran.

De repente, mi padre comenzó a reír a carcajadas. Mi madre se acercó a mí y me abrazó

de nuevo.

—Bendito sea Dios —su voz sonó totalmente excitada y de sus ojos se asomaron par de lágrimas.

—Pensé que moriría sin conocer un nieto — por fin mi padre habló.

—¿Y él lo sabe? —inquirió mi madre. Yo negué con la cabeza—. ¡Hija! Es el padre, tiene derecho a saberlo.

—No. Es mi bebé. Yo lo criaré. Me las apañaré sola para darle todo lo que necesita — contesté amargamente.

—Nena. Tu madre tiene razón. Él debe saberlo. No importa si se hace cargo o no. Es su padre y tanto él como ese bebé tienen derecho a saberlo. No puedes privar a tu hijo de una figura paterna.

—Tendrá al mejor abuelo del mundo —dije pasando mi mano sobre la mejilla de mi padre. Él sonrió.

27

Una semana completa transcurrió desde que llegué a Venezuela.

Mis noches eran largas, entre llanto y recuerdos, pero durante los días procuraba llevar mi máscara de “Todo está bien” frente al mundo.

Mi madre se empeñó en llevarme al médico y poner en control mi embarazo, a comprar cosas para el bebé y a visitar a la familia para llevarles las buenas nuevas. Los más allegados eran mi tío Fernando y mi tía Aurora, ambos hermanos de mi madre, pues la familia de mi padre residían, en su mayoría, en otra ciudad a más de diez horas en carretera, así que nada más los visitábamos en navidades o en celebraciones especiales,

irónicamente matrimonios o funerales.

Mi tía Aurora me bombardeó con un montón de preguntas de todo tipo, que iban desde que tipo de comida se come en Inglaterra hasta cuales eran las últimas celebridades que había conocido. Ella estaba bastante interesada en conocer todos los detalles de mi relación con Xander, pero traté de no darle muchos detalles, al fin de cuentas, era un tema del que no me gustaba hablar.

—¿Y cómo es él?

Esa era la pregunta constante de todos.

—¿Cómo es él de qué? —respondí con una pregunta a mi prima Amanda. Ella era la más insistente de todos.

—¡Oh vamos! En... ya tú sabes.

Me encogí de hombros fingiendo que no entendía.

—En el sexo —dijo ella de golpe.

Abrí mis ojos como platos.

—¡Por Dios prima! ¿Qué son esas preguntas?

—Cuando me enteré que estabas saliendo

con un famoso y luego supe quién era, casi me da un infarto. Me dije: mi prima loca lo ha conseguido. Después de tantos años idolatrando al hombre, lo ha conseguido. Tuvo que haber sido una experiencia única. Besar, tocar y estar con esa persona que por tanto tiempo has amado platónicamente...

—¡Basta! —la interrumpí—. No quiero hablar de él.

—¿Tan mal terminaron las cosas?

—Ni te imaginas —contesté entre dientes.

—Oí que anda saliendo con una actriz canadiense.

—¿Si? ¡Gracias por informármelo! No tenía ni idea —me levanté de golpe. No quería seguir hablando del mismo tema—. Últimamente procuro no saber nada de él.

—¡Cálmate! No debes pagar tu molestia conmigo.

—¿Molestia? —la fulminé con la mirada—. Estaba tranquila hasta que comenzaste a hablarme de él. Todo el tiempo es lo mismo. Llegó a un

lugar y es como si tuviera un cartel en la frente que dice “Preguntémosle por Xander”. Estoy harta.

—¡Uy! Disculpa, no era mi intención molestarte, solo tenía curiosidad...

—Últimamente todos en la familia se muestran muy curiosos con respecto a mi vida sentimental. Sí. Él es una celebridad, conocido por miles y con mucho dinero. Es guapo, encantador, y un amante excepcional. Talentoso, único y definitivamente muy inteligente. Lo amé con locura, y quizás aún lo haga, pero eso ya se acabó. No quiero saber de él. No quiero tener nada que ver con él. Ésta criatura que crece dentro de mí, sí, es suyo, pero no tengo ni la más mínima intención de que él lo sepa. Tampoco pretendo buscarle un padre sustituto para que me ayude a criarlo, así que deja de darles mi número telefónico a los amigos de tu esposo. No tengo el más mínimo interés en estar con un abogado, ingeniero o médico estirado ni viejos verdes. Si, seré madre soltera y no seré la primera ni la última en serlo ¿Contestadas todas tus preguntas? Ahora si me

permítes.

Me retiré rápidamente mientras la mirada atónita de mi prima me seguía por todo el lugar hasta perderme a través de la puerta.

Me sentí abrumada y sin poder evitarlo estallé en llanto.

¿Hasta cuando la gente se empeñaría en recordarme lo desdichada que era?

Mi navidad fue la más triste y larga de toda mi vida. Todo me causaba ganas de llorar. Un mínimo roce o abrazo con alguien de mi familia causaba un alboroto hormonal dentro de mí. El año nuevo lo recibí acostada viendo la TV, encerrada en mi alcoba.

Dos meses transcurrieron desde que había huido de Londres, según Anette, en busca de algo de paz, y poco a poco lo iba logrando.

Esa mañana me preparé para acudir a ver a mi médico, por fin me quitarían el yeso de mi brazo y seguramente me cambiarían mi tratamiento, por un sinfín de vitaminas, ácido fólico y ese

montón de cosas que le mandan a ingerir a las mujeres embarazadas, además, esa tarde me correspondía ir a ver a mi ginecólogo.

Mientras terminaba de arreglar mi cabello, oí a alguien llamando a la puerta principal de mi casa. Me apresuré en abrir...

—¡Matías! —di un brinco y me arrojé entre sus brazos. Él me recibió con gran cariño—. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer.

Nos separamos.

—Pensé que te habían trasladado a Londres —dije sin poder ocultar mi emoción por verlo.

—Casi, casi. He tenido que regresar al país para arreglar unos asuntos en la embajada.

—Me alegra mucho verte —lo abracé nuevamente.

—Ayer me encontré a tu madre en la clínica y me dijo que estabas muy bien. Me contó que hoy irías al médico y me pidió que te acompañara, y como no tengo nada mejor que hacer, he accedido —dijo él extendiendo su brazo hacia mí.

—¡Tonto! —le di un suave golpe en el hombro—. Deja que vaya por mi bolso y nos vamos.

Rápidamente fui en busca de mi bolso y salimos de casa.

Durante el camino charlamos acerca de él y Anette, de lo bien que les iba juntos y lo mucho que él la quería a ella. Me contó también acerca de sus planes al irse. Ambos rentarían un departamento en el centro de Londres, donde vivirían un tiempo, mientras Anette terminaba la temporada de teatro, ella tenía dos ofertas para participar en dos obras de renombre. Matías por su lado había afianzado una buena amistad con el doctor Brigmore, el mismo que me había atendido en las dos ocasiones que había ingresado al Saint Mary de Londres, y al parecer el doctor lo estaba ayudando para obtener empleo en el hospital. El resto quedaba en manos de Matías.

El traslado ya era un hecho y en un par de semanas, Matías se iría definitivamente del país. Tenía planes de casarse con Anette a mediados del

próximo año, cuando ya Anette estuviera un poco desahogada de tantos compromisos laborales.

—¿Has hablado con él? —inquirió de repente mientras aparcaba—. ¿Sabes que hay muchos rumores de que...

—Siempre hay rumores de todo tipo. No me interesan los rumores y menos si son relacionados con él —lo interrumpí sin quitar mi vista del frente.

—Shirley. Él es una figura pública.

—Lo sé. No es necesario que me lo recuerdes —contesté mordazmente—. ¿Qué quieres Matías? ¿Adónde quieres llegar? —me giré hacia él.

—Quiero que tengas en cuenta que un embarazo no se puede ocultar así por así. La farándula te conoce y que salías con él. Cuando comiencen a ver que llevas el abdomen abultado comenzaran a hacer preguntas. Sera encabezado de revistas.

—Aquí nadie anda pendiente de mí.

—Por ahora, pero cuando empiecen a ver

que llevas un inquilino en la panza, empezaran a perseguirte y a atosigarte con preguntas.

—Fingiré demencia —ambos reventamos en una sonora carcajada—. Matías, las cosas acá son distintas. Las celebridades, si es que puedo considerarme como una, pueden salir a la calle tranquilamente, sin necesidad de andarse escondiendo. Aquí no andan tan pendiente de eso.

Bajamos del coche y nos encaminamos hacia la entrada de la clínica, sin embargo antes de llegar a la misma, un grupo de hombres salió de la nada y comenzaron a tomarnos fotos. La ráfaga de luces blancas me encegueció, rápidamente Matías me abrazó para ocultar mi rostro entre su pecho y sus brazos, a la vez que los sujetos lanzaban preguntas al viento...

—¿Así que después de haberse divorciado, deciden regresar? ¿Se casaran de nuevo?

—¿Dejó usted a Xander para regresar con su ex esposo?

—¿Acaso Xander no llenó tus expectativas?

—Matías ¿Cómo se siente, al ser botado y

recogido nuevamente?

Como pudimos, entramos a la clínica. Dos hombres de seguridad de la clínica, se paraban detrás de la puerta para evitar que los carroñeros de la prensa entraran.

—¿Decías? —dijo Matías al soltarme, su mirada era de reproche.

—Pero... ¿Qué rayos había sido eso? ¿De dónde habían salido? —solté.

Desde que había llegado al país no había tenido ningún encuentro de ese tipo. Ni siquiera sabía que existieran paparazis en el país.

—¿Estás bien? —preguntó Matías luego de un rato.

—Si —respondí sacudiendo fuertemente mi cabeza.

—¿Ahora si me creerás cuando te diga algo? —asentí con la cabeza—. Shirley —me tomó de las manos—. No era el protagonista de la novela de las 9 con quien salías. Era Xander Granderson, una de las estrellas de Hollywood más prometedoras de la década, protagonista de

películas taquilleras. Piénsalo bien antes de seguir encubriendo tu estado.

Por más que me negara a aceptarlo, Matías tenía razón. Ese teatro no me iba a durar mucho. Tarde o temprano Xander lo iba a saber..

Al llegar al consultorio del doctor Bellucci, fuimos recibidos por el amable hombre de 1.79, delgado, tez blanca, cabello castaño y ojos café, quien llevaba una bata blanca donde se leía claramente, Doctor Javier Bellucci, Traumatólogo. Él se acercó rápidamente a nosotros y con una gran sonrisa en el rostro...

—¡Matías! ¿Cómo has estado? Tanto tiempo sin verte —mi doctor y mi ex esposo habían acudido juntos a la facultad de medicina—. Hola Shirley —se giró hacia mí y dándome un fuerte abrazo— ¿Cómo te sientes hoy?

—Muy bien, Javier —dije correspondiendo su saludo.

Había aprendido a tutearlo por petición de él, pues decía que al ser relativamente de la misma edad y la ex esposa de su colega, se sentía extraño

cuando lo llamaba doctor Bellucci.

A pesar de tener una especialización de ortopedia y un doctorado en traumatología, Javier era el doctor más modesto y sensato que conocía, siempre trataba a sus pacientes con jovialidad y simpatía. Nunca pretendía presumir sus tantos títulos. Él era un hombre común y corriente frente a sus pacientes.

—Tomen asiento —nos indicó con la mano señalando las dos sillas frente a su escritorio—. Me alegra mucho verlos juntos —nos regaló una espléndida sonrisa—. El verdadero amor, finalmente ha logrado vencer los obsta... —se quedó callado al percibir la incomodidad en nuestros rostros.

—No hemos vuelto —dijo Matías—. Solo he venido a acompañarla, como amigos.

—Sí. Solo amigos —recalqué yo.

Luego de un breve silencio incómodo.

—Bien. Cuéntame Shirley... ¿Cómo vas? — Javier cambió drásticamente de tema.

Le dije que me sentía muy bien y ya no tenía

dolor alguno. Javier ordenó que me removiera el yeso del brazo. Respiré aliviada en cuanto esa cosa estuvo totalmente lejos de mí.

Después de finalizar con mi traumatólogo, me correspondía cita con el doctor Serg Dujev, de origen libanés. Una eminencia en el campo de la Ginecología. El mismo galeno que me había recibido hacía casi 30 años atrás sería también el encargado de recibir a mi primogénito.

Nos dirigimos rápidamente al consultorio que se encontraba a dos niveles más arriba de donde estábamos.

Fuimos atendidos por una elegante morena de escasos 40 años, que nos indicó que en pocos minutos seríamos recibidos.

Tomamos asiento.

Esos escasos 15 minutos, fueron suficientes para plantearme todas las interrogantes habidas y por haber. Dentro de mi cabeza había un espectáculo pirotécnico de ideas fabulosas, miedo a lo desconocido y ansiedad de experimentar el placer de ser madre. Todo eso revoloteaba en mi

mente, pensamientos que volaban de un lado para el otro, entre colores y humo. Los colores eran la alegría y la dicha de sentir una vida creciendo dentro de mí, el humo era la tristeza que embargaba mi alma al no compartir ese momento tan especial con Xander...

—Señora Sandoval —la voz femenina me sacó de mi ensimismamiento.

Matías se puso de pie rápidamente y extendió su mano hacia mí, yo la tomé y nos encaminamos hasta la puerta blanca que estaba a escasos metros de nosotros, mientras yo solo anhelaba inconscientemente que fuera la mano de otra persona la que sujetaba la mía.

Agité con fuerza mi cabeza para sacudirme ese pensamiento «Maldición Xander, sal de mi cabeza» Tomé una gran bocanada de aire para evitar que las lágrimas salieran de mis ojos.

—Doctor Santonini — la euforia era notoria en la voz del doctor Serg.

“Mat”, como él le decía cariñosamente, había sido uno de sus alumnos más sobresaliente

en la cátedra de Clínica Obstétrica II. Se giró hacia mi— ...y señora.

Matías y yo intercambiamos una mirada tensa que duró escasos segundos. No teníamos ganas de explicar por segunda vez en el día, todo lo que había acontecido en los últimos meses, pues al parecer, la noticia de que Matías y yo nos habíamos casado en un arranque impulsivo de ira y venganza era más relevante que el hecho de que nos habíamos divorciado a causa de mi actitud adúltera.

Me alegré enormemente al corroborar que Matías era un caballero en toda regla y que no había revelado detalles de su vida ni de nuestra ruptura. Verlo allí, junto a mí, me hizo cuestionarme el hecho de que tal vez me había equivocado al dejarme llevar por la pasión de un amor desenfrenado que había sentido por un hombre que durante años había sido el protagonista de mis tantos sueños y fantasías, mientras que Matías había sido mi realidad. Caí en la realidad al recordar que su corazón herido

palpitaba nuevamente y no por mí.

—Hasta que finalmente han decidido comenzar a llenar la casa de pequeños Santoninis —Serg rio con picardía—. Cuando tu madre me lo contó por teléfono, no me lo podía creer, así que moví unas cuantas citas para poder atenderte —se puso de pie—. Parece mentira de ya hayan pasado tantos años desde que ese par de ojitos... —señaló mi rostro— ...se abrieron por primera vez en este mundo.

Él era el doctor favorito de mi madre, el único que había logrado que me concibiera, luego de que varios "especialistas" le dijeran que no podría tener hijos por un supuesto percance con su útero.

Sujev había hecho todo lo posible porque aquella mujer tan ilusionada con el hecho de ser madre, cumpliera su sueño.

Dejamos que Serg nos relatara lo que habían sido los últimos meses de embarazo de mi madre, su labor de parto, sus primeros días como primeriza y sus tantos temores, que de seguro

serían los mismos míos.

Matías y yo tan solo nos limitábamos a sonreír cuando hacía un comentario con respecto a “nuestro” primer hijo, realmente no se enteraba de nada, y me causó un poco de gracia ver la ironía de los hechos. Yo sentada al lado de un hombre que bien podría ser el padre de la criatura que crecía dentro de mí, pero no lo era y yo sin querer, deseaba que lo fuera.

—Bien. Es hora de saber si la cunita tendrá sabanas azules o rosadas — el doctor se puso de pie, se acomodó la bata, se encaminó hacia la camilla que se encontraba a un lado de la habitación e hizo un ademán con su mano—. Por favor, súbete la blusa y desabróchate el pantalón —me levanté de mi silla y obedecí al pie de la letra lo que él demandaba—. Acuéstate y ponte cómoda.

En cuanto me acosté sobre la dura e incómoda cama, el doctor Serg se acercó y tomó un pequeño tubo metálico, lo apretó y untó una porción de un gel transparente sobre la piel de mi

abdomen. Di un respingón al sentir el gélido fluido, seguidamente sujeté con fuerza la mano de Matías que se encontraba de pie a mi izquierda.

Luego de algunos minutos y varios masajes en mi vientre.

—Allí está. Óyelo —mis ojos siguieron la misma dirección que la mirada del galeno hasta llegar a posarse sobre una pantalla donde se mostraba una enorme mancha negra con rayas blancas y algunos números a los lados. Miré a Matías, quien también miraba hacía el monitor. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Escúchalo. Allí está el latido del corazón de tu bebé —dijo Matías. Mis ojos se volvieron a dirigir hacía la pantalla.

—Un pequeñín que de seguro será muy travieso —agregó Serg.

En el breve silencio que invadió la habitación pude escuchar ese bello sonido. Una bella melodía que me hizo estremecer al instante, para luego caer en cuenta de lo que había dicho el doctor...

—¿Un? — mi corazón se aceleró.

—Si, querida —respondió el doctor.

Presionó un botón en un pequeño teclado, la imagen se congeló y él la señaló con el dedo—. Es un hombrecito.

Levanté mis ojos y lo que vi me dejó sin aliento.

Mi cerebro me jugaba una mala broma.

Frente a mi estaba la bella sonrisa perlada de esos labios que tanto amaba, esos ojitos verdiazules me miraban tan llenos de amor y esas arruguitas que se le hacían en la comisura de los ojos al sonreír que tanto me encantaba. Su cabello entre rubio y rojizo que lo iluminaba un rayo de sol entrante por la ventana.

Era él.

Xander.

Cerré mis ojos y sacudí mi cabeza con fuerza.

Al abrirlos, la decepción me golpeó. Era Matías quien estaba allí, no Xander.

Dejé escapar un suspiro y deseé muy dentro

de mí, que esa criaturita que crecía dentro de mí, no se pareciera tanto a su padre o sería una constante tortura el verlo día a día.

28

Me despertó el sonido del teléfono. La alarma estaba programada para sonar a las siete en punto.

Lentamente fui saliendo de la cama, desperezándome poco a poco entre bostezos y estirones.

El sonido que emitió mi columna me recordó que necesitaba algo de ejercicio, estaba completamente oxidada. La última vez que había salido a correr un buen rato había sido...

Mi mente se perdió entre los recuerdos.

Después de una larga noche de amarnos sin cesar, Xander y yo nos habíamos quedado dormidos abrazados. Era el día antes de mi regreso a Londres. Éramos un bultito compacto sobre una gran cama.

Xander se removió y comenzaba a llenarme el rostro de besitos. Entreabrí mis ojos...

—Arriba dormilona. Ya amaneció —me dio un besito en los labios. Yo me engurruñé entre las sabanas, negándome a levantarme—. ¡Vamos amor! La mañana esta excelente para una caminata.

—No quiero. Quiero dormir —dije entre pucheros.

—Levántate o te levanto —me amenazó en tono juguetón—. Sé exactamente cómo hacer que despiertes totalmente —sin previo aviso se abalanzó sobre mi cuerpo desnudo. Me puso boca arriba, sujetó mis manos a ambos lados de mi cabeza y llenó mi cuello de besos, a la vez que restregaba su cuerpo contra el mío. Con su rodilla apartó mis muslos y se abrió paso.

Abrí mis ojos de golpe al sentir como lentamente me invadía su grandeza. Solté un gemido al sentirlo plenamente y por inercia mis caderas comenzaron a moverse animándolo a moverse también.

Él soltó una sonora carcajada a la vez que sus ojos se fijaban en ese punto, donde nuestros cuerpos se unían.

—¡Caramba! Veo que te entusiasmas rápido —comenzó a embestir con más fuerza.

—¡Dios! Tu sí que sabes cómo despertar a una mujer —traté de ahogar mi risa traviesa mordiendo sutilmente su hombro.

—¿Saldrás de la cama? —indagó entre embestidas.

Yo asentí frenéticamente, estaba muy excitada.

Él se movió sin perder precisión.

Mis manos se aferraron a sus caderas y a su vaivén, adelante y atrás, dentro y fuera. Sus manos se pasearon por mis piernas mientras continuaba entrando y saliendo.

Una ráfaga de placer absoluto me golpeó y más atrás él fue arrastrado al nirvana.

Todo quedó en silencio.

—Cada vez que te niegues a salir de la cama, haré lo mismo —rompió el silencio

tratando de sonar intimidante aunque su respiración entre cortada dio otro efecto.

—Entonces me negaré siempre —contesté a la vez que me incorporaba para salir de la cama.

Una suave nalgada me hizo dar un brinco.

—Y yo con todo gusto te disciplinaré —su risa se fue apagando a mi espalda mientras me alejaba en dirección al baño.

Recordar que era feliz junto a Xander y que por culpa de dudas y mentiras ya no lo era, me dolió enormemente.

Salí de la ducha y me sequé rápidamente.

El timbre de la puerta principal sonó y me apresuré en ver quien era.

Miré a través de la mirilla de la puerta y vi que se trataba de un joven trigueño, de estatura promedio, de aproximadamente 20 años. Tenía una gorra azul, camiseta blanca donde pude leer la palabra "FedEx". Puse la cadenita de seguridad, entreabrí la puerta y me asomé por el pequeño espacio. Yo estaba en bata de baño.

—Buen día. Busco a la señorita Shirley

Sandoval. Tengo un paquete para ella —dijo el muchacho.

—¿Para mí?

—Si es usted, firme aquí por favor — extendió una libreta.

—Un momento ¿Quién envía? ¿De dónde? —pregunté al sujetar la tablilla con hojitas que mostraban el mismo logo que tenía el chico en su franela. El joven miró el paquete en sus manos y lo giró buscando tal información. Cuando dio con ella...

—El sello dice Inglaterra —dijo—. Lo envía Xander Gran...

—Regréselo. No lo quiero— lo interrumpí.

—¿Como dice?

—No lo quiero. Por favor, devuélvaselo al señor Granderson.

El chico miró el paquete nuevamente, estaba atónito al reconocer el apellido.

—En ese caso debe pagar el...

—¿Cuánto? —lo interrumpí nuevamente.

Luego de que me indicara cuanto debía

pagar para devolver el paquete, le di el dinero correspondiente en efectivo. Agradecí mentalmente que mi madre siempre tuviera efectivo en el cofrecito debajo de su televisor, para casos de emergencia, pues esa era una emergencia.

Había decidido sacar a Xander de mi vida y había progresado en mi intento. Ese paquete solo significaba volver atrás, abrir de nuevo heridas que estaban sanando, y no, yo no quería eso.

El chico se fue con el paquete y con el sentí que se llevaba parte de mi vida. Nuevamente las lágrimas rodaban por mis mejillas ¡Dios! ¿Cuánto más debía soportar? Estaba harta de que su sombra me persiguiera que los recuerdos me atosigaran.

«¿*Cómo obtuvo mi dirección?*» la pregunta surgió de repente en mi cabeza. «*Anette o Margaret*» habló la voz de mi conciencia con un tanto de molestia. Cuando estaba a punto de discar el número de Anette para reclamarle, recordé que esa información estaba en mi expediente de LAMDA.

Me encolericé al saber que Xander había recurrido a eso para seguirme fastidiando la vida.

Desempolvé un vestido que había comprado en Londres, una semana antes de ir a Norteamérica a ver a Xander. Había pensado usarlo en una de las tantas premieres a las que iría con él, pero se había quedado en su misma caja durante meses. Era una belleza de color dual, blanco y negro. La parte superior en blanco, de mangas largas transparente y a su vez, hermosos bordados florales cubrían el torso. Entre la cintura y el abdomen se bifurcaba un bordado de color negro que se entrelazaba con el blanco y se extendía a lo largo de la falda transparente, dejando gran porción de mis piernas a la vista. El vestido era largo, pero fresco.

Esa noche, mi mejor amigo me había invitado a la premier de una película estelarizada por Leonardo Ángeles, quien había sido nominado a un *Globo de Oro* y a un *Emmy*. Su trayectoria era

más que respetable y era orgullo nacional. Con suerte, estaría en la celebración

—¡Wow! —Randy me miró completamente atónito—. ¡Por Dios! Te ves fabulosa.

—Gracias —sonreí y lo sujeté del brazo que él amablemente me ofrecía.

Mi madre nos despidió en el umbral y nos deseó lo mejor.

En total silencio nos dirigimos al lugar del estreno. Sin imaginar el montón de sorpresas que me traería la noche.

Llegamos al teatro donde se llevaría a cabo la proyección. Habían algunos fotógrafos y corresponsales de prensa.

—Adelante, sean bienvenidos —dijo cortésmente un hombre al cerciorarse de nuestras invitaciones.

La sala *Ríos Reyna* del *Teresa Carreño* lucía absolutamente hermosa. Estaba casi repleta, a excepción de la zona 8 del balcón, donde pude ver la presencia de numerosos hombres del cuerpo de seguridad del teatro, no tardé en percibir que

era el área designada para los protagonistas de la película.

Randy y yo fuimos ubicados en la décima fila de la zona 12, justamente debajo del balcón, así que nuestra visibilidad hacia la zona VIP del lugar era escasa o nula.

Las luces se encendieron intensamente y un estruendoso aplauso retumbó en el lugar.

Uno a uno fueron apareciendo los actores de reparto y finalmente los principales.

Leonardo fue el último en entrar.

Me vi tentada a preguntarle a Randy, como había obtenido los pases, pero no quise darle importancia al asunto. Por primera vez en tanto tiempo, me estaba divirtiendo y me sentía muy bien.

La película era una obra maestra total, la interpretación de todos los actores había sido excepcional.

Me sentí súper especial siendo fotografiada por diversos medios de comunicación. Sonriendo y caminando del brazo de Randy.

No faltó el reportero amarillista que preguntó cosas con respecto a Xander.

Fuimos guiados a un área en la parte superior del recinto, desde donde podíamos observar la ciudad completa. Pocas personas tenían acceso a esa zona.

Casi una hora había transcurrido desde que la fiesta diera inicio.

Los fotógrafos que tenían acceso al lugar, eran eso, fotógrafos especializados en eventos de esa altura, así que pude relajarme, no había riesgo de que algún indeseable paparazzi saliera de la nada y me acribillara punta de preguntas sosas.

—¡Randy! —una voz masculina sonó a mi espalda. La alegría se desbordó de los ojos de mi amigo—. Me alegra que hayas venido —continuó el caballero de elegante traje—. Y más me alegra ver que hayas cumplido con mi... —mi pulso se aceleró en cuanto su mirada se fijó sobre mí—. solicitud especial —concluyó Leonardo.

«¿Qué? ¿De qué me perdí?» pensé.

¿Leonardo era quien había invitado a Randy? ¿Solicitud especial? ¿De qué rayos estaba hablando?

—Claro que he venido. No podía negarme después de semejante despliegue protocolar — contestó Randy sonriendo ampliamente.

Poco a poco la gente que se encontraba alrededor de nosotros se fue alejando. Pude notar que Randy estaba algo nervioso y que Leonardo no dejaba de decirle cosas con la mirada.

—Bueno, iré a buscar un trago más de... — Randy sacudió la cabeza—. ¿Ustedes quieren algo?

—Agua —contesté..

Leonardo negó con la cabeza dejando en claro que no se le apetecía nada.

—Bien.

Sin más, mi amigo se alejó.

En ese instante me di cuenta que ni siquiera se había tomado la molestia de presentarnos. Sonreí tímidamente al hombre que me miraba sin poder disimular su fascinación.

Miré a ambos lados.

Estábamos solos.

Sonreí de nuevo sintiéndome fuertemente intimidada.

—Definitivamente, eres más hermosa en persona —la voz de Leonardo era ronca pero suave a la vez—. Es un placer conocerte, Shirley.

Me sorprendió ver con la seguridad que se acercaba y decía mi nombre.

—Gracias —fue lo único que logré decir.

—Me complace enormemente que Randy haya cumplido.

—¿Cumplido con qué?

—Con traerte. Tu eres esa "solicitud especial"

—¿Qué?

Leonardo soltó una sonora carcajada al ver mi cara de confusión.

—La primera vez que te vi fue en la gala de los premios *What's On Stage*. Vi como unos hombres de seguridad trataban de sacar a una linda dama de vestido rojo. Captaste mi atención en el

acto. Al enterarme que eras la acompañante de Xander Granderson me tomé la libertad de indagar acerca de ti —Leonardo se acercó más a mí—. Cuando me enteré que eras venezolana, me pregunté: ¿Dónde ha estado escondido ese bello ángel?

—Ehmmmm... —no sabía que responder a semejante confesión.

—No te asustes. No soy un maniaco obsesivo que va secuestrarte. Aunque las ganas no me faltan... —sonrió con malicia.

—Yo... no... —tartamudeé como descerebrada.

—Me enteré hace una semana que tu relación con Xander había culminado y que habías regresado al país, así que tomé el riesgo. Contacté con mi viejo amigo de teatro, Randy, el cual supe que también era tu amigo. Le envié dos invitaciones, con la condición de que te trajera. No sabes las ganas que tenía de conocerte.

Sin darme cuenta, él había tomó mi mano entre las suyas y la besó sin quitar sus ojos de los

míos. Me miraba tan intensamente, que solo bastó pocos segundos para sentirme completamente intimidada.

Frente a mí tenía un hombre muy apuesto, de hombros anchos y torso esbelto, tan solo unos cuantos centímetros más alto que yo.

El destello repentino de una cámara nos cegó.

Me giré en dirección a la luz. Leonardo pasó su brazo por mi cintura y me indicó que posara para la foto y así fue, mostré mi mejor sonrisa.

Los oídos comenzaron a zumbarme y la vista se me nubló, sentí que estaba al borde de un ataque de pánico ¿Por qué? No lo supe. De repente, el mundo se encogió y se cernió sobre mí. Me vi atacada por una ola de recuerdos, las luces aumentaban de intensidad, las risas de las personas resonaron tan alto que me ensordecieron, mi respiración se aceleró y cuando estuve a punto de desmayarme...

—¿Shirley? —esa voz me hizo reaccionar —. ¿Te encuentras bien? —Leonardo me sostenía para evitar que cayera.

—Aire —dije jadeando—. Necesito un poco de aire.

Él me guio hacia un balcón, donde rápidamente jaló una silla para que me sentara. Observé como Randy, quien conversaba amablemente con un grupo de personas en la distancia, se acercó de prisa hacia mí. Leonardo se agachó para ponerse a mi nivel. Tomó mis manos y las sobó con ternura.

—Estas helada —dijo él. Acto seguido se quitó la parte superior de su traje y la deslizó sobre mis hombros—. ¿Necesitas algo más?

—Agua —respondí sin más. Él asintió.

—¿Qué sucede? —preguntó Randy en cuanto se aproximó.

—No se siente bien. Quédate con ella, iré a un poco de agua —comentó Leonardo y sin esperar nada más, se marchó.

Mi amigo se acercó y con cariño masajéo mis brazos para darme calor.

—¿Qué ha sucedido? —miró a ambos lados para corroborar que estábamos solos—. ¿Has tenido tus primeras náuseas?

Lo fulminé con la mirada.

—Pánico —le dije entre dientes sin apartar mi mirada de él—. Un ataque de pánico. Eso fue lo que sucedió.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—¿Cuándo rayos pensabas decirme que Leonardo te pidió que me trajeras? ¿Cuándo diablos ibas a decirme que ese hombre estaba interesado en mí?

—Lo siento, pero si te lo decía, no ibas a venir. Te conozco.

—¡Joder Randy! Estoy embarazada ¿Cómo crees que se va lo va a tomar? Saber que la mujer que le gusta viene con bebé incluido.

Me quedé callada al percibir que alguien se acercaba, era Leonardo.

—Aquí está. Toma —dijo extendiendo una copa de cristal con agua hacia mí.

—Gracias, pero será mejor que me vaya —traté de ponerme en pie. Leonardo me ayudó.

—Déjame que te lleve —se apresuró mi nuevo pretendiente.

—No hace falta —le indiqué.

—No hay problema. Te llevaré y luego regresaré —miró a Randy—. ¿Vienes?

—No. Traje mi coche. Me quedaré un rato más.

¿Qué?

Le lancé una mirada de reproche a mi querido amigo

¿Qué estaba haciendo?

Parecía como si Leonardo y él hubiesen planeado todo.

Como pude, me solté del agarre de Leonardo...

—No te preocupes. Estaré bien. Tomaré un taxi y...

—No. Nada de eso. Yo te llevo —levantó la mirada y le hizo una señal a un caballero alto de traje, quien enseguida se acercó—. Por favor, lleva mi coche al frente y espéranos en la entrada. Bajaremos en un momento —el sujeto obedeció sin chistar—. Iré a avisarle a mi manager que saldré un momento.

Leonardo se retiró y nuevamente me quedé a solas con Randy.

—Te mataré —dije entre dientes.

—¡Oh vamos! No es tan malo. Leonardo está muy bueno.

—Sí. También es una celebridad, como Xander.

—Eres una mujer preciosa, súper talentosa e inteligente. Leonardo es un muy buen partido. Si en verdad le interesas, eso de que estas esperando un bebé de otro hombre será lo de menos.

—¿Lo de menos? ¿Te olvidas del machismo “alfa pecho peludo” del venezolano? Nunca aceptara criar el hijo de otro hombre.

—Leonardo es un hombre de mundo. No creo que tenga una mente tan corta.

—No —dije tajante—. No quiero.

—Sí. Si quieres. Ahora ¡Shhh! Que allí viene.

—¡Randy! —farfullé casi al punto de gritarle.

—Bien. Estamos listos —Leonardo me ofreció su brazo. Tímidamente lo sujeté sin dejar de fulminar con la mirada a mi amigo, quien se alejaba con una sonrisa en el rostro, como diciendo “misión cumplida”

—Recuérdame que debo asesinar a Randy —susurré.

Leonardo reventó en una sonora carcajada.

—¿Tan mal la has pasado esta noche?

—No. No es eso. Es que... —no sabía que decirle. Me sentía como una tonta.

—Tranquila. No pienso obligarte a hacer nada que tú no quieras —comentó Leonardo en tono coqueto.

—¿A dónde me llevas? —pregunté sintiendo un repentino temor.

—A mi coche, para llevarte a tu casa ¿No era eso lo que habíamos acordado?

Asentí rápidamente mientras nos adentrábamos en el elevador.

Leonardo me ayudó a subir al coche para luego unirse a mí. Se sentó a mi lado y le indicó al hombre que iba en la parte delantera que arrancara.

Se giró hacia mí.

—Indícanos el camino.

Le di mi dirección y sin perder tiempo, su chofer trazó el camino en el GPS del coche y nos encaminamos hacia mi domicilio.

Traté de mantener mi mirada fija en las calles que se veían a través de los oscuros vidrios del auto mientras sentía como la mirada de Leonardo me quemaba la piel. Me miraba, con esos ojos negros, cargados de deseo.

Me removí con incomodidad en mi asiento.

—¿Te incomoda que te mire? —indagó él de repente. Negué con la cabeza sin decir media palabra y sonreí—. Eres muy hermosa —dijo sin quitarme la mirada de encima. Sonreí nuevamente. Él entrecerró sus ojos—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—¿Por qué haces esto? —inquirí bruscamente.

—¿El qué?

—Decirme estas cosas. Tratarme como lo haces...

—Porque quiero y porque me agrada hacerlo —con suavidad tomó una de mis manos entre las suyas—. Sé exactamente el riesgo que estoy tomando y mi intención no es pelear contra los fantasmas de tu pasado. Si tú lo deseas puedo ser tu presente —abrí mi boca para intentar hablar pero las palabras se me quedaron atragantadas—. No pretendo hacerte promesas vacías. Yo prefiero los hechos. Actuar y demostrarte que lo que siento es real...

—Leonardo. Yo...

—Sé que dirás que acabas de salir de una relación y que no deseas entrar en otra. Que quieres un tiempo... —yo asentí en gesto afirmativo—. Lo sé. Sé lo que sientes. Yo lo he sentido.

Un breve silencio nos abrazó.

—Déjame ser quien cure tu corazón —se apresuró en decir antes de que yo dijera algo.

—¿Qué? ¿Es en serio?

—Muy en serio, Shirley. Quiero conocerte. Saber lo que te gusta y lo que no. Descubrir lo que oculta esa mirada triste. Aventurarme a una nueva experiencia, junto a ti.

—Yo... —balbuceé como idiota.

—No tienes que responderme ahora. No quiero presionarte. Piénsatelo.

—Es que...

—¿Aún lo amas? ¿Es eso?

«Si» respondí mentalmente «Y estoy esperando un hijo de él» agregó la vocecita de mi consciencia.

El auto se detuvo.

Habíamos llegado al destino pautado.

Rápidamente me moví para liberar mi mano, pero él se aferró más a ella. Sutilmente se inclinó hacia mí y me dio un delicado beso en la mejilla...

—Dame la oportunidad de amarte sin límites —susurró a mi oído.

Sentí que cada recoveco de mi piel se erizó. Su voz era enormemente sensual y varonil...

...Xander se negaba a salir de mi cabeza...

...cada caricia, cada beso suyo.

Él estaba tatuado en mi piel.

—No puedo y no quiero hacerte eso —dije con los ojos cerrados.

Me sentí vacía y miles de recuerdos golpearon mi mente.

Matías.

Ese nombre retumbó en mi cabeza.

Él había sufrido mucho por mi egoísmo.

No podía permitir que alguien más pasara por lo mismo que él.

Yo no estaba dispuesta a cargar nuevamente con esa culpa.

Sin más que decir, le devolví su chaqueta y me dispuse a salir del coche.

29

—¡Arriba! De pie —la voz de alguien me hizo despertar de golpe. Al ver quien era, me cubrí

el rostro con la almohada—. Sal de la cama ¡Ya!

—Déjame en paz Randy ¿Quién te dejó entrar?

—Tu hermosa madre. Después de que le conté lo que hiciste me dejó entrar sin más. Hasta ella se horrorizó.

—¿De qué rayos hablas? —murmuré entrecerrando los ojos y quitándome la almohada de encima.

—¿Cómo se te ocurre rechazar a Leonardo?

—¡Ah! ¿Eso?

—Sí. Eso... ¿Te has vuelto loca?

Moví las sabanas para poder sentarme y encarar a mi amigo.

—¿Sabes una cosa? —salí de la cama—. Me harté de que tú, mis padres, mi familia y hasta la gente que no me conoce me digan que debo o no hacer —me acerqué a él, quien me miró con miedo—. Si no me da la gana de estar con un hombre al cual no amo ¡No estoy! Si me da la gana de quedarme sola y criar a mi hijo como mejor me plazca ¡Lo hago!

—O...k yo... s-so-solo quería —Randy tartamudeó.

—Sí, sí, sí. Querías que yo fuera feliz, pero... ¿adivina qué? Con Leonardo no iba a encontrar esa felicidad.

—Hija —la voz de mi madre me hizo girar hacia la puerta—. Cálmate. Esas emociones fuertes le hacen daño al bebé.

—¿Saben qué? —me sentía realmente cansada de todo—. Les tomaré la palabra. Le diré a Xander que estoy esperando un hijo suyo y entonces, que suceda lo que tenga que pasar ¿Contentos?

—¡Alabado sea Dios! Hasta que por fin se te ha abierto el entendimiento— dijo mi madre con gran alivio.

—Gracias a Dios se me abrió el entendimiento antes que terminara abriéndole la cabeza a Randy con una piedra —dije con algo de petulancia.

—Uy... pero cuanta violencia —bromeó Randy.

Me encaminé hacia el cuarto de baño donde rápidamente me deshice de mi ropa para tomar una ducha, pero antes de eso, me situé frente al espejo, estaba completamente desnuda. Observé los cambios que estaba comenzando a experimentar mi cuerpo. Mis pechos se veían enormes y mi vientre comenzaba a asomar un bultito. Pasé mi mano cariñosamente sobre mi estómago para sentir por primera vez, como mi bebé se movía. El momento más mágico de mi vida.

Un par de lágrimas se asomaron de mis ojos al comprender la magnitud de aquel milagro. Dentro de mí crecía vida. Dentro de mí se albergaba el resumen de un gran amor.

Sonreí al espejo mientras veía como mi largo cabello cubría mis pezones.

Los recuerdos llegaron a mí como cascada.

Xander recorrió mi cuello con sus labios y su aliento rozó mi nuca. Me hizo vibrar. Sus manos acunaron mis senos desnudos y sus dedos jugaron con mis pezones.

Un delicioso cosquilleo me recorrió desde

la cabeza hasta la punta de los pies.

Mi Xander.

Mi dulce amor.

Mi vida...

«¡Cuánto te amo!»

En mi mente se repitió la vez en que por primera vez me dijo que me amaba.

«*Deja de ser tonta y lucha por él*» me dijo la voz en mi cabeza a la vez que con mis manos acariciaba mi vientre.

Sí, debía hacerlo.

Era una verdad innegable.

Lo amaba y lo amaría por siempre.

Salí del cuarto de baño y me dirigí a mi alcoba para vestirme rápidamente, mientras en mi mente ideaba la forma en que iba a decírselo.

Durante la siguiente la semana estuve pensando en cómo se lo diría. Buscando el momento oportuno, pero cada vez que estaba a punto de marcar el número de su casa en Londres, colgaba muerta de miedo. No sabía qué hacer.

En mi desesperación había llamado a

Anette para contarle lo que había decidido. Ella me había comentado que Xander no estaba en Inglaterra, que se encontraba en América promocionando su nueva película. Me dio el número de su publicista, quien hacia un par de meses se había convertido en el publicista de ella también.

Cada vez que estaba a punto de marcar el número de Aaron, el pánico se apoderaba de mí y no lograba realizar la llamada.

Una tarde, en la cual estaba sola en casa y veía la televisión, agarré mi móvil, completamente decidida a hablar con él y contarle todo...

—Y el siguiente de quien vamos a hablar, es sin duda una de los actores más cotizados del momento.

El sonido en la línea me indicó que estaba repicando.

Giré mi mirada hacia la Tv para encontrarme con que la pantalla mostraba una imagen de Xander junto a una mujer. A simple

vista no caí en cuenta de que era lo que estaban diciendo. Me retiré el móvil de la oreja y corté la llamada, sintiéndome muy atraída por lo que decían en el programa de farándula.

—Xander Granderson nuevamente rompe corazones al salir públicamente junto a una señorita. Las cámaras los captaron cuando salían de un restaurante en Los Ángeles.

Me acerqué a la pantalla para ver mejor la imagen. La mujer no se veía bien.

—En esta otra imagen podemos ver bien a la acompañante de Granderson. Es nada más y nada menos que la actriz británica Roxanne Sullivan...

De un segundo a otro, mi vida dio un giro.

Oír semejante cosa hizo que mi corazón se detuviera y el estómago se me revolviera, obligándome a salir corriendo al baño, donde devolví todo el almuerzo y parte del desayuno.

Ya no tenía caso decirle nada. Él había decidido sacarme de su vida.

Lagrimas amargas rodaron por mis mejillas.

Una vez más, Xander me rompió el corazón.

Tres meses más transcurrieron y muchas cosas sucedieron en ese tiempo. Por más que traté de alejar a Xander de mis pensamientos, no lo conseguía. En varias ocasiones recibí e-mails de él, pero los borraba sin siquiera tomarme la molestia de leerlos. Anette me llamaba constantemente para darme recados de él, yo colgaba antes que me los diera. Recibí paquetes anónimos, los cuales nunca abrí, simplemente los regresé sin más

Estaba llegando al último trimestre de mi embarazo y el dolor era más ligero. Pude volver a sonreír.

Lo último que había escuchado de Xander era que se rumoraba que estaba saliendo con una chica que trabajaba con él en una nueva película y que se encontraba de gira promocionando su más reciente filme.

De vez en cuando sentí dolores, pero estaba

clara que mi bebe nacería en un mes, así que eso no me preocupada, había decidido tenerlo sin decirle nada a Xander. No necesitaba nada de él. No quería que pensara que solo me había embarazado para tener parte de su fortuna, pues al final eso era lo que él creía de mí, por culpa de Roxanne.

Esa noche me preparaba para dormir. Me puse mi pijama, lavé mis dientes, busqué mi respectivo vaso de agua y lo coloqué sobre mi mesa de noche. Fui a darles las buenas noches a mis padres, pero por una muy extraña razón no estaban. No le di importancia y volví a mi habitación.

Entré en mi cama dispuesta a dormir, pero solo logré dar vueltas de un lado para el otro.

***It's not that I can't live without you
It's just that I don't even want to try***

Oí varias voces cantando y abrí mis ojos.
«Oh genial, de nuevo los vecinos con el

karaoke» pensé.

Tomé mi almohada y la coloqué sobre mi cabeza.

*Every night I dream about you
Ever since the day we said goodbye
If I wasn't such a fool
Right now I'd be holding you
There's nothing' that I wouldn't do
Baby if I only knew*

Las voces cantaban y cantaban más fuerte.

«¿En serio?... Hoy no me dejarán dormir»

Me levanté para cerrar mi ventana, pero en cuanto rodé la cortina mi corazón se detuvo, no podía creer lo que veía...

Había aproximadamente 100 chicas bajo mi ventana, con flores y velas en las manos. Otras llevaban una pancarta que ponía: ***“Perdóname”*** tanto en español como en varios idiomas.

Me quedé paralizada ante la escena.

Él apareció entre la multitud.

Todo el dolor que había sentido durante tanto tiempo se me olvidó. No podía seguir huyendo a lo que sentía. Lo amaba. Verlo allí, me hizo entender que todos sus esfuerzos por volver a mi corazón habían sido genuinos.

Volver a mi corazón...

...como lo decía en la canción que cantaba.

*The words to say
The road to take
To find a way back to your heart
What can I do?
To get to you
And find a way back to your heart*

Me sentí dentro de un sueño y comencé a pellizcar mis mejillas para despertar, pero, lo que estaba sucediendo era real...

...Xander estaba allí, bajo mi ventana, cantando para mí.

Alguien abrió la puerta de mi cuarto. Eran mis padres.

—¿Ustedes sabían esto? —pregunté.

Ambos asintieron con la cabeza.

Giré de nuevo hacia la ventana y vi a

Xander de rodillas.

—Perdóname —gritó.

—*Perdónalo. Perdónalo. Perdónalo.*

Perdónalo. Perdónalo —gritaron las chicas en coro.

—Fui un imbécil por no creerte. Me comporté como un verdadero idiota. Te hice mucho daño y sé que nunca podré compensarlo.

—*Perdónalo. Perdónalo. Perdónalo.*

Perdónalo. Perdónalo — continuaron gritaban las chicas.

—¿Qué es todo esto? —logré preguntar. Me sentía abrumada.

—Chicas de mi club de fan y quieren decirte algo— respondió él.

Una de las chicas miró a otra y se voltearon hacia las demás.

De repente comenzaron a levantar pequeñas pancartas en orden, una tras otra. Xander volvió a

ponerse de rodillas.

Miré a las chicas. Habían formado una pancarta gigantesca donde se leía claramente:

¿Te casas conmigo?

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Sí. Si quería. Era lo que más deseaba en mi vida.

Todo el sufrimiento y el dolor desaparecieron. Solo me importaba estar junto a él.

Xander sostenía un anillo entre sus manos.

—¿Me concederías el honor de ser mi esposa y convertirme en el hombre más feliz del mundo? —hizo la pregunta por la cual había viajado miles de kilómetros.

Lloré de alegría, rabia y confusión. Un gran conflicto de emociones internas se apoderó de mí. Cerré la ventana y me quedé congelada por unos segundos sin saber qué hacer.

Mi enorme panza me recordó que Xander no

sabía nada de mi estado.

—¡Oh por Dios! Él no sabe nada de mi...

—No te preocupes por eso. Él te ama —dijo mi padre con algunas lágrimas asomándose de sus ojos.

Corrí rápidamente hacia mi armario y tome un abrigo. Mi madre me tomó del brazo y me ayudó a bajar las amplias escaleras que me llevaron hasta la calle.

Al abrir la puerta, él estaba allí. Sus ojos se fijaron en mi abultado vientre. Su rostro mostró confusión. Me acerque a él con una sonrisa tímida.

—No me diste la oportunidad de decírtelo.

—¿Voy a ser papá? —susurró él.

Yo asentó con mi cabeza.

Sus ojos se nublaron.

—¡Voy a ser papá! —gritó y supe que estaba eufórico.

Las chicas estallaron en gritos de celebración, mientras Xander me abrazaba.

—Perdóname. Fui un...

—Ya cállate y bésame.

Epílogo

El sol se coló por la ventana y era silencio absoluto, excepto por el llanto de mi pequeño. Lo tomé entre mis brazos para calmarlo.

—De prisa— la puerta se abrió de golpe —
Se nos hará tarde. Dame. Yo me encargare del niño
— dijo Anette

—Apresúrate hija. La estilista ya llegó—
indicó mi madre.

—Amor ¿Dónde pusiste mi traje?—
pregunto Matías a Anette.

—Está en el Armario, búscaló bien— le
respondió su esposa.

—¡Oh! Mi pequeño ya despertó— mi padre
se acercó a su nieto y lo abrazó con ternura.

—Todos fuera. La novia debe prepararse—
ordenó mi mamá.

Anette abrió mi armario y saco una enorme caja blanca, la abrió y sacó el vestido y lo colocó sobre mi cama.

No terminaba de creérmelo.

Frente a mi estaba mi vestido de novia, de satén blanco, con lindos pliegos ordenados sutilmente. Piedras de rubí adornaban la parte superior. Parecía sacado de un cuento de hadas.

Mi madre me ayudó a ponérmelo y en cuestión de minutos estaban arreglando mi cabello, mis manos y mi maquillaje.

En cuanto estuve lista, mi padre me ayudó a bajar las largas escaleras de la mansión Granderson.

Anette se acercó a mí con Richard en brazos. Mi bebé estaba vestido de azul y blanco, su cabello rubio cuan sol y sus ojos azules como el mar, tenía la sonrisa de su padre, pero el carácter testarudo de su madre. Sus pequeñas manitos trataron de jalar mi velo, pero si madrina no se lo permitió.

Subimos al coche y mi padre condujo por el

largo camino hacía la iglesia de *Luss*. Xander y yo nos habíamos decantado por una ceremonia eclesiástica sencilla, con tan solo familiares y amigos más cercanos. Habíamos escogido Escocia para casarnos porque era el lugar favorito de la infancia de Xander.

Anette iba con Richard en brazos, mi madre iba delante indicándole el camino a mi padre.

Llegamos y bajé del coche. Anette arregló mi vestido rápidamente mientras mi papá le arrebatava a su nieto. Mi padre lo adoraba.

El sitio estaba bellamente decorado en estilo victoriano y toda la decoración brillaba hermosamente. Todo era perfecto.

Anette tomó a Richard de nuevo y mi padre tomó mi brazo. Las puertas se abrieron y la ansiedad que sentía, iba desapareciendo con cada paso que daba.

Al final del recorrido estaba él...

Mi príncipe.

Las bellas memorias de nuestro amor se hicieron presentes en mi mente. En cada paso que

daba lo recordaba todo, la primera vez que lo vi en aquella película, la vez que reí a carcajadas viendo aquella entrevista, la vez que lloré con él con esa escena triste de aquella película, las tantas noches que me había quedado dormida viendo un póster en mi pared, imaginando que el salía de allí y me abrazaba, la vez que lo vi en los pasillos de la academia, cuando me eligió para trabajar con él, cuando beso por primera vez mi mejilla y mi mano, cuando lloré amargamente en aquel baño por pensar que no me quería, cuando me tomó entre sus brazos y danzamos aquella melodía, cuando aún no sabíamos si era amor lo que sentíamos, cuando sus labios tocaron los míos aquella tarde, cuando lo oí confesar que me quería, la noche que me hizo suya por primera vez, las tantas noches de amor y pasión, sus chistes, su voz, sus ojos...

Caminé hacia él.

Él había sido mi sueño por muchos años y mi pesadilla por unos tantos más y en unos minutos sería...

...mi realidad.

Ésta historia continuará en...

